ANGELA McROBBIE

EL DESMANTELAMIENTO del feminismo

Género, Cultura y Cambio Social

Morata

Angela McROBBIE

El desmantelamiento del feminismo

Género, cultura y cambio social

Traducido por

Carmen SÁNCHEZ MASCARAQUE

Ediciones **Morata** S.L.
Fundada en 1920
Comunidad de Andalucía, 59. Bloque 3, 3º C
28231 Las Rozas - Madrid - ESPAÑA
morata@edmorata.es - www.edmorata.es

El desmantelamiento del feminismo

Género, cultura y cambio social

Por

Angela McROBBIE

© Angela McRobbie 2009
Título original de la obra: *The aftermath of feminism. Gender, culture and social change*
© 2009 Sage Publication. This edition is published by arrangement with SAGE Publications Ltd. All rights reserved

SAGE Publications Ltd
1 Oliver's Yard
55 City Road
London EC1Y 1SP
SAGE Publications Inc.
2455 Teller Road
Thousand Oaks, California 91320
SAGE Publications India Pvt Ltd
B 1/I 1 Mohan Cooperative Industrial Area
Mathura Road,
New Delhi 110 044
SAGE Publications Asia-Pacific Pte Ltd
33 Pekin Street #02-01
Far East Square
Singapore 048763

Equipo editorial:

Paulo Cosín Fernández
Carmen Sánchez Mascaraque
Ana Peláez Sanz

© EDICIONES MORATA, S. L. (2023)
Comunidad de Andalucía, 59. Bloque 3, 3º C
28231 Las Rozas - Madrid - ESPAÑA
www.edmorata.es - morata@edmorata.es

Derechos reservados
ISBNpapel: 978-84-19287-34-2
ISBNebook: 978-84-19287-35-9
Depósito Legal: M-17.089-2023

Compuesto por: Sagrario Gallego Simón gallego.sagrario@gmail.com
Printed in Spain - Impreso en España
Imprime: ELECÉ Industrias Gráficas, S. L. (Madrid)

Diseño de la cubierta: Ana Peláez Sanz

ÍNDICE

Agradecimientos 11

Introducción: a cambio de feminismo 13
Recuperación y renovación feminista 21

1. El posfeminismo y la cultura popular: Bridget Jones y el nuevo régimen de género 31
Introducción: ¿La complejización de la reacción? ... 31
El feminismo se desmantela a sí mismo 34
El éxito femenino 37
Feminismo impopular 40
¿Se encuentra el feminismo en retroceso? 43
La individualización de la mujer 44
Bridget Jones 47

2. El feminismo, ¿está en retroceso? La política cultural de la desarticulación 53
La desarticulación del feminismo 53
Primeras posfeministas 65

© Ediciones Morata, S. L

Mujeres solteras y peligro sexual 73
Guerras sexuales en la universidad estadounidense ... 77
El posfeminismo como venganza de la hija 82
Revertir el antirracismo 85
La retradicionalización como ruina feminista 88
"El fin de una cultura sexual radical" (Butler, 2004) 96

3. ¿Chicas diez? Las mujeres jóvenes y el nuevo contrato sexual 103
Patriarcados resurgentes y repliegues en género 103
Brillando en la luz: la mascarada posfeminista 113
La educación y el empleo como espacios de capacidad: la visibilidad de la chica trabajadora bien educada 135
Chicas fálicas: sexo recreativo, sexo reproductivo 155
La chica global 162

4. La ira ilegible: los desórdenes posfeministas 169
Introducción: el descontento normativo 169
Mirar con fascinación y deseo 177
De la mascarada a la melancolía 199
Rabia ilegible 205
Furia por "evitar la muerte" 209

5. "¡No te lo pongas!" y la violencia simbólica posfeminista 219
Introducción 219
Clase, aspiración y glamour 226
Butler y Bourdieu 238
"Necesidades y normas" (Bourdieu, 1984) 246
"Pánico mezclado con revuelta" (Bourdieu, 1984) 251

© Ediciones Morata, S. L

6. Conclusión: dentro y fuera de la academia feminista 263
En el aula feminista 263
La transversalización de género y sus críticas 266
Las terceras olas 274
El feminismo afirmativo de Braidotti 279
El aula feminista como "zona de contacto" 287
Lucy de Kincaid 293

Bibliografía 299

Índice de nombres y materias 311

© Ediciones Morata, S. L

INTRODUCCIÓN: A CAMBIO DE FEMINISMO

Este libro examina un paisaje social y cultural que podría llamarse posfeminista si nos referimos con ese término a una situación marcada por un nuevo tipo de sentimiento antifeminista, lo cual es diferente de lo que sería una simple reacción contra los aparentes avances logrados por las actividades y campañas feministas de períodos anteriores, es decir, de las décadas de 1970 y 1980. Pienso que ha sucedido algo inesperado. Se han tomado elementos del feminismo que se han incorporado plenamente a la vida política e institucional y, basándose en un vocabulario que incluye palabras como "empoderamiento" y "elección", se convierten en un discurso mucho más individualista, y así se expande, particularmente en los medios y la cultura popular y por las estructuras oficiales, como una especie de sustituto del feminismo. Estas ideas nuevas y aparentemente "modernas" sobre las mujeres, y en especial sobre las mujeres jóvenes, se difunden además de una forma un tanto agresiva como si lo que quisieran fuera garantizar que no resurja un nuevo movimiento de las mujeres. De esta forma, el "feminismo" se instrumentaliza por parte de los

© Ediciones Morata, S. L

gobiernos occidentales que lo presentan y lo reivindican ante el resto del mundo como parte clave del significado actual de libertad, y así la libertad se revitaliza y actualiza con este falso feminismo. Como resultado, los límites entre Occidente y el resto del mundo pueden codificarse más específicamente en términos de género y de concesión de libertades sexuales. Por si esto suena como una tesis conspirativa, una de las misiones de este libro es demostrar cómo esto tiene lugar a nivel de calle, y cómo se busca, y aparentemente se asegura, el consentimiento y la participación de las mujeres jóvenes de muchas formas, en contraposición a esa noción de que existe un poder centralizado que trata de que el feminismo desaparezca, lo cual es la manera de que nunca más resurja de sus cenizas. Un modo de llevarlo a cabo es la denigración activa y la negación, principalmente a nivel cultural, lo que convierte al feminismo en algo desagradable para las mujeres más jóvenes (a menudo se usan palabras como repulsivo o repugnante). Se evoca una especie de espectro espantoso de lo que alguna vez fue el feminismo, una monstruosidad que horrorizaría a las mujeres jóvenes de hoy, con efecto disuasorio.

Pero este es solo un lado de la ecuación, y abandonar el feminismo, en aras de lo que Judith Butler llamaría inteligibilidad como mujer, se recompensa ampliamente con la promesa de libertad e independencia, evidenciado mediante la capacidad de ganar un salario, que funciona simbólicamente también como una marca de respetabilidad, ciudadanía y derecho. Aquí se produce una especie de intercambio, y también un proceso de desplazamiento y sustitución. A la joven se le ofrece una noción de igualdad que se concreta en el acceso a la educación y a un empleo, y a través de la participación en la cultura del consumo y la sociedad civil, en lugar de lo que podría ofrecer una política feminista reinventada. Si esto parece ficción, o incluso vago, mi tarea en este libro, sin lugar

© Ediciones Morata, S. L

a dudas, es presentar un caso coherente con esto como una especie de acuerdo, como lo llamaría Stuart Hall, o como una nueva forma de contrato sexual. O dicho de manera más sencilla, las mujeres constituyen la mitad de la población mundial, y su subordinación y experiencia de la desigualdad, aunque ha cambiado, sigue siendo inequívoca y sustancial. La idea de una política feminista global, altamente diferenciada, supondría de hecho un desafío considerable para el actual sistema político global y todavía patriarcal de poder económico y de dominación. El número de las autoproclamadas feministas siempre ha sido pequeño, pero sus principios, ideas, creencias y compromisos han impregnado la vida cotidiana de mujeres y niñas en diferentes países del mundo. Ha quedado claro que esta es, o fue, una política autoorganizada, que se desarrolla desde abajo, una especie de fuerza luchadora y contenciosa, especialmente en cuestiones de sexualidad y vida familiar que aun siendo pequeña ha tenido un enorme potencial para crear disrupción y producir cambios. Al mismo tiempo, el significado real de feminismo varía, literalmente, de una autodeclarada feminista a otra, lo que no reduce su campo de influencia potencial, sino todo lo contrario. Por ello sostengo que este potencial es fuente de ansiedad, preocupación y acciones preventivas por parte de aquellos organismos, instituciones y organizaciones que no desean ver socavados el poder establecido y las jerarquías de género, y para que este potencial se reactive y se lleve a cabo debemos comprender completamente las fuerzas que se oponen, especialmente porque ahora adoptan formas modernas e ilustradas de gobernabilidad "conscientes del género".

Este libro supone algunos cambios en mi propia obra y contiene un elemento de autocrítica. Hace algunos años suscribí una forma de pensar influenciada por la obra de de Certau, que buscaba dar valor y sentido a las estrategias subversivas, a las formas de "hacer las cosas" en las que participaba la gente

© Ediciones Morata, S. L

corriente, a menudo muy desfavorecida, y que se convirtieron, como resultado, en características vernáculas de resistencia y oposición, visibles dentro y a través de los paisajes de la vida cotidiana (de Certeau, 1984). Sin embargo, cuando se entrevió que este tipo de argumentos podrían dar lugar fácilmente a una vena "cultural populista" para terminar siendo una defensa de las capacidades de las mujeres que podría dar la vuelta a la cultura de consumo en el que estabaninmersas, con posibles fines subversivos, empezaron a sonar muchas alarmas. Cuando los estudios culturales feministas siguieron este camino, la preocupación por comprender la dinámica del poder y la restricción dio paso a una conexión con las mujeres comunes, o incluso con las niñas, que celebraron creando sus propios (y aparentemente autónomos) placeres y rituales de feminidad disfrutable, a partir de los bienes puestos a su disposición por la cultura de consumo (por ejemplo, los programas de televisión como *Sexo en Nueva York*). Si esto se podía hacer con lo que el capitalismo les ofrecía, entonces no parecía haber ninguna razón real para desafiar los principios en los que se basa el capitalismo. ¿Cuán opuestas fueron estas prácticas aparentemente subversivas? ¿Hasta dónde llegaron? ¿Qué valor entregaron a las mujeres en el contexto de las relaciones de poder e impotencia en las que aún se encontraban inscritas? ¿Cómo se articularon con otras actividades más allá de la interfaz con la cultura popular? Toda una serie de cuestiones que acrecentaban mi incomodidad. ¿El capitalismo realmente da a las mujeres más o menos lo que quieren cuando les proporciona placeres narrativos tan baratos y disponibles, en forma de entretenimiento popular, incorporando algo así como una agenda feminista en sus tramas y argumentos? ¿Qué necesidad podría haber de una política feminista si las mujeres pudieran simplemente subvertir los significados de los bienes y los valores del mundo cultural dominante que las rodea?

© Ediciones Morata, S. L

¿Significaría esto una suspensión de la crítica del capitalismo, que siempre ha sido una característica definitoria de la tradición de la erudición socialista-feminista? Los estudios culturales y de medios estaban muy alejado de las líneas de investigación anteriores inspirados en el psicoanálisis feminista, como el de Cora Kaplan que, por ejemplo, examinó en profundidad la complejidad que supone ser una lectora feminista preocupada e intrigada por encontrar placer en el conservador género de la novela romántica, como *El pájaro espino* (Kaplan, 1986). Hacia el cambio de siglo, algunas de las líneas feministas de los estudios culturales y de los medios que eran optimistas sobre el poder del feminismo popular se encontraron con dificultades cuando este dio paso a algo más agresivo, como la incorporación de la pornografía. Mientras muchas feministas, incluyéndome a mí, nunca formamos parte de la campaña contra la pornografía y la censura en las décadas de 1970 y 1980, sin embargo, sí sentí cierta inquietud cuando me enfrenté a nuevas situaciones, como la promoción del baile en barra como otra forma más de empoderamiento de la mujer. No es que haya emergido de mi interior una vena puritana como reacción a este tipo de fenómeno, simplemente es llamativo el escaso debate académico serio sobre lo que significa para las perspectivas feministas, ahora anticuadas, sobre la pornografía y la industria del sexo la amplia participación de las mujeres en el entretenimiento sexual (Mc Robbie, 2008).

A lo largo de la década de 1990 parecía no haber una teoría del poder sexual en los estudios culturales y en los medios feministas contemporáneos. Se estaba prestando poca atención a las complejas formas en que las fuerzas de la cultura del consumo, ahora completamente sintonizadas y que podían adoptar una voz feminista, invitaban cada vez más a las mujeres a buscar nuevas libertades, incluido el placer sexual, como una especie de derecho que ahora se estaba concediendo. ¿Se

© Ediciones Morata, S. L

había producido algún tipo de acercamiento al capitalismo, con la desaparición del socialismo y con el desarrollo de lo que se denominó durante algún tiempo política de la "tercera vía"? ¿O se había desvanecido de alguna manera el apetito por la crítica? No he encontrado un solo ensayo sobre tal cambio político en los medios feministas y en los estudios culturales desde principios de la década de 1990 en adelante. Y si se estaba produciendo una discusión sobre cómo alinear una nueva política socialdemócrata feminista de izquierdas en relación con los cambios en la cultura política global, al menos, por lo que pude ver, eso no estaba ocurriendo dentro de este campo académico feminista en particular. Para encontrar una crítica más contundente y socialmente comprometida se tenía que recurrir a los debates sobre el feminismo y la micropolítica del devenir en el trabajo de filósofas feministas como Rosi Braidotti y Claire Colebrook, o en la teoría feminista poscolonial (Spivak y Ahmed) o en el examen psicosocial del género y el poder que se encuentra en la obra de Butler. Mientras tanto, la teoría *queer* siguió adelante durante este tiempo, produciendo un trabajo extraordinariamente rico, como fue el caso la nueva sociología del cuerpo influenciada por Deleuze. (Pero de alguna manera, con la excepción de escritoras como Gayatri Chakravorty Spivak, Judith Butler y Wendy Brown, en cuyo trabajo me baso para este libro, se ha dejado aparte toda la cuestión de la política de izquierdas y el impacto que ha tenido para el feminismo su estado actual de crisis, o incluso su desaparición). Los estudios feministas de los medios nunca han conectado completamente con el psicoanálisis y esto, para mí, seguía suponiendo un déficit pero, debido al interés en las audiencias y su receptividad, prometí desarrollar una antropología cultural y mediática en toda regla acerca de cómo las mujeres participaban en la vida cotidiana, aunque en cierto modo parece que se ha disipado la energía para emprenderlo.

© Ediciones Morata, S. L

A cambio, la atención a la vida cotidiana fue reemplazada por una proliferación de estudios basados en *fans* o seguidores. En consonancia con lo que parecía una disolución de los estudios culturales feministas, varias académicas feministas escaparon hacia los campos de la televisión y los estudios cinematográficos, embarcadas con frecuencia en importantes trabajos históricos en lo que entonces se convertiría en una próspera área de nueva erudición. Solo muy recientemente se ha producido un compromiso mayor, contundente y crítico con el mundo de los medios de comunicación de mujeres y los géneros femeninos, conectando elementos antifeministas con los valores resurgentes de la cultura política neoliberal (ver el trabajo de Gill, 2006).

En este punto yo misma entro en la narración, ya que gran parte del contenido del presente libro supone una revisión de algunos de mis antiguos esquemas y apunta al análisis de las nuevas constelaciones del poder de género. Debo abordar algunos de mis juicios erróneos, por ejemplo, en la década de 1990, al escribir sobre revistas para mujeres y chicas puse demasiada esperanza en la capacidad del mundo de las revistas femeninas para asumir y mantener un compromiso con los temas feministas, preservando una especie de feminismo popular. Estaba demasiado entusiasmada con el impacto que el reclutamiento de graduadas influenciadas por el feminismo podría tener en las políticas editoriales de las revistas para mujeres jóvenes, y no fui completamente consciente de que la batalla por los resultados podría originar el despido de una editora por desagradar a una empresa con la que se tiene un lucrativo contrato de publicidad. Tampoco tuve en cuenta la necesidad de reinvención constante de las revistas, lo que, por supuesto, significa que una voz feminista contundente bien podría durar solo un par de temporadas y luego desecharse en favor de una nueva tendencia contraria. Me encontré

© Ediciones Morata, S. L

reconociendo, en lugar de confrontar, las características genéricas del formato de revista, que parecían ser inamovibles, la centralidad del complejo moda-belleza, por ejemplo, la heterosexualidad dominante, el mundo herméticamente cerrado de los placeres femeninos que hacen evadirse de la realidad, y en ese sentido yo misma fui quizás cómplice, sin abandonar una perspectiva feminista, de acomodarme al género en sí mismo reduciendo el nivel y la intensidad de la crítica a favor de una especie de posición intermedia, que apuntaba a la coexistencia de los contenidos básicos con una voz feminista fuerte, pero popular. (Sin duda, esta posición mía estaba relacionada con mi estímulo a las estudiantes que tenían muchas ganas de encontrar trabajo en este mundo. Ahora soy consciente de que esta interfaz con la industria de las revistas y estas formas de "transferencia de conocimiento" feminista deben comprenderse mejor y someterse a un escrutinio académico dentro de una perspectiva crítica de la industria cultural). En realidad, la idea de contenido feminista desapareció y fue reemplazada por un individualismo agresivo, por un falicismo femenino hedonista en el campo de la sexualidad y por la obsesión con la cultura del consumo, que identifico en este libro como contribuyente fundamental a que feminismo se deshaga. Podría decirse que la autodefinición como decisivamente *posfeminista* dio al mundo de las revistas para mujeres jóvenes una nueva oportunidad de vida, como si se hubieran liberado de una carga mediante esta transición.

Quizá también es relevante señalar que yo fui demasiado optimista sobre la elección del gobierno del Nuevo Laborismo en 1997 y en mi suposición de que Tony Blair apoyaría los problemas de las mujeres y se comprometería con las feministas involucradas en la política y que hacen campaña. En los primeros días del gobierno del Nuevo Laborismo, incluso mantuve una breve esperanza sobre la llamada agenda de la tercera

© Ediciones Morata, S. L

vía, sin imaginar nunca que este gobierno demostraría su hostilidad a las feministas, y que de hecho buscaría revertir o deshacer el feminismo, sustituyéndolo por la promesa de libertades aparentemente más modernas, junto con ideas como el equilibrio entre el trabajo y la vida privada, mientras que se introducía una especie de patriarcalismo arrogante y resurgente, el equivalente político del mundo de las revistas para chicos, al que las mujeres no tenían más remedio que adherirse, o arriesgarse a la Siberia del feminismo (McRobbie, 2000a).

Recuperación y renovación feminista

En los capítulos siguientes recupero algunos trabajos previos. En particular, miro en retrospectiva los escritos psicoanalíticos feministas sobre el cine y la imagen de la moda de la década de 1980, pretendiendo restablecer la importancia que tuvieron para comprender los mecanismos de identificación y deseo que entran en juego en los procesos de consumo de imágenes. Estas aportaciones del pasado parecen haber desaparecido de los debates actuales, y esta ausencia marca una debilidad en algunos de los trabajos más interesantes sobre cómo, por ejemplo, las niñas miran en las revistas imágenes de sí mismas y de modelos y celebridades. El trabajo deleuziano reciente rechaza las rigideces del deseo formuladas en el psicoanálisis freudiano, pero con solo remitirnos a los escritos de Leslie Rabine o Diana Fuss, por ejemplo, podemos ver cuán inestimable fue para comprender las tecnologías en juego en la composición de imágenes que buscaban movilizar tanto la liberación como la contención del deseo femenino (Fuss, 1994; Rabine, 1994).

Los capítulos siguientes introducen una serie de conceptos que se analizan combinando elementos de la sociología

© Ediciones Morata, S. L

feminista con los estudios culturales, en un intento de delimitar el campo de la cultura política y popular posfeminista en el Reino Unido (principal pero no exclusivamente). Pretenden mostrar el terreno que examinan, no se basan en trabajos de campo específicos, no son empíricos ni etnográficos, sino que analizan los cambios en el cine, la televisión, la cultura popular y el mundo de las revistas para mujeres. También buscan la relación con escritos recientes de académicas que trabajan en esta área y, en particular, con los libros y ensayos de Judith Butler, traduciéndolos a un vocabulario sociológico que puede aplicarse a fenómenos sociales y culturales concretos. En una respuesta anterior al breve libro de Butler *El grito de Antígona* (2000a) emití algunas reflexiones sobre un "doble enredo", que se refería a la forma en que, con respecto a la sexualidad y la vida familiar, el Estado propició una liberalización concediendo derechos específicos de familia y derechos de parentesco a gais y lesbianas, por una parte y, por otra, una neoliberalización en este terreno de la sexualidad, mostrando una respuesta más punitiva a quienes viven fuera de la unidad económica de la familia biparental (McRobbie, 2003). También se ve el modo en que el feminismo alcanzó el estatus de sentido común, a la vez que era vilipendiado y casi odiado. En este libro continúo desarrollando estas ideas e introduzco conceptos diseñados para proporcionar una "complejización de la reacción" a través de esta idea del "doble enredo". Estos conceptos incluyen los "espacios de atención" que utilizo para examinar el efecto reflector del poder o, en lenguaje deleuziano, las luminosidades que hacen surgir a las mujeres jóvenes como sujetos individualizados, y que les atribuyen un abanico de capacidades tal que pueden percibirse como agentes de cambio, lo que también caracteriza al "feminismo deshecho". Afirmo que hay una reescritura de las jerarquías de género que tiene repercusiones en cuestiones de clase social, raza y

© Ediciones Morata, S. L

etnia. El avance de las jóvenes negras o asiáticas a lo largo de estos caminos individualizados implica concederles un estatus si no insólito, sí excepcional y ejemplar, mientras que, en otra parte dentro del campo de las luminosidades, donde también se deshace el antirracismo, existe una especie de "nostalgia por la blanquitud" y, de hecho, un proceso de recolonización cultural. En el Reino Unido las mujeres blancas viven cada vez más su posición de clase, parafraseando a Stuart Hall, a través de la modalidad de género y feminidad. También se han vuelto más autónomamente feminizadas (y glamourizadas) en su identidad de clase, sin necesidad de adoptar más este estatus ni adherirse a él, desde su posición como esposas de hombres o como hijas de padres. Las mujeres negras y asiáticas también se encuentran atrapadas e implicadas en este proceso de reescritura. Viven su identidad de clase a través de la modalidad de la raza, como argumentó Hall, pero su feminidad también se presenta cada vez más como un factor clave en una sociedad más meritocrática, de modo que la intersección de género y etnicidad encuentra un nuevo sentido y significado social. No me refiero a un nuevo movimiento de mujeres, sino a un "movimiento de mujeres". Este es un aspecto clave de las nuevas formas emergentes de poder de género y que buscan gestionar los requisitos de la nueva economía y la disponibilidad de una fuerza laboral feminizada basada en producir y supervisar cambios para las mujeres, en particular para las mujeres jóvenes.

En el Capítulo 3 incluyo varios conceptos para entender la feminidad posfeminista, lo que en lenguaje foucaultiano podríamos denominar tecnologías, cada una de las cuales se pone a disposición de las mujeres jóvenes como parte de un proceso de sustitución y desplazamiento, y que aparecen para ofrecer posibilidades de libertad y cambio en el estatus y la identidad de las mujeres jóvenes de hoy. Estos son, primero,

© Ediciones Morata, S. L

la "mascarada posfeminista"; segundo, la configuración de la "chica trabajadora"; tercero, la "chica fálica", y cuarto, la "chica global". Argumento que emergen como nuevas formas restrictivas del poder de género, que operan concediendo capacidad a las mujeres jóvenes. A medida que avanza el libro, la noción de violencia simbólica de Bourdieu me sirve de base para examinar las dinámicas cambiantes de clase, raza y género que se desarrollan a través de los programas de televisión que consisten en el cambio de imagen, ya que aquí también hay un "movimiento de mujeres" forzado, en aras del reconocimiento y la ciudadanía cultural. En el capítulo final sigo reflexionando sobre el movimiento de mujeres a través de los procesos de migración educativa, o cómo mujeres jóvenes de todo el mundo fluyeron hacia ciudades como Londres y hacia instituciones de educación superior para aumentar sus cualificaciones. Tan diversas son estas biografías globalizadas que impiden una comprensión sociológica inmediata, al tiempo que plantean toda una serie de nuevas preguntas sobre la individualización femenina, la nueva división internacional del trabajo, el papel de las mujeres jóvenes bien educadas y la lógica económica que sustenta esta forma de migración femenina (Beck y Beck-Gernscheim, 2001). Por ejemplo, Spivak seguramente vería esto como una movilización capitalista de "chicas globales" al servicio de corporaciones ahora multiculturales, y a expensas de las personas empobrecidas que quedan rezagadas, que también se pierden toda una clase de posibles maestros, educadores, médicos etc., todos ellos radicales, que son atraídas hacia a una especie de trampa migratoria (Spivak, 2002). Podemos ver entonces una reconfiguración de la feminidad joven que emerge a través de estos diferentes ensamblajes, de hecho, podríamos pensar que comparten una especie de parentesco o hermandad, son parte de la misma familia extensa, que las cuatro figuras se interconectan entre sí: la inmaculadamente

© Ediciones Morata, S. L

arreglada joven *enmascarada* que finge ser lo que no es, la chica *fálica* sexy y aventurera, la chica *trabajadora* (dura) y su contraparte *global* "complaciente".

Los capítulos de este libro examinan lo que podríamos entender por "complejización de la reacción". En el Capítulo 1 rastreo un doble movimiento que se estaba produciendo a principios de la década de 1990 al mismo tiempo dentro de la academia feminista y fuera de ella, en el mundo de la cultura popular. En el mundo académico, por buenas razones teóricas, el feminismo se desmantela a sí mismo al hacer preguntas sobre el fundacionalismo y el universalismo, y sobre las demandas de representación. Cuestiona, por ejemplo, los procesos mediante los cuales las feministas hablan en nombre de otras mujeres. ¿Quiénes son estas otras mujeres a quienes se pide representar? ¿Qué jerarquías sustentan ciertas agendas feministas? Al mismo tiempo, en la cultura popular también se está deshaciendo o desmantelando el feminismo, no a favor de una vuelta a la tradición, ya que las mujeres no están siendo empujadas de regreso al hogar, sino mediante un proceso que dice que el feminismo ya no es necesario, que ahora es sentido común y, como tal, es algo de lo que las mujeres jóvenes pueden prescindir. Utilizo la película *El diario de Bridget Jones* para argumentar sobre el feminismo que muestra. El feminismo tiene una presencia etérea en la película: Bridget tiene qué agradecerle, porque le ha dado —parafraseando a Ulrich Beck—, "una vida propia", pero no está segura de si eso es lo que quiere, es decir, estar soltera y sin hijos a los treinta y pocos años, aunque se burla del pequeño mundo de las "que presumen de casadas". La prominencia de la cultura de la boda, además de contribuir a la expansión de la cultura de consumo, cabalga sobre este maremoto de posfeminismo celebratorio, como si dijera: "gracias a Dios, las chicas pueden volver a ser chicas", ese tiempo de dureza y censura ha

© Ediciones Morata, S. L

terminado porque, en realidad, ¿quién puede objetar de algo tan alegre e inofensivo como una "despedida de soltera"? ¿Quién se atrevería a desafiar al consenso mayoritario existente sobre el empoderamiento de la mujer, que se manifiesta en la noche de chicas en el pub local, protagonizada por *strippers* masculinos interpretando el *"full monty"*? Y dado que ahora también se invita a homosexuales y lesbianas a participar en la cultura de la boda, parece que hay aún menos razones para investigar qué más podrían acarrear estos rituales de entretenimiento.

En el Capítulo 2 trazo una línea que conecta las fuerzas de la nueva derecha, que desde inicios de la década de 1970 se movilizó contra el movimiento de mujeres mediante acciones y estrategias —muchas de las cuales fueron documentadas por feministas como Judith Stacey y Susan Faludi en los EE. UU. y Bea Campbell en el Reino Unido—, y las prácticas más recientes que operan a través de la incorporación y la instrumentalización. Utilizo la teoría de la articulación de Hall pero la invierto, y a través de la idea de la desarticulación muestro cómo se erosionan las solidaridades transfronterizas, por ejemplo, entre las luchas feministas y antirracistas de negras y blancas, entre madres solteras y lesbianas y homosexuales que también viven fuera del redil de la familia nuclear, y cómo se rompen las "cadenas de equivalencia" del feminismo. La desarticulación es una característica definitoria del proceso de desmantelamiento. Las más amplias intersecciones del feminismo con el antirracismo y con la política sobre gais y lesbianas se eliminan del tipo de historias que afloran incluso en el periodismo serio, y el feminismo es vilipendiado y se retrotrae a una era anterior como es una versión truncada, rígidamente antimasculina y censora de un movimiento mucho más diverso y abierto. Sostengo que esta denigración está cada vez más dirigida a las políticas antirracistas y multiculturales del

© Ediciones Morata, S. L

mismo período, que también se reducen a clichés de "corrección política" y se considera que su desaparición marca el comienzo de un nuevo período con una política comunitaria más ilustrada y moderna, donde la ira justificada y la autoorganización son reemplazadas por una política de modelos a seguir, o tutorías, asimilación e integración, a través de programas de liderazgo cultural. La política negra *per se* se desvanece y se hacen visibles nuevas patologías racializantes, incluida la "nostalgia por la blanquitud".

En el Capítulo 3 desentraño algunas de las nuevas tecnologías de la feminidad joven, destacando un movimiento de avance mientras el feminismo se desvanece. También pongo el acento en la dimensión espectacular de esta visibilidad, o luminosidad, cuando el gobierno y sus voluntariosos ayudantes -el complejo de la moda y la belleza-, toman a las mujeres jóvenes de la mano y las conducen hacia un tipo moderno de libertad. Hay mucho drama en este proceso de avance; las jóvenes están dotadas de capacidad y, como resultado, se espera que sigan caminos de vida específicos que requieren su participación en la fuerza laboral, lo que a su vez permite una inmersión total en la cultura de consumo. Este nuevo contrato sexual se basa en la actividad económica y cultural y en la ciudadanía consumista a expensas de una política feminista recién definida.

En el Capítulo 4 me centro más directamente en la patología femenina y en su prominencia, de hecho, su normalización, en la cultura contemporánea. Las mujeres jóvenes están cada vez más "maquilladas" de acuerdo con un horizonte de expectativas en el que se naturalizan diversos trastornos, e incluso se ven como el alto precio de la libertad. Argumento que estas iras y patologías ilegibles están al borde de la confrontación con los límites con la matriz heterosexual de Butler, pero se actúa sobre ellas y se las confina dentro de este marco de normatividad sexual. Es preferible estar reconociblemente

© Ediciones Morata, S. L

posicionada como una chica anoréxica enferma dentro de una familia debidamente edípica, que estar cuestionando y rompiendo con tales arreglos psicosociales.

En el Capítulo 5 analizo el "movimiento de mujeres" que se desarrolla en el género de los programas de televisión de cambio de imagen. Sostengo que existe un enredo específico de relaciones de clase y género que sustenta estos programas, cuyo resultado deseable es una subjetividad femenina más glamurosa e individualizada. La mujer que se renueva encarna los valores de la nueva y aspiracional clase media baja, en la que tiene una identidad más autónomamente femenina.

En el Capítulo final critico algunos de esos flecos del feminismo contemporáneo que son afirmativos y optimistas sobre los avances que se han logrado. Estos incluyen la "transversalidad de género" y el feminismo de la tercera ola, pero también encuentro algunos motivos sociológicos para ser cauteloso con respecto a la filosofía de afirmación feminista de Rosi Braidotti. Termino el libro reflexionando sobre mi propia aula feminista, un espacio donde imaginar que un caso sólido para la afirmación feminista podría hacerse realidad. Pero la realidad es siempre más impredecible. Es un desafío y también un privilegio impartir enseñanza en un entorno repleto de mujeres jóvenes (y hombres jóvenes) de literalmente todo el mundo. Este proceso de lo que parece ser una migración educativa, ya que muchas de estas jóvenes esperan encontrar trabajo en Londres o en alguna otra ciudad global, plantea muchas preguntas sobre su papel en la nueva división internacional del trabajo, y sobre lo que implica este movimiento, sobre las tensiones en la familia y el parentesco, en los aparentes aplazamientos del matrimonio y de tener niños. Estas mujeres jóvenes también se involucran con los tipos de asuntos feministas que son el tema de este libro, directa e indirectamente. Están tanto dentro como fuera de ellos. Y es como si las fuerzas

© Ediciones Morata, S. L

que las impulsan encontraran una forma de moverse desde, digamos, Corea, o Taiwán o Albania o Indonesia a Londres y, al hacerlo, evitar o suspender algunas de las expectativas y restricciones que de otro modo se les imponen, produciendo una apertura a los debates sobre el poder y la sexualidad, el género y el deseo. Por último, debo recalcar que, a pesar de las muchas referencias al cine y la televisión, las revistas y la cultura popular, este libro es fundamentalmente sociológico. Se preocupa por diseccionar la gestión del cambio social y las formas de poder de género que operan dentro de una ilusión de positividad y progreso mientras encierran a las mujeres jóvenes en dependencias y ansiedades "nuevas-viejas".

© Ediciones Morata, S. L

1

EL POSFEMINISMO Y LA CULTURA POPULAR: BRIDGET JONES Y EL NUEVO RÉGIMEN DE GÉNERO

Introducción: ¿La complejización de la reacción[1]?

Este capítulo presenta una serie de posibles marcos conceptuales que enlazan con lo que, en este libro, denomino posfeminismo. En términos generales, lo contemplo como un proceso mediante el cual las conquistas feministas de los años 70 y 80 se ven socavados de manera activa e incesante (a lo largo del libro se examina qué se entiende exactamente por la expresión "conquistas feministas"). Expongo que, mediante una serie de maquinaciones, los elementos de la cultura popular contemporánea son perniciosamente efectivos en lo que respecta al desmantelamiento de estas conquistas del feminismo mientras que, simultáneamente, parecen estar

[1] Mantenemos este término en referencia al libro de Susan Faludi (1992): Backlash: the undeclared war against American women, trad. cast., *Reacción: la guerra no declarada contra la mujer moderna*, Barcelona, Anagrama. *(N. de la T.)*.

© Ediciones Morata, S. L

participando en una respuesta al feminismo bien informada e incluso bien intencionada. A continuación expongo que esta derrota que puede percibirse en el amplio campo cultural se intensifica, quizá de forma inesperada, en aquellas teorías sociológicas, incluyendo el trabajo de Giddens y Beck, que se ocupan de aspectos del género y el cambio social, pero como si el pensamiento feminista y los años de lucha de las mujeres no hubieran desempeñado un papel en estas transformaciones (esto se vuelve a tratar en el Capítulo 2 y, brevemente, en el Capítulo 3). Asimismo sugiero que, que las ideas de libertad y de libre elección están ahora en la cultura popular vinculadas indisolublemente a la categoría de mujer joven, mientras que el feminismo se muestra como decisivamente envejecido y superfluo. El feminismo se relega a las sombras, donde, en el mejor de los casos, puede esperar tener una segunda vida, en la que tenga una consideración ambivalente por aquellas mujeres jóvenes que deben mantenerlo a distancia en público, en favor del reconocimiento social y sexual. Propongo que se da una complejización de la tesis de la reacción (que, de nuevo, se analizará con más detalle en el capítulo siguiente).

Faludi alude a una respuesta concertada y conservadora para desafiar las conquistas del feminismo (Faludi, 1992). Su trabajo es importante, al igual que el de Stacey y otros autores, porque traza intervenciones antifeministas colindantes con cómo se muestra el feminismo (Stacey, 1985-1986). Mi argumento, más bien diferente, es que el posfeminismo se nutre del feminismo y lo invoca como aquello que se puede tener en cuenta para sugerir que se ha conseguido la igualdad, con el objeto de implantar todo un repertorio de nuevos significados que enfaticen que ya no es necesario, pues su lucha está ya amortizada. Esto se evidenció en la columna del periódico *The Independent* (Reino Unido) "El diario de Bridget

© Ediciones Morata, S. L

Jones"[2], y más adelante en el libro de gran éxito y las películas que le siguieron. La contagiosa feminidad de Bridget Jones produce una lógica generacional claramente posfeminista. A pesar del feminismo, Bridget quiere perseguir sus sueños románticos, encontrar un marido adecuado, casarse y tener hijos. Lo que más teme es acabar como una "solterona". Bridget es, una vez más, una chica "tranquilizadoramente" femenina. No le preocupa especialmente su carrera profesional, aunque sabe que no debería ser así. Comete errores de colegiala en su editorial al no saber que el crítico literario F. R. Leavis hace tiempo que murió; pronuncia un discurso incoherente en la presentación de un libro; su cabeza parece estar repleta de pensamientos frívolos, aunque ella es inteligente e ingeniosa a su propia manera femenina. Pero, sobre todo, está desesperada por encontrar al hombre adecuado. La película muestra una especie de feminidad atolondrada y entrañable, como si fuera algo que se ha perdido, y parece estar diciendo que, afortunadamente, la feminidad anticuada puede recuperarse. En este contexto, el posfeminismo parece que significa reprender ligeramente el pasado feminista, al tiempo que también se recuperan y rescatan ciertos elementos apetecibles como, en este caso, la libertad sexual, el derecho a beber, fumar y divertirse en la ciudad y ser económicamente independiente[3].

[2] *El Diario de Bridget Jones* apareció por primera vez como una columna periodística en el periódico británico *The Independent*, en 1996. Su autora, Helen Fielding, publicó después los diarios en forma de libro, y se estrenó la película *El diario de Bridget Jones*, dirigida por Sharon McGuire, en 2001. La secuela *Bridget Jones: Sobreviviré*, dirigida por Beebron Kidron, se estrenó en noviembre de 2004.

[3] Hay una serie de momentos en la película en los que se invocan "temas feministas" (como el acoso laboral, la discriminación sexual y la igualdad salarial) para abandonarlos de forma ingeniosa cuando Bridget se acuesta conscientemente con su jefe y luego acepta un trabajo que requiere que sea abiertamente *sexy*.

© Ediciones Morata, S. L

En general, sostengo que para que "se tenga en cuenta" el feminismo, este debe concebirse como algo que ya ha muerto. El tema de este libro es, en gran medida, el rechazo en que se basa este fallecimiento. Se trata de un movimiento detectable a través de la cultura popular, un sitio donde "el poder... se rehace en varios momentos en la vida cotidiana, (constituyendo) nuestra tenue percepción del sentido común" (Butler, Laclau y Zizek, 2000:14). Algunos comentarios fugaces en el breve ensayo *El grito de Antígona*, de Judith Butler, me sugieren que el posfeminismo puede explorarse a través de lo que yo describiría como un "doble enredo" (Butler, 2000). Esto incluye la coexistencia de valores neoconservadores en relación con el género, la sexualidad y la vida familiar (por ejemplo, George Bush apoyó la campaña para fomentar la castidad entre gente joven, y en marzo de 2004, declaró que la propia civilización depende del matrimonio tradicional), con procesos de liberación en cuanto a la elección y la diversidad en las relaciones domésticas, sexuales y de parentesco (por ejemplo, las parejas homosexuales pueden ahora adoptar, acoger o tener sus propios hijos por cualquier medio, y al menos en el Reino Unido, tienen pleno derecho a las uniones civiles). También abarca la existencia del feminismo como algo transformado, de alguna manera, en una forma de sentido común gramsciano, mientras que a su vez es tremendamente rechazado, de hecho, casi odiado (McRobbie, 2003). La "toma de conciencia" permite un desmantelamiento aún más completo de la política feminista y el descrédito de la necesidad, ocasionalmente expresada, de su renovación.

El feminismo se desmantela a sí mismo

El impacto de este doble enredo que se manifiesta en la cultura popular y política coincide, sin embargo, con que en

© Ediciones Morata, S. L

el mundo académico el feminismo encuentra necesario desmantelarse a sí mismo. Si buscamos establecer períodos, podríamos decir que 1990 marca un punto de inflexión, el momento de autocrítica definitiva en la teoría del feminismo. En ese momento, feministas poscoloniales como Spivak, Trinh y Mohanty, entre otras, y teóricas feministas como Butler y Haraway, inauguran la desnaturalización radical del cuerpo posfeminista (Mohanty, 1988; Spivak, 1988; Trinh, 1989; Butler, 1990; Haraway, 1991) cuando llegan a cuestionar por completo las afirmaciones representativas del feminismo de la segunda ola. Bajo la influencia prevalente de Foucault, el interés feminista se aleja de los bloques de poder centralizados, como serían el Estado, el patriarcado o la ley, hasta sitios, acontecimientos e instancias de poder más dispersos conceptualizados como flujos y convergencias específicas y consolidaciones de la conversación, el discurso o las atenciones. Únicamente en la obra de Butler el cuerpo y también el sujeto llegan a representar un punto focal para el interés feminista. El concepto de subjetividad y los medios por los que las formas y las interpelaciones culturales (o procesos sociales dominantes) llaman a las mujeres a existir, las producen como sujetos, y al tiempo simple y ostensiblemente las describen. Esto significa, inevitablemente, que estamos ante un "ella" problemático, en vez de un "nosotras" no problemático, lo que indica un giro hacia lo que podríamos describir como las nuevas políticas feministas del cuerpo (Butler, 1990, 1993). En los estudios culturales feministas, el comienzo de la década de 1990 marca también un momento de reflexividad feminista. En su artículo *Pedagogies of the Feminine*, Brunsdon cuestionó el valor (hasta entonces asumido) del uso para la investigación de los medios feministas de la oposición binaria entre "feminidad" y "feminismo", o como ella expresó, la medida en que el "ama de casa" o a la "mujer corriente" se concebía como el supuesto sujeto de

© Ediciones Morata, S. L

atención del feminismo (Brunsdon, 1991). Echando la vista atrás, podemos ver lo mucho que se utilizó este dualismo, y también cuán particular fue para los acuerdos de género de mujeres heterosexuales, en su mayoría blancas y relativamente adineradas (es decir, amas de casa). Aunque en ese momento ambas categorías tenían cierta transparencia, a finales de la década de 1980 estas se pusieron en tela de juicio. No solo había una fuerza homogeneizadora en ambos lados de la ecuación, sino que también se hizo evidente que este binomio permitió que surgiera un cierto tipo de autodefinición útil y feminista, particularmente en los estudios mediáticos y culturales, donde había un interés por las intersecciones de los medios con la vida cotidiana a través de conceptualizaciones de la audiencia. En este caso, se entendía que la audiencia estaba formada por amas de casa que las feministas estudiarían con empatía. El concepto de ama de casa, en efecto, facilitó un cierto modo de investigación feminista, pero en ese momento no prestábamos atención a la naturaleza parcial y exclusiva de dicho binomio.

El año 1990 también marcó el momento en el que encontró su expresión el concepto de "feminismo popular". Andrea Stuart examinó la creciente circulación de los valores feministas en el panorama de la cultura popular, en particular en las revistas donde, temas que habían sido esenciales para la formación del movimiento feminista, como la violencia doméstica, la igualdad salarial y el acoso en el lugar de trabajo, de repente se dirigían ahora a un gran número de lectores (Stuart, 1990). En ese momento, también fue una preocupación clave en mi propia obra ampliar la difusión de los temas feministas, en particular la intersección de estas nuevas representaciones con la vida cotidiana de mujeres jóvenes que, como sujetos (llamados a ser) de este feminismo ahora popular, se podría esperar que encarnaran identidades más envalentonadas (aunque, por supuesto, también fallidas). Esto dio lugar a la idea del éxito

© Ediciones Morata, S. L

feminista, y sugirió que los medios de comunicación populares, como las revistas, estaban de hecho más abiertos al cambio de lo que se había pensado anteriormente, y esto a su vez dio lugar a una breve ola de optimismo. Lo que podría tener un impacto en el ámbito académico en lo que respecta al currículum feminista también podría tenerlo más allá de la academia, en concreto en el mundo comercial. Por supuesto, tan pronto como se escribe la palabra "éxito", se cuestiona: ¿cómo se podría medir? ¿Cuáles podrían ser los criterios para determinar el grado de éxito feminista?

El éxito femenino

Es cierto que hay cierta extravagancia en mi reivindicación del éxito feminista. Sería más exacto mencionar el gran interés de los medios de comunicación populares y de calidad (los mismos que desean aumentar sus lectoras y audiencias femeninas) sobre las ideas del éxito femenino. Debido a que los valores feministas se tienen en cuenta en una serie de instituciones —incluyendo la ley, la educación, hasta cierto punto la medicina, el empleo y los medios de comunicación—, los logros destacados o de interés periodístico de las mujeres y las niñas en estos sectores demuestran que dichas instituciones son modernas y están al tanto de los cambios sociales. Por consiguiente, este es el contexto en que se reconoce al feminismo y a esto me refiero por "tener en cuenta" el feminismo. El tipo de feminismo que se tiene en cuenta en este contexto es liberal, de igualdad de oportunidades, mientras que en otros lugares, y de manera más negativa, se invoca el feminismo radical preocupado por la crítica social más que por el progreso o la mejora de la posición de las mujeres en un orden social más o menos inalterado. Pero más allá de los límites de las diferentes

© Ediciones Morata, S. L

formas de feminismo, hasta ahora la idea del éxito feminista solo se ha descrito esporádicamente (para más información sobre sobre los logros de las niñas en la educación, véanse Arnot y cols., 1999 y Harris, 2004). Dentro de los estudios culturales y mediáticos, Brunsdon y yo hemos contemplado cómo no sorprende que la inclusión del feminismo como parte del plan de estudios académico (es decir, reglado), pueda también tener elementos que lo contrarresten. Es decir, no exise la idea de que el feminismo debe también enfrentarse a las consecuencias de sus propias pretensiones de representación y poder, y no deberían sorprenderse cuando las jóvenes estudiantes rechacen identificarse como un "nosotras" con sus profesoras y académicas feministas (Brunsdon, 1991; McRobbie, 1999a). Esta interconexión entre la academia feminista y el alumnado también se ha debatido en las revistas feministas estadounidenses, sobre todo en relación con el declive de los estudios sobre la mujer, tema que retomo en el capítulo final de este libro. A principios de la década de 1990 (y siguiendo a Butler) percibí esta contestación por parte de las mujeres jóvenes, y lo que yo llamaría su potencial distanciamiento del feminismo, en el que comenzaría un animado diálogo sobre cómo podría desarrollarse el feminismo (Butler, 1992; McRobbie, 1994). De hecho, parecía que la desidentificación se encontraba en la naturaleza misma del feminismo y que era un amable requisito para su existencia. Pero ahora parece que este distanciamiento del feminismo y esas declaraciones de falta de identidad contundente con el feminismo se han consolidado en algo más cercano al repudio que a la ambivalencia, y es esta postura vehementemente denunciante la que se manifiesta en todo el campo del debate popular de género. Este es el espacio cultural del posfeminismo.

En este contexto se requieren imaginación y esperanza para argumentar que el repudio o la represión activa, sostenida

© Ediciones Morata, S. L

y repetida del feminismo también marca su presencia (aún temerosa) o incluso su longevidad (como una vida después de la muerte). Con esto quiero decir que hay diferentes tipos de repudio y diferentes posturas en este asunto. En las páginas de la prensa de derechas del Reino Unido, en particular en el *Daily Mail*[4], las denuncias más suaves del feminismo coexisten con la estridente defensa de las mujeres jóvenes como metáfora del cambio social. Este respaldo antifeminista a la individualización femenina se encarna en la figura de la ambiciosa "rubia televisiva" (McRobbie, 1999b). Estas llamadas chicas "10", glamurosas y de alto rendimiento, están destinadas a estudiar en Oxford o Cambridge, y suelen aparecer en fotografías sujetando sus certificados sobresalientes de acceso a la universidad. Podríamos decir que son chicas ideales, sujetos *por excelencia* y también sujetos de excelencia. Estas nociones de éxito femenino tampoco son exclusivas de las representaciones cambiantes de las mujeres jóvenes en los países del opulento Occidente (Spivak, 1999). Las mujeres jóvenes son una buena inversión, se les puede confiar un microcrédito, son los sujetos privilegiados del cambio social. Pero los términos de estas grandes expectativas por parte de los gobiernos son que las mujeres jóvenes deben prescindir de políticas feministas más autónomas, lo coherente es el desplazamiento del feminismo como movimiento político. Este desplazamiento se refleja en el triste relato de Butler sobre la vida de Antígona después de

[4] El periódico *Daily Mail* tiene el mayor volumen de lectores femeninos en el Reino Unido. Su postura posfeminista es inequívoca, y con frecuencia encarga a periodistas y escritoras feministas que culpen al feminismo de las quejas actuales de las mujeres. Por ejemplo, la famosa novelista Fay Weldon escribió un artículo titulado "Mira lo que hemos hecho" (23 de noviembre de 2003: 1213) en el que argumentaba que todo lo que habían creado las feministas era "una nueva generación de mujeres para quienes el sexo es totalmente inútil y vacío". Véase también el capítulo siguiente.

© Ediciones Morata, S. L

la muerte. Su existencia sombría y solitaria sugiere una modalidad de efectividad feminista como espectral; tiene que ser expulsada, incluso enterrada, para que la organización social vuelva a ser inteligible (Butler, 2000a).

Feminismo impopular

Los medios de comunicación se han convertido en el lugar clave para definir los códigos de conducta sexual, donde se juzgan y establecen las reglas del juego. A través de estos múltiples canales de comunicación de forma rutinaria se menosprecia al feminismo. ¿Por qué se odia tanto al feminismo? ¿Por qué las jóvenes retroceden con horror ante la sola idea de lo feminista? Es como si para que te tengan en cuenta como chica hoy en día se requiera este tipo de denuncia ritualista, lo que a su vez sugiere que la estrategia para el desempoderamiento del feminismo incluye su historización y su encuadre generacional y, por lo tanto, su fácil obsolescencia. Sería demasiado simplista establecer un patrón en los medios de comunicación que recorra desde el feminismo popular (o feminismo de "máxima audiencia", que incluye programas de televisión como *La ley de Los Ángeles*) a principios de la década de 1990, pasando por el feminismo de nicho (*Woman's Hour*, Radio 4 de la *BBC*, y la sección de mujeres del periódico *The Guardian*), a mediados de dicha década, hasta el feminismo abiertamente impopular (a partir del año 2000), como si estos trazaran un "gran espectáculo de movimiento a la derecha" cronológico, tal y como expresó una vez Stuart Hall en otro contexto (Hall, 1989).

Necesitaríamos un esquema conceptual más desarrollado para dar cuenta de la feminización simultánea de los medios de comunicación populares ante tal cantidad de respuestas

© Ediciones Morata, S. L

ambivalentes y temerosas. Sin duda, tendríamos que señalar la aparente emancipación de las mujeres en Occidente, de todas las edades, como audiencia, consumidoras activas de los medios y de la variedad de productos que estos promueven y, en virtud de la educación, el poder adquisitivo y la identidad del consumidor, una notable cuota de mercado objetivo. También tendríamos que ser capaces de teorizar los logros femeninos basados no en el feminismo, sino en el "individualismo femenino", en el éxito que parece basarse en la invitación actual a las mujeres jóvenes por parte de varios gobiernos a considerarse libres para competir en la educación y en el trabajo como sujetos privilegiados de la nueva meritocracia. ¿Es este, entonces, la individualización femenina y la nueva meritocracia el *New Deal* para las jóvenes modernas del Nuevo Laborismo a costa de la política feminista?

Hay varios espacios en la cultura popular donde se visibiliza esta labor de desmantelar con cierta sutileza el feminismo (véase también Brunsdon, 1991). El anuncio de Wonderbra, que muestra a la modelo Eva Herzigova mirando con admiración su escote, realzado por la pirotecnia de encaje de Wonderbra, se colocó a mediados de los años noventa en las principales calles del Reino Unido, en vallas publicitarias a tamaño completo. La composición de la imagen tenía tal dimensión de "anuncio sexista" de libro (la mirada de la modelo invitando y alentando la "mirada masculina" hacia sus pechos) que podría perdonarse suponer cierta familiaridad irónica tanto con los estudios culturales como con las críticas feministas a la publicidad (Williamson, 1978). De algún modo, se mostraba el feminismo como una cosa del pasado, provocando la "promulgación del sexismo" y jugando, al mismo tiempo, con los debates de la teoría cinematográfica sobre la mujer como el objeto de la mirada (Mulvey, 1975/1989) y con el deseo femenino (Coward, 1984; de Lauretis, 1988). La imagen es en blanco y negro, y a

© Ediciones Morata, S. L

través de sus subtítulos hace referencia explícita a Hollywood y a las famosas frases de la actriz Mae West (desde "Hola, chicos" hasta "¿O es que no te alegras verme?"). Se trata de un anuncio que reproduce ante sus espectadores aspectos bien conocidos de los estudios feministas sobre los medios, la teoría del cine y la semiótica. De hecho, casi ofrece al espectador o al transeúnte (aunque de forma tosca) la teoría de Laura Mulvey sobre la mujer como objeto de la mirada, proyectada como paisaje urbano dentro del marco de la valla publicitaria. También se moviliza en este anuncio la familiaridad del término "corrección política", cuya eficacia reside en que garantiza y desencadena reacciones enérgicas contra el régimen aparentemente tiránico del puritanismo feminista. Todo el mundo, y sobre todo la gente joven, puede suspirar aliviado. Gracias a Dios, la imagen parece sugerir que es permisible, una vez más, disfrutar mirando los cuerpos de las mujeres hermosas. Al mismo tiempo, el anuncio también pretende provocar la condena feminista como medio para generar publicidad. También así se producen diferencias generacionales, ya que la espectadora más joven, junto a sus homólogos masculinos, educada en la ironía y alfabetizados visualmente, no se enfurece con semejante repertorio. Ella aprecia sus capas de significado, entiende la broma.

Cuando en un anuncio de televisión (1998/9) la supermodelo Claudia Schiffer se va quitando la ropa mientras desciende por la escalera de una lujosa mansión para salir hacia su nuevo coche Citröen, entra en juego una retórica similar. Este anuncio parece sugerir que sí, que es un anuncio conscientemente sexista. Se evocan deliberadamente críticas feministas. El feminismo aparece, pero solo para demostrar que ya no es necesario. ¿Por qué? Porque ahora parece que aquí no hay explotación, no hay nada remotamente ingenuo en este *striptease*. Parece que ella lo hace por voluntad propia y para su

© Ediciones Morata, S. L

propio disfrute. La imagen funciona porque la audiencia sabe que Claudia Schiffer es una de las supermodelos más famosas y mejor pagadas del mundo. De nuevo se evoca la sombra de la desaprobación (el *striptease* como explotación femenina) solo por un instante, para descartarse después como perteneciente al pasado, a una época en la que las feministas se oponían a esta clase de imágenes. Si hoy en día se hace tal objeción se corre el riesgo de hacer el ridículo; la objeción se impide con ironía. En cada uno de estos casos se invoca el espectro del feminismo para hacerlo retroceder. Para los espectadores masculinos se restaura la tradición o, como apunta Beck, hay una "certeza construida", mientras que para las chicas se propone un movimiento más allá del feminismo, hacia una zona más cómoda donde las mujeres ahora son libres de elegir por sí mismas (Beck, 1992).

¿Se encuentra el feminismo en retroceso?

Si prestamos atención a algunas de las dinámicas de participación en el ocio y en la vida cotidiana en las que las jóvenes aceptan (o bien se niegan a condenar) la irónica normalización de la pornografía, donde manifiestan su aprobación y su deseo de ser chicas de portada de las revistas de pornografía "suave" (las llamadas *revistas masculinas)* en las que no es raro encontrarse con jóvenes que van por la calle con camisetas con frases como "Porn Queen" ("Reina del porno") o "Pay To Touch" ("Paga por tocar") en el pecho, donde, al menos en el Reino Unido, las jóvenes acuden felices a los clubes de baile erótico (quizá como prueba de su sofisticación y de su "estilo"), y donde la revista *Cosmopolitan* considera que es muy positivo que las mujeres jóvenes muestren "fugazmente" sus pechos en público, somos testigos de una hipercultura de la sexualidad

© Ediciones Morata, S. L

comercial, uno de cuyos aspectos es el repudio de un feminismo que se invoca solo para ser descartado de inmediato (véase también Gill, 2003, 2006). Como marca de identidad posfeminista, las periodistas jóvenes se niegan a condenar el enorme crecimiento de los clubes de baile erótico. Conocen la existencia de las críticas y debates feministas (o al menos eso pienso) a través de su educación, ya que, como describe Shelley Budgeon en su estudio, la mayoría de las chicas en la actualidad tienen "consciencia de género" (Budgeon, 2001). Así, a pesar de su libertad, se pide al nuevo sujeto femenino que se calle, que no critique para ser una chica moderna y sofisticada. De hecho, esta abstención de crítica es una condición de su libertad. Hay quietud y complicidad en las formas específicas de entender generacionalmente el estilo o la sofisticación y, más concretamente, una relación acrítica con las representaciones sexuales dominantes producidas comercialmente, que invocan de manera activa la hostilidad hacia las posiciones feministas asumidas en el pasado, con el fin de respaldar un nuevo régimen de significados sexuales basados en el consentimiento femenino, la igualdad, la participación y el placer.

La individualización de la mujer

Cuando utilizo el término "individualización de la mujer" me baso en el concepto de individualización, muy debatido por sociólogos como Giddens (1991), Beck (1992), Beck-Gernscheim (2001) y Zygmunt Bauman (2000, 2001). Este trabajo también debe diferenciarse de la versión más directamente foucaultiana que se encuentra en la obra de Nikolas Rose (1999a, 1999b). Aunque estos autores tienen puntos en común, en la medida en que todos ellos reflexionan sobre las expectativas de los individuos que ahora se autocontrolan con avidez

© Ediciones Morata, S. L

y que parecen tener una mayor capacidad para planificar "una vida propia", también hay divergencias. Beck y Giddens se preocupan menos por la forma en que el poder funciona como asesor personal en esta nueva apariencia amistosa y, en cambio, hacen hincapié en la ampliación de la libertad y la elección, mientras que Rose considera que estos modos de autogobierno marcan "la configuración del ser" y, por lo tanto, la "inculcación de una forma de vida" (Rose, 1999a). Bauman lamenta la absoluta inviabilidad de la individualización total, ya que los recursos de la sociedad (y del estado de bienestar) se están desmantelando, dejando que el individuo se culpe a sí mismo cuando se le escapa el éxito. (También es posible trazar una línea política entre estos autores, con Bauman y Rose a la izquierda, y Giddens y Beck "más allá de la izquierda y la derecha"). Aquí pongo el acento en la obra de Giddens y Beck, por la razón de que parecen hablar directamente a la generación posfeminista. En sus obras solo hay reminiscencias (en caso de que las haya) de las luchas feministas que se necesitaron para originar las nuevas libertades de las mujeres jóvenes en Occidente. No queda rastro alguno de las batallas libradas, de las luchas de poder emprendidas, ni de las desigualdades persistentes que aún siguen marcando las relaciones entre hombres y mujeres. Todo esto se borra de la existencia con el pretexto de que, como afirman, la "política de emancipación" ha dado lugar a la política de la vida (o, en palabras de Beck, la subpolítica de los grupos de interés individuales).

Tanto Giddens como Beck ofrecen una explicación sociológica de la dinámica del cambio social entendida como "modernización reflexiva". El período previo de modernización (primera modernidad) creó un estado de bienestar y una serie de instituciones (por ejemplo, la educativa) que permitieron a las personas de la segunda modernidad ser más independientes y capaces de, por ejemplo, ganarse la vida.

© Ediciones Morata, S. L

Como resultado, las mujeres jóvenes ahora están desvinculadas de las comunidades donde se fijaron los roles de género. Y, a medida que las antiguas estructuras de la clase social se desvanecen y pierden su control en el contexto de la última o segunda modernidad, los individuos se ven cada vez más llamados a inventar sus propias estructuras. Deben hacer esto de forma interna e individualista, de modo que las prácticas de autocontrol (la agenda, el plan de vida, la carrera profesional) sustituyan la confianza en los caminos establecidos y estructurados. Las guías de autoayuda, los asesores personales, los entrenadores y gurús del estilo de vida y todo tipo de programas televisivos de superación personal proporcionan los medios culturales por los que la individualización opera como un proceso social. A medida que la fuerza abrumadora de la estructura se desvanece, también se afirma que aumenta la capacidad para actuar de forma independiente.

Los individuos ahora deben elegir el tipo de vida que quieren vivir. Las chicas deben tener un plan de vida. Deben volverse más reflexivas en todos los aspectos de sus vidas, desde tomar la decisión correcta en el matrimonio hasta asumir la responsabilidad de su propia vida laboral y no depender de un trabajo de por vida o del funcionamiento estable y fiable de una burocracia a gran escala, que en el pasado habría asignado a sus empleados funciones específicas y, posiblemente, invariables. Ambos, Beck y Giddens, aportan una inflexión diferente a sus relatos de modernización reflexiva, pero en general estos argumentos parecen encajar directamente con los tipos de escenarios y dilemas que afrontan los personajes femeninos jóvenes en las narrativas de la cultura popular contemporánea. En este relato hay una evasión de las divisiones sociales y sexuales, y del continuo perjuicio y la discriminación que sufren las mujeres negras y asiáticas. Beck y Giddens no prestan mucha atención a las dimensiones reguladoras de

© Ediciones Morata, S. L

los discursos populares sobre la elección y superación personal. Seguramente, dentro de la cultura del estilo de vida, la elección es una modalidad de restricción. El individuo se ve obligado a ser el tipo de sujeto que puede tomar las decisiones correctas. De esta manera, se trazan nuevas líneas y demarcaciones entre aquellos sujetos que se consideran receptivos conforme al régimen de responsabilidad personal, y aquellos que fracasan miserablemente. Ni Giddens ni Beck expresan una crítica sustancial a estas relaciones de poder que se materializan de manera tan eficaz. No se plantean que producen nuevas esferas de daño e injusticia.

Bridget Jones

La película *El diario de Bridget Jones* (de éxito mundial) aborda muchos de estos temas sociológicos. A sus treinta años, viviendo y trabajando en Londres, Bridget es una profesional autónoma, soltera y sin hijos, que se divierte en pubs, bares y restaurantes. Es un producto de la modernidad, puesto que se ha beneficiado de aquellas instituciones (educación) que han aflojado las ataduras de la tradición y de la comunidad de las mujeres, posibilitando su desvinculación y su reubicación en la ciudad para ganarse la vida de forma independiente, sin vergüenza ni peligro. Pero esto también da lugar a nuevas ansiedades. Hay miedo a la soledad, al estigma de estar soltera y a los riesgos e incertidumbres de no encontrar la pareja adecuada que pueda ser el padre de sus hijos. La secuencia inicial de la película presenta a Bridget en pijama, preocupada por estar sola y quedarse para vestir santos. La banda sonora es *All By Myself*, de Jamie McNeal, y el público se ríe con ella en ese momento de duda existencial. De inmediato, sabemos que está pensando "¿y si nunca encuentro el hombre adecuado, si

© Ediciones Morata, S. L

nunca me caso?". Bridget retrata el espectro completo de atributos asociados con el autocontrol, confía en sus amistades, escribe un diario, reflexiona sin cesar sobre su peso fluctuante, anota su consumo de calorías, planifica, conspira y tiene proyectos. También siente una profunda incertidumbre sobre lo que le deparará el futuro. A pesar de las opciones que tiene, hay también una serie de riesgos que se le recuerdan regularmente. El riesgo de que se le escape el hombre adecuado ante sus narices, por lo que debe estar siempre atenta, priorizando esto sobre el éxito en el trabajo. El riesgo de no atrapar a un hombre en el momento adecuado podría significar perder la oportunidad de tener hijos (su reloj biológico no se detiene). Asimismo, existe el riesgo de que, sin pareja, se quede aislada, marginada del mundo de las parejas felices.

Con tan evidente peso de la autogestión, Bridget fantasea con formas muy tradicionales de realización y felicidad. Al coquetear con su jefe en horas de oficina, Bridget se imagina a sí misma con un vestido de novia blanco, rodeada de damas de honor, y el público se ríe a carcajadas porque, al igual que Bridget, sabe que no es así como deben pensar las mujeres jóvenes hoy en día. El feminismo ha intervenido para constreñir este tipo de deseos convencionales. Pero seguramente es un alivio escapar de esta política de censura y disfrutar libremente de lo que ha sido desaprobado, y esto es lo que no solo permite la película, sino que fomenta y disfruta absolutamente. El feminismo estaba en contra del matrimonio y ahora se puede demostrar que esto es un gran error. Se invoca al feminismo para relegarlo al pasado. Pero no es un simple regreso al pasado; hay, por supuesto, diferencias bastante notables entre los diversos personajes femeninos de la cultura popular actual, desde Bridget Jones hasta las chicas de *Sexo en Nueva York* y *Ally McBeal*, y los que se encuentran en las revistas para las chicas y mujeres de una era prefeminista. Estas nuevas

© Ediciones Morata, S. L

jóvenes tienen suficiente confianza como para declararse preocupadas por un posible fracaso en la búsqueda de un marido, evitan a cualquier hombre agresivo o abiertamente tradicional y disfrutan de forma descarada de su sexualidad, sin temor a la doble moral sexual. Además, son más que capaces de ganarse la vida por sí mismas, y el grado de sufrimiento o vergüenza que prevén en caso de no hallar un marido se ve contrarrestado por la confianza sexual que tienen en sí mismas.

Con tan ligero entretenimiento, repleto de ironía y dedicado a reinventar géneros femeninos de gran éxito en el cine y la televisión, podría parecer pesado argumentar sobre el rechazo del feminismo. De hecho, *El diario de Bridget Jones* es un ejemplo de película de género femenino, reinventada para recuperar el romance en un contexto específicamente posfeminista. Ni esta película, ni *Ally McBeal*, ni *Sexo en Nueva York* son convencidos panfletos antifeministas, sino que simplemente han tenido en cuenta el feminismo y plantean, implícita o explícitamente, la pregunta "¿Y ahora qué?". Hay una fuerte sensación en las tres de que las mujeres jóvenes, de alguna manera, desean reclamar su feminidad, sin decir exactamente por qué se les ha arrebatado. Estas jóvenes quieren ser femeninas y disfrutar de toda clase de placeres femeninos tradicionales sin tener que disculparse, aunque, de nuevo, queda en el aire el motivo por el que sienten que tienen que disculparse. Y parece que la audiencia, al igual que estos personajes femeninos, debemos saber la respuesta a esta pregunta porque es obvia. El feminismo, al parecer, robó a las mujeres sus placeres más preciados: el romance, el cotilleo y las preocupaciones obsesivas sobre cómo conseguir un marido, de hecho, mientras escribo esto, me acuerdo nítidamente de la revista *Jackie,* donde yo misma regañaba implícitamente a las lectoras por caer en estas trampas, sobre todo en las fantasías relacionadas con el romance y el matrimonio

© Ediciones Morata, S. L

(McRobbie, 1977/2000b). Es como si se tratara de la venganza de la generación más joven, que tuvo que soportar las reprimendas de las profesoras y académicas feministas en la universidad por querer las cosas incorrectas. (Este grupo demográfico femenino y culto es un factor en la narrativa de *El diario de Bridget Jones*, que presenta multitud de referencias a Germaine Greer, Jane Austen, Salman Rushdie, el posmodernismo y la teoría literaria). El momento posfeminista de *El diario de Bridget Jones* coincide también con la nueva popularidad una vez más, promovida masivamente por la cultura de consumo, de las bodas, incluyendo las de gais y lesbianas, y toda la parafernalia que las acompaña. Las referencias culturales y el humor de esta particular "comedia romántica" están a la altura del momento. Las chicas ahora se emborrachan tanto que se caen de los taxis, tienen sexo cuando les apetece, sin estar siempre listas con la mejor ropa interior, etc. Pero, como sabemos, las relaciones de poder se hacen y rehacen dentro de los textos de disfrute y los rituales de relajación y abandono. Esta clase de mujeres jóvenes es vital para la construcción de un nuevo régimen de género basado en el "doble enredo" que he descrito. Asumen plenamente lo que Rose llama "esta ética de la libertad", pasan a un primer plano como sujetos preeminentes de esta nueva ética. Estos textos populares normalizan las preocupaciones de género posfeministas para volver a controlar a las jóvenes por medio del lenguaje de la elección personal. A pesar de toda esta planificación y de escribir un diario, incluso la "libertad bien regulada" puede resultar contraproducente (la fuente del efecto cómico), lo que a su vez da lugar a patologías delimitadas (tener un bebé demasiado tarde, no encontrar un buen partido, etc.) que definen cuidadosamente los parámetros de lo que constituye una vida habitable para las mujeres jóvenes sin la ocasión de reinventar el feminismo.

© Ediciones Morata, S. L

El diario de Bridget Jones celebra el regreso del romance en un marco posfeminista más suave que duro. Bridget es entrañablemente regordeta y recuerda a un buen número de predecesoras literarias, aunque más nítidamente a la Elizabeth Bennett de Jane Austen. Se burla de sí misma, se menosprecia, y sus ingeniosas observaciones sobre la vida social que la rodea crean una calidez y una audiencia que, casi de inmediato, está de su lado mientras negocia los códigos de las relaciones sexuales contemporáneas. Aunque se autodefine constantemente como una fracasada, e incluso se hace la tonta echando a perder las oportunidades que se le presentan para brillar en el trabajo y diciendo lo que no debe en lugares públicos, también es consciente de cada paso en falso que da, regañándose a sí misma por el camino. Gran parte del efecto cómico se desarrolla en torno a sus intentos diarios de convertirse en el tipo de mujer con la que cree que los hombres quieren casarse, de ahí que el momento romántico cumbre de la película es cuando Mark Darcy dice que le gusta tal y como es. Por supuesto, esto resulta conmovedor pues, ¿quién no desea ser querido por lo que uno es, quienquiera que sea? *El diario de Bridget Jones* habla por lo tanto del deseo femenino y, de forma completamente comercializada, del deseo de algún tipo de justicia o igualdad de género en el mundo del sexo y las relaciones. Aquí también se cierne el fantasma del feminismo. Bridget merece lograr lo que quiere. La audiencia está completamente de su lado. Ella debería poder encontrar al hombre adecuado, ya que ha recorrido ese complicado camino que requiere ser independiente, ganarse la vida, defenderse de los comentarios denigrantes, seguir siendo divertida y mantener el buen humor en todo momento, sin enfadarse ni criticar demasiado a los hombres, sin renunciar a su feminidad, sus deseos de amor y maternidad, su sentido del humor y su atractiva vulnerabilidad.

© Ediciones Morata, S. L

2

EL FEMINISMO, ¿ESTÁ EN RETROCESO? LA POLÍTICA CULTURAL DE LA DESARTICULACIÓN

La desarticulación del feminismo

Hemos terminado el capítulo anterior con una Bridget Jones de 32 años, pero juvenil, o quizás con la necesidad de parecer juvenil, ya que se requieren cualidades juveniles para buscar marido. El público se ríe de sus percances, propios de una joven inmadura de 18 años, y aunque las cualidades de la niñez no son perjudiciales o peligrosas *per se* para la feminidad adulta, sin embargo ejercen de algún modo la función de marcar los límites, dejando aparte la seriedad, el humor ácido y una madurez mayor de la edad que le corresponde, en lugar de ser necesariamente joven a los 32. Esto predomina en el campo de la cultura popular, donde las mujeres deben ser jóvenes. Kylie Minogue, a su edad, debe actuar como una adolescente risueña cada vez que cruza el umbral de su puerta. Esta situación nos hace retroceder en el tiempo a un feminismo primigenio y sin refinar, que reflexionaba sobre lo que se requería para que se

© Ediciones Morata, S. L

tomase en serio a las mujeres. Parece que todas las características de los medios y de la cultura popular contemporánea, en la medida en que se relacionan con la feminidad, de alguna manera revierten y desplazan los argumentos formulados por las feministas de principios de la década de 1970.

En este capítulo intento explicar la idea de "feminismo desmantelado". Introduzco el término "desarticulación" para comprender cómo algunos de los logros institucionales del feminismo durante un período de 30 años se están erosionando en la actualidad, y está sucediendo, dentro del contexto de la cultura política del Reino Unido, en nombre de la modernización. La modernización, a su vez, funciona mediante un mandato aparentemente ventajoso para las mujeres, especialmente para las jóvenes, hasta el punto de que incluso se puede presentar como un sustituto del feminismo, una especie de falso feminismo. Este proceso de deshacer, que tiene lugar de manera más visible en el lugar privilegiado de la cultura, está conectado con y es parte de la ruptura del acuerdo de bienestar social de la posguerra, en palabras de Stuart Hall (Hall, 1989, p. 2003). En este capítulo y en el siguiente me centro en cómo se ha acelerado esta ruptura (especialmente desde mediados de la década de 1990) y cómo las mujeres jóvenes están llamadas a jugar un papel especial en este proceso de desmantelamiento y modernización.

La idea de desarticulación tiene dos propósitos: dar profundidad a la noción de reacción antifeminista y, al mismo tiempo, marcar a lo largo de los años una continuidad con la obra de Stuart Hall y una extensión de la misma, en relación con las políticas de articulación. Hall se basó en el trabajo de Laclau y Mouffe, cuya teoría de la hegemonía y la estrategia socialista a mediados de la década de 1980 marcó un hito en el pensamiento democrático radical (Laclau y Mouffe, 1985). De ahí tomó la idea de la articulación como un proceso en el que distintos

© Ediciones Morata, S. L

movimientos sociales progresistas (sindicalismo, feminismo, antirracismo, derechos de gais y lesbianas), podrían forjar conexiones y alianzas entre sí, y al hacerlo también estarían modificando sus propias identidades políticas y sus 'horizontes de inteligibilidad'. Basados en una comprensión posestructuralista y psicoanalítica de la identidad como algo que nunca es transparente y nunca se completa o es auténtico, y que nunca se corresponde por completo con las categorías estructurales de clase, raza o sexo, argumentaron que las identidades sociales vividas se han formado siempre a partir de toda una gama de condiciones inestables y elementos históricamente contingentes. Estos se cruzaron inevitablemente entre sí, sin existir nunca en una forma pura. Cuando la subordinación se entiende principalmente en términos de una u otra de estas posiciones de sujeto, por ejemplo, el género, y cuando surge un movimiento social por el cambio de la comprensión colectiva de esa posición de sujeto, p. ej. la opresión de las mujeres, existe una gran probabilidad de que estas identidades siempre, una vez abiertas, se basen en la experiencia histórica de otras luchas relacionadas (por ejemplo, el movimiento por los derechos civiles o el movimiento de la clase trabajadora) y entren en lo que Mouffe y Laclau denomina cadena de equivalencia.

En el Reino Unido, el movimiento de las mujeres a fines de la década de 1960 y durante la de 1970 estuvo muy influenciado por la historia de las luchas socialistas, mucho más que en los Estados Unidos. Se basó en parte del repertorio de la lucha de clases, pero se modificó, desafiando su productivismo, su patriarcalismo y su sobredimensión de clase, que determinaba la supeditación de la sexualidad, la raza y la etnicidad a la lógica general de clase. Para Laclau y Mouffe, las cadenas de equivalencia se constituyen a partir de este tipo de intersecciones y solidaridades radicales entrecruzadas, sin que ninguna prevalezca esencialmente sobre los demás. En el

© Ediciones Morata, S. L

Reino Unido, estas intersecciones han conformado el campo de la erudición feminista y los estudios sobre mujeres y género. Las cadenas de equivalencia han otorgado una base teórica para comprender cómo la política pluralista democrática radical podría volverse más expansiva, como una estrategia post socialista para la izquierda radical, en la que ninguna lucha tiene prioridad sobre las demás. Argumentaré aquí que este tipo de política también se está desarticulando activamente en la actualidad.

En lo que respecta al feminismo, pretendo demostrar que la desarticulación es el objetivo de un nuevo tipo de régimen de poder de género, que funciona para excluir la posibilidad o probabilidad de que se produzcan intersecciones expansivas diversas y transmisiones feministas intergeneracionales. Las articulaciones, por lo tanto, se invierten, se rompen, y la idea de un nuevo imaginario político feminista se vuelve cada vez más inconcebible. De hecho, en la vida social y cultural hay un proceso de ruptura de los puntos de conexión, separando y dispersando a grupos sociales subordinados que podrían encontrar causas comunes. Esto, a su vez, hace improbable la forja de alianzas, afiliaciones o nexos. A las mujeres jóvenes en Occidente, afortunadas beneficiarias de las libertades sexuales occidentales, ahora se las lanza activamente contra las cuestiones de género de otras culturas, donde la sexualidad femenina está sometida a diversos modos de vigilancia y control. En un marco posfeminista, la única lógica de conexión con mujeres que viven en otras culturas no occidentales es verlas como víctimas. Las alianzas pasadas también parecen estar irremediablemente rotas y los nexos intergeneracionales se vuelven poco apetecibles. Por supuesto, invariablemente dentro del feminismo las alianzas eran tensas y frágiles, y se caracterizaban tanto por el conflicto abierto y la discusión como por las muestras de unidad. Pero el proceso de ruptura que examino

© Ediciones Morata, S. L

aquí no solo desarma lo que aún puede existir del feminismo, sino que también interrumpe cualquier posibilidad de que el feminismo se dirija nuevamente a un grupo más amplio de mujeres. A cambio hay un exceso de oferta de sustitutos posfeministas desde dentro de la nueva e hipervisible cultura de consumo femenina.

Se produce un movimiento doble: desarticulación y desplazamiento, acompañado de reemplazo y sustitución. Se desarticula un campo de la política sexual que (como se mostró en el capítulo anterior) se desmantelaba sin fin en sí mismo, sino por necesidad, pero al hacerlo también ampliaba su campo de efectividad. Por desarticulación me refiero a una fuerza que devalúa, o niega y hace impensable la base misma de la unión (incluso para participar en encuentros polémicos), bajo el supuesto promovido ampliamente de que ya no hay necesidad de dichas acciones, y percibo que este proceso de desarticulación se da en una amplia gama de espacios sociales y culturales. Mediante el repudio de las identidades sexuales inestables y los deseos del mismo sexo se produce un desmantelamiento agresivo de las sensibilidades que llevarían a las mujeres jóvenes, por ejemplo, a compartir una voz común, más allá de los límites de la heterosexualidad y la homosexualidad[1]. La desarticulación también opera a través de la difusión generalizada de los valores que encasillan al feminismo como si fuese un movimiento alimentado por la ira y la hostilidad hacia los hombres, lo que ahora se entiende como posición amargada, poco femenina y repugnante. Se desalienta a las mujeres jóvenes a involucrarse políticamente en áreas como el trabajo sexual o la

[1] En su relato periodístico sobre el "nuevo feminismo", Natasha Walter describe los términos que utilizan un grupo de colegialas a las que entrevista sobre el feminismo. Cuenta que dicen a coro que una feminista es, generalmente, una "lesbiana grande, gorda, peluda" (Walter, 1998: 23).

© Ediciones Morata, S. L

industria de la pornografía por temor a ofender a los hombres y a ser tildadas de feministas. Esto deriva en la neutralización de la disidencia, el debate y la solidaridad entre las mujeres acerca de, por ejemplo, la existencia de un acceso diferencial a las libertades sexuales, y a la protección en relación con estas libertades[2].

La desarticulación, por lo tanto, funciona como una especie de estrategia de dispersión, desactiva la probabilidad de la solidaridad transfronteriza, y a menudo parece preventiva, conocedora e informada. Existe la sensación o la amenaza de que el feminismo podría volver a despertar y que fue, en el pasado, una fuerza importante. Por lo tanto, es la versión histérica y monstruosa del feminismo lo que mueve a la práctica política de la desarticulación a conocerla y tratarla con eficiencia, antes de que pueda ser reavivada por una generación más joven. Esto da lugar a las nuevas formas de poder de género que están más arraigadas en el campo de la cultura popular. La esfera del ocio y la cultura del consumo está dominada por el vocabulario de la elección personal y es el lugar ideal para el hedonismo, la fantasía, la gratificación personal y el entretenimiento. Si bien no hay nada nuevo en esta esfera repleta de técnicas disciplinarias disfrazadas de autogestión y elección personal, en este capítulo tengo la intención de rastrear algunos de estos procesos de desarticulación posfeminista que se producen en la cultura popular.

Las formas culturales que funcionan de acuerdo con esta lógica de sustitución son también reelaboraciones espectrales de sus predecesoras feministas, ahora trasplantadas a un dominio popular. Promueven un modo muy conservador de "empoderamiento" femenino, cuyo sello distintivo es la conexión activa de las mujeres jóvenes con nociones de cambio, el

[2] BBC Radio 4 *Woman's Hour*, de 20 de marzo de 2007.

© Ediciones Morata, S. L

derecho al trabajo y con nuevas libertades, en particular las sexuales. Este conservadurismo implica la inserción de todo un conjunto de límites dentro de estos discursos de libertad. Se alienta a "nuestras" mujeres jóvenes a concebirse a sí mismas como sujetos agradecidos a los estados y culturas modernos que permiten dichas libertades a diferencia de lo que ocurre en los regímenes represivos o fundamentalistas. Esto, a su vez, sugiere un modo específico de encuentro y comprensión de otras mujeres menos afortunadas, que no tienen acceso a libertades occidentales, o a quienes en el mejor de los casos se podría alentar a aspirar a tales posibilidades.

Por supuesto, este discurso de los valores ilustrados occidentales con respecto a la sexualidad, comparados con los países aparentemente menos avanzados del mundo, ha sido tema durante mucho tiempo en el periodismo de las revistas femeninas (especialmente *Marie Claire*), pero en la primera década del siglo XXI, y particularmente desde 2001, este proceso de desarticulación ha sido mucho más visible y sostenido. De un modo extraño, este tipo de reportajes sobre las mujeres consideradas menos afortunadas imita a la vez que distorsiona las discusiones en torno a la diferencia dentro del feminismo y el antirracismo. Desarticula las posibles asociaciones que estarían basadas en la crítica poscolonialista feminista occidental sobre cómo las libertades sexuales occidentales se despliegan estratégicamente para apoyar las nociones de civilización y superioridad, y de ese modo desplaza posibles solidaridades, con una restauración de la jerarquía de civilización y modernidad, y un discurso que bendice las libertades de las chicas occidentales que llevan tanga y les gusta la moda en contraste con las jóvenes que, por ejemplo, usan velo. De nuevo estamos ante una especie de desarticulación preventiva, frustrando el intercambio o la unión antes de que sucedan. A las jóvenes modernas por lo tanto, se les amenaza con el surgimiento

© Ediciones Morata, S. L

del islam, que se ha convertido en un tema recurrente en periódicos como el *Daily Mail*. Cuando el discurso se dirige a las jóvenes británicas negras o asiáticas, dentro de esta nueva cultura popular ahora imbuida de valores prooccidentales, es para desalentar nuevamente la empatía y la afinidad en favor del deseo de asimilación y éxito dentro de los términos establecidos por la cultura de consumo femenina (es decir, el éxito profesional, el glamour y la sexualidad)[3]. O dicho de otro modo, todo lo que se puede aprender de la teoría poscolonialista feminista en un contexto académico, que de hecho podría formar la base para una política de afiliación sustentada en la diferencia cultural, y en una crítica compartida del neoimperialismo que ahora instrumentaliza la igualdad femenina (con frecuencia en forma de una especie de violencia simbólica), se invierte, se deshace y se debe desaprender y desmantelar dentro de la cultura popular o dentro de la nueva "esfera pública" femenina dominada por la cultura de consumo.

Los procesos sociales a los que se ha hecho referencia hasta ahora pueden entenderse dentro del marco de transformación y modernización emprendido por el gobierno del Nuevo Laborismo desde que asumió el cargo en 1997. En los EE. UU. tales cambios han tenido lugar dentro del aparentemente inexorable ascenso del neoliberalismo. La política y la economía estadounidenses fueron objeto del escrutinio crítico de las académicas feministas Wendy Brown (2005) y Lisa Duggan (2003). En *The Twilight of Equality*, Duggan

[3] El *Daily Mail* en el Reino Unido regularmente publica artículos sobre mujeres asiáticas jóvenes y exitosas que han adoptado los valores occidentales y se han abierto camino en la carrera profesional, con una historia típica de largos años de conflicto y batallas con los padres, algunas veces resueltas y otras no, en las que la joven crea una vida propia con un esposo inglés no musulmán. Ver por ejemplo el artículo "A daugther disownwed" ("Una hija repudiada") de Sofia Hayatt, *Daily Mail*, 27 de mayo de 2004, p. 49.

© Ediciones Morata, S. L

nos ofrece un relato muy persuasivo del desarrollo de la lógica del neoliberalismo en los EE. UU. en los últimos 30 años, con especial referencia al desmantelamiento de la política feminista y antirracista. Aunque en este libro me centro más específicamente en el contexto del Reino Unido y en el campo de la cultura popular, como un terreno privilegiado para la implementación de estas nuevas formas de poder de género, el análisis histórico tan amplio de Duggan es extremadamente útil. Ella argumenta que uno de los mecanismos clave para la implementación de estas políticas agresivas, que establecen un plan básico para la erradicación del bienestar, consiste en definir las políticas económicas como algo neutral, una cuestión de pura experiencia y técnica. Esto permite una sensación de dominio, autoridad y confianza en cierto modo incuestionable e indiscutible, mientras que el despliegue de las políticas económicas es cualquier cosa menos neutral y, como nos muestra, están completamente diseñadas para intervenir en áreas que durante mucho tiempo se han asociado con el feminismo, es decir, la sexualidad, la raza y la etnia, la familia y la cultura. (Como muestro en el próximo capítulo, la aparente neutralidad, disfrazada de experiencia tecnológica en el campo de la economía en el Reino Unido, por parte del gobierno del Nuevo Laborismo, se combina con una retórica de confianza y capacidad, que se extiende a el campo social, donde a las mujeres jóvenes se les felicita con frecuencia por sus recientes éxitos en la educación y su ambición en el mundo del trabajo) . Además, estas políticas económicas tienen como objetivo contrarrestar y socavar lo que Duggan llama las culturas progresistas de 1970, con su enfoque en la redistribución a la baja de los recursos. Este desafío a las políticas de bienestar social de izquierdas se puso en marcha en la década de 1980, pero ganó terreno y se aceleró durante la década de 1990.

© Ediciones Morata, S. L

Duggan ofrece un sobresaliente estudio de caso que ilumina la reacción contra el feminismo. Este episodio, que contó con una amplia cobertura mediática, involucró a una mujer de derechas, Candace de Russy, miembro del consejo de administración de la Universidad Estatal de Nueva York, que objetó el contenido de una conferencia feminista y lésbica y finalmente forzó la renuncia del vicepresidente de dicha universidad. Además, en líneas más generales, estableció un clima de insatisfacción con el aparente mal uso de los fondos públicos, lo que a su vez dio legitimidad a la "reducción de las instituciones públicas", en este caso la universidad, con su "irrelevante" currículo feminista. Duggan expone que una característica principal del neoliberalismo es la implantación de las culturas de mercado en la vida cotidiana, con la búsqueda incesante de la reforma del bienestar y el fomento de formas de ciudadanía de consumo que benefician únicamente a aquellos que ya son privilegiados. Deshacer las luchas antijerárquicas de los movimientos sociales es también una prioridad dentro de los discursos neoliberales. Y sugiere que el lenguaje prevalente y aparentemente no racista y no sexista de autoestima, empoderamiento y responsabilidad personal, enmascara un ataque a los grupos sociales desfavorecidos. (En el Reino Unido, estos términos se combinan con el espíritu de la "nueva meritocracia").

La reducción del gasto en prestaciones sociales intensifica las dificultades a las que se enfrentan las mujeres poco cualificadas y mal pagadas, que se ven obligadas a organizarse para cuidar de los niños además de trabajar en horarios prolongados y poco conciliadores, sin disponer de espacios para la juventud ni instalaciones sociales para sus hijos. En general, estas políticas económicas aparentemente neutrales están diseñadas, sugiere Duggan, para reducir el gasto en educación pública, servicios sociales y las artes. También buscan

© Ediciones Morata, S. L

desmantelar viejas alianzas en todo el espectro de la izquierda, el feminismo y los movimientos antirracistas, mediante la adaptación de algunas de las características de la política de identidad a los propósitos de la agenda cultural neoliberal. El escenario ya estaba listo cuando, en la década de 1980, elementos dentro de estos movimientos sociales progresistas se vieron fragmentados y evolucionando a grupos monotemáticos, como forma de asegurar la supervivencia y el acceso a algunos fondos públicos. Duggan describe el respaldo neoliberal al "feminismo de la igualdad" y a la "normalidad gay". Esta autora entiende este reconocimiento como parte de un proceso de integración emprendido dentro de una "retórica de la tercera vía". Esto, a su vez, supone una mayor desarticulación de los movimientos de izquierdas, mostrados como "irresponsables o anacrónicos", y su reemplazo por versiones neoliberales de igualdad, diversidad y tolerancia. Duggan enfatiza que, al apoyar la autonomía de las políticas sexuales y multiculturales, los movimientos sociales de izquierdas estaban exculpados de este acceso y apropiación de la política de identidad. Argumenta en contra de Wendy Brown, quien critica los filamentos identitarios existentes dentro del feminismo victimista que se convierte en un lugar caracterizado por recibir daños y heridas, y también (en mi opinión más justificadamente) critica enérgicamente a Todd Gitlin por su llamamiento a un (nostálgico) regreso a los viejos (nuevos) valores de la izquierda, sin los aparentes excesos y vanidades de esos movimientos que se han denominado "meramente culturales" (y por lo tanto indeleblemente vinculados a los estudios culturales y todos sus fallos). Es como si ese estatus meramente cultural supusiera la dilución y el debilitamiento de algo que de otro modo sería fuerte y resistente. Por contra, Duggan se alinea con Butler, quien muestra que la "distinción es una especie de *artimaña* del discurso liberal capitalista,

© Ediciones Morata, S. L

una artimaña que oscurece la intrincada imbricación de raza, género, sexo y clase en las instituciones de la modernidad capitalista" (Duggan, 2003: 83).

El análisis de Duggan es útil porque ayuda a establecer el marco crítico para nuestro análisis, que se enfoca en los procesos culturales del proceso de desmantelamiento de las conquistas del feminismo. Aunque lo que se está desmantelando es, y posiblemente siempre ha sido, frágil, y ha estado aparentemente desgarrado por un conflicto interno, sin embargo constituyó un terreno de articulaciones políticas radicales, que comprenden grupos que percibían desigualdades y opresiones más allá de las fronteras del sexo, la raza y la clase, ninguno de los cuales era autónomo.

En las páginas siguientes centro mi atención principal, aunque no exclusivamente, en la esfera cultural como un lugar clave para la desarticulación. Examino el discurso de la académica feminista Judith Stacey y de la periodista Susan Faludi (Stacey, 1985, 1986; Faludi, 1992). Después comento brevemente la nostalgia por la blanquitud y la feminidad blanca en oposición a un multiculturalismo y feminismo negro que se deshacen. En la sección final de este capítulo establezco una crítica a la obra sociológica de Giddens, Beck y Lash, mostrando cómo estos autores, en su análisis sobre las transformaciones sociales de la época, presuponen una era posfeminista, y cómo al hacerlo invalidan la idea de una lucha feminista renovada y ofrecen un contraanálisis a la política del feminismo posestructuralista académico. Después regreso de nuevo al trabajo de Mouffe y Laclau, y al de Judith Butler, por su perspectiva que permite comprender la lógica desarticuladora de la cultura neoliberal y sus consecuencias para el feminismo.

© Ediciones Morata, S. L

Primeras posfeministas

El trabajo reciente de Duggan, junto con Stacey y Faludi, nos recuerda que los intentos concertados de socavar e inmovilizar el movimiento de las mujeres han sido, de hecho, prácticamente coincidentes con el feminismo. Las tres autoras se ocupan principalmente del feminismo estadounidense, aunque Faludi toma algún material británico. Y mientras que este enfoque estadounidense es un claro factor limitante, la minuciosa atención que se presta al crecimiento de la nueva derecha y de la Mayoría Moral, y los ataques al feminismo desde el interior de estos movimientos, plantea algunas cuestiones vitales. Si desde finales de la década de 1970 han estado en marcha estos procesos de socavamiento continuo de las convicciones igualitarias de las feministas, ¿cómo podríamos diferenciar esta dilatada actividad hostil de las prácticas de desarticulación que se ponen de manifiesto hoy, y en mi caso, en el Reino Unido? Intentaré responder esta pregunta en los capítulos siguientes. Pero primero veamos el artículo de Stacey titulado "The New Conservative Feminism", publicado por primera vez en 1985 y más tarde en una colección editada por Ann Oakley y Juliet Mitchell en 1986, denominada "Are Feminists Afraid to Leave The Home?" (¿Tienen Las feministas miedo a salir de casa?) (Stacey, 1985, 1986). La propia Stacey formó parte de un equipo de académicas feministas que ya en 1978 hablaron sobre la reacción contra el feminismo en los EE. UU. A continuación, la palabra "posfeminismo" se utilizó en un artículo periodístico del New York Times en 1982 como una forma de señalar un nuevo tipo de política vagamente feminista, en un sentido pro-mujer, pero que rechazaba los tonos iracundos y estridentes asociados con el feminismo *per se*[4].

[4] Stacey describe con detalle la circulación del término posfeminismo y el ataque neoconservador al feminismo desde principios de la década de 1970.

© Ediciones Morata, S. L

Esta idea de aferrarse a una versión suave y mediática del feminismo ha sido una característica constante de la reacción posfeminista, y se vuelve más enfática a medida que evoluciona hacia un sustituto del feminismo. Lo que Stacey muestra es cómo, desde el comienzo de la segunda ola del feminismo, ha habido un flujo constante de discursos y activismo antifeminista que emana de una nueva derecha reemergente en los EE. UU. También nos recuerda cómo muchas mujeres, y también hombres, rechazan intensamente el feminismo. Y así, para este amplio electorado la naturaleza inaceptable del feminismo se consolida con el colapso de la izquierda y el declive del liberalismo en los Estados Unidos.

Junto a esta ola de sentimiento antifeminista, existen respuestas de feministas que se retractan, incluidas Friedan y Greer, que escriben con estilo periodístico, pero también, por ejemplo, la académica feminista Jean Bethke Elshtain, quien presenta una especie de feminismo conservador pro-familia, caracterizado por no criticar la diferencia sexual y el dominio masculino de la esfera pública y por revalorizar de manera poco teorizada el hogar (como refugio en un mundo burocrático), el amor heterosexual, la maternidad y el entorno doméstico. Hay que decir que esa retractación tan excéntrica de Friedan y Greer, aun entonces, no sorprendió a la mayoría de las feministas del Reino Unido, incluida la entronización sentimental de Greer de la familia extensa, los matrimonios concertados y su exaltación del poder femenino en el hogar.

Friedan pareció arrepentirse de sus escritos anteriores y ahora enfatizaba los valores a favor de la familia, así como

---

También se refiere al artículo "Voices from the Post-Feminist Generation" de Susan Bolotin en el *New York Times Magazine* del 17 de octubre de 1982, 28-31. Su propio artículo en coautoría sobre la reacción antifeminista temprana es Breives y cols. (1978).

© Ediciones Morata, S. L

una especie de armisticio con los hombres. Lo que todas estas populares ex escritoras feministas están diciendo es que "en realidad nos equivocamos", o "el feminismo no funcionó, era demasiado anti-hombres, demasiado pro-lesbianas y demasiado anti-familia" y "esto no solo enajenó a las mujeres, sino que también repercutió en las propias feministas, al aislarlas de la vida familiar y apartarlas de los placeres de tener hijos y de la comunidad significativa que surge en torno a la maternidad". La propia Stacey confronta completamente la centralidad de la familia en el corazón de la política feminista, lo que implica, si no desarrolla completamente, la sensación de que socavar radicalmente las desigualdades de género en la familia heterosexual era más difícil, y tal vez una meta poco realista.

Stacey contextualiza estas posiciones antifeministas, en primer lugar, a través de la historia biográfica de destacadas feministas como Greer y Friedan, quienes postergaron tener hijos y vivir solteras sin la estabilidad de una pareja amorosa, y en segundo, en relación con las necesidades de los niños y la forma en que el feminismo de los años 70 y principios de los 80 promulgó una posición anti-familia y el cuidado colectivo de los niños. Stacey se pregunta qué significaría replantearse el feminismo teniendo más en cuenta la crianza de los hijos. Ella es consciente del argumento de las feministas negras, cuya postura pro-familia se basa en la familia como zona semiprivada -—de puertas adentro frente al racismo de la calle—, y también en un espacio de fuerza femenina, especialmente en los hogares de las madres solteras. Sin embargo, la tendencia de la reacción posfeminista es repudiar el experimentalismo feminista respecto de las estructuras familiares alternativas y eludir plantar cara a la dominación masculina. En general, esto da como resultado una especie de festejo defensivamente sentimental de la feminidad, especialmente cuando está conectada con la maternidad, y en este sentido el lesbianismo ha

© Ediciones Morata, S. L

ido demasiado lejos en sus críticas hacia el poder masculino, dando una imagen del feminismo profundamente impopular, y de hecho desagradable, a las llamadas mujeres normales y corrientes. Stacey comenta la pérdida de impulso subsiguiente dentro del campo de la política sexual y apunta la división entre lesbianas y mujeres heterosexuales, hechas estas últimas para sentir sus deseos como en cierto modo defectuosos, y sobre la fragmentación cada vez más evidente dentro de la academia feminista. En general, Stacey argumenta que el feminismo conservador a favor de la familia ha logrado redefinir el panorama del debate feminista para que sea defensivo, tal vez incluso impotente, y esto ahora plantea un desafío urgente para quienes mantienen un compromiso con la lucha multifacética por la justicia de género.

De hecho, la misma palabra "género" es anatema para quienes respaldan este tipo de posiciones feministas conservadoras, ya que se aboga por una vuelta a la plena reivindicación de la diferencia sexual, y en particular al valor social de la maternidad. El artículo de Stacey, más de 20 años después de su publicación, logra combinar un compromiso con el poder de la nueva derecha para reclamar cierta versión de la feminidad moderna influenciada por el feminismo, con una descripción de elementos dentro del feminismo que también formaron parte de este proceso de deshacerlo, especialmente en forma de retractación. Este artículo es anterior al surgimiento de la política *queer* y el atractivo que ejerce sobre una generación más joven de mujeres, no solo sobre la base del deseo sexual, sino también por la relevancia decreciente del feminismo materno para las jóvenes, quienes están retrasando la maternidad o decidiendo no ser madre (McRobbie, 2005: 75-77). El artículo de Stacey solo menciona fugazmente el impacto del feminismo negro y la teoría feminista poscolonial, lo que significa que se centra en las mujeres estadounidenses blancas de clase media

© Ediciones Morata, S. L

y su repudio del feminismo. Esto plantea la pregunta de cómo han impactado los diferentes feminismos en otros lugares. En los Estados Unidos, a mediados de la década de 1980, se dio un florecimiento del feminismo negro y el surgimiento de las mujeres chicanas y en Europa el feminismo socialista continuó su existencia hasta principios de la década de 1990, cuando se transformó en una política de transversalización de género o, en la academia, y bajo la influencia de la teoría posestructuralista y poscolonialista, en una política radical posmarxista de género, "raza" y diferencia.

En 1992 Susan Faludi publicó su gran éxito de ventas *Backlash: The Undeclared War Against Women.* Faludi sigue la tradición de las periodistas feministas que han modelado el carácter del feminismo desde fuera de las grandes instituciones sociales, y que también han creado para el feminismo lo que Nancy Fraser denominó esfera contrapública feminista (Fraser, 1997). Al igual que Stacey, Faludi se centra principalmente en la Norteamérica blanca, y rastrea el crecimiento de la nueva derecha y su ataque sostenido a los principios feministas. Muestra cómo a lo largo de este período los medios buscaron e hicieron un uso extensivo de lo que resultaron ser estadísticas inexactas o encuestas sociales con metodologías dudosas, o bien con interpretaciones sesgadas y poco fiables. Parecía que los periodistas o activistas aprovechaban cualquier oportunidad para atacar al feminismo y buscaban académicos jóvenes y aún no establecidos, en particular científicos sociales de universidades de primer nivel como Yale, que estaban dispuestos a arriesgar su reputación académica por la cobertura de los medios nacionales e internacionales, presumiblemente por la recompensa que esto les podría reportar. Faludi hace un seguimiento de la frecuencia con la que estos académicos culparon más tarde a los medios de comunicación por tergiversar los resultados de sus investigaciones o, por el contrario,

© Ediciones Morata, S. L

delararon que fueron presionados para publicar resultados preliminares de un trabajo inconcluso, y así sucesivamente. Pero aun así, este tipo de material se utilizó constantemente para sugerir que las mujeres (heterosexuales) mayores de 30 años tenían pocas posibilidades de encontrar pareja, que había una epidemia de infertilidad, que el feminismo era el culpable de una serie de enfermedades y conflictos femeninos, que los divorcios de mutuo acuerdo tuvieron como consecuencia el empobrecimiento de las mujeres, y que la "persecución de la maternidad" en el lugar de trabajo, con poca o ninguna posibilidad de ascenso o promoción, era una opción preferida para las madres trabajadoras. Un término clave aquí es "tendencias" y el poder que tienen estos fenómenos para cambiar los valores culturales hacia el miedo y la ansiedad, especialmente en las mujeres jóvenes. El desprecio por la precisión en el informe de estas tendencias también revela la forma en que la academia se utilizó, y se utiliza, como fuente de validación y experiencia, de modo que la información sobre los hechos relevantes para la vida de las mujeres se subsume en el campo del entretenimiento, el estilo de vida y la cultura popular. El impacto de un titular, respaldado por datos de universidades pertenecientes a la Ivy League, se convierte en una herramienta eficaz para el éxito del periodismo de estilo de vida. Ideas como la escasez de hombres, o la epidemia de infertilidad, o el deseo de la mujer de volver al hogar, se convierten en modismos populares y nuevas formas de sentido común. Faludi muestra cómo muchas de esas mujeres que han sido las principales defensoras del nuevo tradicionalismo y el regreso al hogar y a la vida doméstica, especialmente las que trabajan para las campañas de la nueva derecha, son madres trabajadoras de alto rendimiento, muchas de cuyas parejas están dispuestas a pasar a un segundo plano para permitir que sus esposas promuevan la causa de los valores familiares tradicionales.

© Ediciones Morata, S. L

Y, como señala Faludi, estas mujeres están defendiendo la causa y sus maridos están incondicionalmente a favor, casi con seguridad con más eficacia que ellas, y esta contradicción se pasa por alto, de hecho es irrelevante, ya que la limitación de las oportunidades de las mujeres pobres para mejorar sus vidas y conseguir la igualdad con respecto a sus parejas masculinas corresponde completamente con la nueva agenda de la derecha de restablecer las jerarquías sociales y erradicar el bienestar y la seguridad social en favor de la autoayuda y la responsabilidad personal.

Las mujeres que trabajan como actrices y productoras de programas del tipo comedia ligera televisiva posfeminista sobre el tema de *treinta y tantos años*, relataron a Faludi su incomodidad con los valores que se promulgaban en la serie, ya que ellas mismas hacían malabarismos entre el cuidado de los hijos y la necesidad ganarse la vida. No obstante, las decisiones sobre el guion estaban inevitablemente fuera de sus manos, lo único que a veces podían hacer era intentar modificar la trama que giraba en torno a sus propios personajes[5]. Y de igual modo, la realización de la película *Atracción fatal*, que muchas feministas vieron como la inauguración de un momento en la cultura popular que demonizó a la mujer soltera y defendía la familia nuclear, implicó un cambio dramático del guion original donde, como descubrió Faludi, el personaje de Alex interpretado por Glenn Close era mucho menos odioso. De este modo, la cultura popular, incluidas las revistas femeninas, las industrias de la moda y la belleza, y los géneros femeninos de películas y programas de televisión, acaban funcionando como los principales difusores del nuevo tradicionalismo. Faludi

[5] En relación con los estudios culturales feministas, Elspeth Probyn da una de las primeras explicaciones del posfeminismo como retradicionalización en su análisis de los "treinta y tantos" (Probyn, 1988, reimpreso en 1997).

© Ediciones Morata, S. L

presta mucha atención a la idea de lo "hogareño" (*cocooning*) y al atractivo que parece tener para las consumidoras de las revistas de estilo de vida. Esto también se desarrolla en la película *Baby Boom* (1986), con Diane Keaton interpretando a la mujer que se apea de la vida vertiginosa de la ciudad y se va al campo, donde encuentra la dicha en la maternidad, el amor romántico y la oportunidad de convertirse en una empresaria de alimentos saludables para bebés.

En el capítulo 5 regresaremos a las fantasías de hogar entrañable que se venden en los programas de cocina de la televisión británica condensados en la figura de Nigella Lawson, promocionada como una "diosa doméstica" (Brunsdon, 2005). Sin embargo, deberíamos prestar más atención a la dimensión fantástica en este tipo de escenarios reconfortantes. Faludi tal vez se apresure al dar a este tipo de cultura popular un sentido en el cual estos fenómenos operan simplemente como parte de una reacción total contra el feminismo. Pero debemos preguntarnos: ¿Por qué este tipo de fantasía? ¿Qué anhelan o sueñan las espectadoras cuando se ven atrapadas por las agradables imágenes de familias felices reunidas alrededor de la mesa para disfrutar de un almuerzo dominical, cocinado por una madre glamurosa y sin estrés? Judith Stacey reconoce la necesidad de un enfoque psicoanalítico para comprender el atractivo más profundo de las fantasías sobre la esfera doméstica, la maternidad y las buenas prácticas domésticas, mientras que Faludi, por el contrario, adopta un relato más unidimensional de una guerra de desgaste contra las ideas feministas y la posible amenaza que representan para la jerarquía social y sexual. Faludi reconoce la forma en que los valores antifeministas se presentan como sofisticados y sabios en el sentido posmoderno. Describe la forma en que los jóvenes productores culturales encasillan el feminismo como obsoleto y "pasado de moda", y cómo se arriesgan, o se les considera

© Ediciones Morata, S. L

como rompedores de tabúes, por atreverse a representar a las mujeres, una vez más, de manera degradante, pero cuya cláusula de salvaguarda se la proporciona el uso de la ironía, como diciendo "realmente no lo decimos en serio". En general, Faludi proporciona un amplio relato sobre cómo se organizaron la cultura y la política estadounidense a lo largo de la década de 1980 para menospreciar, ridiculizar, repudiar y desarmar preventivamente la fuerza crítica encarnada en el movimiento de las mujeres a medida que ganaba terreno desde finales de la década de 1960 en adelante. En los siguientes capítulos me ocuparé de muchos de estos problemas, pero en particular preguntaré cómo cambia la naturaleza de la respuesta, lo que llamo la política cultural de desarticulación, a la luz de lo que parece ser un cambio irreversible en el mercado laboral para las mujeres más jóvenes. ¿Cómo se desarrollan estos procesos de desmantelamiento en el contexto de la sociedad británica? ¿Cómo se transforma lo que Stacey llama feminismo conservador pro-familia en un "nuevo contrato sexual" para las mujeres jóvenes orquestado por el gobierno?

Mujeres solteras y peligro sexual

Dentro de la cultura popular, la película *Atracción fatal* (dirigida por A. Lyne en 1987) es mayoritariamente considerada fundamental para poner en marcha una reacción contra las mujeres solteras, depredadoras, sexualmente emancipadas, posiblemente desequilibradas mentalmente, económicamente independientes, viven en ciudades, y representan una amenaza para la vida de hombres y mujeres que han elegido lo que Faludi y otros denominan el "nuevo tradicionalismo", es decir, la familia nuclear que vive en el campo, formada por un varón (profesional y sostén económico) y por una esposa y madre

© Ediciones Morata, S. L

aparentemente igual a él, pero que ha optado por quedarse en casa. Por supuesto, la película es principalmente un vehículo de entretenimiento, un híbrido de thriller e historia de sexo en la ciudad, y su éxito radica seguramente en la creación de un nuevo tipo de villano, una mujer monstruosa que usa su poder sexual para causar estragos en la vida de un hombre moralmente decente (a pesar de estar abierto a una aventura), un padre y esposo trabajador y amoroso[6]. Tuvo tanto éxito que su narrativa, así como sus elementos dramáticos clave (como el famoso episodio conocido como el "conejito hervido")[7] han entrado en el discurso popular resurgiendo intertextualmente en otras formas de cultura popular, incluyendo la película *El diario de Bridget Jones* y la serie de televisión *Sexo en Nueva York*. Debido a que Alex, interpretada por Glenn Close, se transformó en una especie de figura malvada, loca y llena de odio (una bruja contemporánea), en el imaginario popular de las mujeres más jóvenes entró como alguien a evitar en su búsqueda de una independencia que lleve asociados amor, sexo, matrimonio y maternidad.

Para los propósitos de esta discusión, lo imperativo en la narrativa de la película es que la figura de Alex trastorna la economía moral del nuevo tradicionalismo y amenaza su viabilidad. Ella desafía los privilegios sexuales que en el pasado han tenido los hombres blancos de clase media que han desempeñado el papel de padre solícito y sostén de la familia. Bien porque esto implique simplemente una aventura ocasional o bien una amante a largo plazo, estos enredos han sido una

[6] La película ya ha sido objeto de un extenso análisis crítico por estudiosos del cine; para una respuesta más reciente, véase L. R. Williams (2005).

[7] La sinopsis completa de la película, incluido este episodio en el que Alex irrumpe en la casa de Dan y Beth y mata al conejo mascota de su hija y luego procede a ponerlo en una olla con agua hirviendo, se puede consultar en wikipedia.org/wiki/Fatal_Attraction

© Ediciones Morata, S. L

premisa no declarada, una realidad que sustenta la longevidad de la familia nuclear moderna. La monogamia de por vida ha chocado invariablemente con el deseo masculino, y en un contexto en el que el esposo y padre también es el proveedor financiero, la infidelidad ha sido semiinstitucionalizada, lo que implica distintos tipos de acuerdos y también, por supuesto, con frecuencia el divorcio. Lo que sugiere *Atracción fatal* es que esta doble vida alimentada por el deseo sexual, por un lado, y por una esposa fiel y amorosa por el otro, se desestabiliza con el advenimiento de un nuevo tipo de mujer soltera sexualmente voraz y posiblemente mentalmente enferma, quien, como amante, ya no acatará las reglas. Existe una asociación aparentemente igualitaria y respetuosa entre el hombre y la esposa, pero ahora, la amante sumisa ya no existe, sino que se ha transformado, por la difusión de los valores feministas, en una figura exigente, y más tarde demente, una amenaza a la vida por pura maldad. Cuando la película se proyectó por primera vez en los cines de EE. UU. los hombres de las salas gritaban "¡Que maten a esa perra!", lo que indica hasta qué punto se ha erosionado el privilegio masculino en la sexualidad y cómo esto es fuente de ira y agresión. El doble rasero se ha expuesto y se ha anulado. Si las mujeres emergen como sujetos del deseo sexual, y esto se entiende, gracias al feminismo, como una especie de derecho, entonces los hombres deben tener cuidado. Más concretamente, necesitan controlar su deseo antes de embarcarse en aventuras sexuales que involucren a mujeres aparentemente empoderadas y posiblemente interesantes y financieramente independientes, que incluso podrían quedar embarazadas para satisfacer sus propios anhelos maternos. El sexo extramatrimonial debe convertirse ahora en una cuestión de cautela, consideración y cálculo.

Esta película dio rienda suelta a una especie de furia masculina que bien pudiera haber estado hirviendo a fuego

© Ediciones Morata, S. L

lento a lo largo de los años de lucha feminista. *Atracción fatal* dio legitimidad al agravio masculino. La inocencia de una noche loca o de una aventura, es decir, la inocencia del deseo masculino, se encuentra destruida porque las mujeres ya no cumplen con las reglas, ya no se puede confiar en ellas como receptoras pasivas y agradecidas de la pasión sexual masculina. *Atracción fatal* genera una sensibilidad cultural que permite a los hombres sentir que las mujeres les han agraviado o que podrían sentirse agraviados por ellas. De ahora en adelante deben estar en guardia, deben defenderse contra una especie de explotación sexual violenta por parte de las mujeres. Esta idea proporciona un marco justificativo para el crecimiento de valores masculinos más agresivos y sin disculpas en organizaciones activistas como *Fathers 4 Justice* y también en el mundo de las revistas masculinas desde finales de los 80. Proporciona la base para un sexismo resurgente, un restablecimiento de la cosificación femenina, por ejemplo, pero con un sentido generalizado de la ironía, como para amortiguar la ofensa y evitar la acusación de sexismo. *Atracción fatal* parecía decir que ahora los hombres podrían albergar legítimamente sentimientos en contra de las mujeres que, de algún modo, son demasiado seguras de sí mismas, demasiado independientes, demasiado capaces de explotar sexualmente a los hombres. Fue un gran éxito de taquilla, recaudando 100 millones de dólares en los primeros cuatro meses de su lanzamiento, pero desató la ira masculina y contribuyó a la política cultural de la reacción, como muestra Faludi. Sus tres personajes componen un triángulo, cada uno de las cuales se vuelve clave para la demonización del feminismo. Dan, el marido, a pesar de su infidelidad, está esencialmente comprometido con su esposa y su hogar, y se le perdona rápidamente haber sucumbido a la tentación sexual. A su vez, su esposa encarna exactamente las cualidades de la feminidad consumada de

© Ediciones Morata, S. L

clase media que ensalza Elshtain en su defensa de la feminidad conservadora pro-familia, mientras que Alex se desquicia en su amargura, su voraz deseo sexual y su soltería. El mensaje para los espectadores masculinos es que, si desean tener sexo casual y encuentros sin ataduras, deben permanecer solteros, lo que pasa a ser una característica recurrente en las revistas y otros géneros femeninos sobre las dificultades que afrontan las jóvenes de hoy en día para encontrar a alguien que se comprometa con el matrimonio y la paternidad. En general, la película legitima los agravios masculinos y establece un marco narrativo para justificar la ira, si no la agresión absoluta.

Guerras sexuales en la universidad estadounidense

Atracción fatal fue, por supuesto, un gran éxito de taquilla de Hollywood dirigido a una audiencia popular masiva. *Oleanna,* la obra de David Mamet de 1992, tuvo un impacto similar entre la audiencia de clase media que asistía al teatro, donde al parecer también despertó la ira y la indignación en el patio de butacas. Se la consideró muy controvertida por tratar lo que puede suceder cuando el feminismo se lleva demasiado lejos. Aquí también se aborda de forma dramática el desgaste del privilegio de los hombres blancos. A raíz del famoso caso de Anita Hill y Clarence Thomas del año anterior[8], se

[8] En un famoso caso legal de EE. UU., que se conoció en 1991, Anita Hill acusó al juez Clarence Thomas de acoso sexual y testificó ante el Comité Judicial del Senado, que votó por poco a favor del juez. Uno de los principales periodistas, David Brock, quien más tarde admitió haber intentado difamar a Hill en nombre de los neoconservadores para los que trabajaba, en ese momento escribió que ella estaba "un poco loca y un poco cachonda". wikipedia.org/wiki/Anita_Hill

© Ediciones Morata, S. L

consideraba que la obra se enfrentaba al poder corrosivo de lo que llegó a conocerse como corrección política. Este término, al igual que el de reacción violenta, tiene una relevancia inmediata sobre cómo opera la desarticulación en la cultura, lo que me preocupa. Inevitablemente, detrás de la acusación de corrección política, existe cierto sentido en el que ideas bastante razonables y aceptables como la igualdad de género, ideas que la mayoría de la gente ahora encontraría aceptables, han sido de alguna manera distorsionadas, llevadas demasiado lejos, se ha abusado de ellas y se las ha convertido en algo monstruoso, dogmático y autoritario. El poder retórico de la acusación es legitimar cierta vuelta a la normalidad, para que prevalezca el sentido común, y esto a su vez siembra las semillas de la duda sobre diversas formas de radicalismo. Devalúa el movimiento de las mujeres y el movimiento antirracista como lugares de extremismo, atractivos para los tipos de personas iracundas y peligrosas. El término corrección política es una herramienta no solo de la nueva derecha, y en el Reino Unido de los conservadores, sino también de aquellos situados en el centro político y también en el Nuevo Laborismo, tal como se reposicionó a partir de mediados de la década de 1990. La obra *Oleanna* alimenta esta crítica de la corrección política dentro de un entorno universitario[9]. Sus dos personajes tienen una profundidad y una complejidad de la que carecen los personajes caricaturescos de *Atracción fatal.* John, un profesor cuya ayuda busca Carol, una de sus estudiantes, tiene, como Dan en *Atracción fatal*, la fuerza del bien moral de su lado, a pesar de sus defectos visibles. Es exasperantemente pedante, adopta su rol de pedagogo con una vanidad intelectual casi absurda, ama la autoridad, la actuación y el rol patriarcal. A lo largo de los encuentros con la joven frágil e insegura que

[9] La sinopsis completa está disponible es wikipedia.org/wiki/Oleanna_play

© Ediciones Morata, S. L

trata de explicarle que no entiende su lenguaje y su vocabulario conceptual, John recibe varias llamadas telefónicas de su esposa referentes a los detalles sobre una nueva casa que están comprando. Estas llamadas sirven para establecer el trasfondo de un hogar amoroso y su papel como padre, esposo y sostén del hogar. Si en el primer acto el público está irritado por la forma pomposa en la que parece disfrutar dando vueltas intelectuales alrededor de su alumna desarticulada, negando algunos de los principios de la educación que su cargo esperaría que defendiera (con una especie de falso radicalismo), en el segundo acto es ella quien comienza a mostrarse como peligrosa, herida, manipuladora y siniestra.

El centro de gravedad moral está consistentemente del lado del John humanista, cariñoso, aunque autoritario. En efecto, su sondeo de la base intelectual de su propio saber y sus juicios, y su análisis crítico de la pedagogía y los procedimientos académicos y la forma en que se abre a la estudiante en su despacho, contribuyen a la defensa que hace la obra de las libertades académicas frente a la rigidez y dogmas por los que Carol parece estar cada vez más influenciada, a través de sus referencias a su "grupo". El clímax dramático de la obra llega en el momento en el que ella le dice a John que ha presentado una denuncia contra él, alegando que sus acciones, incluso lo que la audiencia ha visto como de naturaleza no sexual, constituyen una violación. A John no le renuevan en el puesto de trabajo, no puede seguir adelante con la compra de su casa, y eso implica que su vida se destruye cuando, provocado al final, ataca con furia. El personaje de Carol gana autoconfianza en el transcurso de estos encuentros, aunque esto parece provenir tanto del siniestro grupo de feministas a las que informa, como de los intercambios intelectuales con John. De vez en cuando a lo largo de la obra, ella muestra lo que la audiencia pretende reconocer como señales de advertencia. En ningún momento

© Ediciones Morata, S. L

declara ningún interés emocional o atracción por John, pero su interés en su vida doméstica es demasiado intenso, y él cae en esta trampa al referirse a su esposa e hijo con orgullo masculino. Carol está demasiado pendiente de sus palabras y proporciona una embelesada atención a sus posturas intelectuales. La audiencia percibe a John, como a Dan en *Atracción fatal*, como demasiado inocente. Está siendo engañado por una mujer joven que es más manipuladora de lo que sugiere su personalidad juvenil y bastante remilgada.

Oleanna (título de la obra tomado de un experimento noruego del siglo XIX sobre la vida utópica) describe una especie de desencanto con la idea de la igualdad de género, marca el terreno de la decepción liberal, no hay nada que sea inherentemente agresivo u odioso en la masculinidad de John, a pesar de lo cual ha sido perjudicado por una versión del feminismo, que de alguna manera ha ido demasiado lejos y le ha robado su bienestar, el lugar que le corresponde como hombre en el mundo, y al fin y al cabo su sustento. En este caso, la política de desarticulación está funcionando dentro de la academia feminista, donde el dramaturgo señala con el dedo a las feministas y a los grupos de mujeres malévolos y dogmáticos. La obra es conscientemente inteligente y contiene gran cantidad de juegos de palabras y, de hecho, el tipo de intercambios críticos de alto nivel que el sistema universitario se enorgullece de alentar, medio por el que se abre una brecha muy efectiva entre quienes defienden los valores liberales y la libertad académica, y aquellas militantes y extremistas que son el motor del cambio, y que desafían la autoridad patriarcal relativamente inocua y la pomposidad cotidiana del profesorado masculino. Cualquier persona razonable simpatizaría con la indignación de John y encontraría explicable su recurso final a la violencia contra esta acusación injusta. Y del mismo modo, cualquier simpatía que la audiencia pudiera haber

© Ediciones Morata, S. L

tenido por Carol se disipa rápidamente cuando ella comienza a mostrar signos de algún tipo de lavado de cerebro por parte de su grupo mientras mantiene un interés enfermizo en la vida personal de su tutor. Ella le recrimina por llamar a su esposa "nena" por teléfono, lo que lo enfurece. Por otro lado, él parece usar este término cariñoso intencionadamente para molestarla. Ambos personajes en esta etapa saben lo que está en juego al invocar el idilio doméstico, algo que él tiene, y ella bien podría no tener nunca, debido a sus estridentes creencias feministas.

La obra desafía las premisas liberales de la audiencia, animándola a deshacerse de cualquier simpatía por el feminismo, que ahora se revela por su agenda rígida, agresiva y peligrosa. Más específicamente, llama la atención del público sobre la existencia de la academia feminista. La universidad liberal está siendo socavada desde adentro, y la obra busca exponer la forma en que el feminismo militante se ha establecido dentro de la educación superior. La obra vilipendia el feminismo académico e implica que la actividad feminista en el campus está organizada por extremistas y enemigas de los hombres. El poderoso impacto de la obra crea un abismo de incomprensión y antagonismo entre las estudiantes feministas y aquellas que están fuera de la academia, incluso aquellas con simpatías liberales. La obra contribuye a una política cultural de desarticulación, demonizando el feminismo dentro de la academia y excluyendo el impacto que el feminismo académico podría tener en el mundo exterior. La obra también preparó el escenario para nuevos ataques a los estudios de la mujer como si estuvieran alimentados por el odio hacia los hombres, y contribuyó directamente a enconados debates dentro y fuera de las universidades de EE. UU. que llegaron a conocerse como las "guerras culturales" (Gitlin 1995).

© Ediciones Morata, S. L

El posfeminismo como venganza de la hija

Las primeras escenas de la novela *Big Women* de Fay Weldon, adaptada a una serie de cuatro capítulos para el Canal 4 del Reino Unido en 1999, incluyen un grupo de concienciación de mujeres que tuvo lugar en una casa de clase media grande y cómoda en Londres en 1971. Cuatro mujeres jóvenes atractivas y a la moda están hechizadas por las palabras de alguien de su grupo que tiene aspecto académico (seria, sencilla y con gafas) y está pronunciando una larga conferencia sobre el marxismo y la opresión de las mujeres. La narración muestra la creación de una editorial feminista (*Medusa*, basada en *Virago* en la vida real), los conflictos dentro del grupo y la inevitabilidad de la jerarquía (incluida la influencia dominante de la confiada y carismática Layla, interpretada por la actriz Daniella Nardini), los enredos emocionales y las contradicciones derivadas del amor libre y las relaciones abiertas, y la tragedia de una mujer más convencional, Zoe, que se encuentra en un matrimonio violento y que se suicida dejando atrás a un hijo joven y una hija. En el tercer episodio de la serie, la hija de Zoe, Saffron, se ha convertido en una editora de una revista femenina, rubia segura de sí misma y elegante. Ella es una absoluta joven posfeminista despiadadamente individualista, sin tiempo para la solidaridad emocional con sus contrapartes femeninas. Sin embargo, también está vengando la muerte de su madre y termina siendo el sostén de la familia y apoyando a su padre, ahora alcohólico, así como a su hermano. El drama traza el momento histórico del feminismo de clase media de la década de 1970 con sus aventuras editoriales independientes, y el declive de ese idealismo durante los años de Thatcher y, más específicamente, el desplazamiento del feminismo por el mercado de las revistas femeninas que ahora ha asumido algunos de esos valores. El drama de *Big Women* en efecto es

© Ediciones Morata, S. L

paralelo al argumento de este libro. No hay nada de la agresiva difamación del feminismo que se ve tanto en *Atracción fatal* como en *Oleanna*; de hecho, hay algo de cariño y buen humor en los recuerdos de Weldon sobre la actividad feminista de los años setenta. Sin embargo, la narración cronológica, la analepsis, el estilo retro de las secuencias ambientadas en las décadas de 1970 y 1980, en contraste con la nitidez de las escenas finales que incluyen imágenes de las elecciones de 1997 y la victoria del Nuevo Laborismo, aseguran que se entiende que el feminismo pertenece al pasado. Sus momentos de calidez y solidaridad son de alguna manera intransmisibles, y sus sucesoras son mujeres jóvenes seguras, materialistas y posfeministas como Saffron.

De hecho, el declive del feminismo se compensa con el surgimiento de un estilo de capitalismo dirigido por el consumidor que ahora incorpora los problemas de las mujeres, lo que de hecho "incorpora" muchas de las preocupaciones que antes se asociaban con un feminismo más separatista. Los últimos dos episodios de *Big Women* están salpicados de palabras y frases como "reacción violenta contra el feminismo" e "integración de los problemas de las mujeres" a medida que los personajes luchan entre sí, cuando queda claro que sus empresas editoriales independientes son cada vez más inviables. Ellos mismos comienzan a ver cuán anticuados y obsoletos parecen ahora sus libros, tanto como sus ideas. Weldon también enfatiza la continuidad entre el individualismo despiadado dentro del feminismo de entonces (en la figura de Layla), y lo que estaba dispuesta a hacer para ver sus sueños hechos realidad (acostarse con un inversor para obtener fondos para la editorial), y el de ahora con Saffron, su contraparte posfeminista. El asunto no es simplemente que la buena y vieja colectividad feminista dé paso al nuevo y malo individualismo femenino, sino que, en aquel entonces, había tantas jerarquías ocultas

© Ediciones Morata, S. L

y compromisos hechos en la cooperativa feminista como en el mundo más transparente y, por lo tanto, honestamente competitivo del brillante capitalismo de la década de 1980, que ahora está dispuesto a incorporar las preocupaciones de las mujeres. Layla es el verdadero modelo a seguir para Saffron, dominante, arrogante y egoísta. Weldon historiza el feminismo y lo revisa como una especie de oportunismo político, un modo en el que las mujeres fuertes o grandes se abrían camino en el mundo en un momento en que eso era menos posible de lo que es ahora. A pesar de las muchas referencias entre los personajes a los ideales socialistas y feministas, las ideas de Weldon sobre el feminismo están firmemente arraigadas en la noción feminista liberal de luchar por la igualdad y el ethos del empoderamiento femenino (la banda sonora de la escena que muestra a Saffron entrando a zancadas en la oficina de su revista femenina es de las Spice Girls). Ganarse la vida y tener éxito financiero reemplazan lo que Weldon demuestra que ha sido un idealismo delgado como el papel. Dentro del género del drama televisivo popular, Weldon crea una versión de la historia feminista que, a pesar de los destellos de calidez, ensombrece su integridad política y su genuina solidaridad con las mujeres a través de las fronteras sociales. El personaje feminista académico, Alice, que pronunció largas conferencias feministas al grupo en la década de 1970, se ha convertido en una hippy excéntrica de la nueva era que vive sola en una caravana, mientras que la idealista Steffi, en contraste con su mejor amiga Layla, es una lesbiana rota y amargada incapaz de adaptarse a los tiempos y de aceptar la inevitabilidad de la integración de la perspectiva de género y la incorporación selectiva de valores feministas en el mundo comercial de la cultura de consumo dominada por las mujeres.

© Ediciones Morata, S. L

Revertir el antirracismo

Aunque he usado la frase "mujeres jóvenes" con mucha frecuencia a lo largo de mi discurso, esta categoría va siempre e invariablemente atravesada por las relaciones de raza, etnia, clase social e identidad sexual. En la película, la obra de teatro y la serie de televisión examinadas anteriormente, todos los protagonistas son blancos. Si avanzamos rápidamente en el campo de los medios contemporáneos y la cultura popular, la blanquitud femenina dominante se convierte en un medio invisible para hacer retroceder el antirracismo; de hecho, puede verse en acción como elemento clave en la idea de una nostalgia por la blanquitud. Así como se da una relajación aparentemente liberal de algunas dinámicas de la vida cotidiana tomando al feminismo como una especie de sentido común, también existe la necesidad de volver a asegurar los límites de la feminidad requerida, requerida para la viabilidad cultural como una chica moderna. Lo que se ha deshecho es la posibilidad de que el feminismo permanezca en circulación como un imaginario político accesible, un medio para colectivizar lo que ahora se han convertido en meras experiencias privatizadas e individualizadas. Podemos ver procesos similares en funcionamiento en la celebración del éxito empresarial de las mujeres negras y asiáticas, y la autodefinición de Gran Bretaña como una sociedad diversa que no tolerará el tipo de racismo que mostraban personas en los medios como Jade Goody (una celebridad menor que participó en el programa televisivo Gran Hermano y que sometió a su compañera concursante Shilpa Shetty a una intimidación agresivamente racista, similar a lo que sucede en los patios de las escuelas de todo el país) y sin embargo niega la relevancia de los vocabularios políticos del multiculturalismo crítico considerándolos ahora anticuados, a favor de nuevos modelos de asimilación. Con esta exclusión de

© Ediciones Morata, S. L

la política airada de la raza, se da luz verde que permite un retorno a la blanquitud como norma, una vez más totalmente desetnizada (Ware, 1992; Dyer, 1997). Hay una nostalgia por la blanquitud en el dramático *look* de estrella de Hollywood de la década de 1940 de Dita Von Teese, la estrella de *burlesque*, al igual que en los anuncios de moda de Prada en Vogue, una especie de mirada retrospectiva a los períodos de tiempo "imperturbables" por la necesidad tener en cuenta la raza y la política del multiculturalismo. Cuando en el pasado se asumía la blanquitud, una norma sin etnicidad, una norma contra la cual todo lo demás era diferente, de modo que solo la no blanquitud se equiparaba con la raza o la etnia, esta nueva blanquitud emerge como más enfáticamente intacta por el requisito de ser blanco para registrarse como étnico.

También se ve la celebración de la blanquitud dentro del mundo de las revistas del corazón baratas, donde el cabello rubio y la piel blanca asociados con el estilo de las "esposas de los futbolistas" rara vez se ven interrumpidos por la presencia de una mujer joven negra o asiática. Y el mundo más exclusivo de la revista Vogue, en los últimos años, ha estado celebrando la belleza blanca de la nueva generación de modelos de Europa del Este y Rusia. Hay un factor sutil de provocación en todos estos géneros, como si sugiriera que están refutando con entusiasmo las demandas multiculturales ahora pasadas de moda, o que ya no son relevantes, o los requisitos antidiscriminatorios para una representación igualitaria, de hecho, para la simple visibilidad, al adoptando el estilo de la flagrante corrección antipolítica. Esto puede entenderse como un retroceso en el antirracismo a través de la reanudación nostálgica por parte de los medios y la cultura popular, de cómo solía ser. Se hace poco esfuerzo para responder a las necesidades de los consumidores negros o asiáticos, en cambio y de acuerdo con las nuevas políticas asimilacionistas respaldadas por el gobierno actual,

© Ediciones Morata, S. L

se alienta a las mujeres de minorías étnicas a abandonar la diferencia multicultural y encontrar formas de identificarse con la mayoría. Y si eligen no hacerlo, o prefieren sus propias revistas negras o asiáticas, también es una elección personal, que nuevamente sugiere una reconsolidación de los límites, una reafirmación de las divisiones entre la cultura blanca y la negra. Lola Young ha descrito la forma en que dentro de las revistas de mujeres negras como *Pride* hay una nueva preocupación por "lograr una movilidad social ascendente" mediante el abandono de las fuertes marcas de autenticidad racial en peinados y vestimenta (Young, 2000); la "mujer negra aspiracional" se aísla de sus contrapartes demasiado negras, la mujer, por ejemplo, que lleva "trencitas redondas, grandes pendientes de aro y uñas rojas de 10 pulgadas, lo que me hace retroceder dos siglos" (Blackwood y Adebola, 1997, citado por Young, 2000: 422). Al mismo tiempo, hay ira y resentimiento contra las niñas negras de piel clara que "siempre han estado más favorecidas que nosotras. Caminan de un lado a otro con la 'superioridad' escrita en la frente, pensando que [...] pueden tener a cualquier hombre que quieran" (Blackwood y Adebola, citados por Young, 2000: 423). Young reconoce cómo las revistas de mujeres negras están renunciando a la solidaridad feminista pasada de moda en favor del restablecimiento del familiar "autodesprecio racial inducido por la colonia".

En suma, en estas revistas y en las formas de entretenimiento sexual popular como el *burlesque* lo que se desarticula es la relevancia de la crítica feminista y antirracista. Los consumidores se describen como informados, perspicaces, actualmente empoderados y, por lo tanto, capaces de tomar sus propias decisiones, y esto se aplica particularmente a las mujeres. Esta retórica de la consumidora confiada excluye el resurgimiento del feminismo en favor de la apatía y la despolitización. El mundo de la cultura popular, incluido el entretenimiento

© Ediciones Morata, S. L

sexual, ya no necesita prestar atención a quienes se preocupan por la discriminación sexual o racial, ya que han sido silenciados o desempoderados. El mecanismo de recolonización en la cultura popular contemporánea restablece las jerarquías raciales en el campo de la feminidad al invocar, a través del campo visual, una norma de blanquitud nostálgica[10].

La retradicionalización como ruina feminista

En el Capítulo 1 me referí tanto a Bridget Jones como al sociólogo Anthony Giddens. En cierto modo, el carácter de Bridget Jones, su estilo de vida y sus hábitos, se correspondían tan estrechamente con el análisis sociológico de Anthony Giddens sobre las transformaciones sociales en la modernidad tardía y la producción de nuevos tipos de personalidades, que él casi podría haber escrito la columna, el libro y luego el propio guion de la película. Quiero destacar la importancia de Giddens y Beck en el proceso de desarticulación feminista. Giddens, siguiendo el trabajo pionero de Ulrich Beck y su concepto de "sociedad del riesgo", dio cuenta de los procesos de desarraigo, de individualización, del crecimiento del sujeto autocontrolado y del declive de la comunidad, la tradición, y el arraigo social (Beck, 1992; Giddens, 1991). Beck y Giddens comparten el argumento de que la nueva segunda modernidad genera tipos de personas cuyas vidas ya no están totalmente

[10] Ver la fotografía de Annie Leibovitz para *Vanity Fair* (8 de diciembre de 2006) con las actrices Scarlett Johansson y Keira Knightley posando juntas desnudas al estilo del erotismo cortesano de finales del siglo XVIII. Sus cuerpos están blanqueados por el efecto de empolvado y la imagen sugiere una moda (y también nostalgia) por la blanquitud. El lector puede valorar cuán diferente sería el significado de la imagen si los modelos hubieran sido actores negros guapos y muy conocidos.

© Ediciones Morata, S. L

determinadas por los roles que les atribuyen las estructuras más antiguas o tradicionales de clase, raza y sexo. Algunas de las características históricas de la primera modernidad, como las instituciones sociales de educación y el crecimiento del estado de bienestar, producen estas mismas condiciones que permiten en las generaciones venideras una relajación de la dependencia y una creciente fluidez social. En la segunda modernidad, y con los cambios en la economía que producen un cambio hacia formas de producción posfordistas, se requiere que los individuos se vuelvan más reflexivos, que reflexionen sobre las diversas reglas y restricciones y los factores estructurales que inciden sobre ellos, como un mecanismo necesario para la autorrealización, y también para volverse autorreflexivos, para controlarse y evaluarse a sí mismos, para planificar sus biografías, para evaluar regularmente las oportunidades que se les presenten, ya que, de ahora en adelante, nadie o ninguna institución asumirá ese tipo de responsabilidad. La obra sociológica de Giddens, Beck y también de Scott Lash en el último cuarto del siglo xx, examinaron los cambios y transformaciones más profundos en los países occidentales ricos, y estas teorías, a su vez, comenzaron a tener un impacto en una más amplia vida cultural y política (Beck y cols., 1994). Anthony Giddens se convirtió en asesor principal del gobierno del Nuevo Laborismo en 1997 y alcanzó un gran reconocimiento por ser el arquitecto de la tercera vía, una estrategia política que ya había ensayado en sus escritos sociológicos; Ulrich Beck, su colega, también encontró un papel en el desarrollo del *Neue Mitte* ("nuevo centro") en Alemania bajo el gobierno de Schroeder. Las ideas de estas dos figuras líderes también encontraron lectores corrientes en periódicos como *The Independent* y *The Guardian* y en revistas como *New Statesman*. En la sección de agradecimientos de su novela *El diario de Bridget Jones*, la autora Helen Fielding agradece a su editor

© Ediciones Morata, S. L

Charles Leadbeater por animarla a escribir la columna original (en la que se basó la novela) sobre su propia generación de mujeres jóvenes próximas a la treintena. Charles Leadbeater, como Giddens, fue una de las personas con ideas más influyentes para el gobierno de Blair[11]. Y yo me pregunto: Giddens, Beck y Lash, en sus explicaciones sobre la modernización reflexiva como un proceso que marca un cambio político que se aleja de la distinción entre izquierda y derecha, ¿también allanan sociológicamente el camino a la ruina del feminismo? ¿Su trabajo podría verse como parte de este proceso por atribuir al feminismo la pertenencia a un radicalismo de izquierdas, cuya política emancipadora, que Giddens describe como producto de las posibilidades de desarraigo creadas por las grandes instituciones sociales de los regímenes de bienestar, ahora han sido reemplazados por lo que él denomina políticas de vida? Es decir, al abogar por un movimiento más allá de la política convencional de izquierdas, ¿contribuyen estos autores a la inauguración, dentro de la sociología, de una teoría social que considera el feminismo superado por la aparición de nuevos sujetos femeninos que ya no necesitan un movimiento de las mujeres? ¿Qué tienen que decir estos sociólogos sobre las mujeres? ¿Es cierto que los estudios de género y la teoría feminista, del tipo que trata gran parte del pensamiento de este libro, están en desacuerdo con esta sociología de la modernización reflexiva? En efecto, ¿es esta sociología un contraataque y un socavamiento del tipo de perspectivas de estudios culturales feministas de influencia marxista que se establecieron tanto en las artes, las humanidades y las ciencias sociales desde principios de la década de 1980 en adelante?

[11] Anthony Giddens y Charles Leadbeater se les reconoce como dos pensadores cercanos al equipo de Blair en sus inicios, a menudo participaban en paneles de discusión, conferencias y eventos.

© Ediciones Morata, S. L

Ulrich Beck y Elizabeth Beck-Gernscheim, en efecto, reconocen la superación del feminismo en su análisis "La individualización" (Beck y Beck-Gernscheim, 2001). Aunque no sería exacto sugerir que el papel del movimiento de las mujeres está completamente fuera de esta sociología, que favorece que estos grandes cambios estructurales propios de esta época que en cierto modo producen condiciones para que las mujeres dispongan de libertad y de elección, es cierto que se pasa por alto el papel instrumental del feminismo en la lucha activa por la igualdad en la educación, en la ley, en la vida familiar y en la cultura política. Se da a entender que estos cambios para las mujeres han ocurrido mediante algún tipo de transición indolora. El capitalismo ha producido la necesidad y la posibilidad de la liberación de la mujer. Parece que hay un traspaso suave del poder por parte de las grandes instituciones sociales del régimen de bienestar, que reemplazan los viejos mecanismos de apoyo que alguna vez unieron a las personas, en este caso a las mujeres jóvenes, que más tarde se responsabilizan de su autoorganización y desempeñan un papel activo en la creación del tipo de estructuras individualizadas que asegurarán y servirán a sus propias carreras y caminos desvinculados. Si Giddens señala el papel de la cultura de autoayuda terapéutica como la nueva forma de orientación individualizada disponible para facilitar estas prácticas de autoresponsabilidad, Beck y Beck-Gernscheim argumentan se abren opciones a las mujeres jóvenes, principalmente a través de la expansión de la educación, "así como las mujeres se liberaron cada vez más de las ataduras con la familia, la biografía femenina ha experimentado un 'impulso de individualización' y conectado con lo que la teoría funcionalista llama un cambio de roles de 'atribuidos' a 'adquiridos'" (Beck y Beck-Gernscheim, 2001: 55). En su relato, admiten que todavía existen patrones de desigualdad de género y expresan cautela sobre las narrativas de progreso.

© Ediciones Morata, S. L

Sin embargo, "los cambios cualitativos han llevado a un trato y derechos más justos que en el pasado" (*ibid*: 58). Y argumentan que estas nuevas "biografías normales" son capaces de mostrar las características de la reflexividad "reaccionando sobre las estructuras de la sociedad en su conjunto" (*ibid*: 76). Es decir, las mujeres jóvenes reflexivas están ahora en posesión de grados de agencia que les permiten tener un impacto en la sociedad en la que viven. A pesar de concluir su capítulo con una lista de lo que el movimiento de mujeres aún desea cambiar o influir, el análisis que brindan parece sugerir que la sociedad occidental estaba de alguna manera predispuesta a permitir que las mujeres se vuelvan más iguales. No hay indicios de que las estructuras patriarcales y otras formas de poder hayan regulado la vida de las mujeres y continúen haciéndolo de mil maneras. Dado que conciben la transformación social como casi benigna y, como mínimo, como una mejora de la vida de las mujeres, no sorprende que, en su descripción de la segunda modernidad con sus sujetos autorreflexivos, haya una desatención similar a la coerción y la restricción a favor ahora de la elección y la construcción por las mujeres de biografías individualizadas.

En resumen, si las luchas del movimiento de las mujeres no tienen cabida en la sociología de los Beck, y en particular los escritos de las feministas marxistas acerca de cómo la clase social y la etnicidad se entrecruzaban invariablemente con las desigualdades de género y sexualidad, no sorprende que en este mundo transformado y de mayor equidad de género esté ausente la necesidad urgente de nuevas formas de análisis feminista, o se subsuma bajo referencias más bien banales al hecho de que el trabajo del movimiento de las mujeres va a continuar con toda seguridad. Dado que la teoría social de Ulrich Beck ha sido inmensamente influyente en la sociología contemporánea, podemos suponer que este énfasis sobre el bien que ya

© Ediciones Morata, S. L

ha tenido lugar ha contribuido a ocluir la preocupación por el restablecimiento de la desigualdad de género y la existencia de nuevas formas de regulación de género, a favor de un acuerdo de género posfeminista organizado en torno a la elección y el consentimiento. El pensamiento de Beck y Beck-Gernscheim (y el de Anthony Giddens) es contrario y está bastante en desacuerdo con los argumentos que expongo. Estos autores proporcionan una nueva variante del funcionalismo sociológico, de la gran teoría social, que se basa en una comprensión majestuosa del panorama general, una totalidad social, que se despliega de acuerdo con los desarrollos en tecnología, comunicaciones y producción de conocimiento (superando las estructuras de la primera modernidad) y que ofrece nuevas posibilidades para la agencia humana, incluyendo en este caso posibilidades para las mujeres (las beneficiarias de la segunda modernidad). Este tipo de sociología es un desafío directo a los enfoques marxista y neomarxista que fueron tan influyentes en la sociología y los estudios culturales, y que fueron descritos por el materialismo histórico, por la dialéctica y, por supuesto, por entender el cambio social como el producto de las contradicciones entre capital y clase. El argumento de Beck, Beck-Gernscheim y Giddens de que se han ganado libertades y que las mujeres tienen más agencia y más opciones ignora por completo la existencia continua de las jerarquías de género y las formas quizás más sutiles en que estas se reproducen constantemente. Lisa Adkins critica a todos estos autores de manera relevante para esta discusión sobre cómo deshacer el feminismo (Adkins, 2002). Quisiera llevar la crítica feminista de Adkins más allá de la teoría de la segunda modernidad y sugerir que la retradicionalización que ella señala como uno de sus resultados, es de hecho una característica del patriarcado resurgente bajo la apariencia del poder aparentemente benigno de una transformación social en desarrollo. Y debido a que

© Ediciones Morata, S. L

tanto Beck como Giddens apuestan por una inversión tanto política como intelectual en este nuevo período de modernidad reflexiva, defiendo que su sociología contribuye a eclipsar al feminismo como una fuerza válida para el cambio social y político. Es más, con diferentes inflexiones, su sociología en general proporciona una justificación para el surgimiento del neoliberalismo y el giro a la derecha del centro político democrático[12]. Ambos autores tienen razones para repudiar la época de la nueva izquierda (y sus movimientos sociales afiliados), no son abiertamente hostiles al feminismo ni antagónicos a la academia feminista. Pero esta nueva sociología tiene el poder de hacer avanzar las cosas, en una especie de movimiento hacia adelante, para sugerir que ahora lo relevante es este particular vocabulario de la modernidad reflexiva, y con ella de la agencia individualizada. Dentro de este campo general de cambio social, las mujeres, por definición, y más allá de las fronteras de clase y raza, ahora pueden tomar decisiones y desempeñar un papel activo en sus propias biografías, lo que en sí mismo significa que ya no hay necesidad de los tipos de organización política de estilo combativo o enfurecido asociados con el feminismo.

Adkins menciona que no se presta suficiente atención al trabajo de estos tres autores sobre las consecuencias para las mujeres de la modernización reflexiva en la economía y en el ámbito del trabajo. Si bien la capacidad de reflexividad aumenta con la desestabilización de las estructuras determinantes del antiguo orden social, y esto brinda a las mujeres más posibilidades de elección y agencia (aunque podríamos

[12] Hay diferentes matices en el pensamiento político de Beck y Giddens: Beck mantiene un compromiso liberal democrático con el bienestar y los ingresos de los ciudadanos en relación con el desempleo, mientras que Giddens ofrece una posición de modernización de centro-izquierda, que proporciona al Nuevo Laborismo su distintivo programa de posizquierda.

© Ediciones Morata, S. L

preguntarnos qué mujeres, y en qué lugares), Adkins propone que las llamadas destradicionalización e individualización en realidad producen patrones de retradicionalización de género o, lo que yo llamaría, el restablecimiento de las jerarquías de género mediante nuevas formas sutiles de un resurgente poder patriarcal. Desvincularse de las viejas instituciones (por ejemplo, los lugares de trabajo burocrático que todavía tiene una legislación antidiscriminatoria) puede significar trabajar en un entorno en el que, como señala el propio Scott Lash, hay una especie de retorno a las antiguas unidades familiares premodernas. No es sorprendente que Adkins retome a Lash en este punto para recordarle que esto significa invariablemente un retorno a las normas del hogar patriarcal, con el esposo capaz de beneficiarse de la nueva reflexividad de la sociabilidad en red de la nueva economía sobre la base de que su esposa, como su socia comercial, puede intervenir y trabajar muchas horas o en horarios poco sociables de forma diferente a si estuviese empleada del ayuntamiento, por ejemplo. Las prácticas feministas que posiblemente ahora están incrustadas en lo que queda de las instituciones sociales se deshacen o desarticulan en esta economía más flexible. Al menos Lash señala que las mujeres son "perdedoras de reflexividad", dejando que Adkins exprese que a las mujeres posiblemente les vaya mejor en las estructuras de estilo antiguo de formas fordistas de empleo segregadas por clase y género. Lash indica también que la nueva economía puede empujar a las mujeres hacia un nuevo estatus de clase más baja, junto con los inmigrantes y otras personas poco cualificadas. Pero en lugar de originarse por ello un análisis más crítico, sobre cómo los logros de la izquierda y del feminismo en el lugar de trabajo se están erosionando y haciendo irrelevantes, Beck, Giddens y Lash pasan por alto este inconveniente y, con él la reintroducción de las normas de género

© Ediciones Morata, S. L

tradicionales prefeministas, como algo prescindible o tal vez relativamente insignificante. Voy más allá: lo que Adkins ve como retradicionalización yo lo veo como un vuelco decidido de los logros feministas, un intento patriarcal resurgente de deshacer las conquistas del movimiento de las mujeres en las esferas del trabajo y el hogar. Adkins está de acuerdo en que hay "nuevas formas de dominación social" en juego en estas "socialidades posocupacionales", donde yo diría que hay una especie de complicidad sociológica en este trabajo de Beck, Giddens y Lash, en la medida en que no reflexiona en absoluto sobre la forma en que estos procesos, que parecen de alguna manera inevitables o inexorables y que aparentan liberar a las personas y darles más opciones, son de hecho formas nuevas y más complejas de garantizar que se restablezca la dominación masculina, protegida de la posibilidad de un nuevo feminismo tanto en la sociología como en la vida pública.

"El fin de una cultura sexual radical" (Butler, 2004)

Hay también, en este campo sociológico, una consolidación de los límites disciplinarios de la sociología en contraste con la dinámica deconstructiva de los estudios culturales feministas interdisciplinarios y, por supuesto, el posestructuralismo feminista. Si el primero trabaja para apuntalar una base de poder para la sociología académica, así como en la política y la cultura, el segundo trabaja para diseccionar y analizar las prácticas de poder nuevas o emergentes a medida que entran en juego en una variedad de campos que se cruzan. Esta nueva sociología disfraza su agenda antiizquierdista y posfeminista más combativa, lo que el Nuevo Laborismo hace con cierta habilidad al ofrecer un sustituto del feminismo a las mujeres

© Ediciones Morata, S. L

normales y corrientes. A todas aquellas a las que radicalismo de las demandas feministas podrían haber desanimado, y ahora a aquellas jóvenes estudiantes de sociología (en el entorno académico), y a las ahora las pertenecientes al mundo laboral, para quienes un proyecto de vida sí es parte integrante de sus identidades más individualizadas, podemos ver cómo la sociología de Giddens y su contraparte en las políticas del Nuevo Laborismo para las mujeres, trabajan juntas simbióticamente, para suplantar, eclipsar y marginar el lugar de la crítica feminista estridente. Si lo que hacen supone una oposición a la sociología y a los estudios culturales feministas radicales, podríamos preguntarnos, ¿cuáles han sido los desarrollos en el posmarxismo y en la teoría feminista que sustentan un compromiso con la igualdad y la justicia de género? ¿Cómo puede aprovecharse para comprender los procesos de desarticulación de los que me he ocupado en este capítulo? Chantal Mouffe y Ernesto Laclau muestran un camino para reinventar y desarrollar aún más los ideales feministas de izquierdas con su noción de una política pluralista democrática radical. Este tipo de política, basada ampliamente en Gramsci y que también dio forma a buena parte del trabajo de Stuart Hall, propone una especie de crítica implacable del capitalismo y de las nuevas formas de poder patriarcal "biopolítico". Este nuevo tipo de pluralismo democrático se basa en la estrategia del cuestionamiento y la crítica cotidianos, no es una alternativa a la obsoleta revolución, ahora inviable con el declive del socialismo, y tampoco es una especie de versión teorizada de lo que se conocía como reformismo, sino una especie de constante movilización de toda la gama de movimientos sociales radicales, incluido el feminismo, donde estos se cruzan entre sí, aprenden a tener en cuenta las reclamaciones que hacen los demás y, contribuye a que como resultado puedan modificar sus propias demandas.

© Ediciones Morata, S. L

Anne-Marie Smith, para explicar los escritos de Mouffe y Laclau, argumenta que el pluralismo democrático radical incorpora elementos de la tradición socialista y de la democracia liberal para forjar un radicalismo post socialista (Smith, 1998). Esto implica una batalla por el sentido y la necesidad de nuevos imaginarios radicales, para que la gente (por ejemplo, los grupos subordinados) pueda encontrar los medios para imaginar el modo de salir de la subordinación privatizada o irremediablemente individualizada hacia un espacio social que les permita entender sus circunstancias como una forma de opresión que comparten con los demás. Estos imaginarios son un recurso, una fuente de esperanza, un espacio que ofrece vocabularios, conceptos, historias, relatos y experiencias que pueden iluminar los apuros o la impotencia, y ayudar a encontrar caminos para superar tales circunstancias. Por supuesto, las materias primas para construir tales imaginarios se pueden encontrar en formas culturales, en libros, películas, piezas musicales u obras de arte. Si la historia conmemorativa de las luchas pasadas pudiera desempeñar este papel (por ejemplo, la historia del movimiento por los derechos civiles en la década de 1960 en los EE. UU., o la historia del movimiento de las mujeres en las décadas de 1970 y 1980), entonces cerrar tales posibilidades es también un tipo de política agresiva de desarticulación. Por lo tanto, los tipos de mecanismos de desconexión que he esbozado y comentado en este capítulo puede verse como una inversión de la política de articulación defendida por Stuart Hall. Paul Gilroy, como nos recuerda Anne-Marie Smith, señala el papel que ha desempeñado la música negra en la transmisión, a través de generaciones de negros, de la historia de la esclavitud y la explotación brutal (Smith, 1998). La exclusión de dichas prácticas, el intento de acallarlas en favor de otras oportunidades más atractivas, es uno de los medios clave por los cuales hoy día se interrumpe

© Ediciones Morata, S. L

el pluralismo democrático radical, e incluso se desmantela preventivamente. Cuando importantes momentos históricos de liberación de alguna manera ya no son transmisibles, o son caricaturizados y trivializados, si no olvidados, quizás esté en crisis la posibilidad de una política democrática radical. Si la política de articulación implica esta lucha constante por el sentido, entonces las fuerzas antagónicas que he descrito se han movilizado para negar o cerrar el imaginario político del feminismo radical como fuente de sabiduría política, que podría proporcionar las herramientas para que las mujeres imaginen un mundo alternativo al que ahora tienen a su disposición. Pienso que las mujeres actualmente están siendo desempoderadas mediante los mismos discursos de empoderamiento que se les ofrecen como sustitutos del feminismo.

Permítanme concluir este capítulo con un ejemplo más específico con respecto a lo que Butler describe como el "horizonte perdido de la política sexual" (Butler, 2004). Este proceso al que se refiere Butler tiene lugar en el contexto de un debate sobre el parentesco y las campañas a favor del matrimonio gay y lésbico. Butler hace todo lo posible para recordar a sus lectores que las exclusiones e indignidades a las que se ha sometido a los homosexuales y las lesbianas en relación con su falta de derecho a la familia son tan sustanciales como para justificar plenamente el deseo de diversas formas de reconocimiento legal. Sin embargo, una característica clave de su argumento en el artículo "¿Es el parentesco siempre ya heterosexual?" es que este proceso de santificación y reconocimiento implica la introducción de un conjunto complejo de nuevas dinámicas regulatorias, muchas de las cuales podrían describirse como establecimiento de límites. Por lo tanto, esta normatividad estaría trabajando en la concesión de derechos maritales a personas no heterosexuales, y esto tiene repercusiones no solo en la participación del Estado dentro de las

© Ediciones Morata, S. L

familias homosexuales ahora reconocidas, sino que también introduce nuevas normas de buena salud sexual y el dominio de la pareja personificando esto dentro de la cultura gay. Las formas de relaciones sexuales que no se suscriban a este modelo se encuentran más marginadas que antes, más desacreditadas y posiblemente tomadas como más perturbadoras. Pero más relevante para lo que atañe a este capítulo es la forma en que el movimiento hacia el matrimonio de gays y lesbianas tiene implicaciones sobre la exclusión de otros imaginarios políticos radicales que implican una crítica de las normas familiares y la creación de formas alternativas de parentesco y comunidad.

El ensayo de Butler, en muchos sentidos, justifica todo este capítulo hasta el momento, y la palabra "desmantelar" es una de las que ella emplea más. ¿Qué se desmantela entonces en la cooptación de gays y lesbianas en el mundo de la familia, el matrimonio y las parejas? Esto es más que la simple extensión de los derechos a un grupo social oprimido, que durante muchos años se ha movilizado y hecho campaña para que se reconozcan sus derechos humanos. También es más que decir que el reconocimiento viene con condiciones. Implica el desvanecimiento de otras disposiciones y de la posibilidad de imaginar otras formas de parentesco, de convivencia y de crianza de los hijos. Butler señala acertadamente que las sociedades occidentales actualmente invierten mucho en la normalización de la vida familiar porque están preocupadas por la migración global, por la llegada y el asentamiento de los pueblos de la diáspora y, por lo tanto, por el futuro de las poblaciones, los estados nacionales y la reproducción de la "cultura". El emplazamiento de gays y lesbianas en el redil feliz de los hogares con dos progenitores puede verse como un esfuerzo por apuntalar a la familia nuclear contra cualquier amenaza percibida a la que ahora se enfrenta. Por esta razón la cultura del matrimonio y las celebraciones y rituales que

© Ediciones Morata, S. L

en el pasado no estaban al alcance de gays y lesbianas ahora, en términos generales, atraen tanta publicidad y aprobación, al menos en las democracias liberales. Lo que sueña Bridget Jones, en su soltería de *treinta y tantos* —un vestido blanco, damas de honor, confeti y campanas de boda repicando—, es exactamente lo que ahora está al alcance de todos.

La regulación del parentesco a través de la santidad de la vida familiar requiere no solo estos modos de cooptación, sino la extinción preventiva de la necesidad o relevancia de nuevas alternativas feministas, o gays y lesbianas. La idea misma de la comuna o la familia alternativa ya es absurda y sin sentido. En mi opinión, la opción por las normas del matrimonio por las parejas de lesbianas también interrumpe las solidaridades previas traspasando la frontera de homosexuales y heterosexuales a través de la política de la paternidad soltera. Y no es coincidencia que la categoría más demonizada que representa una alternativa a la vida familiar convencional es la de la "madre soltera". En la jerga política del Reino Unido este grupo de mujeres es el más vilipendiado. Sin embargo, dentro de lo que podríamos llamar el espacio de la maternidad soltera, en el pasado ha sido posible para las mujeres, en una especie de capacidad de autodeterminación, encontrar formas de vivir y crear comunidades fuera de la familia nuclear suburbana. De hecho, dentro del discurso político feminista, desarrollar nuevas formas de vida fuera de la dominación patriarcal a menudo implicaba intentos como estos. Y esto a su vez vinculaba a las lesbianas con las feministas heterosexuales y también se cruzaba con los modos de vida intergeneracionales que muchas mujeres negras desarrollaron a lo largo de los años como una estrategia de supervivencia en el contexto de pobreza y racismo. Pero con estos parentescos ahora tan desautorizados solo se puede recurrir a la unidad de la pareja y, donde esto es inviable o imposible existe, como Butler sugiere, un nuevo índice de

© Ediciones Morata, S. L

fracaso o vergüenza. Una persona solo pensaría en desesperadas alternativas a la vida familiar normal si no logra encontrar la pareja ideal. Y para las muchas mujeres jóvenes de hoy en día que no tienen hijos, o que los quieren tener, pero para quienes el matrimonio y la búsqueda de esa persona adecuada no termina de llegar, permanecen solteras y no viven en estas unidades nucleares tan idealizadas, hay una reducción de las alternativas y un desvanecimiento de la política radical imaginaria asociada con generaciones feministas anteriores en las que tales cosas eran realmente concebibles. Lo que pudo haber existido como un intento de reinventar modos de parentesco que no repitieran las estructuras de la familia heterosexual y patriarcal ahora se olvida como algo que tuvo algún valor político, y en la actualidad parece haber pocos o ningún escrito dentro del feminismo lésbico que continúe con este tipo de debate. Este eclipse de los radicalismos pasados a favor de las disposiciones que el Estado regula y apoya para vivir como parte de una minoría sexual, se corresponde con muchos de los otros movimientos similares que se han rastreado en el curso de este capítulo.

Debe quedar claro para el lector que en esta descripción general de procesos de desarticulación se hace énfasis en señalar los modos emergentes de regulación que existen dentro de un marco general de capacidad, libertad, cambio e igualdad de género. He argumentado que el desconocimiento de las formas de política sexual que existían en un pasado bastante reciente, y el reemplazo de estas por formas reinstauradas de jerarquía sexual, constituye una nueva modalidad distintiva de poder de género. Esto opera en gran medida a través de procesos de desmantelamiento y desarticulación que tienen el efecto de dispersar a las mujeres entre divisiones de tiempo y espacio, edad y clase, etnia y sexualidad, de modo que cada vez es más improbable que encuentren otro modo de encontrar juntas una causa común.

© Ediciones Morata, S. L

3

¿CHICAS DIEZ? LAS MUJERES JÓVENES Y EL NUEVO CONTRATO SEXUAL

Dado que las decisiones tempranas sobre educación y empleo influyen en las posibilidades posteriores, solo las mujeres más jóvenes pueden tomar muchas de las decisiones importantes sobre su trabajo y su vida en un contexto de igualdad de oportunidades legalmente exigible. La edad es, pues, crucial en las nuevas formas de diferencia y desigualdades entre mujeres. (Walby, 1997: 41).

La educación de las niñas es probablemente el catalizador más importante de los cambios en la sociedad. (Augusto López-Claros, Economista Jefe del Foro Económico Mundial, citado en *The Guardian* 18 de mayo de 2005: 8).

Y ahora está bastante claro que el peligro ha cambiado. (Foucault, 1984: 344).

Patriarcados resurgentes y repliegues en género

Este capítulo analiza el nuevo contrato sexual que se ofrece a las mujeres jóvenes, principalmente en Occidente, para

© Ediciones Morata, S. L

que avancen y aprovechen las oportunidades de trabajar, cualificarse, controlar la fertilidad y ganar suficiente dinero para participar en la cultura de consumo, lo que a su vez se convertirá en un rasgo definitorio de los modos contemporáneos de ciudadanía femenina[1]. Este análisis cuestiona los términos y condiciones, las inclusiones y exclusiones, y las consecuencias sociales y políticas de dicho contrato. Se pone en funcionamiento toda una gama de tecnologías para invitar a avanzar a las mujeres jóvenes, que están bajo el foco de atención, lo que las visibiliza de cierta manera. Podemos aplicar aquí el término deleuziano de "luminosidad", que reemplaza al "panóptico" de Foucault como un modo de vigilancia (Deleuze, 1986). El efecto teatral de este foco móvil suaviza, dramatiza y disfraza la dinámica reguladora. También utilizo el término "espacios de atención" para examinar estas luminosidades en la vida cotidiana.

Este capítulo toma como punto de partida algunos comentarios de varias teóricas feministas en los últimos años. Primero, tal y como se analizó en el capítulo anterior, mencionaremos a Butler con respecto a sus ricos y complejos equívocos sobre el matrimonio homosexual y sus reflexiones sobre la política del parentesco, ya que se ha producido una disminución en la política sexual radical (Butler, 2004). En segundo lugar, tenemos la importante aportación de Mohanty en su artículo "'Bajo los ojos occidentales' revisado", donde la reestructuración

[1] Uso la expresión contrato sexual en el sentido de Stuart Hall, es decir, para referirme a una forma de poder que implica una negociación a nivel social y cultural para obtener un acuerdo en el campo de la sexualidad. En este contexto actual el término permite analizar una combinación e intersección de fuerzas constitutivas de un discurso dirigido a las mujeres jóvenes, un "espacio de atención", cuyas dinámicas reguladoras se subsumen dentro de un lenguaje que implica esta atención como resultado de una progresiva preocupación por la igualdad sexual.

© Ediciones Morata, S. L

del capitalismo global flexible ahora se basa en el trabajo voluntario de niñas y mujeres, lo que implica tanto una redefinición decisiva de las relaciones de género como también formas de repliegue de los "patriarcados y las masculinidades hegemónicas" (Mohanty, 2002). (El trabajo y la capacidad para trabajar serán temas clave a lo largo de este capítulo). Mohanty argumenta que a las mujeres jóvenes se les asigna un papel fundamental en el nuevo mercado laboral global, pero que este avance coincide con el desvanecimiento del feminismo y el movimiento de las mujeres, de modo que después de Beijing, el lugar más importante para continuar las luchas por la justicia de género ha sido el movimiento antiglobalización.

Con el feminismo dando paso a los derechos de las mujeres, ahora integrados en gran medida en el vocabulario de los derechos humanos, Mohanty reconoce que existe un amplio margen para que la erudición feminista rastree, desde la perspectiva de las mujeres más pobres, las cadenas de expropiación de conocimientos y recursos por parte de las corporaciones globales (ej., biopiratería) que intensifican la desventaja y la dependencia de las mujeres que no pertenecen al Primer Mundo. Y en este tipo de erudición y pedagogías asociadas ve de nuevo la posibilidad de una solidaridad transfronteriza transnacional feminista. Pero cuando escribió *Bajo los ojos de Occidente* recuerda que ya se había producido "un movimiento de mujeres transnacional muy vibrante, mientras que el lugar desde el que escribo hoy es muy diferente" (Mohanty, 2002: 499). Mohanty estima que el giro general de la política global hacia la derecha y el declive de los modelos de bienestar social coinciden con "procesos de recolonización de la cultura y la identidad de las personas" (*ibid*: 515). (Volveré a la palabra "recolonizar"). Las observaciones de Butler y Mohanty concuerdan también con el análisis de género, medios y cultura popular que presentamos en el Capítulo 1. Allí sostuve que,

© Ediciones Morata, S. L

al emerger de escenarios del Primer Mundo principalmente, la atribución de libertades aparentemente posfeministas a las mujeres jóvenes, que se visibilizan de una nueva forma en el ámbito cultural, se convierte, de hecho, en la ocasión para la ruina del feminismo. Los diversos problemas políticos asociados con el feminismo son ahora ampliamente reconocidos y contestados (se han convertido en sentido común feminista) ocasionando que haya lugar para el feminismo en la cultura política contemporánea. Sin embargo esta desautorización permite la sutil renovación de las injusticias de género, al tiempo que se restablecen las normas patriarcales vengativas que se pasan por alto con facilidad, o bien se hace la vista gorda, por aquellos que están bien versados en política sexual, pero que ahora están cansados y tal vez persuadidos por la idea de libertad de alta visibilidad con la que actualmente se siente identificada la "mujer joven". Sobre esta base, el posfeminismo puede equipararse a un "doble movimiento", el repliegue del género se asegura, paradójicamente, a través de la difusión masiva de los discursos de la libertad femenina y de lo que Jean-Luc Nancy ha denominado "pretensiones de igualdad" (Nancy, 2002). Las mujeres jóvenes pueden salir adelante a condición de que el feminismo se desvanezca.

La justificación de Sylvia Walby para alejarse de las formas anteriores y más autónomas de la práctica feminista y comprometerse con la política dominante en un escenario nacional y global, contrasta marcadamente con este análisis de las nuevas restricciones a la igualdad femenina (Walby, 2002). Debido a que ha habido éxitos feministas, argumenta, ahora es oportuno reposicionar la política feminista dentro de la corriente principal. El feminismo ha tenido un gran impacto en el campo de los derechos humanos globales y, de hecho, ha transformado la agenda de estos derechos. También ha resultado eficaz al nivel del Estado nación, de modo que ahora las cuestiones

© Ediciones Morata, S. L

de género están totalmente integradas en todo el campo político. Estos cambios, junto con la participación de las mujeres en el trabajo, dan lugar a un nuevo "régimen de género". Por lo tanto, el modelo de Walby es acumulativo en términos de logros obtenidos, y lineal en el sentido de que el feminismo se mueve desde acciones localizadas y autonomía en el escenario mundial; debido a esta presencia y participación, y a la luz de las posibilidades que surgen de la globalización, el feminismo cambia en sí mismo para abarcar redes de defensa, alianzas y coaliciones que pueden adaptarse para satisfacer requisitos particulares o los específicos de la cultura. Walby respalda una especie de política de transversalización de género multifacética sobre la base del reconocimiento institucional. Ofrece una descripción de arriba hacia abajo de la profesionalización e institucionalización del feminismo (ha sido importante su participación en el Grupo de Presupuestos de la Mujer, del Reino Unido). Pero este modelo de régimen de género es bastante diferente al que planteo a continuación, debido a que, para Walby, la institucionalización y el desarrollo de capacidades, así como la participación y el crecimiento de la experiencia feminista y la presencia de mujeres profesionales en el escenario mundial, se han producido de manera progresiva. No se involucra con las condiciones más amplias y punitivas sobre las que se predica el éxito femenino. Tampoco está alerta a las nuevas restricciones emergentes, como el coste de la participación y, más en general, la reconfiguración de las desigualdades de género que son una parte integral de las políticas económicas neoliberales globales resurgentes. Regresaré a Walby y a la incorporación de la perspectiva de género en el capítulo final, por ahora también podríamos señalar que Walby reconoce el lugar de las mujeres como trabajadoras y productoras en la economía global, pero pasa por alto su importancia como consumidoras de la cultura global, a pesar de que los procesos de

© Ediciones Morata, S. L

cambio y reestabilización de género son más evidentes dentro del dominio comercial.

Este capítulo plantea la siguiente pregunta: ¿cómo explicamos la gama de transformaciones sociales, culturales y económicas que han dado lugar a una nueva categoría de mujer joven? Si estos cambios se consolidan en una tendencia perceptible en el Reino Unido (y en otros lugares) en los últimos 10 a 15 años, ¿qué vamos a hacer con el reposicionamiento decisivo de las mujeres jóvenes que parece implicar? Transformaciones como las que describiremos a continuación tienden a verse como positivas. En todo el espectro, de izquierda a derecha, los aparentes logros de las mujeres jóvenes se toman como signos de una democracia con buena salud, son recordatorios palpables de que la vida de las mujeres ha mejorado, testimonio vivo de que la reforma social y la legislación han sido efectivas. Pero mi perspectiva feminista está alerta a los peligros que surgen cuando una selección de valores e ideales feministas parecen estar inscritos dentro de un intento más profundo y decidido, emprendido por una serie de fuerzas políticas y culturales, para remodelar las nociones de feminidad de modo que encajen en esquemas sociales y económicos nuevos o emergentes (neoliberalizados). Y, en un contexto en el que en muchas partes de Europa y Estados Unidos se ha virado a la derecha, también podría verse como una forma de restablecer las relaciones de género frente a la amenaza disruptiva que plantea el feminismo. No se trata tanto de hacer retroceder el reloj, sino de adelantarlo para asegurar un acuerdo de género posfeminista, un nuevo contrato sexual[2].

En el ámbito del debate público, la condición de mujer joven actualmente existe como tema fascinante, genera entusiasmo,

[2] El término está asociado con el importante libro de Pateman *El contrato sexual* (1988). Sin embargo, uso la frase en un sentido bastante diferente.

© Ediciones Morata, S. L

preocupación, ansiedad y excitación (ver Harris, 2004). El hecho de que el volumen de atención haya alcanzado un nivel sin precedentes no se puede atribuir del todo a la expansión de los medios populares y de los llamados de calidad. Tampoco puede explicarse por completo sobre la base de que ahora hay una audiencia femenina mucho más importante, una población de mujeres consumidoras (tanto madres como hijas) a quienes se dirige dicho material. Ni esta preocupación pueda entenderse solo dentro de los ciclos de pánico moral, que periódicamente fijan y satanizan a un sector aparentemente peligroso de la población para permitir que el control social se intensifique, generalmente sobre algún nuevo eje de ansiedad. Los significados que confluyen en torno a la figura de la niña o mujer joven se inclinan más hacia la capacidad, el éxito, el logro, el disfrute, la titularidad, la movilidad social y la participación. Las dinámicas de regulación y control tienen menos que ver con lo que las mujeres jóvenes no deben hacer y más con lo que pueden hacer. La producción de niñez/juventud femenina comprende ahora un flujo constante de incitaciones e incentivos para participar en una serie de prácticas específicas asumidas como progresistas, pero también consumada y tranquilizadoramente femeninas. Estas prácticas parecen sustentarse en que las mujeres jóvenes ahora han ganado la batalla por la igualdad, han ganado reconocimiento como sujetos dignos de atención gubernamental, lo que ha reemplazado cualquier necesidad de las críticas feministas a lo que Mohanty llama masculinidades hegemónicas. Este abandono de la crítica del patriarcado es un requisito del nuevo contrato sexual, cuyos términos se establecen en instituciones clave dedicadas a la producción de la categoría de mujeres jóvenes[3].

[3] Utilizo el término patriarcado con cierta vacilación. Se ha utilizado dentro del feminismo como una estrategia universalizadora y homogeneizadora, un

© Ediciones Morata, S. L

La niña emerge a través de diversas situaciones sociales y espacios culturales como un sujeto digno de inversión. En el lenguaje del gobierno británico del Nuevo Laborismo, la niña que se ha beneficiado de la igualdad de oportunidades, que ahora tiene a su disposición, puede movilizarse como la encarnación de los valores de la nueva meritocracia. Este término se ha convertido en una abreviatura de los valores más individualistas y competitivos promovidos por el Nuevo Laborismo, particularmente dentro de la educación. Hoy en día el éxito de la joven parece prometer prosperidad económica basada en su entusiasmo por trabajar y tener una carrera. Así, una característica definitoria de la juventud femenina contemporánea es la atribución de capacidad, resumida, como describe Anita Harris, en la frase de Body Shop la chica "puede hacerlo" (Harris, 2004). Esto plantea qué está en juego en este proceso de dotar de capacidad al nuevo sujeto femenino. La atribución de libertad y éxito a las mujeres jóvenes, como una serie de procesos interpelantes, adopta diferentes formas a través de las fronteras de clase, etnicidad y sexualidad, originando toda una gama de enredos entre las configuraciones racializadas y clasificadas de feminidad juvenil. Este discurso celebratorio es tan enfático y tan repetitivo que funciona como un mecanismo clave de transformación social. De suponerse que se encamina hacia el matrimonio, la maternidad y una participación económica limitada, las chicas ahora están dotadas de capacidad económica. Dentro de determinadas condiciones sociales y restricciones políticas, las mujeres jóvenes de diferentes

medio para proponer que las mujeres de todo el mundo compartan las mismas formas de sometimiento. Esto ha sido objeto de una extensa crítica y, teniendo esto en cuenta, propongo que se pueda volver a emplear de manera particular, recurriendo a la terminología de Mohanty y su uso de la palabra "patriarcados".

© Ediciones Morata, S. L

orígenes étnicos y sociales, cada vez más instruidas, ahora deben desempeñarse como ciudadanas económicamente activas. Se les invita a reconocerse como sujetos privilegiados del cambio social, incluso se espera que agradezcan el apoyo que han recibido. La mujer joven agradable, vivaz, capaz y atractiva, negra, blanca o asiática, es ahora un atractivo presagio del cambio social.

Ciertamente, esta no es la primera vez que se utiliza tal figura femenina juvenil para señalar el progreso y la modernidad; en los años veinte y treinta también se invocó a la niña de igual modo. En un estudio reciente que "reformuló la modernidad de género dentro de un marco internacional", Barlow y cols. muestran que "En todas partes la Chica Moderna indexaba la formación racial de la nación o colonia en la que residía" (Barlow y cols., 2008: 247), de manera que la ecuación más habitual de la "chica moderna" se confunde con la modernidad urbana occidental. Más adelante en este capítulo se examinarán con mayor profundidad las inflexiones raciales de la feminidad joven contemporánea, pero por ahora es importante señalar este despliegue reciente dentro del discurso occidental dominante tiene características novedosas. Se utilizan vocabularios aparentemente posfeministas para establecer una especie de acuerdo de género, un nuevo trato para las mujeres jóvenes. Es una estrategia que rechaza firmemente la importancia de una renovación en una política sexual autónoma, con una serie de movimientos preventivos. En las páginas siguientes examino esta nueva posición de las mujeres jóvenes al considerar cuatro espacios "luminosos" de atención, cada uno de los cuales opera para sostener y revitalizar lo que Butler ha llamado la matriz heterosexual, al tiempo que restablece y confirma, con sutileza, normas de jerarquía racial y divisiones de clase reconfiguradas, que ahora adquieren una dimensión de género más autónoma.

© Ediciones Morata, S. L

Si definimos dichos espacios de atención como luminosidades, estas comprenden, primero, el complejo de belleza de la moda (frase prestada de Bartky, 1990), desde dentro del cual ahora surge una mascarada posfeminista como una modalidad distintiva de agencia femenina prescriptiva. En segundo lugar se encuentra el espacio luminoso de la educación y el empleo, dentro del cual está la figura de la chica trabajadora. En tercer lugar el espacio de la sexualidad, la fecundidad y la reproducción, del que emerge la chica fálica. En cuarto lugar tenemos el espacio de la globalización y, en particular, la producción de feminidades comerciales en el mundo en vías de desarrollo, incluidos los países empobrecidos y países como China, que están experimentando una rápida transformación. Esta luminosidad comprende un nuevo trato para la chica global y busca suplantar otros modelos más socialdemócratas, de género y basados en los derechos humanos, para el cambio social en el llamado Tercer Mundo. Se trata de una actualización y traducción descarada y comercial de un modelo feminista liberal que actúa como estilo de feminidad global. El contrato sexual en el escenario global está muy marcado en las ediciones mundiales de las revistas de moda para mujeres jóvenes como *Elle, Marie Claire, Grazia* y *Vogue*. La chica global amistosa (por lo tanto, no amenazadora), guapa y en cierto modo maleable que exuda buena voluntad, marca así los espacios de ruina de la pedagogía crítica poscolonial, así como de la crítica feminista poscolonial. O al menos podríamos entender que este es el objetivo subyacente (y recolonizador) de la promoción de la feminidad joven global por parte de los medios globales, el dominio comercial (el complejo moda-belleza) y a través de formas de gubernamentalidad específicamente neoliberales.

© Ediciones Morata, S. L

Brillando en la luz: la mascarada posfeminista

A las mujeres jóvenes se las ha posicionado muy activamente en el contexto de los cambios sociales, políticos y económicos de los cuales ellas mismas parecen ser sujetos privilegiados. Así, podríamos imaginar a la mujer joven como un elemento productivo muy eficiente (lo que también marca un cambio, las mujeres ahora figuran en el discurso gubernamental tanto por sus capacidades productivas como reproductivas). En el Reino Unido, los ministros del gobierno alientan a las mujeres jóvenes a evitar trabajos mal pagados y tradicionalmente sexistas, como la peluquería. Existe una preocupación cuando se revela la gran discrepancia existente entre los altos niveles de rendimiento académico y una baja autoestima generalizada[4]. También merecen la atención del gobierno sus desigualdades de remuneración y recompensa en el mercado laboral, que aún persisten. Se las aborda como si ya tuvieran conciencia de género, como resultado de las políticas de igualdad de oportunidades en el sistema educativo. Con toda esta influencia feminista —de alguna manera— tras ellas, se las empuja firmemente en la dirección de la independencia y la autosuficiencia (Budgeon, 2001; Harris, 2004), lo que implica autocontrol, elaboración de planes personales y búsqueda de soluciones individuales. Estos procesos de individualización femenina requieren que las mujeres jóvenes se vuelvan importantes para sí mismas. Se alienta a la joven a buscar terapia, asesoramiento u orientación en los momentos de estrés. Ella es, por lo tanto, un sujeto manejado por las prácticas biopolíticas posfeministas y con conciencia de género

[4] La Rvda. Honorable Tessa Jowell (Ministra de Cultura de 2000 a 2007) hizo comentarios en este sentido en el contexto de la Body Image Summit el 21 de junio de 2000, véase www.sizenet.com

© Ediciones Morata, S. L

de la nueva gubernamentalidad. ¿Qué vamos a hacer con esta atención? ¿Busca en última instancia reinstalar estilos retradicionalizados de feminidad normativa a los que adherirse, a pesar de los vientos de cambio en cuestiones de género? (Probyn, 1988/1997; Adkins, 2002). Sin duda, esta sería una forma de entender toda la fuerza del neoconservadurismo triunfante en su discurso a las mujeres. Pero el término retradicionalización no capta completamente la incorporación y apropiación de los principios feministas liberales que se tienen en cuenta después para reconocer su irrelevancia. El feminismo que se tiene en cuenta es también el feminismo deshecho, y este movimiento permite que modos de feminidad reconfigurados y espectaculares cobren protagonismo.

Deleuze, al escribir sobre lo que Foucault entendía por visibilidades, sugiere que no son "formas de objetos, ni siquiera formas que se mostrarían bajo la luz, sino formas de luminosidad, creadas por la luz misma y que permiten que una cosa u objeto exista solo como un relámpago, un destello o un resplandor" (Deleuze, 1986: 52). Esta luminosidad capta cómo se podría entender que las mujeres jóvenes se vuelvan visibles en la actualidad. El poder de los que parecen poseerlo colectivamente es "creado por la luz misma". Estas luminosidades sugieren una igualdad posfeminista al mismo tiempo que definen y circunscriben las condiciones de dicho estatus. Son nubes de luz que dan a las mujeres jóvenes una presencia resplandeciente y, al hacerlo, también marcan el terreno de lo consumada y reconfortantemente femenino. Dentro de esta nube de luz se considera que las mujeres jóvenes participan activamente en la producción de sí mismas. Deben convertirse en severas juezas de sí mismas. Los discursos visuales (y verbales) de la feminidad pública pasan a ocupar un espacio cada vez más espectacular como lugares, eventos, narrativas y ocasiones dentro del medio cultural. El dominio comercial

© Ediciones Morata, S. L

prevé una proliferación de interpelaciones dirigidas a las mujeres jóvenes, con penas más duras, al parecer, para aquellas que se nieguen o no puedan recibir sus diversas direcciones[5]. Es decir, se vuelve cada vez más difícil funcionar como sujeto femenino sin someterse a esas tecnologías del yo que son constitutivas de lo espectacularmente femenino. Hay nuevas normas de apariencia y autopresentación esperables no solo en el ocio y en la vida cotidiana, sino también en el lugar de trabajo, y el gobierno se preocupa por este aspecto de la autogestión a través de varias iniciativas[6].

Basándose en el concepto de Lacan de lo Simbólico como la fuente de la autoridad patriarcal, el portal edípico que requiere la sujeción a su orden rector como condición para adquirir tanto el lenguaje como la identidad sexual, Judith Butler ya ha conjeturado que el feminismo se ha enfrentado a este poder patriarcal (o lo Simbólico) en los últimos años, como un antagonismo político (Butler, 2000a). Este análisis de Butler nos sirve para argumentar que esta confrontación feminista ha forzado algún ajuste por parte de lo Simbólico. Y este cambio reclamado también ha coincidido con transformaciones dentro del ámbito económico, de tal manera que los países del Occidente próspero ahora encuentran conveniente emplear mujeres, más allá de las fronteras de edad, sexo, clase y etnia. Por supuesto, las mujeres, especialmente las mujeres pobres de todo el mundo, siempre han trabajado, generalmente a cambio de bajos salarios en sectores precarios. Lo que

[5] Para saber cómo el complejo moda-belleza contemporáneo se entrecruza con la sexualidad lésbica, véase Lewis (1997).

[6] El gobierno del Nuevo Laborismo del Reino Unido adoptó un modelo para ayudar a las madres solteras desempleadas a incorporarse al lugar de trabajo similar a la iniciativa *Dress for Success* de los EE. UU. La versión del Reino Unido comprende tiendas de ropa de segunda mano y puntos de venta como la tienda Camden Job Train en Londres NW5.

© Ediciones Morata, S. L

quiero decir es que la capacidad de trabajo y de obtención de un salario llega a dominar más que a subordinarse a la identidad propia de las mujeres, y esto inevitablemente tiene un efecto dominó dentro del campo de poder. Lo Simbólico se enfrenta al problema de cómo mantener el dominio del falocentrismo cuando la lógica del capitalismo global es liberar a las mujeres de sus roles prescritos y otorgarles grados de independencia económica. Por supuesto, esto plantea la pregunta: ¿el acceso al trabajo y ganarse la vida necesariamente otorga posibilidades de independencia? Para la chica global que trabaja 18 horas al día en una fábrica de ropa en una zona de procesamiento de exportaciones y envía la mayor parte de su salario a casa, ¿seguro que la independencia es eso?

Lo Simbólico se presenta así con una triple amenaza: primero, del movimiento de las mujeres ahora anticuado y, por lo tanto, solo espectral, en el sentido activista; segundo, del reposicionamiento agresivo de las mujeres a través de estos procesos económicos de individualización femenina, y tercero, una amenaza más nueva que surge de la propia teoría feminista, y especialmente de la obra de Butler y de su popularidad y mayor difusión. Es una amenaza porque lo que hace Butler, después de todo, es exponer y explicar aquellas características del poder heterosexual que tienden a permanecer inescrutables e incuestionadas por estar tan profundamente arraigadas, tan resistentes al desafío. En un sentido más amplio, podríamos decir que este es el peligro para lo Simbólico que plantea la teoría *queer*. Lo Simbólico ha tenido que encontrar una nueva forma de ejercer su autoridad y lo hace por delegación. Así como el poder (incluido el poder soberano) en la modernidad tardía está cada vez más disperso entre muchas instituciones y agencias, y cómo, en estas formas dispersas, se dirige hacia los cuerpos, su bienestar, su capacidad productiva y reproductiva, entonces podemos suponer que lo

© Ediciones Morata, S. L

Simbólico se deja dispersar o gobernar. Las luminosidades de la feminidad brindan los espacios para que esta autoridad se ejerza nuevamente. Lo Simbólico cumple (o tal vez franquicia) sus deberes con el dominio comercial (belleza, moda, revistas, cultura corporal, etc.) que se convierte en la fuente de autoridad y juicio para las mujeres jóvenes. El aumento de la importancia con respecto a los rituales requeridos de la feminidad, así como una intensificación de los placeres y el disfrute prescritos dirigidos heterosexualmente, se encuentran entre los sellos distintivos clave de este Simbólico descentrado. En el lenguaje de la salud y el bienestar, el complejo mundial de la belleza-moda vela por que se garanticen las relaciones de género adecuadas. Este campo de instrucción y placer supervisa los procesos de individualización femenina que exigen el repudio del feminismo, frecuentemente encasillado como la encarnación del fracaso corporal, la fealdad o la monstruosidad. Butler entiende las incitaciones repetidas a realizar un registro de actos restringidos para confirmar la ilusión de un yo con el género apropiado, como un imperativo para la ficción social de la diferencia sexual, a pesar de que siempre hay margen para el fracaso y que la necesidad de repetición nos recuerda que la feminidad nunca está asegurada fácilmente (Butler, 1990, 1993). Debido a que lo comercial es ahora tan dominante, a medida que las instituciones sociales reducen su esfera de influencia, podemos detectar una intensificación en estos requisitos disciplinarios, y percibir nuevas dinámicas de agresión, violencia y autocastigo, como muestro en el capítulo siguiente.

Frente a la perspectiva de que las mujeres se vuelvan menos dependientes de los hombres como resultado de la participación en el trabajo, y con la posible desestabilización de la jerarquía de género resultante, se vuelve aún más importante para lo Simbólico volver a asegurar los términos del

© Ediciones Morata, S. L

deseo heterosexual. Se invierte un gran esfuerzo en la tarea de mantener y consolidar la hegemonía masculina, precisamente porque hay fuerzas que parecen amenazar su dominio. Así, la parafernalia de la cultura del matrimonio adquiere mucha visibilidad dentro de la cultura popular desde el mismo momento en que se cuestiona su necesidad. Si para las mujeres occidentales su propia supervivencia y el bienestar de sus hijos ya no dependen de encontrar una pareja masculina que sostenga a la familia, entonces el significado cultural del matrimonio queda notablemente reducido. Este es precisamente el dilema que surge de los regímenes de bienestar social que se ocupan de las mujeres y los niños, y sustituyen así al hombre que gana el dinero, de modo que el papel del marido ya no es necesario. En opinión de varias críticas feministas, la llamada crisis del bienestar, especialmente en los EE. UU. y el Reino Unido, puede interpretarse como una respuesta temerosa a este escenario (ver, por ejemplo, Brown, 1995; Fraser, 1997). Para las mujeres más jóvenes sin hijos, este grado de independencia introduce una nueva tensión en el campo de la heterosexualidad dominante. Lo que ya no es económicamente fundamental se convierte, por la misma razón, en culturalmente necesario. Tal escenario también da lugar a un verdadero campo minado de antagonismos sexuales, debido a que las mujeres ya no son inteligibles principalmente en términos de su intercambio en el mercado matrimonial. Y las angustias sociales que surgen a raíz de ello repercuten en todo el campo cultural.

Dentro de un marco delimitado de varios modos, como el posfeminista, el dominio comercial se compromete a realizar el trabajo de lo Simbólico a través de la atención que presta al cuerpo femenino[7]. La voz autorizada de la cultura de consumo es íntima, halagadora y también alentadora, y produce

[7] Véase también *El mito de la belleza* de Naomi Wolf (1991).

© Ediciones Morata, S. L

un tipo específico de sujeto femenino dentro de su ámbito. Al generar insatisfacción corporal, las industrias de la belleza y la moda responden directamente al tenso estado de no-identidad en el que todos habitamos y que se basa en una pérdida insondable, una pérdida en la que se incurre como coste de adquirir lenguaje e identidad sexual. A la joven se la felicita, reconviene y anima a embarcarse en un nuevo régimen de autoperfectibilidad (es decir, autocompletación) con la esperanza de reparar esta pérdida. Y ahora que es capaz de tomar sus propias decisiones, parece como si el temible terreno de la aprobación masculina se desvaneciera y fuera reemplazado por un nuevo horizonte de normas culturales femeninas autoimpuestas. La autoridad patriarcal se subsume dentro de un régimen de autocontrol cuyos estrictos criterios forman el punto de referencia con el que las mujeres deben medirse a sí mismas incesante y repetidamente, desde los primeros años hasta la vejez[8]. Una característica clave del trabajo del complejo moda-belleza en esta nueva situación posfeminista es la lucha por recuperar el control sobre las temporalidades interrumpidas, que han desafiado el ciclo inevitable de los acontecimientos de la vida asociados a las categorías de mujer y también de niña, a través de la libertad sexual, el control de fecundidad, el retraso en la edad de casarse y en la maternidad, la baja tasa de natalidad, la posibilidad de permanecer soltera, etc. Como resultado, hay una proliferación de actividades que imponen nuevas temporalidades a través, por ejemplo, de productos de belleza recomendados rutinariamente para chicas muy jóvenes, así como de los llamados tratamientos antienvejecimiento para mujeres jóvenes que apenas pasan de los veinte años. También hay advertencias implacables sobre

[8] Butler destaca en *Problemas de género* (1990) que lo Simbólico se funde con la cultura dominante y se vuelve indistinguible de ella.

© Ediciones Morata, S. L

la fertilidad, así como nuevas categorías relacionadas con la edad de la patología femenina (por ejemplo, la anorexia de la mediana edad)[9]. La oportunidad de trabajar y ganarse la vida se contrarresta con el énfasis en el mantenimiento del cuerpo durante toda la vida, cuidadosamente escenificado como imperativo de la identidad femenina. La temporalidad se encuentra redefinida según los ritmos inventados en gran parte por el sistema de la moda y la belleza para gestionar y supervisar otras perturbaciones provocadas por la llamada del mercado laboral, que a su vez podría desestabilizar y llevar a la crisis a la matriz heterosexual. Hay entonces una tensión respecto al tiempo y esto provoca la producción de un tiempo nuevo proscrito para las mujeres jóvenes.

Butler, a través de su concepto de falo lésbico, se embarca en una suerte de interpretación social de lo Simbólico de Lacan. Lo refleja en su libro *Cuerpos que importan* (1993), donde somete a un minucioso escrutinio analítico los medios por los que Lacan asume como universal su concepto de Simbólico. No vamos a discutir cómo Butler llega a esta interpretación más social de lo Simbólico, pero es un tema que aborda también en su libro *El grito de Antígona* (2000a), donde hay, argumenta, un enredo inevitable entre los procesos psíquicos con cambios en la cultura social y política[10]. Lo que aquí propongo es que una estrategia clave de contención por parte de lo Simbólico (frente a la posible disrupción de los binarios

[9] Informes recientes en la prensa indican que la anorexia se extiende más allá de la adolescencia y la veintena, entra en la mediana edad, que no está desconectada, como suponemos, de los análisis que ya hemos realizado aquí y con el predominio de anuncios como los que discute Ros Gill (en una conferencia de junio de 2006) que muestran una mujer mayor en bikini fotografiada desde atrás con una leyenda, como pronunciada por su hija que mira ese cuerpo antiestético que, aunque amaba a su madre, no le gustaba su celulitis (Ver Gill, 2006).

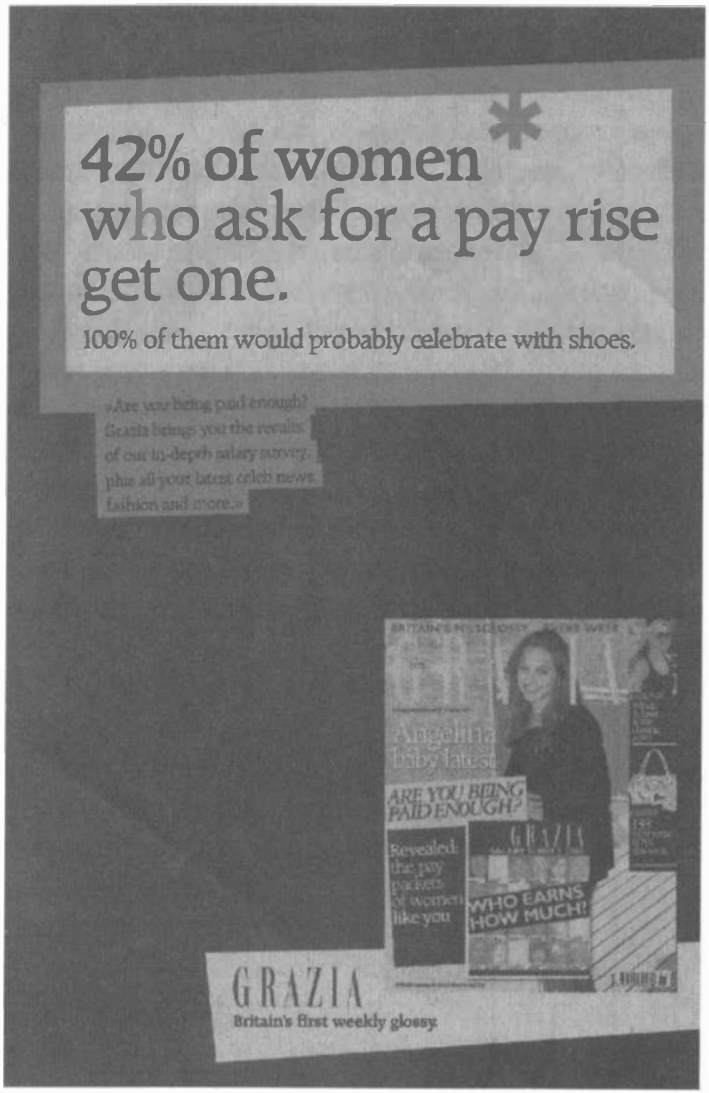
[10] Véase McRobbie, 2003.

© Ediciones Morata, S. L

estables de la diferencia sexual, y a la amenaza que ello representa para la autoridad patriarcal), es delegar una buena parte de su poder en el complejo moda-belleza donde, como una "gran luminosidad", emerge una mascarada posfeminista como un nuevo dominante cultural. Esta estrategia se anticipa y vuelve a contener la amenaza planteada por el trabajo de Butler sobre el estatus ficticio del género, su artificio y su existencia performativa en la vida cotidiana. Permite distanciarse de la insoportable proximidad de la feminidad, tal como la describe Doane, a través de un habitar licenciado, irónico y casi feminista de la feminidad como exceso, que ahora se reconoce abiertamente como ficticia (Doane, 1982). Lo Simbólico se muestra muy adaptativo y capaz de operar a gran velocidad, de retrotraer al campo de la constricción acciones que han buscado subvertir el estatus subordinado de la feminidad. Es como si la mascarada posfeminista fuera una respuesta directa a la teoría feminista tanto de Doane como de Butler. Reconoce y celebra abiertamente el estatus ficticio de la feminidad y, al mismo tiempo, establece nuevas formas de imponer la diferencia sexual. La mascarada, tal como la definió Riviere en 1929, tratada por Doane en su influyente ensayo "Film and the Masquerade: Theorising the Female Spectator" (1982), y más tarde retomada por Butler en 1990/1999, ha reaparecido como un medio muy autoconsciente por el cual se alienta a las mujeres jóvenes a confabularse con la reestabilización de las normas de género para deshacer los logros del feminismo y desvincularse de esta identidad política ahora desacreditada (ver Figura 3.1, anuncio de la revista *Grazia* en *The Guardian* del 17 de enero de 2006). Como psicoanalista, Riviere estaba interesada en cómo "las mujeres que desean masculinidad pueden ponerse una máscara de feminidad para evitar la ansiedad y la venganza que temen de los hombres" (Riviere, 1929/1986: 35, citado en Butler, 1999a, 2ª Ed.: 65). Riviere entiende que la

© Ediciones Morata, S. L

Figura 3.1. Anuncio de la revista *Grazia* en *The Guardian* del 17 de enero de 2006.



© Ediciones Morata, S. L

feminidad y la mascarada son indistinguibles, debajo de esta máscara no acecha una mujer naturalmente femenina. Butler está interesada en la "homosexualidad de la mujer enmascarada" y en la cuestión de qué oculta exactamente la mascara, si no es una auténtica feminidad. Según ella, Riviere niega la complejidad y la ambivalencia del deseo en la mascarada, y afirma que ahí tienen lugar tanto "el rechazo de la homosexualidad femenina como de la incorporación hiperbólica de esa otra mujer que es rechazada" (Butler, 1999a: 65).

Esta autora, unas páginas más adelante, desarrolla la idea de la melancolía heterosexual. Si bien esto es un compromiso persuasivo con Riviere, quiero presentar la mascarada posfeminista como una nueva forma de poder de género que vuelve a orquestar la matriz heterosexual para asegurar, una vez más, la existencia de la ley patriarcal y la hegemonía masculina, pero esta vez a través de una suerte de replanteamiento irónico y cuasi-feminista desde cierta distancia, en el acto de asumir el atuendo de la feminidad[11]. Lo Simbólico permite la presencia de un gesto feminista mientras se ajusta para

[11] El ensayo de Mary Ann Doane da forma a mi propio pensamiento. Basándose en los escritos psicoanalíticos feministas que problematizan la feminidad como "cercanía claustrofóbica", como "presencia de sí misma", como "proximidad espacial", como un lugar de sobreidentificación masoquista o narcisista, entonces, argumenta Doane, esa peligrosa cercanía que encierra a las mujeres en esta posición rígida, de alguna manera puede abrirse y aflojarse a través de estrategias que producen distancia, como la mascarada. "La mascarada, al alardear de feminidad, la mantiene a distancia" (Doane, 1982: 135). Doane argumenta que la mascarada ensarta o realinea la feminidad de modo que se produce una brecha o una distancia, lo que a su vez reubica a la mujer lejos de ocupar simplemente ese espacio subordinado e impotente del deseo masculino dentro de la heterosexualidad dominante. Esto se logra a través de la "hiperbolización de los atavíos de la feminidad" (*ibid*: 139) que desvían la mirada masculina, que la hacen extraña y poco familiar, tal vez indecorosa. En resumen, la mascarada es una estrategia que produce distancia, y afirmo que ahora se ha incorporado esta posibilidad subversiva, de hecho se ha promovido por la cultura de consumo, como un signo de independencia y empoderamiento femenino.

© Ediciones Morata, S. L

protegerse de la amenaza del feminismo. Hay un desvío útil en el relato de Riviere entre la actualidad de la mascarada como un fenómeno reconocible que percibe en sus encuentros con sus pacientes femeninas, y las imágenes de feminidad del ámbito cultural. Esta intersección entre los estilos de feminidad que Riviere observa en la vida cotidiana y los retratados en la cultura popular femenina me permite exponer la mascarada posfeminista como un modo de inscripción femenina, en toda la superficie del cuerpo femenino, un [65]dispositivo interpelativo en el trabajo y muy visible en el dominio comercial, como un estribillo familiar (incluso nostálgico o "retro") y alegre (poco serio) de la feminidad. Se ha reinstalado en el repertorio de la feminidad irónicamente (como llevar ropa entre comillas). Esto indica que la hiperfeminidad de la mascarada, que aparentemente reubicaría a las mujeres en las jerarquías de género tradicionales, haciéndolas usar largos tacones de aguja y faldas "lápiz", por ejemplo, no supondría estar atrapadas (como lo hubieran visto las feministas) sino que ahora es un asunto de elección más que de obligación. El elemento de elección se convierte en sinónimo de una especie de feminismo. Pero la joven está eligiendo algo más que la participación en la cultura de consumo. Ningún aspecto de la apariencia física puede dejarse desatendido. La mascarada posfeminista funciona con esta microscópica atención al detalle. A medida que se ponen a disposición procedimientos de belleza cada vez más oscuros, las prácticas femeninas tradicionales de autocuidado, como la manicura y la pedicura, también se restablecen como normas de aseo femenino. Todas las mujeres que se consideren como tales reclaman este tipo de prácticas rutinarias, y estos rituales constituyen la mascarada posfeminista como una totalidad femenina.

Esta nueva mascarada remite constantemente a su propio artificio. Las mujeres la adoptan como una declaración, la

© Ediciones Morata, S. L

mujer enmascarada señala que es un *look* elegido libremente. La mascarada posfeminista no teme las represalias masculinas. En vez de eso, la reprobación proviene del sistema de la moda y la belleza, que actúa como un régimen autoritario; de ahí el aparente desprecio por la aprobación masculina, especialmente si el atuendo y el aspecto son admirados por los que pertenecen al entorno de la moda[12]. La mascarada crea un hábito en las mujeres que ahora se encuentran instaladas en los campos del trabajo, el empleo y la vida pública, delimitados hasta ahora como dominios masculinos. La mascarada desautoriza a las figuras espectrales, poderosas y castrantes de la lesbiana y la feminista, con las que posiblemente podrían estar vinculadas. Rescata a las mujeres de la amenaza que representan estas figuras al reinstalar triunfalmente el espectáculo de la feminidad excesiva (basada en el salario ganado de forma independiente), al tiempo que apuntala la masculinidad hegemónica al respaldar esta feminidad pública que parece socavar, o al menos inquietar, al nuevo poder que corresponde a las mujeres sobre la base de esta capacidad económica. Hay muchas variantes de mascarada posfeminista (a veces resumida en la palabra inmaculada) pero en esencia supone un reordenamiento de la feminidad, para que se restablezcan

[12] Este es un tema habitual en *Sexo en Nueva York*, es posible que al hombre que se ha citado de Carrie no le guste su absurdo sombrero, que ella sabe que solo aprecian los expertos en moda. Así, el uso o no del sombrero le provoca mucha autorreflexión. ¿Debería o no debería? Carrie tiende a aferrarse a estos artículos aparentemente ridículos como una marca de su propia identidad independiente. Pero nosotros (la audiencia) sabemos que al final estos elementos funcionan en beneficio de su feminidad. De hecho, la hacen más atractiva a los hombres. Su modo excesivo de vestir muestra su vulnerabilidad y su disfrute infantil. Si se equivoca y se ve un poco tonta, es porque todavía es una niña, insegura de sí misma mientras toma el manto de la feminidad. De hecho, hacerlo mal es una señal de su femineidad infantil, y esta falla la hace aún más deseable para los hombres.

© Ediciones Morata, S. L

los estilos pasados de moda (reglas sobre sombreros, bolsos, zapatos, etc.), que señalan la sumisión a alguna autoridad invisible o a un conjunto opaco de instrucciones[13]. En la práctica, puede interpretarse como un gesto nervioso de las mujeres jóvenes (piensen en la minifalda y la presencia coqueta de Bridget Jones en su lugar de trabajo y sus "soy idiota" como autoreprimenda), que se han dado cuenta de que su entrada y competición en el mercado laboral con los hombres como iguales tiene ciertas repercusiones. Están nerviosas porque todavía no están acostumbradas al poder, les sobrepasa, no tienen experiencia, no pueden permitirse que sea relajado o casual, están ansiosas por si las hace poco femeninas. No es tanto el miedo como el reconocimiento de que esta apropiación del poder que se ven asumiendo impacta en su negociación de la heterosexualidad, y potencialmente resta valor a su deseabilidad. La mascarada postfeminista (antifeminista) viene al rescate de la joven, un regreso al pasado, y ella adopta este estilo (por ejemplo, con aire "atolondrado y despistado" (Riviere, 1929/1986: 29) para ayudarla a transitar por el terreno de la masculinidad hegemónica sin que peligre su identidad sexual, la cual, porque ella se encuentra real y legítimamente dentro del mundo institucional del trabajo, que alguna vez tuvo vetado o al que solo tuvo un acceso limitado, puede convertirse en vulnerabilidad (por sentirse demasiado mayor, más allá de su mejor momento, fuera del mercado, etc.). O teme que la consideren agresivamente poco femenina al presentarse como una

[13] Los periodistas de moda en la prensa seria, especialmente en *The Independent* y *The Guardian*, adoptan con frecuencia un tono de burla cuando hacen recomendaciones sobre qué ponerse y cómo lucirlo. Implican que, junto con sus lectores provenientes de las clases medias liberales y de izquierda, comparten cierta distancia irónica del lenguaje más didáctico, autoritario y crítico de la escritura referida a la moda. Pero este uso de la ironía también tiene el efecto de salvaguardar de la crítica a esos periodistas.

© Ediciones Morata, S. L

mujer poderosa, teme que la confundan con una feminista y, por lo tanto, adopta el aire de ser una chica distraída, un poco nerviosa, cargada de bolsos, zapatos, pulseras y otros elementos decorativos, de los que se preocupa constantemente. También está casi demasiado ansiosa por complacer. La nueva mascarada llama la atención conscientemente sobre su propia elaboración y puesta en escena. La mascarada posfeminista (encarnada en la figura de la llamada *fashionista*) supone una estrategia de conocimiento que enfatiza su estatus no coercitivo; es un disfraz muy elegante de feminidad que se adopta como una cuestión de elección personal. Pero la teatralidad de la mascarada, el sombrero absurdo, la falda demasiado corta, los tacones demasiado altos, son una vez más medios para enfatizar, como lo hicieron en las comedias clásicas de Hollywood, la vulnerabilidad femenina, la fragilidad, la incertidumbre y una profunda ansiedad, incluso pánico, sobre la posible pérdida del deseo masculino al presentarse como mujer.

Riviere y Butler se refieren a la agresión sublimada contra la masculinidad y el dominio masculino enmascarado. Riviere usa palabras como triunfo, supremacía y hostilidad para describir la ira femenina que se encuentra bajo la fachada del adorno femenino excesivo, señala la furia de las profesionales que en el comportamiento de sus pares masculinos perciben su propia subyugación. Todo esto se transfigura en la máscara de maquillaje y la elaboración de un *look* muy estilizado. Esta estrategia reaparece hoy en circunstancias muy diferentes. Ahora las mujeres habitan de modo rutinario estas esferas masculinas, compiten a diario con los hombres. Ocupan su lugar junto a los hombres gracias a la existencia de políticas no discriminatorias y, más recientemente, a los sistemas de recompensa meritocrática, como propugna el Nuevo Laborismo. La mujer enmascarada desea tener una posición como "sujeto en el lenguaje" (es decir, participar en la vida pública)

© Ediciones Morata, S. L

en lugar de existir simplemente como "mujer como signo" (Butler, 1990/1999a). Precisamente porque las mujeres pueden funcionar como sujetos en el lenguaje (es decir, participan en la vida laboral) existe la nueva mascarada para manejar el campo de los antagonismos sexuales y reinstalar a las mujeres como signo. La joven de éxito ahora debe arreglarse sin cesar y repetitivamente para enmascarar su rivalidad con los hombres en el mundo del trabajo (es decir, su deseo de masculinidad), y ocultar la competencia que plantea porque solo con estas tácticas de reafirmación puede estar segura de que seguirá siendo sexualmente deseable. Teme perder su propia deseabilidad y por ello se arregla, pero donde en el pasado esto era una necesidad, ahora es una elección personal, y la aprobación masculina se busca solo indirectamente. Y, en cualquier caso, el patriarcado y las masculinidades hegemónicas han salido de la escena y se han reemplazado por el horizonte cultural del juicio que proporciona el sistema de moda y belleza. Esto se convierte en motivo de reprimenda, aquí es donde se aplica el castigo. Las mujeres disfrazan su apuesta por el poder por medio de la mascarada, y la autoridad patriarcal se ausenta del escenario del juicio y delega este poder en el sistema de la belleza y la moda, lo que requiere constante autocrítica y autocastigo, contra un horizonte de normas culturales rígidas. Esto hace que parezca que las mujeres "lo hacen por sí mismas". Si el patriarcado, en la época en que Riviere lo escribió, se opuso enérgicamente a la apuesta de las mujeres por el poder y amenazó con castigarlas, la única forma en que las mujeres podían evitar este castigo era retirándose de la apuesta por el poder para reafirmar así la feminidad, haciendo saber a los hombres que no representaban una amenaza. Pero la necesidad de disfrazarse en un contexto posfeminista sigue siendo también una fuente de ira sublimada, que se convierte en privada o incluso indescifrable

© Ediciones Morata, S. L

debido a que la crítica a la masculinidad devolvería a las mujeres que se quejan al campo de las repudiadas feministas, por lo que se busca ávidamente un espacio cultural apropiado para desahogar esta ira. En cierto modo, hay un gesto hacia los "malditos hombres" en el ensimismamiento narcisista de las jóvenes supermodernas actuales. Los aspectos controladores y restrictivos de la mascarada posfeminista reconocen y complacen la crítica sublimada de la masculinidad, e incluso la melancolía heterosexual descrita por Butler. Esta melancolía acecha bajo la superficie, amenazando con transformarse en ira, como se discutirá en el capítulo siguiente. Las heroínas de ficción popular (incluidas aquellas cuyas protagonistas son profesionales) suelen expresar ira, indignación y frustración en sus diarios y, una vez más, tienen que hacerse las sumisas para atraer a los hombres.

Riviere argumenta que la mujer, al exagerar la forma en que vive su género y sexualidad para llamar la atención sobre los objetos y los atavíos de su feminidad, enmascara su apuesta por el poder masculino y al mismo tiempo se aleja de él. Teme a la seriedad (de ahí la naturaleza cómica de la feminidad llamativa), e incluso cuando se posiciona como autoridad, aludirá a su modo de vivir la feminidad para que siga siendo reconocible dentro de los términos del deseo masculino[14]. Riviere describe cómo la mujer prominente demuestra sus habilidades profesionales en un ambiente público (dando una conferencia), pero después socava el efecto de competencia

[14] Cherie Booth QC, la esposa del ex primer ministro Tony Blair, ejemplificó esta ubicación en la mascarada posfeminista. En cada oportunidad disponible, llamó la atención sobre su inversión en la parafernalia de la feminidad, como pretendiendo desviar la atención de su estatus y poder como abogada. En julio de 2003, permitió que una periodista de *Marie Claire* entrara en su habitación e incluso le permitió echar un vistazo rápido dentro de su cómoda, que como era de esperar estaba llena de lencería femenina con encajes.

© Ediciones Morata, S. L

y experiencia con una exhibición excesiva de "coquetería" y gestos femeninos. Así asegura a sus colegas masculinos que sigue siendo una mujer real (y, por lo tanto, subyugada). La mascarada funciona para reafirmar las estructuras masculinas de poder al desactivar la presencia y las acciones agresivas y competitivas de las mujeres a medida que alcanzan posiciones de autoridad. Reestabiliza las relaciones de género y la matriz heterosexual tal como la define Butler al interpelar repetida y ritualmente a las mujeres en los términos conscientes y autorreflexivos de la altamente estilizada feminidad. La mascarada posfeminista trabaja en favor de lo Simbólico de manera preventiva ante las posibles disrupciones que plantea el nuevo régimen de género. Opera con un doble movimiento, su estructura voluntarista trabaja para ocultar que el patriarcado sigue en su sitio, mientras que los requisitos del sistema de la moda y la belleza aseguran que las mujeres sigan siendo de hecho sujetos temibles, impulsados por la necesidad de una "perfección completa" (Riviere, 1929/1986: 42).

Pero la siguiente pregunta que debemos plantearnos se refiere a la base racial de la mascarada posfeminista[15]. ¿Cómo se inscribe la blanquitud dentro de este reordenamiento de lo femenino? ¿Cómo se ven interpeladas (o no) las jóvenes negras y asiáticas por los discursos que buscan alentar la adopción de esta norma corporal de "perfección completa"? La mascarada posfeminista es también un medio para restablecer la blanquitud como factor dominante cultural dentro del campo del complejo moda-belleza. También es un momento de desmoronamiento profundo, un modo de recolonización a través de una serie de estrategias complejas identificables dentro de

[15] Riviere, en su trabajo de máscaras, se basa acríticamente en el estereotipo racista de los miedos (y fantasías) de las mujeres blancas de ser atacadas por un "negro".

© Ediciones Morata, S. L

los discursos visuales de la cultura popular. ¿Qué quiero decir con recolonización? ¿Qué quiero decir con desmoronamiento? En los discursos de los medios y la cultura dirigidos a mujeres jóvenes no blancas se insinúa o sugiere que ya no es importante la lucha por la igualdad racial. El antirracismo manifiesto combinado con el feminismo se asocia también con el pasado, con el período amargo de los años 70 y 80 que precedió a la época más ilustrada del gobierno del Nuevo Laborismo. Como ya se señaló en el capítulo anterior, esto coincide con el viraje del pensamiento gubernamental que deja de respaldar el multiculturalismo y las estrategias políticas asociadas con el antirracismo, y en su lugar fomenta estilos nuevos de integración y asimilación, al mismo tiempo que, por supuesto, celebra el éxito negro y asiático como características clave de la nueva meritocracia. La nueva integración, después del 11 de septiembre de 2001, tiene el tono de lo contemporáneo, y la visibilidad de las personas negras y asiáticas, incluidas las mujeres jóvenes "modernas" dentro de las filas de la economía dirigida por el talento, idealmente reemplazaría la necesidad de argumentos sobre el racismo institucionalizado y el predominio y la reproducción de las desigualdades raciales. El elemento particular del desmoronamiento relevante para las discusiones sobre la feminidad reside en algo tan sencillo como desatención sostenida y marcada de los editores, periodistas y otras personas predominantemente blancas que ocupan roles importantes en el mundo de los medios, la cultura y las instituciones sociales, a lo que se denominaba cuestiones de igualdad de oportunidades y, como se discutió en el capítulo anterior, cuestiones de representación. En los últimos años ha habido una notoria disminución de imágenes de mujeres negras y asiáticas en las páginas de las revistas femeninas, pero, igualmente importante, esto ya no es tema de discusión.

© Ediciones Morata, S. L

Las cuestiones sobre la representación numérica de las personas negras y asiáticas en los medios nos retrotraen a los primeros tiempos de la investigación y los estudios feministas y antirracistas en las humanidades y las ciencias sociales. Es duro tener que hacerlo. La disminución de modelos negros y en la cobertura de temas relacionados con mujeres no blancas que se observa en el campo de la cultura popular femenina, lleva el sello de una especie de consciencia instintiva de que incluso en las páginas de la prensa liberal, que ahora dedica tanto espacio a la moda y la belleza, y que persigue insistentemente a un público femenino, la mayoría de las veces no hay cuerpos negros o asiáticos entre las interminables páginas de consejos de moda, calendarios de belleza, información sobre cirugía estética, etc. Es como si, en un clima ahora abiertamente crítico con la llamada "corrección política" y, por lo tanto, en el que ni se espera ni se requiere una implicación en temas de igualdad de oportunidades como habría sucedido en el pasado reciente, los editores y periodistas volvieran a apoyarse en las normas y convenciones que regían su práctica en la época anterior al surgimiento de la política feminista y antirracista. Por lo tanto, la política cultural feminista antirracista en la prensa y en los medios populares se ha desmoronado. Las chicas negras y asiáticas tienen una presencia mínima como resultado de los diversos estilos incorporados dentro de la mascarada posfeminista. Las luminosidades de la feminidad son inexcusable e invariablemente blancas. Los haces luminosos que se proyectan en las figuras de éxito femenino y de las chicas 10 pueden acomodarse a las feminidades negra y asiática, pero solo a condición de que la diferencia se subsuma en el glamour occidental para que cumpla con los requisitos específicos que se repiten sin cesar por el sistema de moda y belleza. También se señala la otredad, y hay caminos prescritos para que la diferencia cultural encuentre algún espacio

© Ediciones Morata, S. L

negociado dentro de la mascarada posfeminista (la celebridad femenina negra ocasional que aparece en las revistas, como un icono de estilo), pero en general la mascarada posfeminista implícitamente restablece la blanquitud normativa y exige una exclusión violenta de la diversidad y la otredad, resucitando y solidificando así las divisiones raciales de género en el ámbito cultural.

Así, podríamos decir que la mascarada posfeminista reasegura los términos de sumisión de la feminidad blanca a la dominación masculina blanca, al mismo tiempo que resucitan las divisiones raciales al deshacer cualquier promesa de multiculturalismo al excluir las feminidades no blancas de este rígido repertorio de autodiseño. Esto equivale a un doble proceso de resubordinación, una vez más subyace la insinuación de que, por supuesto, el feminismo y el antirracismo ya se han tenido en cuenta, y las jóvenes negras y asiáticas ahora tienen las oportunidades de tener éxito junto a sus contrapartes femeninas blancas. Por supuesto, están incluidas en el estímulo para lograr la "perfección completa". Este elemento de dar un paso al frente confiado, fundamental en los discursos dominantes de gubernamentalidad, hace aún más difícil resucitar un lenguaje de discriminación, injusticia y exclusión. Pero la idea de la perfección completa encarnada en esta mascarada posfeminista es escurridizo, inviable y fuera del alcance, al parecer, para las mujeres que no son blancas, a menos que renuncien a casi todos los significantes de la diferencia racial y subsuma la etnicidad en el repertorio dominante de la feminidad blanca normativa. Estos discursos interpelativos actuales del sistema de la moda y la belleza hacia sujetos negros femeninos, no han atraído la atención de las académicas feministas del modo en que lo hicieron en la década de 1980 y principios de los 90 (ver Young, 2000). El dominio comercial femenino opera entonces con una dirección limitada y, por lo tanto, excluyente,

© Ediciones Morata, S. L

invitando a mujeres jóvenes negras (de piel clara) y asiáticas (respetablemente recatadas) a aceptar términos mínimos de representación dentro de estas economías visuales. Este público lector solo tiene la opción de ajustarse a las normas de la feminidad blanca glamourosa y dominante. Hay muy pocas celebridades negras cuya vida cotidiana sea objeto de la atención de los *paparazzi* para las revistas de cotilleos. La versión cinematográfica del *Diario de Bridget Jones* evoca un paisaje de blanquitud con apenas un gesto hacia Londres como ciudad multicultural. No hay ninguna chica negra en el reparto principal de *Sexo en Nueva York*, ninguna en *Friends* (salvo la "cita" ocasional). Hay un género de ficción exitoso sobre profesionales asiáticas, así como un puñado de modelos negras que encarnan la "perfección total", pero el haz luminoso que intenta traer orden y estabilidad al paisaje de cambio para las mujeres jóvenes que no son blancas mediante la mascarada postfeminista, solo ofrece la opción de mimetismo, acomodación, ajuste y modificación. Se trata de un tipo de violencia racial dentro de las economías visuales blancas celebratorias del complejo moda-belleza que pasa casi desapercibida. La mascarada posfeminista deriva su significado del apogeo del glamour (blanco) de Hollywood y de las convenciones de las revistas de moda de gama alta, como *Vogue*. La nostalgia retro por este tipo de blanquitud asegura que la nueva mascarada, no estando fuera del alcance de las mujeres negras o asiáticas, solo está disponible a costa de negar los modos de estilo y belleza asociados con la negritud, con la diversidad cultural y la diferencia étnica (Dyer, 1997). El complejo moda-belleza funciona en nombre de la autoridad patriarcal para asegurar la estabilidad de la matriz heterosexual, especialmente cuando se ve amenazada por los cambios sociales provocados por las mujeres que ingresan al mundo del trabajo y el empleo. También es un mecanismo clave en la producción y reproducción

© Ediciones Morata, S. L

activa de las diferencias racializantes. Y, asimismo, en las diversas formas de cultura popular femenina centradas en la sexualidad, el deseo, y la conducta del amor y la intimidad, el discurso interpelativo de la heterosexualidad genera y refuerza simultáneamente la diferencia racial y étnica. Estos sistemas de significado racializado están tan profundamente inscritos en el lenguaje dominante del amor, y lo que las mujeres jóvenes deben hacer ahora para asegurarse una pareja o un esposo (las llamadas reglas), que la única lógica disponible de la diferencia, dentro del dominio comercial, es la producción de un sistema equivalente de la cultura popular femenina para las jóvenes negras o asiáticas. De ahí la proliferación de manuales de autoayuda para mujeres negras o asiáticas, revistas de moda negra, marcas de moda asiáticas, literatura asiática para chicas, etc.

La educación y el empleo como espacios de capacidad: la visibilidad de la chica trabajadora bien educada

Las luminosidades de la mascarada posfeminista y los haces luminosos que el sistema de la moda y la belleza arrojan sobre la figura de las mujeres jóvenes se ven igualadas, si no superadas, por las visibilidades de la mujer joven bien educada y la chica trabajadora, con las que con frecuencia se entrecruzan. Estos dos elementos juntos son clave en el nuevo contrato sexual. La capacidad de ganar un salario es el factor crítico que sustenta la exuberancia del dominio comercial, ya que el comercio acoge las posibilidades que otorga la disponibilidad de ingresos de las mujeres jóvenes, de quienes ahora se espera no solo que tengan un empleo, sino que prioricen ganarse la vida como medio para adquirir estatus, asegurar un sustento independiente y acceder al mundo de los bienes y servicios femeninos. Y la capacidad de ganarse la vida es

© Ediciones Morata, S. L

también la característica más importante de los cambios sociales y culturales de los que las mujeres se encuentran a sí mismas como sujetos privilegiados. La actividad gubernamental se dedica a preparar a las jóvenes para el trabajo, y este requisito las insta a actuar en toda la gama de talentos y habilidades (Rose, 1999b; Allen, 2008). Como intento demostrar, dentro de los términos del proyecto de modernización del gobierno del Reino Unido, la forma prescrita de adquirir capacidad también asegura la reestabilización de las jerarquías de género. En la próxima sección considero algunas de las formas en que la educación y el empleo juegan el papel de redesignar a las mujeres jóvenes como sujetos capacitados que se abstendrán de desafiar las jerarquías de género existentes cuando se presenten para ocupar una posición de visibilidad. Las mujeres jóvenes ahora son parte integral del cambio social y de los procesos de reestructuración social con todo lo que ello conlleva en relación con las divisiones sociales, las nuevas polarizaciones entre riqueza y pobreza y la creación de lo que el Nuevo Laborismo llama la nueva meritocracia.

A medida que las mujeres bien capacitadas alcanzan su estatus de clase media más independiente, se les anima a repudiar a sus inferiores sociales y a celebrar su propio éxito individualista. Como muestro en el Capítulo 5, la reaparición de la jerarquía, el desdén de clase, incluso el odio, en relación con los hábitos y la apariencia de las mujeres de bajos ingresos, gana aceptación bajo la forma de entretenimiento, en la cultura popular y los medios de comunicación, como una marca distintiva de que las mujeres ya no necesitan apoyarse mutuamente ahora que tienen acceso a los medios para alcanzar el éxito y la competitividad. Dentro de este discurso de la cultura popular (con programas de televisión de la BBC como *What Not To Wear*) está la idea implícita de que la vida de las mujeres ha cambiado drásticamente. Se insta a las mujeres de la clase obrera a abandonar

© Ediciones Morata, S. L

las ideas fatalistas sobre la inevitabilidad del envejecimiento, el declive de la apariencia física y la tradicional abnegación requerida en madres y esposas. Este panorama de superación personal sustituye a los valores feministas de solidaridad y apoyo y, en cambio, adopta y promueve la individualización femenina y condena a quienes no pueden o no quieren ayudarse a sí mismas. Los nuevos tiempos para las mujeres traen consigo que presten atención a su imagen corporal y a sus habilidades personales para que estén presentables en el lugar de trabajo y sigan siendo empleables a largo plazo. La identidad ocupacional y la adquisición de cualificación suponen que las mujeres ya no se clasifiquen en primer lugar según el lugar que ocupan dentro de las estructuras familiares y de parentesco. Sus cuerpos tan visibles ahora están marcados por la posesión de grados, cualificaciones e identidades ocupacionales. A medida que emergen del sistema educativo, las jóvenes estarán más asociadas a la obtención de cualificaciones que sus pares masculinos. Hasta finales de la década de 1980, el orgullo de poseer unos cuantos certificados de Educación Secundaria y notas de sobresaliente era en tanta medida el privilegio de un pequeño número de mujeres jóvenes de clase media, en su mayoría blancas, que no era un tema que atrajera la atención pública. Esto ha cambiado radicalmente. El impacto de las desigualdades de clase, el racismo y la mera persistencia de obstáculos insuperables para las niñas que crecen en la pobreza, queda eclipsado por el énfasis en la mejora, el éxito y el aumento significativo del número de mujeres jóvenes que van a la universidad[16]. Estos cambios también ocupan un lugar destacado en el proceso de las mujeres jóvenes que avanzan y se benefician de la atención del gobierno. El sistema educativo mira con buenos ojos a las mujeres

[16] Para una descripción detallada de los cambios en las calificaciones educativas, véase Arnot y cols., 1999, y Allen, 2008.

© Ediciones Morata, S. L

jóvenes y las recompensa por su esfuerzo. Como resultado, la mujer joven pasa a ser una portadora potencial de cualificaciones, es un sujeto activo y aspiracional del sistema educativo y encarna el éxito de los nuevos valores meritocráticos que el Nuevo Laborismo ha buscado implementar en las escuelas. Este reposicionamiento es un factor decisivo en el nuevo contrato sexual. La dimensión contractual implica una oferta que las mujeres jóvenes no pueden rechazar sin dolorosas repercusiones. Pero esto requiere mayor análisis y contextualización. Por ejemplo, ¿cómo han respondido las académicas feministas a una situación que sugiere que las mujeres jóvenes han alcanzado la igualdad en el sistema educativo y, por lo tanto, ya no parecen ser objeto de injusticia o discriminación?

La educación ha sido el ámbito en el que los años de lucha feminista han cosechado algunos frutos. Si el feminismo de la segunda ola prestó mucha atención a las desigualdades de género en todo el sistema escolar, con feministas socialistas y académicas feministas negras investigando este vector de desventaja junto con los de clase y etnicidad, este compromiso que lleva años procurando lograr la igualdad en la educación de las mujeres jóvenes podría entenderse, en términos de Walby, que es el resultado de la incorporación de las cuestiones de género a la arena política en su sentido más amplio. El aumento de la cualificación educativa mencionada anteriormente y el creciente número de niñas que continúan estudiado más allá de los 16 años y van a la universidad, significa que, en realidad, las mujeres jóvenes son quienes brindan razones al nuevo gobierno laborista para afirmar que sus políticas tienen éxito[17].

[17] Véase la tesis doctoral de Kim Allens, Goldsmiths College, 2008; gracias también a Kim Allen por indicarme la dirección de www.dfes. gov.uk/regateway/DB/SFR/s000708/SFR04 para obtener información sobre las tasas de actividad de los jóvenes que abandonan la escuela.

© Ediciones Morata, S. L

También podría verse como un ejemplo de mujeres que avanzan y un feminismo que se desvanece porque su trabajo ya se ha hecho: se han ganado grados sustanciales de igualdad y ahora los principales procesos gubernamentales atienden las desigualdades persistentes. Sin embargo, mi enfoque es muy distinto, ya que no solo se trata de señalar la desigualdad del éxito, la discrepancia entre las tasas del logro y el bajo rendimiento en función de la clase, y el impacto pernicioso continuo de la desventaja racial en las mujeres jóvenes negras y asiáticas a través de la división de clases. El violento impacto de los prejuicios raciales en las perspectivas educativas de las jóvenes negras y asiáticas continúa socavando cualquier noción de los logros feministas en educación, en particular porque estos se describen dentro de un vocabulario de género. Necesitamos una descripción empírica mucho más detallada de las experiencias educativas de las mujeres jóvenes negras y asiáticas en el Reino Unido y en Europa que, como podemos suponer, moderarían cualquier optimismo prematuro sobre el éxito y la movilidad social. Por el contrario, se puede argumentar que el avance de las mujeres jóvenes y la capacidad que se les atribuye como sujetos ahora aparentemente privilegiados, tienen un papel en la agenda modernizadora del Nuevo Laborismo. De hecho, este es un papel clave, muestra que sigue habiendo un "corazón" socialdemócrata sólido en el Nuevo Laborismo, y que de hecho la sabia inversión en educación ha demostrado ser rentable, especialmente con el grupo social de las mujeres jóvenes que en el pasado estaban destinadas a tener un bajo rendimiento.

Hay muchos estudios de los EE. UU., el Reino Unido, Australia y Europa que ofrecen datos detallados de las desigualdades generadas recientemente por los cambios en los regímenes de bienestar, la disminución de la financiación estatal de la educación y la aparición de sistemas meritocráticos

© Ediciones Morata, S. L

de recompensa. Estos muestran cómo dicha política ha cambiado hacia un sistema de auditorías y basado en objetivos, así como la privatización, impactan negativamente en los resultados educativos de las mujeres jóvenes procedentes de familias con bajos ingresos (Walkerdine y cols., 2002). Las chicas blancas de clase media y las de familias asiáticas y negras privilegiadas (que, por supuesto, seguirán experimentando discriminación) se convertirán en parte de la nueva élite competitiva, mientras que se espera que las niñas de clase media baja y muchas de sus contrapartes de clase trabajadora obtengan cualificaciones al nivel de grado y entren en el mercado laboral en ocupaciones adecuadas a dichas cualificaciones. Como muestra Kim Allen, en los primeros años del siglo XXI en el Reino Unido hubo un nivel excepcionalmente alto de actividad para las niñas, en las escuelas, en la formación, en la educación superior y en el empleo, resultando en que solo el 2% de las niñas terminan la escuela sin cualificación y que, como resultado, se las señala con más fuerza como fracasos educativos (Allen, 2008). Esta distribución de mujeres jóvenes según su cualificación educativa parece una mera reproducción de las divisiones de clase existentes, con la doble condición de que las mujeres ahora están ganando su propia identidad de clase a través del trabajo y la cualificación, y que hay vías específicamente femeninas de movilidad social[18]. La

[18] Este es ciertamente un tema sobre el cual hay diferentes puntos de vista. Si bien la mayoría de los sociólogos cuestionan la realidad de la movilidad social en el Reino Unido durante los años del Nuevo Laborismo, es decir, a partir de 1997, las tasas de actividad de las mujeres jóvenes en el mercado laboral y las tasas de permanencia en la educación superior, junto con el énfasis cultural en hacerlo bien y convertirse en sujetos aspiracionales sugiere que, lo que aquí denomino el nuevo contrato sexual, implica un estímulo a las mujeres jóvenes para que ellas mismas adquieran movilidad social, o para aspirar a algún grado de movilidad ascendente. Esto puede tardar años en visibilizarse estadísticamente, pero si hay tantas mujeres jóvenes que ahora consiguen títulos

© Ediciones Morata, S. L

adquisición (o no) de cualificaciones acaba funcionando como un indicador de una nueva brecha de género. Las mujeres jóvenes se clasifican de acuerdo con su habilidad para obtener la cualificación que les proporcionen una identidad como sujetos femeninos capaces, lo que les puede llegar a obsesionar. Los principios que subrayan el nuevo régimen de género requieren voluntad, motivación y aptitud de las mujeres jóvenes que, si se inculcan dentro del sistema escolar, se mantendrán y desarrollarán aún más en el lugar de trabajo. Al señalarlas como objeto de una atención especial, el Nuevo Laborismo y otros gobiernos parecen cumplir algunas de las esperanzas de las generaciones previas de feministas, aunque de hecho están fomentando la actividad femenina como una nueva forma de movilidad social. El gobierno sustituye al feminismo y, en lugar de esos valores pasados de moda, infunde estilos de competencia femenina que también dan lugar a nuevas y más opacas intersecciones de clase, raza y género[19]. Debido a que el lenguaje y las ideas de la cultura en relación con la vida laboral de las mujeres jóvenes está tan dominada por narrativas personales y por "autobiografías" deslumbrantes, y por programas de televisión como *Operación Triunfo* o *El Aprendiz*, que enfatizan el talento, la determinación y el deseo de ganar, y que presentan a mujeres jóvenes muy motivadas, cada vez es más difícil discernir las verdaderas intersecciones sociológicas de los factores estructurales de etnicidad, clase social y género, en lo que se refiere a las mujeres jóvenes. En las narrativas individualizadoras de la cultura popular, por ejemplo en el *Daily Mail*, se presta mucha atención a la joven

universitarios, el argumento de que no hay movilidad social parece cuestionable (Devine y cols., 2004; Walkerdine, 2004 y Skeggs, 2005).

[19] Arnot y cols., 1999 se refieren a un estudio que mostró que las jóvenes asiáticas entrevistadas aspiraban a una movilidad social ascendente en ocupaciones profesionales.

© Ediciones Morata, S. L

negra o asiática ejemplar que dará un paso al frente gracias a su entusiasmo por aprender, su afinidad por el trabajo duro, y su deseo de buscar la recompensa material.

Las altas tasas de éxito en la obtención de las cualificaciones se han convertido en indicativo de que se ha alcanzado la igualdad. Se supone que las desigualdades de género ahora (más o menos) se han abordado con éxito, de modo que los hombres jóvenes son los perdedores y, de hecho, son discriminados. Así, uno de los argumentos de la reacción contra el feminismo es que ha ido demasiado lejos, que ha sobrepasado sus límites y que habiendo conseguido la igualdad para las mujeres jóvenes ha contribuido indirectamente al bajo rendimiento masculino a través de la feminización de la escolarización[20]. Y la medida en que el gobierno acepta este argumento hace que sea aún más difícil continuar defendiendo la desigualdad de las mujeres jóvenes a pesar del aparente éxito en la educación. Existen estudios sociológicos que han desafiado los titulares sensacionalistas de la prensa sobre el éxito femenino y el fracaso masculino, y han proporcionado importantes calificaciones a tales afirmaciones infladas, véase Arnot y cols. (1999), Harris (2004), Driscoll (2002), Safia-Mirza (1997), Bettie (2003) y Budgeon (2001). Arnot y cols. contextualizan e historizan el éxito femenino en el ámbito de la educación en el Reino Unido. Señalan cómo la práctica feminista de los docentes en la escuela desde mediados de la década de 1970 se ha visto suplida gradualmente por un régimen más competitivo, thatcheriano, orientado a objetivos y dirigido a la rendición de cuentas. Sin embargo, como resultado de los principios pedagógicos

[20] Es más difícil insistir en que sigue siendo importante y relevante abordar las nuevas y antiguas desigualdades a las que se enfrentan las jóvenes hoy en día, por ejemplo, el significativamente bajo rendimiento en asignaturas de Ciencias en todos los estados miembros de la Unión Europea, véase www.europa.eu/reseach/science-society/women/wir/pdf

© Ediciones Morata, S. L

feministas residuales aún intactos, los anteriores se han traducido de acuerdo con la lógica meritocrática de los siguientes, de modo que las mujeres jóvenes pueden cosechar beneficios de ambos, el viejo feminismo y las políticas del Nuevo Laborismo. Arnot y cols. describen la forma en que la nueva derecha atacó las prácticas educativas asociadas a la izquierda y al feminismo, y obligó a los docentes a abandonar el vocabulario entonces vigente con respecto a las niñas y la escolarización, a cambio del que enfatizaba los resultados, los objetivos y las calificaciones externas. Se consiguió que el feminismo se plegase a los nuevos valores de competencia y excelencia para que las niñas con alto rendimiento llegaran a encarnar las mejoras y cambios en el sistema educativo en su conjunto. A pesar de la perpetuación dentro de la Educación Secundaria de desigualdades flagrantes, estos autores afirman que "el cambio económico y social y el feminismo han desafiado a generaciones sucesivas de niñas" (Arnot y cols., 1999: 150). Pero esta noción de desafío sigue siendo bastante vaga. El nuevo vocabulario educativo dirigido a las mujeres jóvenes es en realidad más agresivo en sus intentos de erradicar las huellas del feminismo para que la pedagogía feminista se vea como una cosa del pasado, congelada en la historia educativa, que marca un tiempo de radicalismo pasado de moda. Esto coincide con esfuerzos paralelos recientes para asociar las prácticas educativas antirracistas con significados similares tras los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, para encontrar formas de restablecer vocabularios de asimilación e integración en lugar de los de diferencia cultural y multiculturalismo. Las niñas negras y asiáticas sufren el impacto de un doble proceso de desacreditación de los valores radicales establecidos en el sistema escolar desde mediados de la década de 1970 hasta mediados de la década de 1990, y que también conformaron al menos a partes del currículum.

© Ediciones Morata, S. L

La descripción de los cambios educativos que he presentado hasta ahora es esquemática y pretende llamar la atención sobre el cambio producido en los debates, desde los centrados históricamente en las niñas y la escolarización hasta los que asumen ahora que las mujeres jóvenes están siendo relativamente bien atendidas por la educación y, en consecuencia, entendidas como sujetos de capacidad, sujetos que están en condiciones de hacerlo bien. La actualidad del proceso de escolarización de las jóvenes y el replanteamiento de las desigualdades requieren un análisis mayor. Pero en cuanto al proceso de las mujeres jóvenes como sujetos de capacidad, también podríamos señalar la convergencia entre los valores de la individualización femenina competitiva que respalda el Reino Unido y los comentarios de Gayatri Spivak sobre las formas de pedagogía que se defienden en los programas occidentales de ayuda que benefician ostensiblemente a la nueva chica global. Spivak (en contraste con Nussbaum) insta a la cautela al respaldar el aparente apoyo a la educación de las niñas por parte de los gobiernos del Tercer Mundo empobrecido y de los países ricos de Occidente (Nussbaum, 2003b; Spivak, 2002b). Invertir en las niñas como sujetos de capacidad educativa como señal de progreso, argumenta (en contra de Walby), debe contrarrestarse con el reconocimiento de que muy probablemente serán educadas de acuerdo con principios pedagógicos que cumplen completamente con los valores del capitalismo neoliberal global. Spivak cuestiona el papel de estas formas de conocimiento y el paternalismo que sustenta la categorización de la niña como digna de inversión. Por supuesto, no está diciendo que las mujeres jóvenes deban rechazar las posibilidades de educarse, sino que los términos y condiciones dentro de los cuales se lleva a cabo deben estar sujetos a un escrutinio crítico. La atención del gobierno occidental a la categoría de niña muestra hasta qué punto la

© Ediciones Morata, S. L

chica global es ahora una figura que promete mucho dentro de la nueva división internacional del trabajo. La chica global emerge ahora como un sujeto digno de microcrédito, capacitación en género, cultura empresarial, así como una practicante activa del control de la natalidad (Spivak, 1999, 2002a, 2002b; Mohanty, 2002).

Si la educación sigue siendo el espacio privilegiado dentro de los países del Occidente próspero para promulgar la participación femenina, los recientes intentos por parte del gobierno de crear vínculos más directos entre la educación y el empleo al enfatizar la experiencia laboral, las prácticas laborales, la empleabilidad y el emprendimiento cultural, tienen una repercusión particular en las mujeres jóvenes. Diversos estudios recientes sobre la identidad propia de las mujeres jóvenes evidencian que el estatus ocupacional se ha convertido en un factor primordial en la presentación del yo. Las entrevistadas, más allá de las fronteras de clase y etnia, están motivadas y son ambiciosas, tienen planes claros sobre la dirección que podrían seguir desde una edad temprana y con frecuencia se refieren al apoyo que reciben de sus padres, especialmente de sus madres. (Budgeon, 2001; Harris, 2004). Tener una vida bien planificada surge como norma social de la feminidad contemporánea. Y a la inversa, la ausencia de dichos estilos de autoorganización se convierte en un indicador de patología, una señal de fracaso o un síntoma de otras dificultades personales. Como han señalado Harris y cols., este vocabulario gubernamental de responsabilidad propia también personaliza la desventaja y señala la pobreza y las dificultades económicas como problemas relacionados con la familia y la disfuncionalidad, más que como fenómenos generados socialmente. Para las mujeres jóvenes que parecen poseer habilidades sociales de autoconfianza y ambición, surge la siguiente pregunta: ¿cómo se transpone al lugar de trabajo? Para las que no tienen dichas

© Ediciones Morata, S. L

ventajas, la transición al trabajo seguramente implicará ser empujadas hacia un trabajo de poco cualificado y con salario bajo, pero con la salvedad de que para las que deseen mejorar sus oportunidades en el mercado laboral, existen caminos hacia la educación superior, esquemas de días libres y formación. El resultado es que a las mujeres jóvenes con bajo rendimiento, o que no tienen la necesaria motivación y ambición para mejorarse a sí mismas, se las condena con más ahínco por su falta de estatus y por otras faltas de lo que habría sucedido en el pasado.

En el extremo opuesto podríamos preguntarnos cómo las mujeres jóvenes de clase media y clase media baja que, como argumentan Arnot y cols., se beneficiaron tanto del feminismo del período anterior, y después fueron designadas como sujetos de inmensa capacidad a través del ethos de la meritocracia y la competencia por parte del gobierno del Nuevo Laborismo, se encuentran posicionadas dentro del campo del trabajo y el empleo. Si las que forma este sector de la población femenina son las ganadoras, ¿pueden ser también perdedoras? ¿Son sus motivos para afirmar que aquí también se produce un retroceso de género, a pesar de una fachada de oportunidad y capacidad y a pesar de las diversas atenciones que producen visibilidades específicas en torno a la figura de la chica trabajadora o la mujer joven de carrera? Ciertamente, la joven trabajadora y con aspiraciones es la que en la cultura popular se transforma en la luminosidad que rodea la figura de la "chica trabajadora". Se ha beneficiado del feminismo y ahora puede darse el lujo de despedirse de sus valores, a favor de perseguir sus propios deseos personales. De nuevo, ella es invariablemente blanca y se encuentra a sí misma como tema de innumerables narraciones en películas, dramas televisivos y dentro del repertorio de reportajes en revistas para niñas y mujeres. Charlotte Brunsdon, que en la década de 1990 escribió sobre

© Ediciones Morata, S. L

películas como *Armas de mujer* (dirigida por Mike Nichols en 1989), muestra exactamente cómo emergen en el cine popular los significados posfeministas dirigidos a un público femenino a través de narrativas que reconocen o hacen algunos gestos al impacto del movimiento de las mujeres, sobre la vida de las mujeres normales y corrientes y su inversión actual en el trabajo y las carreras. Brunsdon reflexiona sobre la negación del feminismo en varias películas de Hollywood de género de mujeres de los años 80 y principios de los 90 y, en muchos sentidos, en este libro llevo la noción de desautorización de Brunsdon más allá al observar cómo se tiene activamente en cuenta el feminismo con el fin de desmantelarlo, y que nunca vuelva a tener lugar (Brunsdon 1991, 1997). El predominio de chicas trabajadoras poderosas y atractivas en el panorama de los medios y la cultura y la incorporación de la identidad laboral como parte integral de la mascarada posfeminista viene a proporcionar un punto de referencia contra el cual se invita a las mujeres jóvenes a medir su propia capacidad en el mundo del trabajo.

La película *Armas de mujer* ofrece un relato narrativo del movimiento de las mujeres jóvenes, o de avance, para ocupar estos espacios de luminosidad. De hecho, esta película representa el paso de la mascarada a la mascarada posfeminista mediante dos figuras femeninas contendientes: la ejecutiva de clase media, con influencias feministas (Katherine), interpretada por Sigourney Weaver, a quien finalmente eclipsa su rival y subordinada, de clase social inferior (interpretada por Melanie Griffith). Esta última la estudia de cerca y aprende a vestirse para encarnar también la "perfección total", pero permaneciendo entrañablemente femenina, de modo que triunfa en el trabajo y en el amor gracias a estos medios. En la película Melanie Griffith interpreta a Tess McGill, una mecanógrafa que viste con mal gusto. Surge una oportunidad

© Ediciones Morata, S. L

(su jefa tiene un accidente de esquí) que permite a Tess no solo emular el estilo inmaculado de Katherine, sino también seducir a su novio y convertirse en una ejecutiva igualmente poderosa mediante una combinación de anticuada inteligencia femenina intrigante e instintiva. La mascarada posfeminista de Tess implica aprender y aplicar todas las reglas de la moda, pero ella se muestra nerviosa, insegura de sí misma y ansiosa por complacer y, al resaltar estas cualidades, atrae la atención del apuesto ejecutivo y novio de Katherine desde hace tiempo, interpretado por Harrison Ford. Esta es solo una de muchas narrativas de chicas trabajadoras, pero, como suele suceder con las películas de Hollywood, anticipa con perspicacia muchos de los temas clave de género y cambio social y cultural de los últimos 20 años. Estos incluyen la competencia posfeminista y la rivalidad desenfrenada entre las mujeres, la movilidad social femenina, la ambición de la clase trabajadora y la mascarada posfeminista como actuación femenina con la que Tess tiene éxito porque descubre por qué Katherine, a pesar de su carísimo vestuario, falla en lo que respecta a los hombres y la sexualidad. Katherine está demasiado cerca de ser feminista. Tanto en su estilo como en sus modales, se presenta como igual a los hombres, y es derrotada en el amor por su rival menos educada que es más capaz de ajustarse a los requisitos de la dominación masculina[21].

La mascarada posfeminista exige entonces a la chica trabajadora una especie de compromiso, en el que ocupe su lugar en el mercado laboral y disfrute de su condición de chica trabajadora sin ir demasiado lejos. Conservar una fragilidad visible y mostrar una especie de vulnerabilidad femenina convencional garantizará que siga siendo deseable

[21] Varios ensayos de Charlotte Brunsdon (1997, 2005) analizan, con clarividencia, el surgimiento de una sensibilidad posfeminista en el cine y la televisión.

© Ediciones Morata, S. L

para los hombres. Este compromiso en el campo cultural también encuentra expresión, como compromiso social, en el campo del trabajo y empleo. Tomo prestado este término de Rosemary Crompton para explicar la forma en que el nuevo contrato sexual opera en el lugar de trabajo, estableciendo límites en los patrones de participación e igualdad de género (Crompton, 2002). Rosemary Crompton se centra en las mujeres que también son madres y que se reposicionan en el mercado laboral después del nacimiento de los hijos. La relevancia de este trabajo para nuestra discusión radica en el abandono implícito de la crítica de la hegemonía masculina en favor del compromiso. Las madres trabajadoras jóvenes, al parecer, se abstienen de plantear cualquier debate sobre la desigualdad en el hogar a cambio de encontrar modos, con la ayuda del gobierno, de gestionar su doble responsabilidad. Esto se vincula con el análisis anterior sobre la mascarada posfeminista como una estrategia de desmantelamiento, una reconfiguración de la feminidad normativa, incorporando esta vez la maternidad para acomodarse a la dominación masculina. En el compromiso social hay, por lo tanto, una vez más, un proceso de reestabilización de género. Rosemary Crompton señala las importantes tasas de retención en el empleo o regreso al trabajo poco después de tener hijos por parte de las mujeres del Reino Unido. Esto se corresponde con el foco que pone el gobierno en la empleabilidad de las mujeres y la transición al trabajo de por vida para las mujeres como una alternativa a la dependencia económica tradicional de un sostén económico masculino. El compromiso requiere que la mujer desempeñe un papel dual, activa en el lugar de trabajo y principal responsable de los hijos y la vida doméstica (Crompton, 2002). En vez de desafiar la expectativa tradicional de que las mujeres asuman la responsabilidad principal en el hogar, hay un viraje hacia el abandono de la crítica al patriarcado

© Ediciones Morata, S. L

y, en cambio, un intento heroico de "hacerlo todo" mientras también buscan el apoyo del gobierno en este esfuerzo hercúleo. El tránsito a este modo de actividad femenino se produce mediante una serie de luminosidades (la madre trabajadora glamourosa, la denominada *yummy-mummy* ("mami deliciosa"), la urbanita exitosa que además es madre, etc.), imágenes y textos que van acompañadas de géneros populares de ficción, incluidas novelas superventas como *I Don't Know How She Does It* (Pearson, 2003).

El gobierno del Reino Unido reemplaza a la feminista, desplaza su vocabulario e interviene ayudando a las madres trabajadoras que están empezando, evitando así la posibilidad de que las mujeres critiquen sus dobles responsabilidades y, por lo tanto, una posible crisis dentro de la matriz heterosexual[22]. El gobierno actúa así para proteger la hegemonía de la masculinidad apoyando a las mujeres en su doble rol, mientras que los medios de comunicación y la cultura popular se esfuerzan por volver a glamourizar a las esposas y madres trabajadoras a través de estilos posfeministas de superación personal, hipersexualidad y capacidad. Esta característica del nuevo contrato sexual requiere el compromiso tanto en el trabajo como en el hogar. A pesar de la retórica del heroísmo por combinar la responsabilidad primaria sobre los niños con el mantenimiento de una carrera, en la práctica, el énfasis que ponen algunas agencias cuyo objeto de atención son las jóvenes trabajadoras implica que se reduce la ambición a favor de un discurso de gestión de la maternidad. A la luz de estas nuevas responsabilidades, se aconseja a la joven que solicite

[22] Véase el trabajo realizado por la Women and Work Commision de 2006 (www.womenandequalityunit.gov.uk/women_work_commission), que culpa implícitamente a las propias mujeres de tomar decisiones profesionales equivocadas, lo que a su vez las sepulta en el sector de bajos salarios.

© Ediciones Morata, S. L

flexibilidad a su empleador. En verdad, el gobierno no alienta a las mujeres a regresar al hogar después de tener hijos. En cambio, el nuevo contrato sexual ofrece apoyo y orientación para que el regreso al empleo (a menudo a tiempo parcial) se facilita en forma de balance vida-trabajo. Hay un intercambio implícito, lo que la madre trabajadora quiere o necesita de su empleador es el reconocimiento de su rol dual y cierto grado de adaptación a este respecto. El equilibrio entre el trabajo y la vida ahora se sustenta en la forma de mejores salvaguardias en la ley para los trabajadores a tiempo parcial y también en los derechos de pensión para las mujeres.

El gobierno también hace grandes esfuerzos para alentar a los hombres a convertirse en mejores padres y hacer que la vida familiar sea importante. Por importantes que sean estas iniciativas, esta búsqueda del apoyo del gobierno para las madres trabajadoras trae una nueva dimensión al debate feminista de políticas públicas sobre el Estado que reemplaza al esposo, es decir, "el hombre en el Estado". Pero en este escenario el Estado interviene no para reemplazar al marido (apoyando la maternidad en soltería) sino para permitir al marido la oportunidad de continuar su vida laboral sin quejas femeninas, sin el requisito de que reduzca sus horas de trabajo para que pueda desempeñar un papel igualitario en el hogar. Prevalece una especie de realismo posfeminista o pragmatismo gubernamental. Idealmente, los hombres dedicarán más tiempo a la familia, pero debe ser una elección personal. Por lo tanto, podríamos argumentar que en este caso las mujeres se presentan como sujetos voluntarios de capacidad económica, al tiempo que se comprometen a conservar sus roles tradicionales centrados en el entorno doméstico, en lugar de desafiar radicalmente la división del trabajo dentro del hogar, como hicieron las feministas con un efecto notable desde mediados de la década de 1970 en adelante. El éxito que pueda tener

© Ediciones Morata, S. L

la mujer heterosexual individual en lograr la igualdad en relación con el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos se convierte en un asunto privado, o más bien en evidencia de que ha elegido bien o por casualidad entre la gama de posibles parejas. Su plan de vida en este sentido ha funcionado a su favor.

El compromiso social definido por Crompton es así un elemento clave del nuevo contrato sexual, basado en la gestión del género y la sexualidad mediante toda una serie de estrategias biopolíticas que se adelantan a las posibilidades de renovados desafíos feministas a la autoridad patriarcal. Por supuesto, este acuerdo también podría entenderse como parte del proceso de transmisión de la perspectiva de género en el que el Nuevo Laborismo ha incorporado plenamente las necesidades de las mujeres en su más amplio programa político de modernización, que retoma las cuestiones feministas del pasado para ser abordadas con seriedad por el gobierno británico. Por muy cierto que esto pudiera ser, también es cierto que los elementos extraídos de la vieja "demanda" feminista de que los hombres estén preparados para renunciar a algunos de sus privilegios y ventajas en el trabajo y en el hogar para lograr la igualdad en el ámbito doméstico están completamente ausentes de estas discusiones. Hace una década Nancy Fraser argumentó que los hombres deben volver a ser más responsables de las desigualdades de género en el hogar, mientras que aquí he intentado demostrar cuáles son las fuerzas que prevalecen contra este tipo de expectativa que resurge como posibilidad (Fraser, 1997). Fraser también argumentó que el Modelo Universal de Sostén de la Familia tiene cada vez más prioridad sobre el Modelo de Cuidador, que estaba asociado con el antiguo régimen de bienestar que tenía en cuenta el papel de las mujeres como cuidadoras y los límites que ese papel imponía

© Ediciones Morata, S. L

a las posibilidades de actividad económica (Fraser, 1997). Este papel de cuidador fue fundamental para el debate feminista desde mediados de la década de 1970 en adelante y todavía figura en el debate feminista en la actualidad (Lister, 2002; Williams, 2002). En el corazón de estos debates se encuentra la tendencia al esencialismo maternalista por quienes defendían el Modelo de Cuidador. Pero lo que el compromiso social sugiere ahora es que el Modelo de Sostén Universal de la Familia exige de las mujeres una responsabilidad conjunta que también, más o menos, garantiza un estatus subordinado en términos de capacidad de ganar un salario en el ámbito del trabajo y el empleo durante toda la vida. Al mismo tiempo, la incorporación de las mujeres al trabajo ofrece al gobierno la mejor oportunidad de reducir los costes a largo plazo del bienestar.

Si extendemos este modelo de actividad supuesta al campo de la nueva economía flexible, surge la pregunta de cómo les va a las mujeres en estas nuevas condiciones más competitivas, a menudo informales y precarias. Provistas de buenas cualificaciones y alentadas a mostrar entusiasmo y voluntad por seguir sus carreras como una marca de identidades sexuales nuevas e independientes, esta participación femenina se convierte en una característica importante del éxito de la nueva economía. La participación en el mercado laboral durante toda la vida reduce el coste del bienestar de las mujeres que tradicionalmente han estado mal pagadas, e idealmente reduce la alta tasa de pobreza femenina en la vejez. Y, además, esta inmersión en el trabajo también crea una cultura de consumo próspera y revitalizada dirigida hacia las mujeres. Por estas razones podemos afirmar que las mujeres jóvenes son sujetos privilegiados con capacidad económica y sobre esta base también podemos esperar que los grados de movilidad social estén más marcados entre las mujeres sin hijos.

© Ediciones Morata, S. L

Ya hemos discutido cómo se logra la reestabilización de género a través del compromiso social de las madres trabajadoras, pero las mujeres jóvenes sin hijos, ¿también se encuentran sujetas a un nuevo régimen de trabajo donde su presencia y su manifestación es también, sin embargo, la ocasión para su resubordinación? El indicador más evidente de la desigualdad perdurable en el empleo es, por supuesto, la brecha salarial, la discrepancia sustancial entre los salarios de hombres y mujeres, una característica del mercado laboral que, de hecho, han suscitado la estrecha atención de los gobiernos en los últimos años. Pero el declive de la burocracia, los servicios públicos y el sindicalismo a la luz de la privatización y la desregulación, el crecimiento de la cultura empresarial y la llamada eliminación de los trámites burocráticos contribuyen a la disminución del papel y la importancia de las políticas de discriminación sexual en el lugar de trabajo. Como ya analizamos en el Capítulo 2, Scott Lash señala que las mujeres son "perdedoras de la reflexividad" en el contexto de la sociedad de la información (Lash en Beck y cols., 1994). Y Lisa Adkins ha explorado con más detalle la forma en que las relaciones de género retradicionalizadas resurgen en el lugar de trabajo desregulado y con el regreso a las empresas familiares a pequeña escala que son parte integral de los procesos de producción que subyacen a la cultura de consumo global (Adkins, 2002). También existen diversas exclusiones generadas por las prácticas informales de trabajo en red que llegan a dominar las precarias economías *freelance* en el sector cultural y creativo. El análisis de Wittel de la "socialidad en red" pasa por alto la forma en que estas reproducen las élites sociales y crean barreras materiales para aquellos que carecen del capital social y cultural para participar (Wittel, 2001; McRobbie, 2002). El trabajo por proyectos, los procedimientos informales de contratación, la opacidad de las estructuras y los caminos hacia los nuevos medios y el trabajo cultural, así

© Ediciones Morata, S. L

como la cultura de largas jornadas basada en la competencia y la agresión (véase, por ejemplo, el relato reciente de Nixon sobre las relaciones de género extremadamente desiguales y el desvergonzado resurgimiento de las culturas masculinas hegemónicas dentro del mundo publicitario del Reino Unido) son todas características que se vuelven más generalizadas en una era de desregulación y privatización (Nixon, 2003).

Por lo tanto, se da la paradoja de que las mujeres jóvenes que tan visiblemente se están manifestando y fluyen hacia el mercado laboral, lo están haciendo justo en el punto en que las condiciones socialdemócratas que fueron propicias para su llegada están siendo desmanteladas. El nuevo contrato sexual de las mujeres requiere que comprometan sus aspiraciones profesionales para cumplir con sus obligaciones domésticas, lo que en efecto significa cumplir con las jerarquías de género existentes. También deben adquirir las capacidades individualizadas para satisfacer las demandas de la nueva economía flexible emulando los caminos hacia el logro asociados con los valores competitivos de la cultura corporativa en lugar de intentar recuperar o defender las culturas más anónimas del lugar de trabajo y los valores menos individualistas del sector público y la burocracia.

Chicas fálicas: sexo recreativo, sexo reproductivo

La mascarada posfeminista, así como la figura de la chica trabajadora, son dos de los medios por los que el nuevo contrato sexual se pone a disposición de las mujeres jóvenes para incitarlas a su agencia. Presentamos una figura más, la chica fálica[23],

[23] Véase Bennett y Woollacott (1987) para un análisis del falicismo de las "chicas Bond" en la ficción y en las películas basadas en el personaje de James Bond 007 de Fleming.

© Ediciones Morata, S. L

y al final del capítulo a la chica global. Butler concibe a la "lesbiana fálica" como una figura política que lucha por el poder del todopoderoso Simbólico. En una entrevista se preguntó a Butler si las mujeres heterosexuales también podrían levantar el falo así, y respondió que sería importante que lo hicieran (Butler, 1994). Pero más recientemente, y dentro del terreno de la cultura posfeminista occidental, lo Simbólico reacciona rápidamente al antagonismo que no solo ha presentado el feminismo, sino también a lo que el falo lésbico de Butler y la teoría *queer per se* presentan al dotar preventivamente a las mujeres jóvenes de la capacidad de convertirse en portadoras de falo como una especie de imitación autorizada de sus contrapartes masculinas. Esto también impide cualquier reorganización radical de las jerarquías de género a pesar de que, de hecho y debido a esta "pretensión" de igualdad, permite espectáculos de agresión y comportamiento poco femenino por parte de las mujeres jóvenes, aparentemente sin castigo. Da la impresión de que la chica fálica ha ganado la igualdad con los hombres al volverse como sus contrapartes masculinas. Pero en esta adopción del falo no hay crítica a la hegemonía masculina. Ya he probado algunos aspectos de este escenario que, dentro del panorama de la cultura popular británica, culmina en la figura de la llamada "ladette" (McRobbie, 2005). Se trata de una mujer joven para quienes las libertades asociadas con los placeres sexuales masculinos no solo están a su alcance, sino que también se fomentan y celebran. Se le pide que asuma la definición de sexo como placer alegre, actividad recreativa, hedonismo, deporte, recompensa y estatus. La luminosidad cae sobre la chica que adopta los hábitos de la masculinidad, como beber en exceso, maldecir, fumar, pelearse, tener sexo casual, exhibir sus senos en público, ser arrestada por la policía, consumir pornografía, disfrutar en los clubes de baile erótico y así sucesivamente, pero sin renunciar a seguir siendo deseable para

© Ediciones Morata, S. L

los hombres, de hecho esta aparente masculinidad aumenta su deseabilidad, ya que ella muestra tener un apetito sexual similar al de sus homólogos masculinos. Pero pedir a las chicas que ejerzan la masculinidad, sin renunciar a la feminidad que las hace tan deseables para los hombres, es caminar sobre una delgada cuerda floja. Si la mascarada posfeminista cercena el poder de las mujeres jóvenes que ingresan al mundo del trabajo y el empleo alentándolas a adoptar una vez más la máscara de sumisión y servidumbre e invertir tiempo y esfuerzo en la elaboración de un yo que asegure la deseabilidad, el falicismo femenino juvenil (no puede ser viejo) es una alternativa más asertiva a la mascarada. También puede entenderse como una especie de dotación estratégica de las mujeres jóvenes, una forma de atribuirles grados de capacidad, pero con condiciones estrictas que en última instancia aseguran la reestabilización de género. La chica fálica que rompe tabúes también surge como una especie de desafío, no solo para la feminista repudiada, sino también para lo que Butler nuevamente llama el espectro de la "tortillera fálica" (Butler, 1990). Al ser capaz de asumir algunos de los atavíos de la masculinidad, la joven borracha, grosera y lasciva que no es reacia a tener relaciones sexuales con otras chicas, demuestra que, dentro del reino que preside la autoridad simbólica, muchas cosas son posibles. Una versión del deseo lésbico puede acomodarse dentro de este espacio de falicismo femenino, mientras permanezca codificado visualmente para cumplir con los requisitos del sistema de moda y belleza que, como ya hemos demostrado, juzga, sustituye a la masculinidad hegemónica y preside la gestión de la capacidad, en este caso sexual, de la que están dotadas las mujeres jóvenes. En la novela *Brass* de Helen Walsh, el personaje principal Millie adopta un falicismo lésbico "con licencia", que implica consumir grandes cantidades de drogas, alcohol y ligar con prostitutas (Walsh, 2004).

© Ediciones Morata, S. L

Esta transgresión autorizada también se ve facilitada no solo por el sistema de la moda y la belleza, sino también por las industrias del ocio en general, que han respondido entusiásticamente a las posibilidades abiertas por los ingresos provenientes de las mujeres, atreviéndose, de hecho, a definirse como campeonas de los derechos de las mujeres. La cultura de consumo, la prensa sensacionalista, el sector de las revistas para niñas y mujeres (incluidas las "lad") y la televisión barata y de baja calidad alientan a las mujeres jóvenes, en nombre de la igualdad sexual, a derrocar el viejo doble rasero y emular el estilo asertivo y hedonista de sexualidad asociado con los hombres jóvenes, particularmente en lugares de vacaciones, o en el contexto de la cultura de ocio del centro de las ciudades británicas, donde se bebe hasta altas horas de la noche y las leyes con respecto al consumo de alcohol se han relajado. Esta suposición del falicismo también proporciona nuevas dimensiones de pánico moral, centelleo y excitación voyeurista como espectáculo noticioso y de entretenimiento. La chica fálica se personifica en la llamada modelo glamourosa, que gana la mayor parte de su dinero posando desnuda para las páginas de porno suave de la prensa y las revistas y que, si tiene éxito, también se lanzará como marca, prestando su nombre e imagen a varios productos, normalmente gamas de ropa interior, maquillaje, perfumes u otros artículos de moda. Pero para su contraparte ordinaria que es la chica de la calle, asumir el falicismo con frecuencia significa simplemente beber en exceso, pelearse, vomitar en lugares públicos, maldecir y ser abusona, usar faldas muy cortas, tacones altos y blusas diminutas, tener sexo casual, a menudo desmayarse en la calle y tener que ser llevado a casa por amigos o por la policía. Bajo esta pretensión de igualdad que promueve la cultura consumista, tal falicismo femenino es de hecho una provocación al feminismo, un gesto triunfal por parte del patriarcado

© Ediciones Morata, S. L

resurgido. También existe una hostilidad hacia las mujeres que sustenta esta forma particular de libertad. Al presentarse y mostrarse, en el lenguaje común, "dispuesta a hacerlo", la chica fálica también se permite ser el anticuado blanco de los insultos y la hostilidad sexistas de los hombres a los que busca complacer y emular. Lo Simbólico utiliza el campo de la cultura popular y el entretenimiento para dar cabida a algunas demandas feministas previas en relación con el derecho o la concesión al placer sexual, por ejemplo, desafiando el antiguo doble rasero sexual, de modo que las mujeres ya no sean castigadas de la misma manera por perseguir deseos sexuales, y entonces, al contrario de lo que sería deseable, este "derecho" queda totalmente desvinculado de cualquier noción de feminismo renovado,. Todas las campeonas de esta nueva libertad, las chicas fálicas como la presentadora de televisión Denise Van Outen, la glamurosa modelo Jodie Marsh e incluso la *Spice Girl* Geri Halliwell, desprecian vociferantemente el feminismo[24].

Así, mientras no procree y disfrute de un sexo casual y recreativo, la joven tiene derecho a perseguir el deseo sexual sin aparente castigo. De hecho, en los muchos manuales y formularios de instrucción que constituyen los términos y condiciones de este nuevo contrato sexual, están prescritos los usos apropiados del placer sexual. El retraso en la edad de las jóvenes occidentales para contraer matrimonio y también el retraso en el nacimiento del primer hijo, están directamente relacionados con su posibilidad de acceder al mercado laboral. Este movimiento por parte de las mujeres, acelerado en

[24] En una entrevista reciente con la glamourosa modelo Jodie Marsh en *The Guardian* después de sus experiencias humillantes en *Gran Hermano*, donde su apariencia "provocativa" y su reputación de "vulgar y promiscua" la convirtieron en el blanco de una serie de comentarios hostiles y misóginos; ella, sin embargo, dirigió su propia ira contra "esas mujeres putas feministas".

© Ediciones Morata, S. L

los últimos años, da lugar al enfoque en la capacidad reproductiva. La maternidad joven, traspasando las divisiones de clase y etnia, ahora trae consigo toda una gama de significados vilipendiados que se asocian con una feminidad fallida y con el desprecio por el bienestar del niño. Las mujeres jóvenes pobres, blancas y negras, son blanco del gobierno porque las tasas más altas de embarazo adolescente (frente al descenso de la natalidad entre mujeres jóvenes mayores y de mejor educación) se concentra casi exclusivamente en este grupo. El estatus de clase media exige el rechazo de la maternidad adolescente y se ha invertido mucho esfuerzo en asegurar que se cumpla esta norma. Si ahora se concibe a la mujer joven como un compendio de productividad, también se la juzga con más dureza por su actividad reproductiva inapropiada. El concepto de planificación familiar surge en las democracias liberales occidentales dirigido a las mujeres jóvenes para que pospongan la maternidad temprana, de modo que acumulen las ventajas económicas del empleo y la identidad ocupacional y contribuyan así a la solución de la crisis del bienestar. Se percibe a las madres solteras como irresponsables o incluso se las acusa de privar a un niño de su "derecho humano" a un padre. Como han descrito Harris y otros, la disponibilidad subsidiada del tratamiento de fecundación *in vitro* (FIV) y la inversión en tecnologías reproductivas abordan implícitamente este aplazamiento del parto hasta los 30, y el fomento de esto es una marca de respetabilidad, responsabilidad social y ciudadanía (Harris, 2004).

A pesar de, o más bien debido a, la proliferación de diferentes modos de parentesco en culturas cada vez más multiculturales y sexualmente diversas, la pareja marital resurge como la forma preferida de vida familiar. Se produce así una reestabilización de las normas de género frente a la percepción de la amenaza de interrupción de las formas de parentesco no

© Ediciones Morata, S. L

occidentales, del feminismo y del movimiento gay y lésbico. Las intervenciones en el Reino Unido para garantizar la ayuda a quienes se atienen a las reglas de la parentalidad responsable, supone que aquellas mujeres jóvenes con carrera que han seguido el consejo del Nuevo Laborismo, y han pospuesto el parto hasta asegurar la capacidad de ganar un salario, se vuelven merecedoras temas de inversión en investigación científica[25]. El gobierno supervisa intensamente los años reproductivos más que en el pasado, desde el debate sobre las niñas de 12 años que toman la píldora, pasando por las parejas de lesbianas que esperan una maternidad genética, hasta las mujeres mayores de 50 años que también tienen acceso al tratamiento de FIV. Y es que ahora se otorga a la joven un protagonismo como sujeto en busca del placer que posee un sano apetito sexual e identidad, a condición de que no se reproduzca fuera del matrimonio o de la unión civil, ni se convierta en madre soltera de varios hijos. En el Reino Unido, es tan importante para el gobierno desalentar la maternidad adolescente, que el acceso a los métodos anticonceptivos y a la píldora del día siguiente es muy fácil para la mayoría de las adolescentes. El disfrute de los placeres sexuales sobre la base de la práctica de un control de la natalidad efectivo, así como del sexo seguro, es una de las características más visibles de la llamada libertad femenina en la actualidad. Sin embargo, cuando esta actividad se sitúa en un entorno social más amplio en el que la cultura dominante (consumista) desregulada se entrecruza con los patrones ya existentes de las desigualdades raciales y de clase, da lugar a consecuencias imprevistas, como las tasas crecientes de enfermedades de transmisión sexual,

[25] El *London Evening Standard* publicó un titular en mayo de 2006 "Prueba de fertilidad para mujeres profesionales" como si implicara que estas mujeres eran las únicas merecedoras de esta nueva prueba.

© Ediciones Morata, S. L

abuso del alcohol, así como conflictos y ansiedad por parte de las mujeres jóvenes con respecto a lo que ahora podrían esperar del sexo y la intimidad dentro de la matriz heterosexual. La aparente libertad de la chica fálica, su apertura a la aventura sexual, de hecho, es también un medio de reconstituir y apuntalar las divisiones entre mujeres jóvenes heterosexuales y lesbianas, a la luz de la amenaza percibida de que tales límites también podrían derrumbarse. Se vilipendia a la "lesbiana real" de la misma manera que se repudia a la feminista. Los rigurosos requisitos del dominio comercial dirigidos a las mujeres jóvenes son radicalmente inhabitables para las lesbianas jóvenes, por lo que la chica fálica, como su contraparte que habita el mundo de la mascarada posfeminista, funciona en la cultura dominante para restablecer los límites, con el efecto de que la vida fuera de la matriz heterosexual requiere la producción de otros espacios y temporalidades claramente *queer*, a pesar de la ilusión promovida dentro del dominio comercial de que las identidades gay y lesbiana ahora también están integradas (Halberstam, 2005).

La chica global

Lo que hemos visto acerca del sexo recreativo que practican las chicas fálicas, y del sexo reproductivo objeto de una atención gubernamental aún más intensa que en el pasado, nos ofrece una ilustración adicional de cómo los términos y condiciones por los cuales avanzan las mujeres jóvenes, adoptan la forma de invitaciones a modos específicos de autorrealización. El falicismo femenino es tan restrictivo como la mascarada posfeminista, en el sentido de que su aprobación del libertinaje y el mal comportamiento también asegura que esto se desarrolle en el campo de la actividad del ocio que asume un

© Ediciones Morata, S. L

sujeto femenino blanco. Estas figuraciones de la feminidad joven también son prácticas que marcan límites dentro de la cultura popular. Una cosa es que las jóvenes blancas rompan en broma las divisiones establecidas por el viejo doble rasero entre la chica buena y la puta, pero adoptar la apariencia y el estilo callejero de la puta pone claramente de manifiesto las divisiones que existen entre la feminidad privilegiada blanca y su contraparte negra y aún desfavorecida. Para las mujeres jóvenes afrocaribeñas, cuya sexualidad siempre es considerada sospechosa por el Estado, estar borrachas y trastornadas mientras se visten como prostitutas no es un riesgo que valga la pena correr. Como han argumentado varias feministas negras, en un contexto en el que predomina la imaginación racista, las nociones de respetabilidad y restricción en el campo del deseo se han incrustado en las identidades sexuales de las mujeres negras, una respuesta al racismo virulento que asume la disponibilidad sexual, el apetito, o bien que asume que la pobreza hace que la prostitución o la adicción sean probables (Noble, 2000). No es de extrañar entonces que las expresiones de autonomía y disfrute sexual por parte de las jóvenes negras tiendan a canalizarse hacia las subculturas de la música negra como el hip-hop, o bien se ubiquen más específicamente dentro de formas de ocio asociadas a la comunidad negra (por ejemplo, la cultura dancehall jamaicana)[26]. Podríamos pensar que el falicismo de la mujer blanca funciona en las jóvenes asiáticas como una provocación hacia las normas de sumisión a la autoridad patriarcal y religiosa, las cuales en la imaginación racista (de nuevo) se atribuyen típicamente a

[26] La exuberante sexualidad de Kelis en el vídeo de su sencillo "Milkshake", así como los vídeos más explícitamente pornográficos para una serie de actuaciones de hip hop, requiere un análisis sociológico y cultural más extenso que el disponible hasta la fecha (ver Rose, 1994; Noble, 2000).

© Ediciones Morata, S. L

aquellas chicas asiáticas que no adoptan los estilos occidentales de moda y exhibición sexual. La chica fálica es una suma de las libertades sexuales que se han concedido a las jóvenes occidentales. Sus actividades parecen transgredir todos los límites de la docilidad femenina, aunque como he argumentado antes, su búsqueda activa del placer sexual no solo permanece completamente sujeta a la autoridad y el juicio patriarcal, sino que también es completamente compatible con los requisitos de una matriz heterosexual reajustada y liberalizada en apariencia. Por lo tanto, existen buenas razones para pensar que es poco probable un espectáculo con chicas negras o asiáticas semidesnudas, borrachas, gritando, mostrando sus pechos en plena calle a la hora de cierre de los bares a grupos de chicos (blancos y negros) que pasan por allí, y que finalmente terminan en la comisaría hasta que se les pasa la borrachera.

Estas consideraciones sugieren que tanto las figuraciones de la mascarada posfeminista como de la chica fálica marcan sutilmente los procesos de exclusión y recolonización. Hay patrones de reducción racial incrustados dentro de estos espacios reconfigurados de feminidad. La mascarada posfeminista cumple con esta noción de reestabilización, exaltando las virtudes de unas fingidas debilidad y fragilidad femeninas. Pero jugando con la tradición de este modo, adoptando un estilo de feminidad que invita una vez más a una exhibición de caballerosidad, galantería, poder y control masculinos, se resucitan las normas de la heterosexualidad blanca de las que históricamente se ha excluido violentamente a las mujeres y a los hombres negros. Desde las primeras oleadas migratorias de la posguerra, las mujeres negras en el Reino Unido siempre han trabajado y se han ganado la vida, generalmente en trabajos de baja categoría. La historia feminista negra ha demostrado a lo largo de los años que, en el contexto de la explotación laboral de las mujeres negras, desde la esclavitud hasta la moderna

© Ediciones Morata, S. L

división internacional del trabajo, fingir una fragilidad femenina ha sido una marca de privilegio racial. La mascarada posfeminista como estrategia cultural para reestabilizar las relaciones de género dentro de la matriz heterosexual produce una nueva interfaz entre la vida laboral y la sexualidad que es implícitamente blanca, y que asume normas de parentesco asociadas a la familia nuclear occidental. De acuerdo con el nuevo espíritu de asimilación e integración, en lugar del multiculturalismo de los años 80 y 90, ahora fallido, se invita a las jóvenes negras a emular este modelo, como lectoras que son de revistas como *Grazia* o espectadores de programas de televisión como *Friends*, o películas como *El diario de Bridget Jones*.

La chica global se manifiesta, principalmente, en las imágenes publicitarias de firmas de moda como Benetton, y también a través de las diferentes ediciones de revistas de moda global como *Elle*, *Marie Claire*, *Vogue* o *Grazia*, que se personalizan de un país a otro, como emblemas del poder y el éxito del multiculturalismo corporativo. Esto representa a las mujeres jóvenes, especialmente a las de países del Tercer Mundo, entusiasmadas por sentirse miembros y pertenecientes a una especie de feminidad global. Hay tanto diferencia como homogeneidad en este sistema de moda y belleza de una forma muy similar a la analizada por Barlow y cols. en el curso de su estudio de la Chica Moderna de las décadas de 1920 y 1930 (Barlow y cols., 2005). La modernidad de la chica global de hoy día se expresa en sus nuevas libertades, su capacidad para ganar un salario, su disfrute y su inmersión en la cultura de la belleza y en la cultura popular, y en su comportamiento agradable y atractivo que carece del modo irónico de vivir la feminidad de sus contrapartes posfeministas enmascaradas, y de la agresión y bravuconería sexual de las chicas fálicas. De hecho, las chicas globales se definen en términos de

© Ediciones Morata, S. L

una intersección de cualidades que combinan lo natural y lo auténtico con un amor apropiadamente femenino y ornamentado, la seducción juguetona con la inocencia, de modo que sugiere una sexualidad juvenil, latente y que espera desatarse. Esto marca un posicionamiento sutil, una recolonización y reconstrucción de la jerarquía racial dentro del campo de la feminidad normativa. Pero en la movilización de la chica global también se invoca un impulso espacial y temporal diferente. A diferencia de su contraparte estadounidense o británica, esta representación de la feminidad está menos respaldada por los discursos gubernamentales, precisamente porque esta mujer joven es cada vez más móvil y, por lo tanto, a menudo habita en una especie de estatus transnacional. La idea de un contrato sexual como convergencia de atenciones, que abarca toda una gama de actividades corporales y que permite modos de avanzar a condición de que se desvanezca cualquier residuo de política sexual, es una formulación occidental dirigida a quienes se supone que tienen plena ciudadanía y el derecho a permanecer en el país de residencia. En este contrato se pone en primer plano la actividad económica, y la política se reduce a los márgenes de la significación en favor de los aparentes atractivos de la ciudadanía consumista. Sin embargo, podemos suponer que para quienes están excluidos de este modelo privilegiado de libertad basado en la provisión estatal de educación, seguida de la participación en la formación y en el mercado laboral, existen otros espacios de atención, y también espacios indeterminados y zonas limítrofes marcadas por brutalidades, crueldades y penurias. Podríamos señalar los flujos globales de mujeres jóvenes, quienes, al igual que encuentran los medios para trasladarse del campo a la ciudad, o del este al oeste o del sur al norte, como también se encuentran en diversas zonas fronterizas, son sujetos de una economía política globalizada que ordena y reordena estas otras feminidades de acuerdo con

© Ediciones Morata, S. L

los temores sobre la fertilidad de los "inmigrantes". En dicho contexto, el discurso consumista de la chica global funciona como un ideal, no amenaza a Occidente con la migración y la fertilidad descontrolada, sino que se queda y anhela la moda y los productos de belleza asociados con la feminidad y la sexualidad occidentales (Hoefinger, 2005).

En conclusión, este capítulo ha descrito los medios por los que las mujeres jóvenes en la sociedad contemporánea, en un gesto postfeminista que implica que se tiene en cuenta al feminismo y que se está en camino de alcanzar la igualdad, son convocadas por una toda una gama de formas de atención comerciales y gubernamentales para presentarse como sujetos de agencia y capacidad, basada también en la renuncia a las identidades políticas derivadas de las desigualdades percibidas de género o sexualidad asociadas con esos estilos de feminismo que, además de ser tomados en cuenta, también han sido repudiados y vilipendiados. El capítulo traza el proceso de desmantelamiento del feminismo a través de unos niveles altos de intervención y atención dirigida a la mujer joven, cuya importancia en términos de capacidad de ganar un salario es ahora sustancial. Hay un nuevo contrato sexual dirigido a las mujeres jóvenes que fomenta la actividad concentrada en la educación y el empleo para asegurar la participación en la producción exitosa de feminidad, sexualidad y, finalmente, maternidad. El dominio comercial requiere que las mujeres jóvenes prioricen el consumo en aras de la inteligibilidad sexual y en nombre del deseo heterosexual, y esto a su vez se cruza y confirma el giro neoliberal de los gobiernos contemporáneos (especialmente en el Reino Unido) con su énfasis, como veremos en el capítulo siguiente, sobre la ciudadanía-consumidor. Los espacios de atención y las luminosidades que he descrito suplantan y sustituyen las diversas formas de movilización política asociadas al feminismo como movimiento social, también relegan la política

© Ediciones Morata, S. L

al margen de la vida de las mujeres, y la cultura política pasa a estar dominada por un estilo tecnocrático de "gerencialismo corporativo". Como ha argumentado Chantal Mouffe, esta marginación de la esfera de la política formal pone en peligro el "vínculo cívico" (Mouffe, 2000).

Al centrarme en los vínculos entre los discursos gubernamentales y comerciales, en este capítulo pretendo demostrar cómo la política sexual se presenta como irrelevante, y también reflexiono sobre las mujeres jóvenes que, como chicas globales, son objeto de diferentes formas de atención, pero cuya capacidad de ganar un salario dentro de la división internacional del trabajo las señala como emergentes y en desarrollo. He afirmado que estos "movimientos de mujeres jóvenes" o "avances", en las diversas figuraciones que he descrito y que también se crean a través de "espacios de atención" específicos, funcionan como una especie de feminismo en la sombra, un sustituto y paliativo por el abandono forzoso de un nuevo imaginario político feminista.

© Ediciones Morata, S. L

4

LA IRA ILEGIBLE: LOS DESÓRDENES POSFEMINISTAS

El Estado cultiva la melancolía entre su ciudadanía precisamente como una forma de disimular y desplazar su propia autoridad.

Butler, 1997a:191.

Introducción: el descontento normativo

En este capítulo regreso a la literatura psicoanalítica feminista de la década de 1980 y principios de los 90, y la combino con la noción de melancolía de género de Judith Butler para abordar la tan contemporánea "queja femenina". Con esto pretendo iniciar un nuevo debate sobre el malestar femenino actual, pero no a la manera sociológica convencional. No voy a hacer un análisis de los pánicos morales, ni me centraré en la cobertura mediática de las borracheras en las adolescentes, ni en otros comportamientos aparentemente desviados o autolesivos. Me quiero centrar en el ámbito de

© Ediciones Morata, S. L

los trastornos femeninos, desde los más leves hasta los más graves, aunque no con una mirada específicamente empírica. A cambio, ofrezco una lectura cultural a modo de reflexión, donde, entre otras cosas, propongo que para las mujeres jóvenes el feminismo se ha convertido, imperceptiblemente, en un objeto de pérdida y melancolía. De hecho, en cada uno de los capítulos anteriores me he referido al feminismo como pérdida. Entonces, la pregunta debe ser, ¿qué se pierde exactamente? ¿Qué es ese "feminismo" que se ha perdido? No es mi intención sugerir que existe algún tipo de nostalgia por un pasado santificado o por una edad de oro del feminismo de segunda ola. Hay una versión del feminismo en el imaginario público, creada por la derecha y por los medios, así como por el gobierno del Nuevo Laborismo, como algo horrible a lo que se puede vilipendiar fácilmente. Pero este feminismo-que-nunca-ha existido, por supuesto, también es diferente del feminismo-como-objeto-de-deseo al que me referiré aquí, como algo que se pierde y se conserva melancólicamente. Esto nos acerca al terreno de la melancolía izquierdista, tal y como la discutió Wendy Brown (2000). Pero en este capítulo hay una inflexión diferente, ya que argumento también que las mujeres jóvenes en el mundo social se ven obligadas a renunciar a ello, si quieren contar como verdaderas mujeres jóvenes. El feminismo, con su crítica de la dominación masculina, se abandona, y luego se preserva inconscientemente, se privatiza, se internaliza, y solo en unas pocas ocasiones (dentro de la academia feminista) se abre y reconsidera. Esto nos lleva al campo del psicoanálisis feminista, y quiero llamar la atención sobre la importancia de la reelaboración del psicoanálisis de Butler como una herramienta necesaria para comprender la ira ilegible de las mujeres jóvenes y ayudarnos a pensar sobre cómo se puede utilizar políticamente esta ira.

© Ediciones Morata, S. L

Traigo al primer plano, una vez más, la teoría psicoanalítica feminista de los años ochenta y principios de los noventa para examinar la relación entre las imágenes de moda, la fascinación que ejerce sobre las espectadoras y las prácticas autolesivas de las mujeres jóvenes. Esto significa alejarse del sentido común y de los debates pragmáticos de causa y efecto que incesantemente "culpan a los medios" de estos desórdenes. Las perspectivas moralistas y empiristas inducen a la repetición, la circularidad y los dobles raseros. No importa cuántos debates haya sobre los daños causados por la industria de la moda, y a pesar de toda la presión ejercida por gobiernos y organismos reguladores sobre las revistas para mostrar solo imágenes de cuerpos femeninos sanos, las mismas imágenes de niñas virtualmente demacradas, cuyos brazos y piernas muestran signos claros de anorexia continúan apareciendo en las páginas no solo de la revista *Vogue*, sino también de las páginas y suplementos de moda de los periódicos. No pretendo profundizar aquí en la anorexia, aunque por supuesto ha sido durante mucho tiempo un tema de interés para varias académicas feministas (Probyn, 2000), pero quiero plantear a través de la lectura del trabajo de Butler, cómo podríamos pensar de nuevo acerca de la autolesión y la feminidad en el contexto de la melancolía heterosexual y la pérdida del feminismo. Es como si la mayoría de los que comentan acerca de las prácticas autolesivas de las mujeres jóvenes de alguna manera supieran que se trata de género *per se* e incluso de lo que se denominaba opresión de las mujeres, ahora reformulada como su subordinación al poder de la imagen y, sin embargo, ¿ese conocimiento se convierte simplemente en un cliché aburrido, interrumpido solo por la sensación de que la situación de las mujeres jóvenes, en los últimos años, seguramente ha mejorado? Entonces no puede ser culpa de la sociedad, debe ser de alguna manera su propia obra. En realidad, quiero argumentar lo contrario.

© Ediciones Morata, S. L

Cuanto más cambia el régimen de género, digamos la necesidad de la fuerza de trabajo de las mujeres jóvenes por parte del capitalismo, más profunda es la ansiedad en los "patriarcados" menos visibles. Así, estos trastornos son más sociales que nunca. En efecto, si la niña anoréxica está envuelta con frecuencia en su propia dinámica familiar, y también tiende a ser una niña que busca aprobación en términos de trabajo escolar y otras actividades, podríamos decir que su trastorno sigue siendo al menos una marca de su feminidad y del lugar que le corresponde por derecho dentro de familias debidamente edípicas, lo que a su vez me lleva a sugerir que estos trastornos se convierten en una nueva forma de demarcar los límites de la diferencia sexual. Estas chicas pueden estar enfermas, en ocasiones pueden tratar de terminar con sus propias vidas, pero, ¿seguro que son chicas normales a este respecto? ¿Cortándose, haciendo dietas sin cesar, pendientes de su peso, propensas a la baja autoestima, anoréxicas? Ahora todos estos son signos saludables de una feminidad enfermiza, normalizados en el sentido de Foucault, pero también rasgos dinámicos de la matriz heterosexual en el sentido de Butler. Mejor ser una niña enferma que una niña que se levanta de su lecho de enferma y desafía el poder de la matriz heterosexual. La patología como normalidad es preferible a una nueva forma del movimiento de las mujeres. En este capítulo planteo una serie de preguntas: ¿Podemos hablar de "trastornos posfeministas"? ¿Es útil en este sentido la noción de Butler de la melancolía heterosexual? De hecho, ¿pueden algunas de las ideas de *Mecanismos psíquicos de poder* (1997a) de Butler dar una idea de la autorreprobación, la baja autoestima y el descontento posfeminista femenino?

La espiral de descontento y los trastornos femeninos relacionados con la imagen corporal ha alcanzado nuevas cotas en la última década, y las acusaciones rutinarias de que los medios

© Ediciones Morata, S. L

de comunicación, en particular las revistas, desempeñan un papel clave en la "producción cultural de la psicopatología femenina" han alcanzado el estatus de las banalidades sociológicas (Blackman, 2004). Lo que podríamos llamar el dominio público femenino popular comprende estos fenómenos y crea una especie de tolerancia hacia ellos, como si dijera que esto es lo que ahora debemos esperar de las mujeres jóvenes de hoy, desde informar en los sitios web proanorexia hasta revistas como *Grazia* que, de un modo algo más reflexivo que las revistas baratas del corazón, cada semana busca maneras de someter al cuerpo de la mujer a nuevas formas de evaluación y juicio severo. También los suplementos dominicales como *Observer Woman* (informado por el feminismo) y la prensa generalista buscan ansiosamente nuevos ángulos en la cobertura de eventos rutinarios como las colecciones de moda de la nueva temporada. A todo esto lo podríamos denominar "maquillaje" de la feminidad joven en tanto en cuanto institucionaliza la patología (Hacking, 2006). Hay un aumento en determinadas patologías que se asocian casi exclusivamente con mujeres jóvenes, y en el número de quienes sufren de un espectro de condiciones aparentemente relacionadas con la imagen corporal y la baja autoestima, es decir, inanición, bulimia, autolesiones (incluidos cortes), borracheras que requieren hospitalización, abuso de drogas, comportamiento suicida, agresión, depresión y sentimientos de inutilidad[1]. No necesitamos mirar muy lejos para enfrentarnos a informes, imágenes, testimonios, narraciones, ficción y relatos no ficticios de "quejas femeninas": desde historias efímeras en la prensa (por ejemplo, dos niñas de clase trabajadora con sobrepeso se conocen a través de Internet, parecen entablar una relación mutua pero están aisladas y sufren acoso escolar, por lo que planean

[1] Véase también el Informe sobre la depresión de 2006.

© Ediciones Morata, S. L

un pacto suicida; una niña muere y la otra sobrevive)[2], a la gráfica televisión fáctica como *Brat Camp for Girls* de Channel 4, que muestra grados extremos de angustia mental de las adolescentes cuyo consumo excesivo de alcohol, consumo de drogas y comportamiento violento en el hogar provoca miedo, ira y desaliento en sus madres, así como en ellas mismas. Junto a esto están, por supuesto, las historias de famosas que, debido a su valor por razón de entretenimiento, ofrecen nuevas dimensiones a los viejos dobles raseros. Por ejemplo, en la misma semana de diciembre de 2006 en que Amy Winehouse encabezó las listas de éxitos con una canción en la que describía con bravuconería el "estilo ladette", que no quería entrar en rehabilitación a pesar de los consejos de su compañía discográfica, la prensa informó sobre las cinco jóvenes trabajadoras sexuales asesinadas en Ipswich, describiendo su adicción a la heroína y al crack y la falta de servicios de rehabilitación para chicas corrientes como estas.

Por supuesto, existe una enorme variabilidad en estas enfermedades, desde la chica o mujer de clase media (por ejemplo, la "autoconfesión" de la periodista de 34 años Polly Vernon en el *Observer*, 14 de enero de 2007) que es levemente anoréxica, hasta la chica adicta a las drogas y con otras vulnerabilidades, como la pobreza. Por eso he pensado que podría ser adecuado titular como "ira ilegible" este capítulo en el que reúno todo este espectro. Las respuestas no médicas más

[2] Un reportaje en *The Guardian* (23 de septiembre de 2004: 12) de Sam Jones titulado "Suicide Pact Teenager"s Parents Release Letter Telling of Bullying", describía la agresión y la violencia que resultó en que dos niñas huyeron juntas y tomaron una sobredosis que llevó a la muerte de una de ellas (Laura Rhodes) y a la hospitalización de la otra. La carta de suicidio de Laura hablaba de cómo los chicos la hacían tropezar en el pasillo de la escuela todos los días, interrumpiéndola porque era gorda y lesbiana. Ella se describió a sí misma como "este bulto gordo que soy" y escribió "mientras yo me ponía más y más gorda y más y más triste, todos se volvían más y más malos".

© Ediciones Morata, S. L

comunes que dan los médicos y otros expertos a estas diversas formas de angustia a menudo implican normas culturales de perfectibilidad femenina promovidas y respaldadas en las revistas para chicas y mujeres y por la cultura de consumo. La Asociación Médica Británica indicó en un informe que "se espera que la mujer joven de hoy luche por la perfección en todas las esferas" pero, "lograr y mantener una identidad femenina compromete doblemente la salud mental de las mujeres" (BMA, 2000). Se reconoce que la búsqueda de una identidad femenina enferma a mujeres y niñas. Ser, como diría Butler, "culturalmente inteligible" como chica hace enfermar. Pero según los estándares actuales, eso es casi aceptable. Las fuerzas regulatorias sociales operan en este contexto para normalizar este escenario posfeminista, a fin de evitar la posibilidad de que se formulen preguntas del tipo que se asocia con el feminismo de la segunda ola y, por supuesto, las preguntas que plantea Butler. Existe una movilización preventiva que, de nuevo, tiene en cuenta el feminismo que se toma prestado de algunas de sus figuras más conocidas (generalmente Susie Orbach). No escasean los consejos y el apoyo, y ha proliferado considerablemente la experiencia en este campo de la patología femenina. Se pide autorregulación a las revistas en lo referente a mostrar modelos extremadamente delgadas, y de vez en cuando, generalmente como respuesta a una muerte muy publicitada, el gobierno hace gestos en la dirección de apoyo o recursos. Un evento trágico da lugar a una serie de historias de seguimiento, por ejemplo, en *Grazia*, una prima de la modelo brasileña Ana Carolina Reston, muerta en noviembre de 2006 de anorexia, tuvo la oportunidad de dar su opinión sobre el caso, y más tarde el *Observer* entrevistó a su madre. En su estudio sobre las mujeres jóvenes, Budgeon muestra cómo estas ahora encuentran solidaridad entre ellas, que estas quejas son normales, son parte integral de ser mujer

© Ediciones Morata, S. L

(Budgeon, 2003). Se convierten en aquello en el que "nosotras" nos entendemos como mujeres, por lo tanto, también es una forma de excluir a aquellas mujeres que se desidentifican con estas estrategias normalizadoras. Esto se refleja en el mundo de las revistas que anulan cualquier crítica sociopolítica en favor de un sinfín de géneros, las cuáles por repetición, por el ciclo de desórdenes que se denuncian, por la misma obviedad de la contradicción, con modelos superdelgadas en una página, y buenos consejos sobre cómo superar la baja autoestima en la otra, confirman una noción de confinamiento o atrapamiento femenino. La que sufre (junto con sus compañeras de sufrimiento) ya no es pasiva, sino que se espera de ella que sea muy activa en su lucha por superar sus aflicciones. Pero estas patologías siguen siendo parte de su maquillaje, sus recordatorios personales sobre lo que es ser mujer. La producción de la categoría de chica en esta línea y mediante estas nuevas normas de clasificación que incluyen su ambición, su deseo de logros, su voluntad de esforzarse, etc., no se presenta como la "violencia de las normas reguladoras", como diría Butler, sino como algo que habilita, reforzado a través de un discurso que sugiere que las chicas nunca lo han pasado tan bien, y que, después de todo, sus contrapartes masculinas ahora también están experimentando nuevas dinámicas de dificultad. El sentido común que atraviesa este tipo de lenguaje también sirve para socavar la necesidad de cualquier nueva iniciativa feminista, ya que, en muchos aspectos, a las mujeres les está yendo mejor que a algunos de sus pares masculinos. Esto también desvía la atención de cualquier idea de una autoridad patriarcal, o de cualquier lógica sociopolítica responsable del desorden feminista, en favor de la consternación pragmática o la preocupación de que los logros y la libertad parecen haber producido, por algún proceso misterioso, niveles muy altos de angustia. Atribuir el descontento normativo a las mujeres jóvenes

© Ediciones Morata, S. L

se ha convertido en un mecanismo clave para la producción de la diferencia sexual, proporciona un vocabulario para comprender el yo corporal femenino como propenso a la ansiedad, como carente de ciertos aspectos, como insuficiente en lo que respecta a su autoestima. Pero el feminismo ha existido en cierto modo, especialmente en las grandes instituciones sociales, es algo con lo que las mujeres jóvenes probablemente se han topado literalmente, particularmente en la educación. Se vuelven conscientes del género, tal vez incluso sepan que estas patologías están conectadas en realidad con el tipo de sociedad en la que vivimos y las expectativas de la heterosexualidad y la cultura de consumo. Entonces, aunque se lo vilipendie o ignore, el feminismo tiene algún tipo de presencia en la sombra. Se le debe abandonar o renunciar a él activamente para que continúe una cierta calidad de vida, cuyo coste es la autoviolencia, que, según Butler, es "una acusación refractada de las fuerzas sociales".

Mirar con fascinación y deseo

> *Un poco de anorexia, un poco de bulimia. No estoy del todo bien ahora, pero no creo que ninguna mujer lo esté.*
>
> Amy Winehouse entrevistada
> en el *Daily Mirror*, octubre de 2006[3].

Se culpa constantemente a la imagen de la moda de fomentar los trastornos alimentarios entre las mujeres jóvenes. Y, sin embargo, ni dentro de la academia, ni en el campo del debate público y la política, se ha producido una discusión sostenida sobre el significado cultural que estas imágenes tienen

[3] Consultado en www.wikipedia/Amy Winehouse el 1 de enero de 2007.

© Ediciones Morata, S. L

en la vida de las mujeres jóvenes. El grado de complejidad en el acto de consumir estas imágenes se pasa por alto constantemente en favor de encuestas, que a menudo encargan organizaciones interesadas o empresas y, por lo general, se emprenden más por su potencial principal que por propósitos serios. O bien hay estudios que son un absoluto dibujo empírico sobre modelos simplistas de causa y efecto. En las siguientes páginas intento volver a un momento anterior de la erudición feminista y recuperar y actualizar parte de ese material. A lo largo de la década de 1980 y principios de los 90, hubo una serie de animados debates sobre las relaciones sociales establecidas a través del consumo por la mujer (o joven) de la imagen de alta costura, la difusión de la moda o, de hecho, del género de las revistas de moda en su conjunto. Este trabajo se basó principalmente en el trabajo psicoanalítico feminista en los estudios cinematográficos, con su énfasis en el deseo, la mirada y la fantasía, y lo aplicó a la imagen fotográfica y después a las revistas femeninas. Estos ensayos se ubican dentro de un campo de estudios feministas muy alejado de los debates sobre las causas de los trastornos alimentarios entre las mujeres jóvenes. Proporcionan un análisis de lo que implican los procesos de mirar y consumir estas formas culturales. En la teoría feminista contemporánea y en los estudios culturales y de los medios, esta erudición parece haber sido olvidada. Por lo tanto, mi objetivo aquí es recuperar este trabajo, ya que nos ayuda a comprender la interfaz entre el placer y el dolor que permite este proceso de fascinación-mirada, así como la fantasía de identificación con y en estos escenarios.

Este mundo de imágenes de moda cambia relativamente poco a lo largo de las décadas. Como género de imágenes populares, la fotografía de moda permanece notablemente estática. Aumentan en volumen a medida que se expanden los hábitos de consumo de las mujeres, sin duda se han extendido

© Ediciones Morata, S. L

rápidamente en los países poscomunistas, por ejemplo, en Rusia y Europa del Este y ahora también en China, y se cruzan con otros medios, incluidos la publicidad, el cine, vídeo y televisión. Los escenarios de fantasía, los bocetos narrativos, la forma femenina idealizada y las imágenes corporales, se mantienen notablemente constantes. Y dentro de este estrecho repertorio, los fotógrafos de moda contemporáneos o emergentes asaltan regularmente los archivos y vuelven a poner en circulación, aunque con un nuevo giro, los tipos de estilos asociados con momentos clave arquetípicos o icónicos en la historia de esta forma cultural (siendo las obras de Helmut Newton y Guy Bourdin las que más se han reciclado). El psicoanálisis feminista nos ayuda a comprender el dominio que tiene este género sobre generaciones de mujeres jóvenes, y también nos ayuda a ubicar el umbral del dolor, el autocastigo y la pérdida con el que parecen estar conectadas estas imágenes. Ya se trate de imágenes de modelos caminando por la pasarela, o tomas que se ajustan a uno de los muchos estilos narrativos que son tan familiares que apenas merecen una segunda mirada, las características más marcadas son: delgadez extrema, piernas y brazos delgados como palillos, pecho prácticamente plano con apenas un indicio de senos, caderas estrechas de chico, vientre plano, rasgos faciales esculpidos, ojos grandes y pómulos marcados. También existe una gama limitada de expresiones, desde el aparente aburrimiento, pasando por el mal humor, el ensimismamiento narcisista, la agresividad y el desdén hacia el supuesto espectador y, más frecuente, un aire de indiferencia y melancolía.

Diana Fuss (1994) argumenta que la invocación institucionalizada de la homosexualidad femenina en este género es una estrategia necesaria del patriarcado heterosexual (o de lo Simbólico) para asegurar su conveniente repudio, en pro de que las mujeres jóvenes logren una identidad sexual

© Ediciones Morata, S. L

normativa. Este proceso es demasiado importante para dejarlo al azar, la fijación exitosa del deseo heterosexual debe ser supervisada, presumiblemente en ese punto de la vida de la adolescente en el que se vuelven tan significativas las preguntas sobre la sexualidad y la identidad. Me gustaría ampliar el relato de Fuss para proponer que esta estrategia que describe también sigue fallando, lo que provoca nuevos intentos de gestionar este momento cultural marcado por la distancia de la heterosexualidad. Como resultado, el género supone perturbaciones interminables, un campo de tensión y ansiedad que bloquea al espectador para que mire y lo mantiene allí, a lo largo de los años, y mucho más allá de lo señalado como una fase adolescente. Esta invocación fantasmal del deseo sexual no normativo tiene una productividad que adopta la forma de pérdida. La fotografía de moda da forma dramática a la melancolía femenina. Butler continúa su explicación de la melancolía heterosexual en *El género en disputa* con la afirmación en *Mecanismos psíquicos del poder* de que el género es melancólico *per se.* La fotografía de moda es ejemplar a este respecto y, como resultado, es un género problemático (Butler, 1990/1999a, 1997a). Siempre hay, como señala Rabine (1994) en su análisis de imágenes de moda, una oscilación entre las posibilidades de liberarse de las restricciones de la subordinación de género y el restablecimiento del orden y el control. Kaja Silverman también insinúa esta tensión cuando escribe que "requiere que el sujeto masculino se vea a sí mismo (y por lo tanto sea visto) como 'el que mira a las mujeres'" (Silverman, 1994: 187). Pero la presencia narrativa del sujeto masculino, incluso en el fondo, está eliminada en gran medida hoy en día. Tampoco está tan reverenciado su lugar indiscutible como fotógrafo *autor;* ya no tiene un estatus divino en un contexto en el que las mujeres parecen haber ganado el derecho a ser ellas mismas activas. (El fotógrafo de moda, macho triunfante y acosador,

© Ediciones Morata, S. L

en la icónica película *BlowUp* de Antonioni de la década de 1960 parece hoy inflado y cómico).

Sería injusto juzgar el artículo de Rabine como un simple precedente de Butler cuando asume que la feminidad está construida socialmente, pero pertenece a las mujeres, y la masculinidad a los hombres, y aunque es cierto que se adhiere a los binarios dentro de un marco constructivista social y psíquico, también toca proféticamente muchos de los temas que planteamos aquí. Ella reconoce la forma en que, a fines de la década de 1980, las ideas sobre el feminismo y el empoderamiento de las mujeres se adoptaron e integraron, hasta cierto punto, dentro de los editoriales de las revistas de moda. Comenta cómo esto también impacta en un estilo de libertad visible en las propias fotos de moda. Utiliza el psicoanálisis y los elementos de la deconstrucción derrideana para investigar cómo opera la fantasía en este género. Explica cómo en este campo de la feminidad, el significante ausente del poder falocéntrico se sustituye por las prendas y objetos de moda fetichistas, logrando así que en esta esfera solo de mujeres las cosas no se descontrolen, ya que el fetiche es el tranquilizador recordatorio de ese poder fálico. Según Rabine, este terreno también se caracteriza hoy en día por el conocimiento o la reflexividad de que en la sexualidad de la imagen de la moda están en juego las relaciones de poder. El género representa de nuevo la diferencia sexual, pero siempre, inevitablemente y en última instancia, a favor de las jerarquías de género existentes. Podríamos decir entonces que este género femenino libra una lucha valiente, está imbuido del deseo de libertad, y esto es en parte lo que atrae a los consumidores, pero la consciencia de la omnipresencia externa de la coacción, y de algo a lo que hay que renunciar, da lugar al agotamiento y la pérdida que después se pueden leer en los cuerpos de los modelos.

© Ediciones Morata, S. L

Rabine usa palabras como semialucinante para referirse a la atmósfera que evoca este género de fotografías. Afirma que los escenarios de fantasía de la imagen de la moda y el "placer de recrear el cuerpo y el placer de la mascarada" están particularmente próximos (Rabine, 1994: 63). Rastrea este placer hasta los diferentes significados invocados en el paso de estar desnudo ("biología no dominada") a estar vestido (la ficción de un "sujeto coherente autoproducido") pero, continúa Rabine, este "sueño de producir un yo como un todo" se frustra invariablemente, la imagen corporal que se produce no es un yo coherente, sino un cuerpo que todavía significa carencia (*ibid*: 64). Con argumentos cercanos a los míos, Rabine afirma que la diferencia entre el momento actual de la fantasía y la vestimenta de las mujeres (para ella, la década de 1980) y los períodos anteriores es que, con el advenimiento del feminismo, las mujeres se ven dirigidas por los medios de comunicación populares, que indican su derecho a unas formas de subjetividad que antes solo estaban al alcance de los hombres. Se las trata como si fueran iguales a los hombres, mientras que en realidad no hay un ajuste radical a la jerarquía de género. El dilema o la frustración es que las mujeres aún no cuentan con los medios para desafiar el orden Simbólico. De nuevo en un tono pre Butler, considera que esto produce una especie de bisexualidad, la mujer puede tener la subjetividad de un hombre, e incluso actuar de modos anteriormente considerados privilegios masculinos, pero aún permanece encerrada en las limitaciones de la feminidad subordinada. "Ella ha terminado reproduciendo un yo alienado... un sujeto edípico consciente de sí mismo fundado en la carencia" (*ibid*: 64). Se la retrata cada vez más como independiente, y se llama la atención sobre la idea de su consciencia de que ella es el objeto de la mirada masculina en la imagen fotográfica, pero esta autoreflexión interminable permanece encerrada dentro de los términos

© Ediciones Morata, S. L

que plantea lo Simbólico, de modo que solo puede reflexionar sobre sí misma como objeto. Esto, argumenta Rabine, es una especie de invitación ficticia al empoderamiento, ya que se la alienta a "asumir la custodia" de su apariencia y a manejar el poder que, sin embargo, "la reduce al segundo sexo". La fotografía seduce a la mujer, para conseguir que siga siendo la seductora de la mirada masculina. El nivel adicional de fantasía, argumenta Rabine, es que la mujer que se viste para representar la fantasía de totalidad o coherencia, ahora también imagina la mirada del varón menos controladora y de hecho no dominante. Así, ella es un sujeto envalentonado y él casi desaparece de la escena. Rara vez se ven figuras masculinas en la imagen de moda. Esto corresponde entonces a una fantasía de cambio social y transformación, ella siente que ya no está subordinada a los hombres, donde en realidad, según Rabine, la fantasía produce una mujer con dos cuerpos, uno que puede volverse aparentemente "seguro, libre", el otro que aún está totalmente atrapado en todas las relaciones sociales y económicas externas que exigen que permanezca sujeta al poder patriarcal. El efecto de la dramática y visualmente poderosa fotografía de moda es proporcionar a las mujeres una "sensación de invulnerabilidad y un poder sexual femenino exuberante que pueden dramatizar a través de sus cuerpos" (*ibid*: 65).

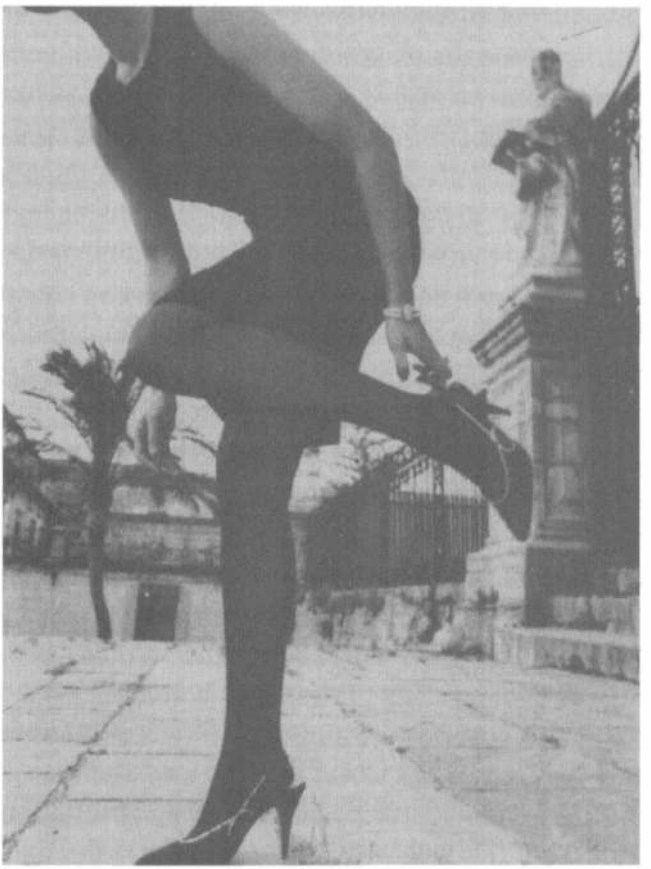
Más adelante en el mismo artículo, Rabine examina una glamurosa foto de *Paris Vogue* de una mujer con un arquetípico vestido corto negro (ver Figura 2). La cabeza está recortada de la fotografía para que todo lo que se pueda ver sea su cuerpo delgado y piernas largas y ella se agacha para ajustarse el talón de su zapato de tacón de aguja. El énfasis visual está en sus piernas y en particular en sus pies, y Rabine sugiere que este fetichismo de pies, de hecho, representa a la mujer como fetiche. A pesar de la aparente despreocupación de esta mujer,

© Ediciones Morata, S. L

así como su confianza, la fotografía, como la cultura en su conjunto, resuelve la amenaza planteada por las mujeres sin falo y su aparente "indiferencia a esta falta" al "convertir a la mujer en falo, es decir, los hombres se dan a sí mismos la "ilusión de poseer el falo" mediante la ilusión de que poseen a las mujeres". Esto, afirma, mediante una lectura hábil de la imagen, se interpreta por la abundancia de guiños en la imagen sobre la amenaza para el poder fálico que supone la mujer deseable, la cual, sin embargo, está contenida por la reinvocación despreocupada del poder fálico a través de los significantes excesivos de este poder que literalmente enmarcan la imagen. Pero la frase clave aquí es "indiferencia ante esta carencia", porque implica que en la fantasía las mujeres han perdido de alguna manera su sentido de inferioridad, su deferencia a la autoridad patriarcal. La fotografía de moda proporciona a las mujeres una sensación momentánea de que pueden escapar del requisito de la subordinación y de que pueden ser autosuficientes. (Esto también explica la falta de conformidad de la fotografía de moda con los términos convencionales del deseo masculino, hay una ausencia de los significantes asociados con lo que se sabe que les gusta a los hombres). Esto, a su vez, sugiere una especie de economía sexual alternativa, que anula la obligación de mitigar las ansiedades masculinas sobre el falo traicionando un sentido obvio de inferioridad y carencia. Esta es la fantasía, pero como argumenta Rabine, la imagen también representa un doble vínculo: la mujer puede disfrutar de esta fantasía y también puede, a través de ciertas formas de trabajo sobre sí misma, representar la fantasía, mientras que el empoderamiento que sustentan la fantasía y la actuación está regulada por unas relaciones patriarcales más amplias, tan resistentes al cambio como siempre, aunque las relaciones que se permiten dentro de la economía de la imagen sugieran lo contrario, aunque en este nuevo paisaje de deseo y

© Ediciones Morata, S. L

Figura 4.1. Foto de París, *Vogue*, noviembre 1989. © F. Scianna/Magnum Photos.



empoderamiento femenino la masculinidad sea menos dominante. Este encuadre es dramáticamente evidente en la imagen que Rabine elige para el análisis, donde la figura recortada de la mujer joven se encuentra en un patio de estilo *palazzo* rodeado de muros antiguos sobre los cuales se sitúa un "Padre de la Iglesia" tallado en piedra.

© Ediciones Morata, S. L

El poder de seducción de la fotografía de moda se basa en la afirmación que parece ofrecer a sus consumidoras, que son sujetos de cambio, y están, dentro de estos repertorios, envalentonadas, sin obstáculos y dotadas de capacidad[4]. Hay entonces un juego de poder dentro de estas imágenes, una peligrosa oscilación y una tensión. Para atraer a las mujeres a la red del consumo glamuroso se debe involucrar su deseo de libertad, y esto se logra haciéndolas representar en la fantasía una indiferencia a su carencia, pero esta licencia es inevitablemente amenazadora y solo puede tolerarse dentro de ciertos límites. De ahí la sensación de tensión, emoción y ansiedad en este género. Hay un deseo feminista invocado a medida que se la anima a tomarse algunas libertades en estas imágenes, a estar en la ciudad, a estar sola, a ser autosuficiente, a estar en algún escenario emancipado, y esto se conecta con posibilidades de igualdad de género, a las que ahora se hace referencia y se involucran, como señala Rabine, en los medios de comunicación populares. Hay también una forma en la que este deseo de feminismo se insinúa en su indiferencia por la carencia, su alejamiento de la necesidad de la aprobación masculina, y en cambio su ubicación, aparentemente autosuficiente dentro de un mundo de mujeres, está dominado por una moda y una estética corporal particulares. El mundo autosuficiente de las revistas de moda y sus imágenes permiten esta indiferencia o alejamiento, aunque solo sea temporalmente, de las demandas incesantes del deseo masculino. La pregunta que surge es qué llena los espacios disponibles cuando el deseo masculino se elimina de la escena. Los múltiples géneros de la fotografía de moda dirigidos a invocar la fantasía y el placer, corresponden a esta esfera femenina herméticamente sellada, donde

[4] Por ejemplo, las imágenes enérgéticas y exuberantes de las chicas del "Swinging London" de los años 60 en minifalda.

© Ediciones Morata, S. L

el deseo se genera constantemente. Pero aparentemente, de hecho, necesariamente, sin un objeto, el deseo en la imagen de la moda se vuelve tanto alucinatorio —debido a que no puede haber resolución para este deseo—, como melancólico, donde, bajo las normas reguladoras de la matriz heterosexual, el objeto del deseo perdido entre personas del mismo sexo se incorpora a los cuerpos discretos de las modelos que, en efecto, son consumidos por esta prohibición. La imagen de la moda ofrece una representación particular de los complejos enredos de la libertad y la prohibición que han surgido en respuesta a la presencia amenazante de las mujeres jóvenes, su aparición en los mundos públicos como actores económicos por derecho propio y su encarnación como beneficiarias del derecho feminista.

La forma en que las teóricas feministas de la década de 1980 y principios de los 90 examinaron la interacción de las fuerzas psíquicas movilizadas en este género es útil para los intentos contemporáneos de comprender las tensiones, las ansiedades y las manifestaciones de dolor de las mujeres jóvenes. El análisis de Rabine proporciona un modo útil de explorar este ámbito de la patología, la ira y la rabia ilegible. Ilegible, porque casi todas las imágenes que se producen ahora para este mercado asumen a la vez que celebran la igualdad y el empoderamiento, y estas circulaciones de significados también se dan en un ambiente marcado por la ausencia de significantes patriarcales, hay un sentido de autosuficiencia femenina, y dentro de ciertas convenciones familiares, un alejamiento de la heterosexualidad. Comprender los fundamentos psíquicos de este género de imágenes visuales nos permite comprender por qué la fuente del dolor sigue siendo tan nebulosa y opaca. Hay un desplazamiento interminable en relación con el lugar exacto donde "entran en acción" la subordinación y el servilismo. ¿Qué significa para las mujeres jóvenes vivir una situación

© Ediciones Morata, S. L

que les dice que ahora son iguales y que por ende ya no hay necesidad de política sexual? ¿Y que también sugiere que se ha llegado a esta igualdad misteriosamente, sin requerir ajustes o cambios dramáticos sobre la autoridad patriarcal? Lejos de despojar de poder al patriarcado y ser un movimiento redistributivo y democratizador que permite la igualdad, en muchos casos parece estar afianzándose una vez más, el desmantelamiento de la política feminista. De ahí la opacidad sobre la fuente y el significado del dolor. De ahí la medida en que las mujeres jóvenes tal vez se vuelven locas por la situación en la que ahora se encuentran.

Esta "locura" se refleja en el delirante género de la fotografía de moda, donde circulan sin cesar estilos de perturbación psíquica, y se da además un socavamiento contradictorio de las normas de género en el centro de este régimen visual cuyo objetivo aparente es, como ha señalado Fuss, dirigir a las mujeres hacia la meta requerida de una heterosexualidad exitosa. Pero si, como Butler nos recuerda regularmente, el logro de la feminidad falla invariablemente en algunos aspectos, podríamos decir que también falla en el despliegue de estas tecnologías particulares de género, donde a diferencia del cine comercial de Hollywood, la mirada masculina no tiene una presencia presidencial. Las fotografías de moda, metidas en las páginas centrales de las muchas formas de las revistas, desde las revistas para mujeres hasta los suplementos dominicales de los periódicos, traicionan muchos signos evidentes de esta inestabilidad. Evans y Thornton (1989) describe la moda como un "discurso histérico", cuyas estructuras de fantasía permiten la representación de interminables escenarios de "deseo, depresión, éxtasis". Las convenciones de la fotografía de moda describen no solo estados de éxtasis sexual, sino también de perturbación psíquica; es un mundo ligeramente trastornado. Las modelos están preocupadas, neuróticas, se alejan de la

© Ediciones Morata, S. L

cámara, parecen estar abatidas, alienadas o distantes como si estuvieran en un ensueño inducido por las drogas. Las imágenes crean una atmósfera de deseo a través de la propia opacidad de las necesidades de las mujeres retratadas. No hay ningún objeto aparente que satisfaga esta necesidad. Son misteriosamente insaciables. El objetivo no es simplemente despertar la sexualidad masculina, sino todo lo contrario, ya que esas señales bien conocidas están totalmente ausentes. La lógica de la imagen de la moda se dirige principalmente a las espectadoras, por lo que utiliza los códigos de la feminidad y debe abordar los deseos nebulosos o ilegibles de las mujeres que no están específicamente, al menos en este género, enfocados en la aprobación masculina.

Diana Fuss aborda más directamente la movilización de una mirada lésbica dentro de este campo cultural que "proporciona una estructura socialmente sancionada en la que se alienta a las mujeres a consumir, de manera voyerista si no vampírica, las imágenes de otras mujeres" (Fuss, 1994: 211). Para Fuss, este proceso por el cual las mujeres llegan a parecer lesbianas implica imágenes de mujeres "consumidoras" cuyas poses van desde la timidez hasta la agresividad. Y esta posición de espectador se desencadena por los códigos distintivos específicos de la fotografía de moda, muchos de los cuales se basan, como señala Rabine, en el fragmento del cuerpo, mostrando partes del cuerpo en pedazos, recortando el cuerpo para mostrar el torso o las piernas o, en el caso de las imágenes que observa Fuss, caras aparentemente incorpóreas "separadas de cualquier cuerpo visible". Estas imágenes de partes del cuerpo devuelven al espectador a una fase previa al espejo, lo que explica de alguna manera nuestra obsesión con ellas, "reconstruyen, obsesivamente, el momento de la primera autoconciencia del sujeto femenino" (Fuss, 1994: 214). Recuerdan momentos en los que todos preguntamos "¿Esto

© Ediciones Morata, S. L

soy yo? ¿Existo realmente?". Estas preguntas permanecen en nosotros como recordatorios recurrentes de nuestro yo fragmentado. Pero esta muestra de las partes se corresponde también con la carencia de la mujer y con la ansiosa compensación de esta temible carencia por parte de la masculinidad dominante a través del sustituto del fetiche. Pero dado que la fotografía de moda en sí misma tiene una cualidad fetichista, todas estas características se concentran en este género, de modo que está literalmente sobrecargado de ansiedad sexual con respecto a la producción de la diferencia sexual, la amenaza que representan las mujeres y la necesidad de manejar y contener esa amenaza. Fuss desarrolla su argumento sobre la no heteronormatividad de la imagen de la moda conectando la fase previa al espejo y los primeros momentos de autoconciencia con la noción de Kristeva de la "faceta homosexual-materna".

Esto sugiere un apego homosexual a la madre por la hija preedípica, que se extingue como requisito para la adquisición del lenguaje y la identidad, pero nunca muy a fondo, ya que su edipización se realiza inevitablemente de manera imperfecta, como nos recuerda Freud. Esta homosexualidad primaria es constitutiva de la subjetividad femenina en el sentido de que ella, la hija, se identifica de manera primaria dentro de un "*continuum* del mismo sexo". Pero recordar este momento preedípico también es una fuente de pánico y ansiedad, porque le recuerda que es completamente impotente, aterrorizada y dependiente. El recuerdo que provocan las imágenes es intenso, pero también inspira un terror abyecto a "no ser". Los diversos códigos que comprenden las convenciones de la fotografía de moda representan, una y otra vez, estas ansiedades femeninas. Fuss describe en detalle cómo la imagen de un hermoso rostro de mujer (con aspecto "húmedo"), que enfatiza el efecto de piel "lisa y radiante", funciona psíquicamente como

© Ediciones Morata, S. L

la restauración del objeto de deseo perdido, y en la medida en que promete satisfacción, también amenaza con la disolución de los límites del yo. Esta belleza se toma como si el espectador estuviera mirando hacia el rostro de una madre hermosa y adoradora. "A menudo... vemos la cara desde la distancia y la perspectiva a la que la vería un bebé" (Fuss, 1994: 218). Estos rostros de madres angelicales están maquillados y rodados como para transmitir algo excesivo, una sobreabundancia de goce que también provoca este recuerdo ("nostalgia pre-edípica") de estar totalmente abrumada, en un estado de preidentidad". De ahí el pánico y la ansiedad.

Fuss demuestra cómo las fotografías de moda tienen que ser capaces de generar deseo homosexual para que pueda eliminarse adecuadamente, pero al hacerlo también hay una producción de "deseo lésbico dentro del mismo movimiento identificativo". Sin embargo, añade, este erotismo lésbico es tan evidente, tan visible para que todos lo vean, que esta obviedad también niega de inmediato la "estructura homoerótica de la mirada". El deseo ilícito es "aprovechado" en el proceso mismo de ser invocado como algo que existe y que debe contenerse y controlarse. Hay así una movilización del deseo homosexual dentro de una economía visual global que al mismo tiempo lo prohíbe, lo produce para decir no. O como si dijera "más vale que se acabe aquí y por estos medios". Estas fotografías, por lo tanto, coquetean con la espectadora en un juego que permite la expresión del deseo y después le recuerda el alto coste asociado a abandonarse a tales deseos. Fuss lo describe como el "despliegue estratégico de una mirada espectadora homo" (*ibid*: 227). Es tan precario el paso de la mujer o chica a la necesaria heterosexualidad que, sobre todo en un campo comercial entregado a expandir los placeres del consumo femenino, se requieren inmensos esfuerzos para poner orden en este terreno rebelde. En un pasaje maravilloso, Fuss

© Ediciones Morata, S. L

explica que el trabajo de la imagen de la moda es provocar este deseo para que pueda ser "canalizado (o *Canal*-izado)" (*ibid*: 227). Y a diferencia de la posición de visualización supuesta por el medio cinematográfico, la posición "mapeada por la fotografía de moda comercial contemporánea puede leerse... como femenina, homosexual y preedípica" (*ibid*: 228).

Todas las autoras a las que nos hemos referido hasta ahora (y algunas más) se han referido extensamente a temas repetidos en la fotografía de moda que implican procesos de alejamiento de la cámara, como si buscaran alguna otra fuente de reconocimiento, o bien describen estados de abatimiento, aburrimiento, mal humor, fatiga o ensimismamiento. Parece que el género representa una especie de repudio femenino grandilocuente e histérico de las normas sexuales dominantes, "una negativa a ser el objeto del deseo de otro". Griggers lleva esto en una dirección diferente a las autoras mencionadas hasta ahora, cuando nos recuerda la noción de mímesis de Irigaray, que contiene en sí misma la posibilidad de "'reapropiación gozosa' de las diferencias enterradas dentro de los atributos de la feminidad misma, y con la cual el sujeto femenino podría reinventarse a sí mismo" (Griggers, 1990: 82). Esto parece indicar que existe un distanciamiento de la vida cotidiana de la cultura heterosexual; de hecho, la insatisfacción con esto motiva no tanto un retorno narcisista hacia uno mismo como una aceptación de las posibilidades de que la "diferencia esencial de la mujer puede existir y hay que reinventarla" (*ibid*: 82). Esta posibilidad se convierte en fuente de placer y fascinación alternativos. Lo que se juega en las imágenes es "la construcción cultural de la subjetividad femenina, y sus escisiones, que articula el discurso de la moda" (*ibid*: 87). Tal perspectiva sugiere una inversión en el tipo de feminidad que Kristeva equipararía con la disolución preedípica del yo, una especie de psicosis femenina, pero a la que Irigaray da la

© Ediciones Morata, S. L

vuelta para convertirla en un lugar de apropiación gozosa. Si se da el caso de que la fotografía de moda sea una forma cultural capaz de generar este abanico de tensiones y angustias, y si tiene el poder de crear mundos de fantasía para las espectadoras, entonces no debería sorprendernos que, asumiendo esta función, el género es también un lugar de lucha, la ilusión de la autonomía femenina es el medio por el cual disimula su presencia el poder subyacente del patriarcado.

La fotografía de moda es culturalmente asimétrica, no hay una forma de mirada equivalente institucionalizada dentro del campo de la masculinidad. Los hombres no se miran de esta manera fascinada, prolongada e ininterrumpida. Por esa razón tiene algo muy convincente que decirnos sobre la formación de la subjetividad femenina. Dejo mi reflexión sobre el lugar que ocupa este género dentro de un contexto socioeconómico, donde parece haber habido un cambio en el equilibrio de poder entre hombres y mujeres, donde las mujeres han ganado cierto grado de poder económico e independencia, y donde existe legislación vigente para protegerlas de la discriminación, violencia y acoso. Cada una de las teóricas feministas mencionadas anteriormente ha señalado la presencia, o la invocación en el mundo de las fotografías de moda, de un escenario de fantasía homosexual, a menudo tan obvio que puede descartarse muy fácilmente, y de hecho está destinado a descartarse. Fuss argumenta que estas imágenes son válvulas de seguridad, marcan el sitio oficial dentro del cual se puede retratar la homosexualidad femenina, solo para que pueda ser tratada rápidamente y desautorizada satisfactoriamente. Pero, ¿qué está en juego en esta negación? Y si se invoca solo para contenerla mejor, ¿cuáles son las consecuencias del fracaso inevitable de esta contención? Incluso si, frente al poder sustancial de la sociedad patriarcal, esto fuese solo un pequeño margen de fracaso, es ese pequeño margen lo que cuenta,

© Ediciones Morata, S. L

al menos para los propósitos de esta discusión. La tensión en estas imágenes seguramente surge a través del dilema al que se enfrenta la cultura comercial en su deseo de vender grandes cantidades de mercancías en forma de artículos de moda y belleza a las mujeres jóvenes, pero para hacerlo de manera efectiva se ve obligada a reconocer el deseo incrustado de distanciarse de la heterosexualidad que alimenta este deseo de mirar.

Las imágenes entonces, inevitablemente, y especialmente a la luz de la postura envalentonada de las mujeres jóvenes en los últimos años, muestran una abundancia de tensiones que no se pueden reconciliar. A mi entender hablan de una especie de patología normativa basada en la imposibilidad de la feminidad en su lucha por la autonomía. Existe una sensación de turbulencia psíquica en todo el mundo de la fotografía de moda, ya que estas imágenes recrean de manera repetitiva y obsesiva las fases anteriores y posteriores al espejo en la vida de las chicas y mujeres jóvenes. La locura de la fotografía de moda reside también en el efecto de contención o encierro. Dentro de sus marcos la feminidad volverse demasiado o (incluso) infinitamente deseable. Hay nostalgia por la niñez (especialmente evidente en las fotografías de moda de Prada), antes de ese punto en el que las demandas de la heterosexualidad se vuelven tan palpables, cuando el cuerpo femenino aún es prepuberal. La distancia de la heterosexualidad se resuelve mágicamente a través del anhelo de un tiempo previo a que sus efectos fueran tan tangibles e inevitables. Como señala Griggers, este género ejerce una atracción particular sobre las espectadoras de clase media o aspirantes a clase media, para quienes se ha fomentado cierto grado de libertad o independencia económica a través del impacto y los esfuerzos del feminismo, la educación y la cultura de consumo. Al vender ropa, cosméticos y las propias revistas, estas

© Ediciones Morata, S. L

imágenes comprometen y aprovechan el deseo femenino; de hecho, deben originar positivamente el deseo femenino y al mismo tiempo contenerlo, de modo que no amenace la base de la hegemonía masculina. Este acto de contención opera dentro del marco de la imagen, dentro del género mismo, dentro del mundo de la imagen de la moda. El efecto de la fotografía de moda es que siempre amenaza con salirse de su encuadre, pero nunca lo hace del todo, sino que siempre rebosa, siempre es inmanente[5]. El género de alguna manera se impregna con un deseo indirecto e imposible, el cual, exhausto, se vuelve hacia adentro o contra sí mismo, en una especie de rabia ilegible, o en una especie de hastío inducido por las drogas (Kate Moss), una desdeñosa indiferencia, una melancolía específica, una nostalgia por algo perdido y que está asociado con un tiempo inmemorial. La fotografía de moda arquetípica transmite cierta frialdad, *froideur*, desilusión, una profunda renuencia a abrazar la domesticidad y una preferencia por algún estado no revelado de alteridad. Por supuesto, también hay diferencias entre las teóricas feministas a las que nos estamos refiriendo. Los enfoques irigarayianos, por ejemplo, se centran en la feminidad como el lugar que, en su subordinación, puede movilizarse como una fuerza casi autónoma, puede emerger o convertirse, como un sujeto fragmentado que "no es uno, sino muchos, y no todos". (Griggers, 1990: 100). Griggers argumenta que el poder de estas imágenes se corresponde con "la confrontación perpetua del lector con su propio deseo de retirada y reagrupación, con sus propias escisiones como sujeto. ...para la lectora la experiencia... es la experiencia de la ambivalencia... hacia el poder, hacia la maternidad, hacia el

[5] Esta inmanencia se ve en el trabajo de Cindy Sherman en sus más famosos fotogramas de películas que también evocan el mundo de la fotografía de moda (ver Williamson, 1986).

© Ediciones Morata, S. L

matrimonio, hacia un homoerotismo vestido de cuero y perlas, hacia la moda, hacia la inversión social, hacia la representación misma" (*ibid*: 101).

Una lectura más transparente de la fotografía de moda, especialmente del tipo de imágenes que se encuentran en las páginas brillantes de revistas como *Vogue*, sugeriría el desdeñoso alejamiento de lo cotidiano, como un gesto profundamente narcisista, que indica no solo una preferencia por uno mismo, sino un sentido henchido del yo como un sujeto más hermoso y, por lo tanto, más valioso socialmente que cualquier otro. La modelo mira con desprecio a quien no es así y nunca puede aspirar a alcanzar su excepcional belleza. Y tal estilo complementa el sistema de valores de revistas como *Vogue,* que eleva el mundo del consumo de lujo y el capital social derivado de la gran riqueza, el talento y la belleza física. Esto sería entender la fotografía de moda como productora y sostenedora de una jerarquía social y simbólica basada en normas de belleza femenina que deben comercializarse como un activo en el mercado de élite. Pero este es un relato insuficiente en la medida en que no proporciona un análisis de los escenarios narrativos, el estilo de la fotografía, ni los tipos de cambios en el género que lo han convertido en algo más que un simple reflejo de los valores de la denominada alta sociedad. Rabine muestra cómo esta función de élite anterior de la fotografía de moda se ha reemplazado por estilos que parecían articularse con dinámicas de transformación social, incluidos aquellos cambios asociados con la política sexual. Y sobre la base de la centralidad y omnipresencia de esta forma cultural, y sus estilos omnipresentes que se extienden mucho más allá de *Vogue* hacia las páginas más populares y claramente no elitistas de los semanarios de moda como *Grazia,* he proporcionado aquí una descripción de lo que parece estar en juego en la gestión y regulación de los flujos de deseo que desencadenan

© Ediciones Morata, S. L

las imágenes y también cómo se miran en la práctica. Pienso que la fotografía de moda marca una patología normalizada, una especie de locura institucionalizada que surge de la imposibilidad de la feminidad. Las mujeres jóvenes se encuentran posicionadas en un marco posfeminista donde las nociones de igualdad se invocan rutinariamente mientras que, al mismo tiempo, se establecen nuevos términos y condiciones. Se trata de un desequilibrio inducido socialmente derivado de que el sujeto femenino se ha vuelto "consciente de género" como resultado de la actividad feminista anterior y las luchas asociadas con la política sexual, pero ahora también se espera que ignore esta conciencia.

La joven que ha sido beneficiaria de estas luchas ahora es considerada rutinariamente (como he argumentado en los capítulos anteriores) como un sujeto con capacidad; los medios comerciales y la cultura de consumo la defienden como un sujeto del feminismo popular. Pero en la medida en que tal conocimiento o conciencia también llegue a su límite cuando se enfrente con unos mínimos ajustes a la apuesta por la calidad de género en nombre del patriarcado dominante, la lesión solo puede agravarse. Los trastornos posfeministas son, por lo tanto, modos de regulación nuevos y más sutiles incluso. Con el debido respecto a Foucault, definir y diagnosticar son prácticas regulatorias. Se vuelve normal sufrir nuevos tipos de daños, y ahora existen diversas técnicas y tratamientos para estas patologías posfeministas. El mundo de la fotografía de moda visualiza esta agitación y perturbación. Sus mujeres (Kate Moss, Naomi Campbell) están inevitablemente lastimadas, sufren, se desvían, de alguna manera están heridas. Pero este tipo de patología está normalizada e incluso glamurizada, sus síntomas y estilos están disponibles con facilidad, y con ellos también entran en juego psicoterapias de influencia feminista, así como técnicas extraídas de las ciencias

© Ediciones Morata, S. L

cognitivas y del comportamiento. En algunos aspectos, estas operan como un régimen que se perpetúa a sí mismo, que refuta y desaprueba la formulación de preguntas relacionadas con la crítica a la masculinidad, al patriarcado y a la aplicación de las normas que emanan de la matriz heterosexual. Mantienen a las mujeres jóvenes encerradas en un mundo hermético de ambivalencia y angustia femenina.

En las secciones finales de este capítulo me basaré en la descripción de Butler de la melancolía heterosexual, y designaré estas patologías como rabia ilegible, como queja femenina, donde los valores de la sociabilidad feminista se repudian y se reemplazan por un yo posfeminista reforzado que es inviable, inviabilidad que asegura su estatus como sujeto de atención y trato de acuerdo con los valores y normas marcados por diversos expertos, gurúes de la autoayuda y profesionales. La fotografía de moda, digamos el desbordante goce maternal del rostro de Kate Moss, tomada desde abajo, o el desdén preocupado y la indisponibilidad sexual enojada de Naomi Campbell (la belleza con una mueca), o nuevamente el ensimismamiento de Kate Moss posando desnuda como para su propio regocijo (y de sus fans adolescentes)[6], estas interminables puestas en escena de la feminidad conjuran paisajes psíquicos y escenarios de carencia, melancolía y rabia ilegible. En la sección siguiente examinaré la definición y los límites de la individualidad, que habitualmente se pone a disposición de las mujeres jóvenes, como una tecnología de individualización contemporánea. Estas intervenciones ofrecen apoyo en momentos

[6] ¿Sobre qué fundamentos se puede afirmar esto? Las imágenes carecen de los signos fetiches (artículos, redecillas, tacones, etc.) que típicamente acompañan a la *pin-up,* dirigidos a la mirada masculina; estas imágenes en cambio pertenecen al mundo interiorizado del dormitorio de la chica, que en los últimos años ha encontrado un foro público masivo con *MySpace* y *Facebook.* Véase también los sitios de fans de Kate Moss de chicas adolescentes.

© Ediciones Morata, S. L

de estrés y abruman al sujeto con opciones, posibilidades y consejos en la búsqueda del control, la autoestima y el éxito. Regularmente recurren a elementos de los discursos feministas bien conocidos en términos de independencia y deseo de agencia, pero someten estas cualidades a una mayor transformación para que se ajusten más plenamente a los dictados de un contrato sexual posfeminista que busca la resolución de sus problemas. Nos encontramos ante una desigualdad sexual sin cuestionar como tampoco se cuestiona la hegemonía masculina y la matriz heterosexual. Si la individualidad femenina prefeminista antes se entendía como ausencia de autonomía y como dependencia de la aprobación masculina, su contraparte posfeminista le pide al sujeto femenino que ella, con el apoyo que ella tiene disponible, encuentra los recursos dentro de sí misma para recuperar la autoestima que siempre e inevitablemente se pierde. Como mostraré a continuación, una parte del problema es precisamente esta movilización de un yo con autoestima.

De la mascarada a la melancolía

La tensión a la que me he referido y que impregna el ámbito de la fotografía de moda podría quizás entenderse mejor como melancolía heterosexual; esta tensión implica un alejamiento del deseo masculino en una dirección no perceptible, más bien sin dirección, no en el sentido de preferir un objeto sexual del mismo sexo, ni tampoco como narcisismo[7]. En

[7] Podríamos preguntarnos cuál es la relación entre el narcisismo y la melancolía de género. He ignorado el narcisismo en esta lectura de la fotografía de moda porque me preocupa una relación implícita pero perdida con "otro" en estas imágenes. Esto los convierte en formas sociales, abordando una relación con otro que, sin embargo, debe ser negada.

© Ediciones Morata, S. L

El género en disputa y en *Mecanismos psíquicos de poder*, Butler examina la melancolía y la ira ilegible. Butler llega a estos conceptos a través de un compromiso persistente con las nociones de mascarada. Como ya hemos visto en el Capítulo 2, la mascarada ha fascinado a feministas y teóricos del psicoanálisis. A Butler le preocupan menos las heridas sufridas por las mujeres que habitan la feminidad enmascarada, que las heridas que acumulan las mujeres que se ven incapaces de asumir tales posturas. Para Butler, hay un eje clave entre quienes parecen capaces de asumir estas posturas sin traumas y aquellas para quienes esta expectativa es en sí misma traumática. Al demarcar mi propio campo de investigación en el de la feminidad normativa, señalo que también hay lesiones traumáticas relacionadas con quienes se encuentran en esa posición. La autoridad patriarcal hace concesiones en el sentido de responder al deseo de autonomía, o al deseo de alejarse de la heterosexualidad, pero sobre todo para que se puedan contener con seguridad los deseos ingobernables o desordenados, aunque esto requiera el respaldo de la patologización normativa, de tal manera que los síntomas de angustia de género (autolesiones, adicción a las drogas, trastornos de la alimentación) llegan a establecerse como cosas predecibles, tratables, que deben manejarse médicamente en lugar de someterse a un escrutinio social sostenido. De hecho, están incorporados en las definiciones actuales de lo que es ser una mujer normal, y en ese sentido son atributos cotidianos, parte integral de la feminidad. Las imágenes de moda ocupan un lugar especial en este proceso de normalización de la melancolía femenina, son un signo cultural de su institucionalización. La imagen de la moda muestra una y otra vez la incorporación del objeto del mismo sexo que una vez fue amado, pero que debe ser abandonado, y luego se incorpora como pérdida a un espacio que está, como dice Butler, si no dentro del cuerpo, entonces

© Ediciones Morata, S. L

posiblemente sobre el cuerpo. Este proceso es también una forma de mantener la pérdida como inefable, y esa inefabilidad se vuelve a codificar y presentar a las espectadoras, en el gesto de "alejarse" y en la profusión de ropa y artículos cuya función es estar "sobre el cuerpo".

¿Cómo llega hoy la melancolía femenina a figurar como condición de la feminidad joven? ¿Qué significa estar constreñida, atascada o inmovilizada por una pérdida que debe permanecer inefable? Butler nos proporciona un vocabulario para comprender cómo los valores culturales, las nuevas formas de regulación y restricción, basados en incitaciones a la actividad, sirven para posicionar a las mujeres jóvenes de modo tal que se adapten a la patología, para que se acostumbren a la idea de que autolesionarse, o estar deprimida o afligida por haber "dejado para demasiado tarde" tener hijos, es parte integral de la vida de las mujeres, y que no hay otra solución más allá de las que se ofrecen, ninguna alternativa radical. En este contexto la fotografía de moda, con todos estos deseos sexuales en conflicto, amenaza con desbordarse y salir del encuadre, aunque permanece de alguna manera enmarcada dentro ellos, registrando, en este caso, otros lazos afectivos que podrían haberse perseguido, pero que dadas las circunstancias se conservan como una fuente de añoranza melancólica; viene a servir como metáfora de los diversos desórdenes posfeministas, que ahora son tan familiares que incluso las feministas nos acostumbramos a ellos y puede ser que seamos inmunes a su significado, para que también les demos la espalda.

Butler parece desconcertada, fuera de juego, fascinada por la mascarada. Esto parece proporcionar la clave para entender el fracaso y la melancolía del género. Ella hereda el liderazgo de Lacan, quien también descarrila un poco por la mascarada. Y, dado que esta idea de la mascarada, para que tome una forma social significativa, debe orientarnos en

© Ediciones Morata, S. L

la dirección de la moda, el maquillaje, la belleza y el cuerpo, entonces inevitablemente debemos mirar la imagen de la moda para entender algo de sus operaciones. Lacan dice que la mascarada es el "efecto de una posición femenina melancólica" (citado en Butler, 1990/1999, 2ª ed.: 59). Si él parece perplejo y a la vez inquieto por esta formulación, si vacila en su relato de esta posición como un sustituto por carecer de falo (una "estrategia tranquilizadora"), protegiendo al varón de su propia carencia o de su miedo a la castración, si es una promulgación de la posición que debe ocupar la feminidad de ser una "apariencia", es decir, un objeto que promete plenitud a una masculinidad que también falta, ya que también se define en la carencia, entonces Riviere seguramente tenía razón al equiparar la mascarada con la feminidad misma (Riviere, 1929/1986). Butler hace tantas preguntas sobre la mascarada femenina (más de diez) tan solo en unas pocas páginas de *El género en disputa* que el lector podría concluir razonablemente para ella es fundamental para la comprensión de la sexualidad femenina, pero al mismo tiempo infinitamente exasperantemente recalcitrante y elusivo. Como ya hemos visto, es tema de la obra de Riviere, después de Lacan, y de nuevo de Irigaray y Doane; Butler reconoce que parece responder a ciertas preguntas obstinadas, y también presenta nuevas dificultades. Resumo aquí solo algunas de sus preguntas: ¿La mascarada es realmente el deseo femenino "disfrazado" que, debido a que las mujeres deben personificar la carencia, se disfraza y niega? ¿Toma esto la forma de un magnífico guardarropa? ¿O es producto de la negación de la carencia, una presencia que consuela a los hombres como una "apariencia" del falo? ¿Es la máscara una especie de impecabilidad que hace el trabajo de ser el falo con perfecta eficiencia? ¿Ofrece una confirmación plena de la feminidad que se ve obligada a ser el opuesto binario de su contraparte masculina, para rechazar cualesquiera

© Ediciones Morata, S. L

"posibilidades bisexuales que interrumpirían la construcción sin fisuras de la feminidad heterosexual" (*ibid*: 61)? Butler recuerda que Riviere lo ve como una producción de feminidad que transforma la ira en seducción y coqueteo, pero podría ser que este estilo dramático de autopresentación oculte o pase por alto esas otras posibilidades de deseo femenino más autónomo, que, si salieran a la superficie, revelarían el fracaso masculino. ¿Proporciona la mascarada un modelo para la posición que debe ocupar la feminidad, o encubre la masculinidad que las mujeres también pueden poseer (un falicismo) pero al que deben renunciar por temor al castigo, lo que a su vez podría explicar algunos elementos de la ira de la mascarada? ("Debo maquillarme así para ser reconocida como mujer y funcionar en el mundo, pero al ser forzada a hacerlo, también estoy renunciando a algunas posibilidades masculinas que de otro modo podrían ser legítimamente mías, ¿por qué no?"). Y el miedo a la masculinidad es también miedo a ser alguien que rechaza a los hombres, lo que acarrea represalias.

Butler vuelve una y otra vez a la afirmación de Lacan de que en la mascarada femenina hay una identificación en la que se resuelven los rechazos del amor. Lacan lo conecta con la homosexualidad femenina y ve el rechazo del amor como aquel en el que el varón es rechazado y se siente defraudado por esta feminidad asexual que se aleja de él. Él está decepcionado por lo que ella no le da o no le dará, es decir, una apariencia agradable y disponibilidad. Esta negativa supone, por lo tanto, una preservación de otro amor y una aparente preferencia por él. El estado melancólico que sobreviene se apodera de la identidad femenina, la domina y también resuelve la pérdida que se le impone, preservándola, incorporándola como un ideal del yo que reprende al ego por no estar a la altura de los requisitos de este amor perdido. La melancolía femenina es, pues, también un estado de incesante autorreproche, ya que el amor

© Ediciones Morata, S. L

que se pierde, o que hay que abandonar, es también fuente de ira y ambivalencia. La mujer inevitablemente se autocastiga por haber renunciado a este amor y también por fallarle, y por no estar a la altura de sus altas expectativas. Pero, al ponerse la máscara, rechaza una homosexualidad femenina y al mismo tiempo incorpora hiperbólicamente a la "otra mujer que es rechazada". Siguiendo la corriente del argumento de Riviere, Butler sugiere que, en efecto, ella "se convierte en el objeto que se prohíbe a sí misma amar". Este análisis de la melancolía heterosexual surge de la lectura crítica detallada que hace Butler de Freud y de Lévi-Strauss. La llevan a argumentar que una prohibición contra la homosexualidad precede al tabú del incesto, y esta prohibición instituye después la misma necesidad de oposición entre las posiciones masculina y femenina como disposiciones, incluso sugiere más radicalmente que la masculinidad y la feminidad son procesos de conversión en el objeto del mismo sexo perdido a través de la incorporación, y con esto una construcción de un ideal del yo que es en efecto la voz de ese amor preservado pero al que se renuncia. Lo que parecen ser impulsos primarios son efectos "de una ley impuesta por la cultura y por actos cómplices de un ideal del yo". Esto significa que la feminidad perfecta sobre la que las revistas de moda se juegan su propia existencia cuenta una historia sobre amor repudiado e identidad de género como una "estructura melancólica". En este punto quizás sea útil recordar que en el Capítulo 2 sostuve que la mascarada posfeminista, en la figura de la chica trabajadora que posee un guardarropa ultrafemenino, irónicamente y también para reinscribirse dentro del ámbito de lo tranquilizadoramente femenino, emerge como un nuevo modo de poder regulador de género, que está alerta y responde rápidamente a los peligros planteados por teorías feministas como las de Butler, ya que se filtra a través de diversos canales sociales y sitios institucionales.

© Ediciones Morata, S. L

Rabia ilegible

Ahora voy a usar parte del pensamiento de Butler sobre los temas mencionados, pero traducidos a una moneda social más clara, proponiendo que lo que está en juego en la melancolía contemporánea de las mujeres jóvenes es una doble pérdida: primero, la pérdida del objeto de amor del mismo sexo que, como argumenta Butler, es un requisito previo para adquirir una posición de género, que se dirige después a través del proceso edípico, cuyo resultado (siempre imperfecto para la chica) es subjetividad y lenguaje. Pero la segunda pérdida sería la del ideal feminista de libertad e igualdad, en el que siempre se ha incorporado la posibilidad del amor entre mujeres. El panorama de la cultura popular, incluido el mundo de la imagen de la moda, facilita cada una de estas pérdidas, propiciando en cambio y de manera preventiva una especie de contención compensatoria para la melancolía de género dentro de este ámbito de dolor psíquico y angustia, ahora más familiar e incluso predecible. La cultura popular está pidiendo a las mujeres jóvenes que se acostumbren a la melancolía de género y que se reconozcan a sí mismas y a las demás dentro de sus términos. De hecho, la cultura popular y el mundo de las revistas establecen una especie de feminismo de sustitución basado en la normalización de la melancolía, pero, como muestro más adelante, sus consecuencias pueden ser fatales. Navegaremos a través del capítulo de Butler "Inicios psíquicos: melancolía, ambivalencia, rabia" de su libro *Mecanismos psíquicos del poder*, teniendo en cuenta que, aunque ella no nos lleva en esta dirección, es decir, al terreno de la feminidad joven contemporánea, creo que nos brinda esta oportunidad (Butler, 1997a). Parece saltar de sus páginas. Butler encuentra una forma persuasiva de conectar lo social con lo psíquico para permitir un análisis de la melancolía de género, como el resultado de

© Ediciones Morata, S. L

procesos sociales que funcionan para institucionalizar y consolidar este estado para las mujeres jóvenes, de modo que la ansiedad, el dolor, la rabia y comportamiento autodestructivo, aparentemente inexplicables, se convierten en formas de ser aceptadas. Los medios de comunicación y la cultura popular encuentran razones para estar animados y entretenidos por mujeres jóvenes autodestructivas, que expresan su dolor en voz alta y, sin embargo, su rabia parece ser ilegible. Y dado que, según esta autora, la persona melancólica se autocensurará públicamente —ya que será alguien propenso a la autoexposición descarada, especialmente en la época de los blogs y sitios web como *MySpace* y *YouTube* (y sitios web a favor de la anorexia)—, se vuelve aún más difícil diferenciar entre lo que parece ser una agencia femenina en las muchas oportunidades de autopublicidad del dolor, la ansiedad y el autodesprecio, y los mecanismos implantados preventivamente en los medios comerciales que ofrecen un marco para el institucionalización de la melancolía. (Por ejemplo, en su sitio web, Amy Winehouse dice a sus jóvenes admiradoras adolescentes: "Soy una idiota fea y borracha, lo soy en realidad" y al comentar sus tatuajes, "Me gustan las chicas *pin-up*, soy más un chico que una chica. ...No soy lesbiana aunque... no antes de una Sambuca en cualquier caso")[8].

Butler afirma que el abandono forzoso del amor entre personas del mismo sexo se convierte en una pérdida inconfesable, cuyo efecto es la melancolía caracterizada por la ambivalencia y la ira, y la producción de un yo que sustituye al objeto perdido, incorporándolo. Siguiendo a Freud, nos recuerda que también se perdería "la patria o la libertad", es decir, un ideal, en el que me baso en el contexto de este debate para proponer que el feminismo sería ese objeto perdido. La melancolía

[8] www.amywinehouse.com

© Ediciones Morata, S. L

marca un retiro del mundo social y una aparente retirada hacia el panorama de la psique donde el proceso de incorporar y preservar de manera opaca el objeto perdido produce una especie de espacialización de la psique y una división entre el ego y el ideal de ego. Este último asume la acción de reprender a la "agencia crítica" que siempre está castigando al ego por no estar a la altura de alguna norma inalcanzable. También es el medio por el cual, según la famosa frase de Freud, "al huir hacia el ego, el amor evita la extinción". Según Butler, este mismo proceso, instigado por un régimen de prohibición social, es el que en realidad produce vida psíquica (como no la conocemos) y su capacidad de informar, por así decirlo, desde este lugar. La vida interior de la melancolía adopta pues la forma de una serie de no-comunicaciones en forma de autorreproches, al tiempo que existe una firme negación de tal pérdida; como dice Butler, es como si el sujeto melancólico estuviera diciendo "No he perdido nada". Sin embargo, aunque estos arrebatos de ira siguen siendo opacos (las modelos hoscas que evitan la mirada masculina, la agresión ebria de mujeres jóvenes como Amy Winehouse) Butler sugiere que, a pesar de esta opacidad, dichas actividades también son "textos políticos nacientes". Explica que "la violencia de la regulación social no se encuentra en su acción unilateral, sino en la ruta tortuosa por la cual la psique se acusa a sí misma de su propia inutilidad" (1997a: 184). Estos asaltos a la autoestima llevan al sujeto melancólico al borde de la supervivencia, es virtualmente suicida, experimenta inutilidad y, sin embargo, también en su desesperación hay algo así como una "rebelión aplastada" (Butler, 1997a citando a Bhabha). Aunque el Estado haya intervenido para "prevenir una furia insurrecta", se haya orquestado la melancolía de género en un contexto posfeminista y las mujeres jóvenes hayan hecho algunos avances por lo que quizás no parezcan tener mucho de qué quejarse

© Ediciones Morata, S. L

e incluyo algunas incluso podrían considerar que "lo tienen todo", todavía hay, en medio de esta ilegibilidad de su "queja", algún rastro o residuo de esa rebelión feminista perdida. Esto proporciona una pequeña vía de escape, como una memoria largamente olvidada y solo momentáneamente accesible que, sin embargo, ofrece una comprensión del paisaje atormentado de la feminidad contemporánea. La melancolía de las mujeres jóvenes, con su ambivalencia e indiferencia, su ira no dirigida o su ira dirigida contra sí mismas, son, en términos de Butler, "textos sociales desvaídos", donde la "violencia de la pérdida se redobla en la violencia de la agencia psíquica" en el daño que la joven ahora es capaz de infligirse a sí misma (*ibid*: 196). En estos días, cuestiones que se podrían haber planteado en el pasado como las referentes a la etiología social de dichos fenómenos, se tratan como si fueran ilegibles, y se consideran como algo relacionado con ser una chica. Es un índice de hasta qué punto este estado de estar atrapada y sola en una terrible ansiedad es una alienación instituida y normalizada.

Butler ve que la melancolía puede llevar a su sujeto a un punto en el que ya no desea vivir y, sin embargo, incluso en este estado quedan algunos signos de apego y dependencia de los demás. La soledad de la chica anoréxica o el aislamiento de la joven que se inflige cortes y el de la chica dependiente del alcohol o de las drogas, podrían superarse en el último momento. Pero debe perder su apego al objeto preservado y volver al mundo no como un ego reforzado con autoestima, sino como alguien que comprende su dependencia de los demás, este es el vínculo social, aún presente incluso en los momentos más solitarios, está ahí en el deseo de transmitir, en la nota de suicidio, un apego residual al mundo de las relaciones sociales. Para vivir, ella debe "recuperar la vida, no por un acto de voluntad sino por la sumisión a una sociabilidad" (*ibid*: 197). Anteriormente me referí a una de esas cartas de suicidio dirigida a una

© Ediciones Morata, S. L

madre, escrita por una chica con sobrepeso y acosada, que tenía deseos fuera del marco de la heterosexualidad. Una carta extraordinariamente dolorosa de leer. Se difundió gracias a que sus padres decidieron que se publicara. Esta carta es una acusación social de la crueldad de sus compañeros varones en la escuela y su masculinidad crítica y agresiva. También es una crítica de las normas culturales prevalecientes, que hace que las mujeres con cuerpos más grandes se sientan inútiles y repugnantes. No sé lo que habría sucedido si es misma carta si hubiera sido publicada por colectivos como, por ejemplo, grupos de gais y lesbianas, jóvenes activistas de una nueva ola feministas, o por padres de adolescentes que se suicidan, pero el caso es que fue escrita, y reconocida como una declaración social, un "texto político naciente" por los dolientes padres de la autora. Lo mismo podría decirse en relación con la carta de suicidio de la modelo Ana Carolina Reston, dirigida a su madre, pero esta vez con tintes feministas y psicoanalíticos más explícitos que corresponden a muchos de los temas que hemos explorado hasta ahora. Decía: "Si pudiera, me gustaría volver a tener cuatro años, aferrarme a ti como si todavía estuviera en tu matriz, para que nadie pudiera hacerme daño" (citado en Philips, *The Observer Suplement* "Skin and Bones", 14 de enero de 2006).

Furia por "evitar la muerte"

He afirmado que entre las mujeres jóvenes hay consciencia de que las ansiedades corporales femeninas están íntimamente ligadas a la necesidad de aprobación social y, más en general, al alto valor que la sociedad otorga a estilos espectacularmente codificados de belleza y sexualidad femenina, a expensas de otras capacidades. También se reconoce que el

© Ediciones Morata, S. L

amor entre personas del mismo sexo conlleva todo el peso de la desaprobación social, aunque oficialmente existen derechos y privilegios para las personas homosexuales y lesbianas. Si el feminismo cuestionó el énfasis abrumador que se puso en esta estrecha gama de atributos femeninos, entonces también debe sofocarse y perderse el conocimiento de esa crítica. Algo se pierde al abandonar o repudiar (como exigen el Estado y la cultura del consumo) estos ideales feministas que pretenden desafiar esta estrecha red de inteligibilidad, y lo que se pierde se vuelve opaco, entonces la "violencia de las normas reguladoras" da lugar a la melancolía. Esta melancolía femenina y sus patrones concomitantes de autorreprensión pueden entenderse como respuestas a dicha pérdida. La autoviolencia que sigue y las efusiones de ira contra uno mismo son una "acusación refractada de las fuerzas sociales". Por supuesto, Butler no está hablando explícitamente de mujeres jóvenes, ni de feminismo. Su foco de atención de dirige a cómo nos convertimos en sujetos, cómo la subjetivación trabaja sobre la psiquis, cómo "la ficción de la identidad se constituye a través de una violencia originaria que vuelve la voluntad contra sí misma a modo de subyugacion" (Colebrook, 2002a: 88). Butler intenta aunar el análisis de la estructura social con el de la estructura psíquica: ¿Cómo impacta el poder de las normas sociales en la psique? ¿Cómo se actualizan las prácticas de subjetivación? ¿Cómo la agencia crítica vuelve al ego contra sí mismo, "animando su aparición en la forma de un poder sobre el yo"? Y este volverse contra el yo, argumenta, puede entenderse como una "reinterpretación de la queja social como un autojuicio psíquico". Para Bhabha, este estado de violencia contra uno mismo o autodesprecio es una especie de rebelión anticolonialista sofocada, y cuanto mayor es el poder del Estado o sus agentes para cultivar este melancólico autodesprecio, más "desvergonzada" es la autoexposición" de aquellos que desean

© Ediciones Morata, S. L

proclamar su propia inutilidad. Al mismo tiempo, la naturaleza de esta pérdida debe permanecer elusiva y "sin nombre", opaca y silenciada. El ideal, ya sea por la libertad, la libertad de la opresión, la libertad del odio racial o la libertad de la injusticia sexual, deben permanecer "inconfesadas". En este capítulo he defendido que el feminismo fue ideal en tal grado, que desafió como un antagonismo político el estrecho ideal normativo de la feminidad que ahora se encuentra tan triunfalmente reinstalado. Repudiado y vilipendiado en la cultura política dominante, a pesar de haber ganado grados de efectividad (en la legislación y en la conciencia de género), su única existencia para una generación más joven de mujeres hoy es como una pérdida inconfesable. El Estado, los medios y la cultura popular convergen en la producción de melancolía femenina y rabia ilegible para anticiparse a la reinvención de la política feminista a través de múltiples estrategias individualizadoras y tecnologías del yo, muchas de las cuales se basan e incluso citan con cierto grado de aprobación los primeros libros e intervenciones feministas. Estos incluyen la aprobación de una gama limitada de atributos femeninos apropiados (lograr una forma corporal perfecta), expectativas de excelencia individual y competencia (logro), dentro de un entorno donde se dispone de orientación y ayuda.

El análisis de Butler sobre el género como melancolía también nos ayuda a comprender cómo este deseo de imágenes de feminidad perfecta coexiste con expresiones de animosidad, antagonismo y aversión hacia todas las mujeres poco o nada femeninas, masculinas, feministas y lesbianas. La pérdida forzada del deseo homosexual como requisito de la matriz heterosexual contribuye a la melancolía y al anonimato o inefabilidad de tal pérdida. El hecho de que sea una teórica feminista lesbiana, como Butler, quien desenrede este estado de confusión, ambivalencia, ansiedad y autodesprecio explica

© Ediciones Morata, S. L

también la ambivalencia dirigida a figuras feministas similares en un contexto posfeminista, ya que parecen tener algunas claves para explicar las fuentes de esa ira. Lo "impensable conocido" de la conciencia de género se resiste a tales relatos no solo porque la melancólica no quiere que le roben la pérdida que ahora tiene un lugar en su psique a la que está tan apegada, sino también por el miedo al castigo y la amenaza de la abyección. Por eso la joven prefiere mantener su feminismo como un asunto privado, algo personal, algo interiorizado. El feminismo es un asunto privado, una especie de vida secreta, una devoradora de novelas feministas clásicas, por ejemplo, el amor por Jane Austen, la pasión por Emma Bovary. Si la "violencia de la regulación social" da lugar a demandas imposibles y al mismo tiempo excluye una forma de poder que podría desafiar estas normas punitivas de aprobación social, la ira ilegible de la joven expresa la impotencia en el abandono forzado de este ideal feminista público. Dichas formas de autorreprensión abarcan un amplio espectro, desde descontento normativo hasta la conducta suicida. Pero cuando se cuestiona la capacidad de supervivencia, cuando la joven anoréxica está al borde de la autodestrucción, Butler considera que la ira tiene cierto grado de ambivalencia. La chica enfadada y desafiante, ahora también sujeto de una soledad individualizada y competitiva, también se enfurece para "evitar la muerte", la chica se corta, o se muere de hambre casi hasta la muerte, o bebe y consume drogas para crear un mundo interior de autogratificación, pero no ha roto por completo sus vínculos con el "vínculo alocutario", con el mundo social y, por tanto, con la vida misma.

"La supervivencia no tiene lugar porque un ego autónomo ejerza autonomía frente a un mundo compensatorio (es decir, la autonomía no es la solución), por el contrario, ningún ego puede emerger excepto a través de una referencia animadora a dicho mundo" (Butler, 1997a): 195). Los términos

© Ediciones Morata, S. L

sociales que hacen posible la supervivencia no sugieren ni coherencia ni dominio, "de hecho, al perder la noción de autonomía, la supervivencia se vuelve posible" (*ibid*: 196). Sin embargo, la conciencia niega este horizonte social "como si infiriera que la supervivencia depende de un acto de voluntad" (*ibid*: 197). Butler argumenta todo lo contrario "reclamar la vida en tales circunstancias es desafiar a la psique justa mediante la sumisión a una sociabilidad que excede los límites del ego y su autonomía" (*ibid*: 197). El refuerzo insistente del ego femenino, el requisito de la coherencia y el dominio femeninos, son, como dice Butler, formas de constricción violenta y confinamiento femenino. Debido a estos dictados las formas de reestabilización de género se aseguran a un coste. Las mujeres jóvenes se encuentran, si ya no atrapadas dentro del hogar, sí confinadas a las topografías de un yo insostenible, privadas de las posibilidades de la sociabilidad feminista y profundamente implicadas en lograr una identidad ilusoria definida de acuerdo con una escala rígidamente forzada de atributos femeninos. La pregunta entonces es: ¿Qué recursos sociales y (sub)culturales tienen a su disposición las mujeres jóvenes que son capaces de desafiar o cuestionar la violencia de las normas sociales prevalecientes?

Concluiremos este capítulo con algunos comentarios especulativos. El relato de Butler sobre la angustia de un yo encerrado, para quien las nociones normativas y fácilmente disponibles del yo son parte del problema, podría llevarnos a imaginar otros espacios culturales juveniles más socializados donde existe la posibilidad de una disolución de este yo, o una suspensión del yo a favor de la comunalidad ritualizada. Esta relectura del "estilo subcultural" en realidad ya ha sido ensayada por Butler en su respuesta al compromiso de Stuart Hall con la cultura juvenil a mediados de la década de 1970 (Hall y cols., 1976; Butler, 2000b). En su artículo Butler propone que,

© Ediciones Morata, S. L

para las minorías sexuales estigmatizadas, el estilo de vida subcultural puede ser una cuestión de supervivencia en sí misma. Pregunta "qué tipo de estilos señalan la crisis de supervivencia". Me gustaría transponer esta lectura de subcultura como una forma de iluminar lo que se suelen considerar espacios peligrosos para las jóvenes sobre la base de un cóctel de drogas, alcohol, baile, música y encuentros sexuales casuales. Pero si todo esto se lleva a cabo dentro de un espacio de sociabilidad intensa que está fuera de la familia nuclear y, por lo tanto, lejos de las estrechas relaciones edípicas, entonces podemos ver que tal vez las subculturas tengan la capacidad de mostrar e incluso celebrar nuestra dependencia radical de los demás. Si bien en un nivel simple esto podría reducirse a ideas como "vínculo de grupo de iguales", en realidad la intensidad de la cultura de las pandillas, la entrega de uno mismo a la familia del hip-hop, o a la "Casa" (en la película *Paris Is Burning*), es mucho más que eso, es una especie de deseo de sociabilidad, de dependencia de los demás que se reconoce, que es recíproco[9]. Volviendo a las preguntas que he estado planteando sobre la "rabia ilegible", podríamos decir que las subculturas permiten que esa ira se vuelva legible a través de una sociabilidad intensa y la producción colectiva de formas culturales como la música (estar en una banda), la moda (creando estilos), películas (haciendo sus propias películas) así como novelas, blogs, arte, fotografía, fanzines y otros accesorios. Podríamos agregar que, para superar la melancolía solitaria, los objetos perdidos del amor del mismo sexo y el ideal feminista deben ser eliminados, en aras de volver a vincularse a la vida social y crear un nuevo tipo de feminismo. Si la supervivencia también

[9] Gilroy escribe sobre la estética de supervivencia de la música negra, Hebdige habla de la rabia subcultural, con el estilo como rechazo y como "ruido" (Gilroy, 1987, 1993; Hebdige, 1979).

© Ediciones Morata, S. L

requiere desapego del ego que se autorreprende, entonces tal vez para los jóvenes, en este caso las chicas, las subculturas también han brindado esta posibilidad históricamente. Podríamos interpretar actividades como las de los movimiento *Riot grrrl* y de la *palabra f**, también *Ladyfest* y las subculturas *queer* que documenta Halberstam, exactamente en estos términos. Pero no nos dejemos llevar demasiado rápido a este punto. Ningún mercado es más preciado para el capitalismo contemporáneo y su cultura de consumo que el de las mujeres jóvenes, y a los espacios cada vez más subculturales les resulta difícil, si no imposible, evadir la vigilancia de un capitalismo aparentemente amistoso que empleará a mujeres jóvenes de mentalidad similar para que trabajen en nombre de las grandes marcas que están tan ansiosas por conectarse a lo que en el pasado podría haber sido un subsuelo de sociabilidad y creatividad ocultas. En cierto sentido, las subculturas, con la promesa para las jóvenes de escape y posibilidades de disolverse en la colectividad y la comunalidad, también se han convertido en algo del pasado, dado el alto valor que ahora tienen como fuente de innovación y creatividad. Son rastreados, trazados, documentados y publicitados casi instantáneamente a través de estas prácticas de robo corporativo. Esto, junto con los incesantes discursos de individualización femenina, transforman el paisaje de lo que alguna vez habría sido una subcultura en un espacio completamente diferente, donde la ira de las mujeres jóvenes vuelve a ser ilegible[10].

Quizás el mejor ejemplo de muchos de los temas examinados en este capítulo es el trabajo de la artista Tracey Emin,

* Por el uso eufemístico de la letra f en sustitución de la palabra "fuck". *(N. de la T.).*

[10] Véase, por ejemplo, *Thirteen* (dir. C. Hardwicke, 2003) y *Morvern Callar* (dir. L. Ramsay, 2002).

© Ediciones Morata, S. L

de clase trabajadora y mitad turca. El trabajo de Emin está impregnado por una historia del arte feminista que la precedió, y que presumiblemente la enseñó mientras estaba en la escuela de Arte, pero que ella aparentemente repudia. De hecho, imita este trabajo y al mismo tiempo lo critica. Sus denuncias regulares del feminismo, realizadas en la prensa sensacionalista de derechas, llevan la marca de una traición consciente, mientras que su obra refleja tanto la ambivalencia como la rabia por lo que no se puede nombrar. No se puede nombrar, pero las preocupaciones de Emin son absolutamente las mismas que las que han estado en el corazón del arte feminista de la segunda ola temprana, por ejemplo, la autobiografía, el testimonio, la narrativa del yo, el cuerpo de la mujer, el abuso sexual, la violación, la menstruación, la enfermedad mental, los intentos de suicidio, el doble rasero sexual, el aborto, el placer, peligro y deseo. Sin embargo, en sus obras de arte hay desplazamiento y una lógica de sustitución, que dice "esto es sobre mí, en lugar de esto es porque soy una mujer". La "desvergonzada autoexposición" de Emin en lugar de la crítica social, que está frustrantemente ausente, una especie de ausencia deliberada, obstinada y negada, la encierra en la confianza en su propia biografía, que refleja y refuta muchas de sus preocupaciones de los estudios (sub)culturales feministas de la década de 1970, así como los temas que dominaron la historia del arte feminista. El arte de Emin cumple muchas de las características que hasta ahora he atribuido en este libro a una disposición posfeminista. La ira de Emin solo llega hasta cierto punto, por ejemplo, intenta vengarse de los hombres que abusaron de ella y explotaron su vulnerabilidad sexual cuando era una adolescente en Margate. Lo hace en forma de un cortometraje en el que nombra de forma ritual a los hombres que la llamaron zorra, puta o guarra, cuando era demasiado joven para entender lo que estaba pasando (Emin, *Por qué no me*

© Ediciones Morata, S. L

convertí en bailarina, 1995). Aunque el espectador vea esto como una acusación contra el doble rasero sexual y contra la violencia masculina, este nunca es el vocabulario que se atribuye a su obra en su conjunto. En efecto, es más aceptable como artista *top* cuando expresa enojo contra sí misma, que en aquellos momentos en que su enojo es por la injusticia y la violencia sexual.

Finalizamos este capítulo con la figura de Emin, ya que ella encarna al nuevo sujeto femenino dotado de capacidad, una chica de clase trabajadora que a través de su propia determinación ingresó en Maidstone College of Art y luego ganó una plaza de posgrado en el Royal College of Art. Ella ejemplifica y supera a aquellas otras jóvenes que han ganado derechos, pero que también mostrarán dolencias y ansiedades, cuando no patologías en toda regla. La pérdida del feminismo, la pérdida de un amor político por la "feminidad" que el feminismo defendía y fomentaba, que también permitía una cierta suspensión del yo a favor de "lo colectivo" o "lo comunal", crea nuevas formas de confinamiento femenino. En la cultura política y popular contemporánea, a la mujer joven se le pide que concilie la autonomía y la posibilidad de logros con el cumplimiento de un orden patriarcal que está desdibujado, descentralizado y que no se ve por ninguna parte. En este capítulo he pretendido examinar modos de regulación dentro del dominio popular que hacen imposible o al menos improbable la crítica de la matriz heterosexual y la dominación masculina, y que normalizan patologías ilegibles como culturalmente inteligibles, si no supervivientes siempre.

© Ediciones Morata, S. L

5

"¡NO TE LO PONGAS!"* Y LA VIOLENCIA SIMBÓLICA POSFEMINISTA

Se cree que un jardinero hizo historia legal tras ser condenado por acoso racial agravado por usar la palabra "pikey"... El Servicio de Fiscalía de la Corona dijo que no tenía conocimiento de condena previa alguna por usar la palabra "pikey" en un contexto racial. En septiembre, Marco Pierre-White fue duramente criticado por usar la expresión "picnic de pikey" en el programa de telerrealidad Hell"s Kitchen *de ITV. Provocó una pelea con la ex estrella de Blue Lee Ryan, que abandonó el programa.*

A. Radnedge, *Metro*, 14 de diciembre de 2007: 16.

Introducción

En este capítulo examino un "movimiento de mujeres", que es un requisito del sistema socioeconómico contemporáneo, y propongo que el campo de la cultura popular es el lugar

* Hace alusión al programa británico Not to wear! Cuyo homólogo en castellano es ¡No te lo pongas! *(N de la T.).*

© Ediciones Morata, S. L

donde supervisar y orquestar este movimiento, en particular el género de programas de televisión de "cambio de imagen". Una de las principales funciones del formato de cambio de imagen del programa es mover a las mujeres de un estado actual, que se considera inaceptable, a otro, muy mejorado con respecto a su buena apariencia y bienestar[1]. El "movimiento de mujeres" se refiere a la necesidad de que las mujeres, en particular las menores de 50 años y, por lo tanto, que aún tienen un valor potencial para el mercado laboral, se presenten o progresen como participantes activas en estos mercados laborales y en la cultura del consumo, ya que la renta disponible permite nuevos ámbitos de compras y adquisiciones. Ambas actividades, trabajar y gastar, se convierten en rasgos definitorios de los nuevos modos de la ciudadanía femenina.

[1] En un artículo en las páginas de negocios de *The Guardian* titulado "*Dressing to impress*" (29 de mayo de 2007: 13), Rachel Williams informa sobre un plan del gobierno diseñado para ayudar a las madres solteras pobres a volver al trabajo. El plan, que también recibe Fondos Sociales Europeos, está gestionado conjuntamente por Jobcentre Plus y un proveedor de formación independiente llamado Inspire2Independence. Ofrece a las mujeres cambios de imagen para que las demandantes de empleo ganen autoestima y aprendan las habilidades necesarias para arreglarse y presentarse a sí mismas. En un escenario similar al formato televisivo de *What Not To Wear*, a las mujeres se les dan 30 libras esterlinas y una hora en un centro comercial, con la tarea de encontrar el tipo de atuendo adecuado para una entrevista. "Ir de compras fue parte de un curso de dos semanas diseñado para que los progenitores solos de larga duración regresaran al trabajo... El curso... comenzó en 2004... y ha atraído a unos 1000 participantes... El presupuesto de ropa de £ 30– entregados a los participantes en cupones solo después de que sus elecciones hayan sido aprobadas, proviene de... financiación del New Deal...". Se cita a una participante diciendo: "La gente me está abriendo las puertas ahora porque llevo traje y un nuevo peinado... Mis hijos también lo han notado. Han estado diciendo, "mamá, estás sonriendo más". Este artículo nos dice algo inmediato acerca de la política social que toma la delantera a la televisión y el entretenimiento, y confirma el punto de vista de Couldry sobre el metacapital de los medios y las relaciones cambiantes entre el Estado y los medios (Couldry, 2003).

© Ediciones Morata, S. L

Los programas de televisión no solo abren el campo de la cultura consumidora a las mujeres, en particular a las de clase trabajadora o media baja, sino que las orientan activamente para que aprendan a tomar las decisiones correctas. El efecto transformador da como resultado subjetividades más saludables, alegría, más "autoestima" y una mejor calidad de las relaciones sexuales. La televisión nacional británica se ha puesto manos a la obra sobre la autoimagen de las mujeres que, en el pasado, habrían sido pasadas por alto e invisibilizado a medida que avanzaban en el ciclo de vida del matrimonio, procreación y envejecimiento. Pero ahora se ha convertido en una característica de la vida de las mujeres, de hecho, casi un derecho, pasar de las sombras a un foco de visibilidad; a una luminosidad que tiene el efecto de una dramatización del individuo, una especie de espectacularización de la subjetividad femenina, lo que se convierte en norma. Este formato de cambio de imagen es un nuevo "espacio de atención", una forma de poder de género que tiene el efecto de ofrecer a las mujeres una forma específica de libertad y una idea particular de independencia. Las luminosidades de visibilidad momentánea o la celebridad de corta duración son fuerzas de cambio, formas de poder que redefinen el panorama de clase y género. Las mujeres de la clase trabajadora y la media baja que en su día trataron de lograr simplemente la "respetabilidad", como argumentó Skeggs (1997), como un *habitus* de feminidad apropiado para la clase, una solución a la tiranía de las normas de la feminidad impuestas pero inalcanzables que las eludió y les hizo sentir vergüenza, ahora son instadas —o eso argumento en este capítulo— a aspirar a una "individualidad glamurosa". Se les anima a sentirse especiales y a darse caprichos. A esto me refiero con un "movimiento de mujeres", pasar de estar ocultas y ser insignificantes a volverse visibles, y con un nuevo sentido de importancia personal.

© Ediciones Morata, S. L

Un movimiento de mujeres que también sugiere una forma de movilidad social que implica cierta redesignación en términos de clase y estatus. Y las intersecciones de clase con género y etnicidad son fundamentales en el modo en que se organizan los lugares o las ubicaciones cambiantes para las mujeres. Si el sistema socioeconómico requiere esta movilidad es inevitable que haya un nuevo panorama de clase para las mujeres. Esto no significa que disminuyan las desigualdades de clase o que la clase ya no importe. La cuestión urgente para el orden social es que la mujer, ante esta oportunidad de cambio, sepa afrontarla, sepa aceptar su nuevo puesto en la vida. Y a medida que las mujeres se presentan como agentes más activos en el sistema socioeconómico, se les encarga desempeñar roles diferentes y más agresivos, especialmente en el contexto del Reino Unido, donde se ha cambiado hacia un orden neoliberal más competitivo. Como sujetos que son de la nueva meritocracia, nos preguntamos: ¿Cómo se supone que las mujeres deben competir entre sí? ¿Por qué medios las mujeres gestionarán los nuevos antagonismos de clase? ¿Cómo conservarán las mujeres de clase media sus ventajas y se asegurarán de que sus inferiores sociales no invadan su parcela privilegiada de clase? ¿Qué armas tienen a su disposición? ¿Cómo vadean las mujeres de clase media baja y trabajadora este movimiento de género dirigido? ¿Cómo operan las feminidades blancas, negras y asiáticas en este "espacio de atención"? Podemos empezar a reflexionar sobre estas preguntas examinando más de cerca los géneros televisivos de las mujeres. Un estudio de caso de Oprah Winfrey brindaría una oportunidad de oro para estudiar el "movimiento de mujeres negras" en el contexto de la sociedad estadounidense. En el Reino Unido, los medios de comunicación, y especialmente la televisión, se han convertido en instrumentos para supervisar estos procesos y tienen esta responsabilidad. Actúan dentro de un campo

© Ediciones Morata, S. L

no coercitivo o compulsivo, sino de consentimiento, participación y disfrute, esto es, en el ocio, en la cultura popular y en el entretenimiento.

Estos procesos sociales complejos requieren un examen detenido, y la obra de Pierre Bourdieu es particularmente relevante ya que abarca el mundo de la cultura de consumo y la función que desempeña en la gestión y la reproducción de las jerarquías de clase. Bourdieu también es un teórico social que se ocupa de las relaciones entre el Estado y las grandes instituciones sociales modernas. Su trabajo ha sido un punto focal renovado para la discusión en los estudios culturales y de los medios, así como en la sociología, en relación con el creciente dominio de las instituciones de los medios de comunicación por parte de la televisión y, más ampliamente, sobre la cuestión del "poder de los medios" (Couldry, 2003). La teoría de campo de Bourdieu también se ha utilizado para desarrollar una comprensión más completa de las interrelaciones entre los medios y otras instituciones sociales, en particular el Estado. En las páginas siguientes me ocupo de la relación entre la televisión y la cultura de consumo femenina, y de estas con organizaciones corporativas, como el mundo de la moda, la belleza y los productos de estilo de vida. Bourdieu dirigió su atención, de un modo más polémico de lo que era su estilo habitual, al campo del periodismo, y a la forma en que la televisión no solo ya predominaba sobre el periodismo impreso, sino que también estaba, en sí misma, cada vez más sujeta a la batalla por las calificaciones (Bourdieu, 1998). Le preocupaba lo que suponía perseguir audiencias y el abandono de la seriedad en favor del culto a las personalidades. Esto, argumentó, tuvo un efecto significativo sobre los estilos de periodismo. El profesionalismo tradicional y el estatus de los informativos de noticias estaban dando paso a estilos informales de periodismo independiente sobre estilos de vida, y el considerable

© Ediciones Morata, S. L

incremento en el número de periodistas formados significaba una alteración de los salarios debido a los nuevos iniciados dispuestos a trabajar por muy poco. En relación con las cuestiones planteadas hasta ahora, sería importante utilizar a Bourdieu en el contexto de una investigación específicamente feminista. Sorprende que este tipo de trabajo no se haya realizado ya, porque muchas de las áreas de interés como tema específico de análisis en el trabajo de Bourdieu, por ejemplo, *Distinction* (1984), así como los escritos más recientes sobre periodismo y televisión, ahora son esferas dominadas por mujeres, o más bien esferas de reciente feminización.

Los capítulos sobre estilo de vida en *Distinction* se ocupan de cuestiones sobre gusto y moda y de las tendencias de decoración del hogar y diseño de interiores, que siempre interesaron a las mujeres, pero que, a la luz de la gran expansión de la cultura de consumo en los últimos 20 años las han atraído aún más, incluidas las jóvenes, tanto productoras como consumidoras. Bourdieu era muy consciente de esto ya entonces, y comprendió proféticamente el impacto de la creciente presencia de mujeres jóvenes de clase media tanto en la educación superior como en la feminización de ciertos mercados laborales, particularmente culturales. Además, su trabajo empírico y teórico en *Distinction* apuntó cuán importante fue el crecimiento masivo de la cultura del estilo de vida y del consumo para la economía capitalista posfordista. Durante su vida, sin embargo, no vinculó el estudio de la televisión con el de la cultura del consumo y el papel particular de las mujeres en la consolidación de esta convergencia. Tampoco previó la forma en que los contenidos formulistas básicos de las revistas femeninas emprenderían el vuelo y encontrarían un nuevo hogar dentro de las ondas, primero como televisión diurna y después como *prime time*, de modo que todo este espacio femenino se ha trasplantado en las últimas dos décadas a la televisión,

© Ediciones Morata, S. L

originando nuevos géneros de programas domésticos y de estilo de vida, tomando la forma de "espacios" dirigidos a una audiencia principalmente femenina. Y el mismo Bourdieu no estaba tan preocupado por las intersecciones y conexiones de género con clase, y con raza y etnicidad, conexiones que ahora asumimos como parte integral de nuestra comprensión del género *per se* e inseparables, es decir, no pueden conceptualizarse aislados unos de otros. Charlotte Brunsdon, al igual que otras escritoras feministas, ha documentado esta esfera de la cultura televisiva doméstica, incluidos programas estadounidenses y británicos[2]. Espero complementar el trabajo de Brunsdon planteando aquí una serie de cuestiones adicionales que se derivan directamente de Bourdieu, por ejemplo, su relato de la violencia simbólica que acompaña la creación de nuevas jerarquías de gusto y estilo, y el arraigo del conflicto de clases en el corazón de la absorción por parte de la televisión de la cultura y el estilo de vida del consumidor, pero esta vez centrado en el punto en el que las mujeres aparecen como agentes de clase, así como de sujetos de género, por derecho propio, es decir, independientemente de su condición de esposas, madres o hijas. Me preocupa la forma en que la producción y reproducción de las divisiones sociales se feminiza cada vez más y cómo se materializan ahora las categorías sociales de clase a través de la referencia al cuerpo femenino.

Estos procesos se trazarán con más detalle a continuación, ya que también quiero dar respuesta a la noción de "metacapital mediático" de Couldry con algunas reflexiones sobre las relaciones de poder que sustentan las formas de instrucción determinadas por la clase, proporcionadas por los nuevos "intermediarios culturales" (nuevamente una categoría de

[2] Véase Brunsdon (2005), Moseley y Read (2002), Hollows (2003), Tasker y Negra (2007).

© Ediciones Morata, S. L

Bourdieu), tanto hombres como mujeres, cuya audiencia es, sin embargo, predominantemente femenina (Couldry, 2003). De hecho, todo el esquema conceptual de Bourdieu es de gran ayuda para comprender el género de la televisión de "cambio de imagen", en particular, el campo, el *habitus*, el capital cultural y la violencia simbólica. Resulta útil para comprender las formas de agresión intrafemenina en estos programas y lo que nos dicen sobre el actual clima posfeminista donde los lazos solidarios entre mujeres basados en intereses percibidos y opresión compartida se rechazan estrepitosamente en favor de lo que parece ser un conjunto de conductas más "moderno" que incluyen competitividad, maldad y violencia verbal. Estos programas también demuestran muchos de los puntos que señala Couldry sobre el metacapital y poder mediático, en la medida en que este género televisivo no solo actúa como escaparate y, por lo tanto, como dispositivo promocional para el vasto mundo de la moda y los procedimientos de belleza, incluida la cirugía estética, sino que también es fundamental para crear nuevas formas de política social y, en consecuencia, entra en un nuevo tipo de relación con el Estado (Couldry, 2003).

Clase, aspiración y glamour

Centran mi atención las formas de violencia simbólica femenina de los programas de televisión de medianoche que se dedican al llamado "cambio de imagen", es decir, la transformación de uno mismo con la ayuda de expertos, en el esperanza o expectativa de mejora de estatus y oportunidades de vida mediante la adquisición de formas de capital cultural y social. La denigración pública de mujeres de poco o ningún gusto por parte de mujeres (y un puñado de hombres) de reconocido

© Ediciones Morata, S. L

gusto (las expertas y presentadoras), aporta una nueva (y aparentemente humorística) dimensión a este tipo de programas televisivos de máxima audiencia. Las reprimendas de los presentadores abarcan un espectro que va desde la reprensión de maestra de escuela debida a un desaliño personal, posturas incorrectas y modales ordinarios, hasta la burla abierta o la risita disimulada en el aula (acoso) dirigida a la madre soltera, joven y descuidada, que lleva pantalones manchados cuando deja a su niño en la escuela. En los últimos años, este género de televisión popular ha logrado grandes índices de audiencia y ha atraído una gran cantidad de publicidad sobre la base de un formato que reúne a expertos en gusto y estilos de vida con víctimas dispuestas a mejorar. Me interesan principalmente dos programas de televisión de la BBC: *What Not To Wear* (¡No te lo pongas!)y *Would Like To Meet*, emitidos desde 2002 hasta 2004[3], pero también trataré la emisión del programa *Ten years younger*, de Channel Four[4]. El formato de *What Not To Wear* comprende una víctima/participante que desea ser transformada por las dos presentadoras, Trinny Woodall y Susannah Constantine, cuyo libro basado en la serie alcanzó el puesto número uno en ventas de libros navideños en Reino Unido en diciembre de 2002 (ver Constantine y Woodall, 2002). Los expertos observan muy de cerca a la víctima, le piden que les muestre su guardarropa y ella desfila para ser examinada, generalmente en ropa interior frente a un espejo de cuerpo entero (para que "las chicas" puedan hacerse una idea de la forma y las proporciones) y luego se le enseña cómo comprar, qué buscar, qué colores le quedan bien, cómo comprar un sostén

[3] Los detalles sobre estos programas se pueden encontrar en www.bbc.co.uk/lifetsyle/tv_and_radio/what not to wear/styleguide y también en www.bbc.co.uk/relationships/singles_and_dating/

[4] Consulte los sitios web de Channel 4, p. www.channel4.com/life/microsites/0-9/10yy/episodes y también http://www.mavericktv.co.uk

© Ediciones Morata, S. L

que le quede mejor ("no más senos caídos"), etcétera. Luego se queda sola con un presupuesto para comprar nuevos atuendos. Bajo la atenta mirada (con cámara oculta) de las chicas, ella va de compras, y cada vez que intenta comprar de acuerdo con su viejo y erróneo *look* las chicas se ríen y se abalanzan sobre ella, la paran y la guían hacia compras más convenientes. Las dos presentadoras son muy "táctiles" con la víctima, rompen los límites habituales de la interacción interpersonal al tocar partes del cuerpo, incluidas las "tetas", como se las llama, y también las nalgas. En uno de los programas tiraron de la ropa interior poco favorecedora de una víctima, animándola a deshacerse de las bragas antiestéticas; en otro, donde la mujer en cuestión tenía unos senos muy prominentes, armaron un gran alboroto por su escote[5]. Al final del programa, la mujer adquiere un cambio de imagen completo que luego muestra a sus amigos y familiares, quienes invariablemente la apoyan y están encantados con la nueva apariencia.

Would like to meet lo componen tres expertos, dos mujeres y un hombre, cuyo trabajo es diseccionar los problemas de una víctima (hombre o mujer) que no puede encontrar pareja, conseguir citas o disfrutar de una vida social animada. Se la somete a examen en busca de faltas de estilo corporal y características poco atractivas, como la voz, los modales, la expresión facial, etc. Los expertos la entrenan en hábitos nuevos de autopresentación, organizan una cita ficticia y más tarde, en una próxima ocasión, esperan que la (ahora segura de sí misma)

[5] Esta falsa intimidad es aún más enfática en *Ten Years Younger* y en *How To Look Good Naked.* El presentador masculino hurga en los cajones de ropa interior de la mujer en un intento de alentarla a desechar artículos prácticos e invertir en sujetadores, bragas, medias y ligas más glamurosos y atractivos. También dice cosas como "No se preocupen, señoras, si tienen caderas y muslos problemáticos, las ayudaré a sentirse bien quitándose el conjunto frente a una sala llena de gente".

© Ediciones Morata, S. L

víctima se arme de valor e invite a alguien por su propia voluntad. Durante todo el procedimiento los peritos espían desde una furgoneta equipada con una cámara oculta. La mujer (o el hombre) que necesita mejorar, por lo general se siente abrumada por los cambios en su vida y aspecto. Aunque la cita no conduzca a una relación completa, lo importante es la nueva apariencia, el sentido del estilo personal y la nueva confianza adquirida. *Ten years younger*, producido por la compañía de televisión independiente Maverick, es más sensacional por recomendar el uso de la cirugía estética. La mujer víctima, por lo general, tiene un aspecto muy descuidado y una piel prematuramente envejecida, arrugada y dañada por el sol, con una mala figura corporal que incluye sobrepeso, cabello mal cuidado y falta de estilo en moda y maquillaje. Cada faceta de la apariencia de la mujer se juzga como deficiente, confirmado por los transeúntes en la calle que generalmente le calculan unos 20 años más que su edad real. La presentación de esta evidencia sobre cómo se la ve (y casi siempre provoca el llanto) es seguida rápidamente por la intervención del equipo de expertos que incluye un cirujano estético, un dentista estético y un peluquero de primer nivel, todo orquestado por el presentador y estilista. El resultado de este trabajo es que la mujer queda transformada e irreconocible, y finalmente la gente de la calle juzga que tiene diez años menos de su edad real.

Los programas que me preocupan destacan y legitiman formas de antagonismo de clase, en forma de palabras agresivas y gestos y expresiones denigrantes entre mujeres, y por mujeres de impecable clase media que sirven como modelos, en contra de las mujeres de clase trabajadora pobre y poco atractiva, de modo tal que habría sido socialmente inaceptable hasta hace poco tiempo. Los programas producen activamente unas jerarquías sociales recién definidas sobre la base de los atributos de género y la feminidad. En el pasado, las reglas

© Ediciones Morata, S. L

de la televisión, y especialmente de la pública, se habría considerado ofensiva, discriminatoria o perjudicial la humillación pública de las personas por no adherirse a los estándares apropiados respetables y de clase media en el habla o la apariencia. (Del mismo modo, se habría considerado inaceptable que los presentadores de televisión insultasen a las personas usando palabras soeces, que ahora es común, especialmente entre los cocineros machos de la televisión como Jamie Oliver y Gordon Ramsay). Este nuevo estilo de denigración se realiza con cierto grado de ironía tímida, se supone que tanto los presentadores como el público saben que no se pretende hacer daño y que, en los tiempos posteriores a la "corrección política", esto simplemente es divertido. Ahora es posible, gracias a Dios, reírse de las personas menos afortunadas una vez más. Y el mensaje es que la mujer pobre haría bien en emular a sus superiores sociales. Estos programas marcan los contornos de una nueva era desregulada de la televisión, en la que los medios públicos se ven obligados a ser más competitivos y a aumentar su cuota de mercado introduciendo formatos más populares. En el caso de estos y otros géneros similares se rompen muchas de las reglas de la televisión pública, a favor de una televisión coloquial, populista o de inspiración sensacionalista. Estos programas ofrecen un valor impactante. Lo que los hace nuevos y aparentemente emocionantes es este nivel de insulto y humillación dirigido a los supuetas faltas de estilo corporal. Aunque los hombres están involucrados como expertos o como víctimas, en gran parte es un género femenino de televisión y el discurso general está dirigido a las mujeres (ver Brunsdon y cols., 2001). De hecho, los hombres sometidos a dichos cambios de imagen normalmente pretenden volverse más agradables o apetecibles para las mujeres. Esta dirección principalmente femenina corresponde a la identidad cambiante de las mujeres en la Gran Bretaña contemporánea. No definidas ya en

© Ediciones Morata, S. L

términos de esposas, madres o novias, las mujeres y, en particular, las más jóvenes, se ven instadas a competir entre sí, a veces sin piedad.

En un contexto posfeminista (y teniendo en cuenta que defino el posfeminismo como una especie de antifeminismo que, paradójicamente, se basa en la suposición de que se ha tenido en cuenta el feminismo) nos preguntamos: ¿Cómo compiten entre sí las mujeres en realidad? ¿Qué formas adopta esto en la nueva meritocracia? La respuesta que dan estos programas se basa en un regreso a los anticuados estilos de "colegiala" de la maldad femenina, rivalidad y acoso que se actualizan para cumplir con los estilos irónicos posmodernos del entretenimiento popular contemporáneo. Pero esto significa que las actuaciones públicas de odio y animosidad se refractan a un nivel corporal o corpóreo contra personas más débiles y mucho menos poderosas, con impunidad, basado en que el insulto se hace en un espíritu de juego y que no es realmente intencionado. La forma en que se conducen las relaciones de clase dentro de los programas de cambio de imagen es totalmente compatible y contribuye al modelo meritocrático de movilidad social y consumismo tan intensamente promovido por el gobierno de Blair. Una palabra que se usó con frecuencia durante los años de Blair fue "aspiracional". Estos programas dramatizan y feminizan este ideal político. Las personas se individualizan cada vez más, se les pide que se inventen a sí mismas, se les pide repetidamente que se moldeen para ser flexibles y adaptarse a las nuevas circunstancias. En términos de trabajo, esto significa mantenerse empleable y estar dispuesta a adaptarse a los requisitos del mercado laboral que cambia rápidamente. La apariencia y la autoexpresión adquieren una importancia nueva debido a que muchos trabajos están ubicados en el sector servicios, en la interacción con clientes, y donde el servicio a este y las ventas requieren todo tipo de

© Ediciones Morata, S. L

técnicas mejoradas, incluidas las habilidades de autopresentación del personal de plantilla. Así, la clase hace una reaparición decisiva en y a través de los vectores de la individualización de género transformada, con el resultado de que las relaciones de clase se cambian a sí mismas por la fuerza performativa de la feminidad.

Walby expuso que, con la plena participación en la fuerza laboral, las diferencias entre las mujeres cada vez están más marcadas. "Se abren nuevas divisiones, entre mujeres jóvenes y mayores... las mujeres mayores... se enfrentan a una vida de vejez en la pobreza" (Walby, 1999: 3) de modo que "las desigualdades de la edad pueden agravar a las de clase" (*ibid*: 6). Existe una enorme disparidad de ingresos entre las mujeres jóvenes y las mayores (en estas últimas mucho peor). En opinión de Walby las mujeres están cada vez más divididas por clases y por edades, y su punto de referencia es el mercado laboral y los niveles salariales. Pero la raza y el origen étnico también deben entenderse como factores críticos que afectan el acceso de las mujeres a los trabajos y a las oportunidades económicas. Las mujeres negras mayores permanecen en el trabajo de una manera más sostenida que sus contrapartes blancas a lo largo de su vida, pero con salarios bajos y bajos niveles de cualificación. Las jóvenes negras y asiáticas no consiguen trabajos ni oportunidades acordes con sus cualificaciones y ambiciones. Por lo tanto, su importancia como consumidoras potenciales es menor que la de sus contrapartes blancas. En el Reino Unido todavía no existe una clase media negra sustancial, y solo recientemente las comunidades asiáticas han podido ver a sus hijos beneficiarse de la educación superior. Las mujeres asiáticas y negras también están marginadas por las grandes corporaciones y los anunciantes que constituyen el complejo de la moda y la belleza. Los sectores de mujeres que se consideran capaces de beneficiarse de un cambio de imagen,

© Ediciones Morata, S. L

que se convertirán en las consumidoras ideales de productos y cuya presencia en los programas de cambio de imagen no solo atraerán a grandes audiencias, sino que también crearán el formato adecuado para atraer publicidad televisiva (para los canales comerciales), serán mujeres de clase media baja y clase trabajadora alta, o de la trabajadora con aspiraciones predominantemente blanca. Como mostraré más adelante, la forma en que se maneja la presencia de mujeres negras o asiáticas en el formato de cambio de imagen está determinada por su raza y etnia, especialmente porque las formas de insulto y las estrategias agresivas pueden ser fácilmente interpretadas como racistas[6]. También se ha excluido del mundo de los cambios de imagen a las mujeres mayores, aunque, en busca de nuevas ideas, el equipo de Trinny y Susannah, que se había mudado de la BBC a ITV, ideó una serie que mejoraría la mirada y apariencia de las "abuelas" de la nación[7].

Teniendo en cuenta este mapa de divisiones de clase tan disperso, los programas no buscan unir a las mujeres bajo identidades de clase tradicionales, o a través de imágenes de igualdad y conformidad, sino crear nuevos significados de género sobre la clase y el estatus en general. Si el glamour se festeja como una marca de aspiración e identidad sexual, entonces se convierte en un marcador de género de clase y un atributo que las mujeres de clase media deben evitar, ya que en contraste ellas poseen "elegancia sin esfuerzo" o "distinción", lo que, en términos de Bourdieu, muestra que el "glamour de la aspiración" es el resultado de tener que esforzarse mucho, en contraste con el estilo que llega con tanta facilidad y

[6] En la serie *What Not to Wear* producida tras la salida de Trinny y Susannah de la BBC, una de las nuevas presentadoras es la música negra Mica Paris. Su estilo es menos corrosivo y hostil, y carece del desprecio de la clase media alta inglesa de Trinny y Susannah.

[7] Véase *Trinny and Susannah Undress the Nation*, ITV1.

© Ediciones Morata, S. L.

naturalidad a las mujeres de clase media, jóvenes y mayores por igual. El glamour conlleva todos los signos del trabajo duro, es aquello por lo que se felicita a las víctimas, donde la elegancia, la distinción, el sentido de la moda o el instinto quedan fuera de su alcance. Esto muestra entonces los sutiles grados de diferenciación de clases que se desarrollan alrededor de los cuerpos de las víctimas femeninas en estos programas.

Y, como argumento a lo largo de este libro, los antagonismos y las desigualdades raciales se intensifican en un nuevo contexto donde se silencian y marginan las políticas antirracistas en favor de la asimilación y la integración. Uno de sus resultados es la falta de atención política que se presta a las modalidades del racismo de género, tanto antiguas como nuevas, y la forma en que la nueva competencia entre mujeres legitima la discriminación. No hay nada que se acerque a la igualdad de género para las mujeres no blancas. Sin embargo, esto no significa que no se les inste a lograrlo, ni que aparezcan en la prensa y la televisión en términos que celebran el éxito y el logro. Las mujeres negras y asiáticas comparten con sus contrapartes blancas los "espacios de atención", pero siempre se entiende que son excepcionales y, por lo tanto, podrían actuar como modelos a seguir para sus pares negras o asiáticas menos exitosas. Esto se transmite a través de las interacciones escritas y los gestos corporales tanto de los presentadores como de los participantes. Las que se presentan como víctimas de un cambio de imagen son tratadas con menos desprecio y ridiculización que las mujeres blancas, y el formato de los programas se modifica ligeramente para tener en cuenta la diferencia, un punto al que volveré más adelante. En general, este escenario sugeriría una transformación de género, en particular, un movimiento de mujeres hacia la consecución de nuevas posiciones de clase media baja no a través de la respetabilidad, sino de estilos de glamour más

© Ediciones Morata, S. L

individualizados, que requieren un consumo conspicuo de uno mismo, por ejemplo, manicura, moda, caprichos, etc. El cambio y el movimiento son, pues, una característica de la experiencia de las mujeres en los últimos años. Pero, ¿cómo se refractan estos cambios dentro del formato de los propios programas? Por supuesto, como han demostrado Bourdieu y muchos otros, las mujeres no han sido inmunes a la articulación de distinciones de clase afiladas y, a menudo, crueles (Bourdieu, 1984). No hay nada nuevo en las palabras duras e hirientes dirigidas a las chicas o mujeres pobres o de clase trabajadora por parte de sus superiores sociales. Las mujeres de clase trabajadora han sido muy conscientes de los juicios denigrantes emitidos contra ellas por las de clase media con respecto a su apariencia y falta de respetabilidad (Skeggs, 1997). Estas últimas han desempeñado un papel clave en la reproducción de la sociedad de clases no solo a través de su papel ejemplar como esposas y madres, sino también como abanderadas de los valores familiares de la clase media, de ciertas normas de ciudadanía y como guardianas del valioso capital cultural que les pertenece a ellas y a sus familias mediante el acceso a la educación, el refinamiento y otros privilegios. Entonces, cuando las mujeres se separan más de los roles familiares tradicionales como resultado del movimiento hacia el mercado laboral a lo largo de la vida, ¿cómo afecta esto a la sociedad de clases? ¿Cuáles son las formas culturales y los diversos significados que buscan dar forma y retener el control sobre las nuevas jerarquías de género? ¿Será que a través del prisma de la individualización se reinventan las diferencias de clase, en gran medida dentro del campo cultural y mediático, para producir y reproducir divisiones sociales ahora más autónomamente feminizadas? ¿Se está reclasificando con más intensidad a las mujeres sobre la base de que ahora ocupan puestos de importancia clave en una economía política más amplia? ¿El paso al lugar de

© Ediciones Morata, S. L

trabajo desplaza la inflexión masculina de los valores de clase, con una amplia gama de significados más feminizados? Quizá fue un error fácil de las feministas asumir que las ganancias del éxito feminista en términos de conquista de ciertas libertades (ganarse la vida, tener derecho al mismo salario, etc.) conllevaría para las mujeres un interés y un compromiso por ampliar las posibilidades de los valores socialistas-feministas. La individualización femenina, por el contrario, es un proceso que genera nuevas divisiones sociales a través de la denigración de las mujeres pobres y desfavorecidas por medio de la violencia simbólica. Lo que emerge es un nuevo régimen de posiciones de clase trabajadora y clase media baja más fuertemente polarizadas, personificadas a través de un fracaso miserable o un éxito glamuroso. La división áspera y respetable anterior al bienestar se reinventa para el siglo XXI.

Permítanme considerar brevemente dos momentos periodísticos esclarecedores, cada uno de los cuales es indicativo de una dinámica social que reitera estas modalidades específicamente femeninas de violencia simbólica como procesos de diferenciación de clases ahora totalmente proyectados e inseparables del cuerpo femenino. A partir de ahora se considerará a la joven madre soltera como una persona abyecta con una "vida mal gestionada". Ella es una categoría social, un cierto tipo de chica cuyas características corporales y disposición traicionan su condición humilde. Esto marca una inversión del lenguaje de los valores liberales del bienestar para quienes la madre adolescente era alguien a quien brindar apoyo. Una nueva forma virulenta de antagonismo de clase encuentra expresión a través de la denigración pública de los defectos corporales de la chica que a una edad demasiado joven abraza la maternidad. De este modo, Christina Odone (en ese momento editora jefe de *New Statesman*, ofrece una versión más seria (aunque inevitablemente mezclada con cierta ironía)

© Ediciones Morata, S. L

de esta forma reciente de marcaje de límites al escribir que "las mujeres de alto rango... prefieren dejar la reproducción al equipo suplente... un bombo corre el riesgo de volverse una prueba tan clara de un origen obrero como el cigarrillo que cuelga de los labios de alguien". Continúa diciendo que una madre adolescente produce un "niño socialmente autista con pocas expectativas y aún menos talento" (Odone, 2000). En la misma línea, pero esta vez emergiendo desde el corazón de la cultura popular sensacionalista, una de las cantantes de la banda de pop *Atomic Kitten* (Kerry Katona), encuentra que en el sitio web de Popbitch se la denomina "pramface" [cara de cochecito] (que a su vez circula a través de los medios pop más amplios). Es decir, se considera que se parece al tipo de chica pobre de clase baja con un bebé en un cochecito. Otras formas despectivas de la clasificación social femenina incluyen "zarrapastrosa" o "cerda", como el periódico *The Sun* etiquetó a la finalista del concurso de televisión *Big Brother* 2002, Jade Goody. ¿Qué significa "cara de cochecito"? Una clase de chica. ¿Qué clase de chica? No la que se viste para ir a trabajar, por lo tanto, no se gana la vida. Tampoco una estudiante. Con un bebé, pero soltera, es decir, no lo suficientemente atractiva y presentable para atraer a una pareja a largo plazo. Luego debe de ser soltera y dependiente de los beneficios sociales. Como es un tipo social aparentemente reconocible, se supone que debe haber muchas como ella. El insulto es, pues, indicativo de una práctica renovada e injuriosa de reordenación social. Los cuerpos de las mujeres jóvenes deben entenderse ahora según una escala que va desde la asistencia social, la soltería, la maternidad que marca el fracaso, hasta el glamour que marca el éxito. La chica con "cara de cochecito", cansada, de aspecto pobre, ordinaria y mal vestida, y con un niño en un cochecito, contrasta marcadamente con las chicas "10" que pueden gastar una parte de sus ingresos en sí mismas y

© Ediciones Morata, S. L

aspiran a una participación plena en la cultura de consumo, y a través de esta diferenciación de clase ahora las distinciones se generan de manera más autónoma (es decir, todas son chicas solteras), dentro de lo que Bourdieu podría llamar el campo de los medios o periodístico y se refractan a través del cuerpo femenino juvenil. Este es un fenómeno relativamente reciente. El discurso denigrante dirigido sin pudor y con rencor hacia las chicas por parte de otras chicas se asocia con la "zorrería" prefeminista pasada de moda. En el pasado, los comentarios hirientes sobre la imagen corporal, la forma, el estilo o el mal gusto se consideraban pertenecientes al patio del colegio, y los adultos, padres y maestros de mentalidad liberal los condenaban a gritos como una forma de intimidación. Del mismo modo, las risitas sobre vivir en una propiedad de protección oficial o tener una madre que no parece acomodada podían recibir una severa reprimenda. El predominio, una vez más, de este tipo de lenguaje es una señal del desmantelamiento cultural de las políticas antidiscriminatorias y antirracistas que tuvieron una vida institucional en el Reino Unido desde finales de los años sesenta hasta mediados de los noventa.

Butler y Bourdieu

Me he basado en Bourdieu por su comprensión de cómo se reproducen las diferencias de clase en el terreno del gusto. Pero son los propios programas de televisión los que exigen un análisis de Bourdieu, aunque también hay problemas en su sociología de la estratificación de clases que nos recuerda Judith Butler (Butler, 1999b). La pregunta que plantea el diálogo entre Butler y Bourdieu es si programas como los discutidos son eficaces para gestionar el cambio y el movimiento de mujeres de acuerdo con los requisitos del régimen

© Ediciones Morata, S. L

social dominante y sus valores, o si las mujeres socialmente dominadas que participan en ellos presentan puntos de tensión y momentos de posible disrupción y de "resignificación" o "reterritorialización". Yo argumento que los programas ofrecen pocas posibilidades de resignificación de los comentarios denigrantes. ¡Esta podría ser una característica definitoria del poder mediático de la televisión! En cambio, muestran repetidamente que las mujeres de clase trabajadora son deferentes y están agradecidas a sus superiores sociales por guiarlas en la dirección de la superación personal. No obstante, la crítica de Butler a Bourdieu nos alerta sobre las limitaciones de su modelo de poder y dominación (Butler, 1999b). Butler puede ser menos persuasiva en relación con las posibilidades de crítica social que emergen del espacio de los propios programas de televisión, pero su modelo de poder foucaultiano permite comprender mejor cómo las palabras hirientes y el discurso de odio ganan vigencia y legitimación, y después circulan ampliamente en diferentes espacios sociales (por ejemplo, patios de recreo, aulas y centros comerciales) mucho más allá del espacio cuidadosamente editado y muy guionizado de la televisión. Pienso que estos programas constituyen una forma nueva y expansiva de poder de género que supervisa y se hace cargo de un movimiento de mujeres económicamente necesario, utilizando un lenguaje falsamente feminista de "empoderamiento de las mujeres" para desactivar, refutar y desautorizar la probabilidad de que se invente un nuevo vocabulario solidario que se enfrente a estas formas emergentes de desigualdades de género, raza y clase. La respuesta de Butler a Bourdieu nos permite aclarar las relaciones de poder tanto de género como de clase que están en juego en este formato de televisión.

Butler nos recuerda que Bourdieu se preocupa principalmente por la clase social, influida pero no totalmente moldeada por un tipo de marxismo, que él modifica y amplía poniendo en

© Ediciones Morata, S. L

primer plano el mercado (por ejemplo, la cultura del consumo) e introduciendo un concepto espacializador de teoría de campo. Sin embargo, el concepto de *habitus* y la forma en que esto permite un análisis del cuerpo dentro de lo que es al mismo tiempo un marco macrosociológico, es lo más interesante para Butler y lo que nos proporciona la idea clave sobre la forma en que las mujeres ponen sus cuerpos en el centro de atención de la televisión para mejorar. Butler comenta que el *habitus* es un espacio de "rituales encarnados de cotidianidad"; tales rituales también son la forma en que una cultura "produce la creencia en su propia obviedad". El cuerpo para Bourdieu está marcado por su propio *habitus*, lleva las marcas de su propia "historia incorporada"; es siempre un cuerpo social, inclinado a actuar de ciertas maneras como resultado de la fuerza de esta historia impregnada. Podría decirse que la mujer víctima aporta al género del programa su propia *hexis* corporal ya marcada como inferior o viciada. Aunque muy ocasionalmente hay mujeres de clase media que se permiten ser objeto de un cambio de imagen, esto es inusual, y cuando lo hacen se presentan disculpándose como fuera de las normas de su propio *habitus*, por ejemplo, como una excentricidad, o bien como que se han "dejado llevar" después de un divorcio o una crisis familiar. Las víctimas suelen ser de clase trabajadora (que van desde pobres y con trabajos no cualificados, hasta oficinistas o administrativas), o bien pertenecen a la clase media baja. Lo que tienen en común es el hecho de que el *habitus* que presentan, con sus rituales y acciones regularizadas, como modos de hablar, modales y comportamiento, estilos de vestir y apariencia, ahora se considera públicamente como "de mal gusto" y con necesidad de cambio o ajuste. Esto se ha convertido en un asunto de interés nacional, en la medida en que la televisión doméstica crea una forma de "comunidad imaginada". Si, en el pasado, este *habitus* de género de la mujer

© Ediciones Morata, S. L

de clase trabajadora era un rasgo familiar y reconocible de la diferencia social, reproducido a lo largo del tiempo para confirmar las jerarquías sociales existentes, ¿por qué en este momento, estas insuficiencias se convierten en un asunto de debate público? ¿Por qué ahora? Estos malos hábitos, en el pasado, se han llevado a cabo de forma inconsciente. Es decir, parte de la función del *habitus* es inculcar de manera mecánica disposiciones y formas rituales de práctica social que cumplan con lo que se requiere de este tipo de sujetos sociales dentro de un campo dado, al tiempo que permitan algún ámbito de acción autónomo, que al repetirse en el tiempo describen y dan identidad a una formación social culturalmente distinta. El cuerpo de la mujer de clase obrera ha conocido su lugar en el mundo, y es y ha sido visible a partir de esta capacidad limitada, ha sabido atenerse a lo que Bourdieu diría que son las reglas del juego (de clases). Sabe qué esperar y hasta dónde puede llegar, sobre todo es un cuerpo deferente. Este *habitus* de clase no existe aislado del más amplio campo social que informa y limita las prácticas que el *habitus* es capaz de generar. Si el *habitus* crea o da lugar a los tipos de acciones y expresiones que finalmente alientan al sujeto a conformarse, entonces este sujeto también se está conforme a las demandas establecidas por dicho campo. El *habitus* se vuelve reconocible y visible en virtud de que la mujer, a lo largo de los años, ha aprendido a representar este juego de actuación, por lo tanto, como sugiere Butler, presupone más o menos el campo, o lo tiene en cuenta, de modo que con el tiempo el *habitus* reproduce esas reglas y normas, hace el trabajo de campo por él.

Ese trabajo de campo es entonces lo que establece los términos y condiciones de lo que es posible y lo que es imposible para el *habitus*, aunque entre ellos exista una relación "mutuamente formativa". De hecho, Butler entiende el *habitus* en términos de sus capacidades adaptativas, se reorientará,

© Ediciones Morata, S. L

aunque sea capaz de la improvisación e invención autónomas, para volverse congruente con lo que el campo requiere de él, se inclinará ante la necesidad y abandonará las posibilidades que siempre están fuera de nuestro alcance. Pero esto significa que, según Butler, dado que el campo no "se altera en virtud del *habitus*", el campo (en este caso el mundo social) se convierte en una "positividad inalterable". Esta tendencia a reproducir fielmente las reglas establecidas por el campo persuade a Butler de que el estatus del *habitus* de Bourdieu es cuestionable, la idea de que se encuentra con el campo, como propone Bourdieu (mientras se evita un dualismo obvio de *habitus* "subjetivo" que se encuentra con el campo "objetivo") es conceptualmente difícil aceptar, ya que solo aceptando las reglas del campo, ya grabadas en piedra, el *habitus* puede operar con cierta autonomía ("el *habitus* presupone el campo desde el principio"). La riqueza del intento de Bourdieu de dar cuerpo a lo que es el espacio socializado del sujeto, llamado a ser, y que por lo demás es una especie de espacio vacío, al menos en la obra de Althusser, para Butler es incompatible al final con una teoría del poder que es ampliamente discursiva.

Butler defiende una explicación interpeladora que rechaza las distinciones que crea Bourdieu entre *habitus* y campo y entre el dominio de la realidad social con sus "condiciones institucionales" y el dominio de la lingüística con sus palabras y rituales performativos. Para Bourdieu, la efectividad de las palabras injuriosas se basa en el peso oficial de las condiciones institucionales detrás de estas palabras, y en quién tiene la autoridad para pronunciarlas. Suele ser una cuestión de privilegio de clase y autoridad social, que para Bourdieu tiene una especie de peso absoluto. Esto supondría que los expertos de los programas, a través de las reglas de la televisión y sus estructuras institucionales, se otorgan la autoridad para reprender y humillar a las víctimas de manera cruel e

© Ediciones Morata, S. L

insultante, a menudo usando palabras hirientes, o usando lo que en otros lugares se consideraría "discurso de odio". Esta autoridad con licencia también cumple con las reglas de entretenimiento popular que son examinadas por las autoridades correspondientes (por ejemplo, la Comisión de Normas de Radiodifusión). Butler opera con una comprensión del poder mucho menos centralizada y más difusa, para ella es un proceso microscópico que opera de formas no ligadas a las rigideces de los campos de autorización, sino que se mueven ampliamente a través de una multiplicidad de sitios y espacios sociales. El poder trabaja alrededor del cuerpo, por ejemplo, pero también en la calle, en lugares no autorizados, en el patio de la escuela, en el supermercado, en las prácticas normativas de la vida cotidiana. Esto llevaría a Butler a argumentar, quizás, que la efectividad de programas "inofensivos" como estos es dar legitimidad a la expresión de palabras injuriosas y "discursos de odio" mucho más allá de los límites de los géneros televisivos ritualizados. Lo que Trinny y Susannah pueden decirle a la madre soltera de aspecto pobre y descuidado, bajo el espíritu de la superación personal, se convierte en una nueva norma social. Se convierte en una forma aceptable de identificar y etiquetar a las personas pobres o desfavorecidas. Vuelve a entrar en el dominio público una aprobación más general de los prejuicios y la discriminación y un reconocimiento de las desigualdades de clase como hechos inmutables de la vida, a contrapelo de los valores socialdemócratas y de izquierda, con la novedad de que tales rasgos ahora están completamente feminizados.

Butler investiga los procesos interpelativos más amplios que autorizan a los sujetos a hablar. Cuestiona la rígida idea sociológica de la "posición social en el campo" y las determinaciones objetivas que permiten que unos hablen y otros no, "pues la cuestión de cómo se producen y reproducen las

© Ediciones Morata, S. L

posiciones sociales planteará la cuestión de la 'temporalidad' de las propias posiciones" (Butler, 1999b: 124). Para Butler, la posición social del campo es demasiado monolítica, el poder en el modelo de Bourdieu es demasiado directivo, moviéndose mecánicamente entre el *habitus* y el campo, donde Butler, en cambio, presta atención a las múltiples y dispersos procesos sociolingüísticos y discursivos que dan lugar a sujetos autorizados a hablar de manera hiriente. (¿Qué es, por ejemplo, lo que le permite al adolescente blanco con sus amigos en la calle gritar insultos raciales a la mujer musulmana con velo y salirse con la suya?)[8]. Este es, por supuesto, un modelo más foucaultiano, que entiende que el poder es descentrado y fluido, y atraviesa todo el mundo de las relaciones sociales, incluidas las que giran en torno al género y al cuerpo. Butler cuestiona el modelo de Bourdieu de *habitus* y campo, argumentando, sin embargo, que conserva una idea redefinida de *habitus* como un espacio de *hexis* corporal que lleva historias específicas dentro de su corporeidad. Este *habitus* del cuerpo es también un espacio social más que personal y puede convertirse en el lugar para impugnar las lesiones sufridas. Si el "insulto racial o de género sigue vivo", esto brinda la posibilidad de reelaborar el insulto en sí mismo y convertirlo en un instrumento político. La realidad de "haber sido insultado" acaba quedando, como ella dice, impregnada en la "carne del destinatario", esta es una de las formas en que "los sujetos son llamados a ser". Considero que aquí está diciendo que años de denigración y abuso verbal arrojan una especie de sombra física sobre el cuerpo de la mujer negra pobre, está grabada en sus rasgos y moldea

[8] Debemos mencionar la legislación del Reino Unido que tipifica como delito el discurso de odio, incluido el discurso homofóbico. Sin embargo, esto, por supuesto, en sí mismo no reduce ni detiene la expresión de insultos raciales y otras formas de violencia verbal, consulte www.guardian.co.uk/comment is free/ peter tachell. Consultado el 9/10/2007.

© Ediciones Morata, S. L

la forma en que camina y cómo se abre paso en una ciudad dominada por blancos. La violencia verbal es, por lo tanto, una característica clave del poder contemporáneo, no solo en el proceso de "formación del sujeto", sino como un lugar para la "contestación política y la reformulación del sujeto también". Butler, a diferencia de Bourdieu, ve algunas posibilidades de desafío y oposición dentro de lo que podrían parecer procesos microsociales, o en cosas aparentemente pequeñas como el hablar repetitivamente de palabras hirientes. El cuerpo de un hombre o una mujer que ha sido "insultado" parece llevar ese insulto incorporado como historia pero, al mismo tiempo, esta herida puede convertirse en una base para establecer una política de oposición, en la medida en que el cuerpo herido encuentra caminos de darle la vuelta a aquellas palabras que lo han herido, usándolas para desafiar al poder responsable de su herida[9]. Butler también ve el *habitus* como un espacio generador de cambios, donde los sujetos se hacen, pero también se rehacen. Esto nos proporciona dos puntos de reingreso al mundo del programa de televisión de cambio de imagen. La realización del cambio social dentro de este formato específico, y el grado en que estos performativos sociales, estos insultos verbales, estas formas de violencia simbólica también son refutados o contestados, mientras que también son absorbidos y encarnados por aquellos a quienes se dirige, se pueden aplicar directamente a estos programas. De hecho, son clave para el poder político y la influencia de los programas, y lo que está en juego en sus valores de producción. Podríamos decir que lo que los programas se atreven a permitir que se diga legitima en la cultura más amplia decir cosas ofensivas

[9] Como muestra la cita al comienzo de este capítulo, la ley puede prevalecer y prevalece al actuar contra el discurso injurioso. Sin embargo, Butler no defiende este camino hacia la justicia en su discusión sostenida sobre el discurso de odio (Butler, 1997b).

© Ediciones Morata, S. L

similares, con la salvedad de que en algunas ocasiones el infractor puede ser aprehendido y sometido a la fuerza de la ley. Los programas empujan los límites del discurso aceptable en aras de hacer algo nuevo y por lo tanto de producir un cambio, o como digo, de originar un movimiento de mujeres, mientras que esta audacia está atenuada por la existencia de leyes que ponen límites a la ofensa.

"Necesidades y normas" (Bourdieu, 1984)

La obra de Bourdieu nos permite reformular la violencia simbólica como un proceso que forma y reforma a los sujetos para que puedan alinearse con las necesidades del campo dominante. En este caso, ponemos en foco en la reproducción de un *habitus* femenino a través de un marco espacial y temporal particular (posfeminista) de la individualización femenina, el cuerpo y el mundo de los objetos culturales. La víctima del programa televisivo de cambio de imagen presenta su *habitus* de clase (incluidos el hogar, la familia, los amigos y vecinos, y el medio social) para que los expertos lo analicen y lo critiquen. Es decir, aunque se individualiza a la víctima, también se entiende inmediatamente que incorpora una categoría social de personas. Estos cuerpos expuestos muestran una "historia incorporada", la audiencia los percibe familiares en estos términos, se "delatan". Los programas comprenden una serie de encuentros en los que expertos, o, en términos de Bourdieu, intermediarios culturales, brindan orientación y asesoramiento a las personas, aparentemente como un medio de superación personal. Los expertos guían a las víctimas a través de diversas actividades, desde ir de compras, cocinar e interactuar con la gente, hasta coquetear y tener citas. Una característica clave (de entretenimiento) de los programas (y que más invita a un

© Ediciones Morata, S. L

análisis foucaultiano) consiste en observar a las víctimas por medio de cámaras ocultas como técnica etnográfica (es decir, para que puedan verse al natural). Por lo general, las víctimas tienen la oportunidad de informar sobre su progreso haciendo sus propios diarios en vídeo. Estos comentarios hechos a la cámara parecen ser momentos en los que las víctimas expresan sus dudas sobre el proceso completo de remodelación, y también comentan las injusticias que perciben por ser el sujeto de la humillación ritual. En otras palabras, este podría ser un punto de posible tensión en los programas donde, con el permiso de Butler, habría oportunidades para una incipiente política de resignificación, donde las palabras crueles podrían volverse y convertirse en el punto de partida de un contramovimiento de mujeres que revirtió los insultos y los usó para formular un cuerpo político de oposición. Pocas veces sucede esto en los programas, la única ocasión en que ocurrió algo parecido fue cuando la comediante (feminista) Jo Brand apareció en una edición de celebridades de *What Not To Wear*. Su humor autocrítico, como mujer de gran tamaño, frustró la crítica verbal de los presentadores propia del formato del programa. Y así, en cada paso de los programas de cambio de imagen, se hace omnipresente la noción de Bourdieu del cumplimiento de las "reglas del juego". Todo su mundo teórico encuentra mucha aplicación en estas zonas del entretenimiento, desde su descripción del gusto hasta su comprensión del cuerpo como el centro de lo que McNay llama "estrategias modernas de control social" (McNay, 1999). McNay nos recuerda que Bourdieu considera cómo las desigualdades sociales se perpetúan como relaciones de poder dirigidas directamente a los cuerpos y las "disposiciones de los individuos". Se centra en la coacción y el daño, en las prácticas de violencia simbólica y su efectividad. La "inculcación corporal" de la violencia simbólica, argumenta McNay, "se ejerce con la complicidad" del individuo. Estos

© Ediciones Morata, S. L

programas no funcionarían si la víctima no se presentara y se ofreciera como alguien que necesita ayuda experta. Sobre la base de su propio *habitus* subordinado, el individuo tendrá un "sentido del juego", un "sentido práctico de la realidad social", lo que significa que en el contexto de los programas ella sabrá instintiva e inconscientemente cuál es su lugar en relación con los expertos, de ahí las lágrimas, la gratitud y la deferencia a aquellos que saben mucho más que ella, y que están dispuestos (temporalmente) a compartir este conocimiento y experiencia.

En los programas *What Not To Wear* y *Would Like To Meet* (y también en *Ten Years Younger*) el conocimiento habitual del cuerpo (su flacidez por el cansancio y el exceso de trabajo, su apariencia descuidada y pobre, sus gestos autocríticos), es confrontado con la demanda del campo dominante que consiste en que el participante copie, o participe en una especie de mímesis, de modo que el *habitus* pueda modificarse para ajustarse a la exigencia del buen gusto. Si, como sugiere Butler, el *habitus* es el espacio para la generación de la creencia social en la obviedad de la realidad social dominante, entonces los halagos, reprimendas y estímulos de los presentadores y expertos en maquillaje proporcionan una visión clara de las operaciones del campo en su intento de alterar el *habitus*, dentro de unos límites cuidadosamente especificados, y al mismo tiempo inculcar el realismo de lo inalcanzable (Butler, 1999b). Como ya hemos visto, Butler sugiere que el *habitus* y el campo convergen hacia la congruencia entre sí, en el sentido de que el primero ya está inclinado a someterse a la autoridad social. Cuestiona este modelo predominante marcado por la forma en que el campo procura invariablemente la sumisión del *habitus*. Existe "el ideal de adaptación como la norma rectora de su teoría de la socialidad" (Butler, 1999b: 118). Butler al final persigue un enfoque más foucaultiano del poder social, como

© Ediciones Morata, S. L

ya he planteado, pero tanto ella como Bourdieu son teóricos de la restricción, y coinciden mucho en sus disecciones de cómo la normatividad se logra inexorable e implacablemente en todo el universo social. Este mundo conceptual que nos proporciona Bourdieu tiene un gran valor, hasta cierto punto. Por ejemplo, campo y *habitus* me permiten plantear la reconfiguración, mediante los medios culturales, de las relaciones entre clase y género en la Gran Bretaña contemporánea. Ayudan a explicar cómo los procesos de realineación social y un "movimiento de mujeres" toman forma con fuerza dentro del espacio de relajación y disfrute que brindan los medios y el entretenimiento. Pero existen dificultades para confiar en la teoría de campo y el concepto de *habitus* en los diversos espacios institucionales y no institucionales que están todos involucrados en la producción de programas como estos. ¿Podemos hablar, por ejemplo, del campo de la televisión que representan los expertos y presentadores y el *habitus* de clase específico de los presentadores que se moviliza en el contenido de los programas? Es fácil perderse en una proliferación de campos, desde el campo de la economía al de la televisión, al del Estado que mantiene una relación particular con los medios, al de la cultura de consumo que existe fuera de estos otros campos pero que juega un papel de sombra en los programas, al igual que el ámbito de las revistas. Otros campos de los medios, incluido el de los medios globales, también se involucran, por ejemplo, la prensa e Internet, así como el campo de la publicación. Un análisis más sustancial necesitaría rastrear las relaciones de dependencia entre estos sitios, así como las diferentes formas de *habitus* que existen en ellos.

Los límites de un análisis bourdieusiano se hacen evidentes, cuando estar en deuda con sus conceptos parece convertirse en un obstáculo para comprender los flujos de poder, y la densa red de relaciones sociales que atraviesan todo este terreno,

© Ediciones Morata, S. L

desde los cuerpos de los participantes en los programas, hasta el empleo de intermediarios culturales que son sus instructores, a las corporaciones globales que supervisan los vínculos y las escisiones de un formato de gran éxito. Lo que funciona a pie de calle, con los propios programas, comienza a descontrolarse cuando se analiza el mundo al completo del género del cambio de imagen. Podemos ver cómo el *habitus* de los intermediarios culturales (sus modos de hablar, sus prácticas sociales) debe permanecer separado (por lo tanto, inalcanzable) del de las víctimas y participantes. No hay nada que sugiera que las víctimas lleguen a pertenecer verdaderamente al mismo grupo social que sus mejoradores. Esto queda claro en miles de detalles, como en las palabras de consuelo y los comentarios finales de los expertos que conservan un ojo siempre crítico y escéptico. Mantienen también el monopolio de los vocabularios técnicos o profesionales, demuestran su familiaridad con un mundo completamente diferente que aún está fuera del alcance de aquellos que ahora han sido renovados (a menudo mediante nombres o referencias a tiendas exclusivas, barrios, restaurantes o eventos de arte). Entre ellos entienden que, una vez que ellos, los expertos, se hayan ido, la víctima está obligada a volver a sus malas costumbres. Este despliegue de un *habitus* de clase media alta, en marcado contraste con el de las víctimas, permite ver cómo en los programas se intenta transformar el *habitus* de clase trabajadora y de clase media baja a través de la vergüenza, la instrucción y el efímero glamour de la celebridad de estar en la televisión. El *habitus* defectuoso debe alinearse para que se ajuste, como diría Bourdieu, a las "necesidades y normas" del nuevo mercado laboral (o campo de la economía) y de la cultura del consumo. En resumen, podríamos decir que el esquema de Bourdieu ofrece un modelo potencial para unir un análisis micro de los propios programas con un análisis macrosociológico

© Ediciones Morata, S. L

del campo más amplio de las relaciones sociales y las prácticas institucionales. Sin embargo, los conceptos de campo y *habitus* comienzan a ceder bajo el peso de una metodología que examinaría las intersecciones y los flujos entre tantos campos y tantos *habitus*, momento en el que se puede comenzar a ver nuevamente el valor de un enfoque más abierto y fluido de las operaciones discursivas del poder que no depende de estos términos esquemáticos.

"Pánico mezclado con revuelta" (Bourdieu, 1984)

Sin embargo, los conceptos de capital cultural e intermediarios culturales de Bourdieu también proporcionan buenas herramientas para entender estos programas como un género. Frente a la cámara, los intermediarios culturales hacen alarde o realzan, a menudo de manera ostentosa, su propia procedencia de clase media o media alta al aplicarla en la presentación de los programas, casi hasta el punto de la parodia. Esto funciona en términos de entretenimiento ya que, después de todo, es sabido que los británicos están obsesionados con la clase, y esto hace buena televisión. Estos lugares de clase están delimitados por sus estilos corporales distintivos. Normalmente, las mujeres pertenecen a la clase media alta y tienen una voz y una apariencia "evidente", ya que transmiten aspectos del capital cultural que han acumulado sin esfuerzo. El mejor ejemplo de esto son las dos mujeres mayores que presentaban el programa de cocina *The Two Fat Ladies* y, por supuesto, la voluptuosa Nigella Lawson, quien hace referencia a la obra de Henry James mientras presentaba el programa *Nigella Bites* de Channel 4 (Brunsdon, 2005). El conocimiento que poseen estas mujeres sobre el buen gusto es natural, porque sencillamente forma parte de su educación. Hay una "distancia de la

© Ediciones Morata, S. L

necesidad", no hay nada demasiado urgente, demasiado entusiasta, demasiado arribista en su experiencia. Han tenido todo el tiempo del mundo para aprender sobre el tipo de cosas que no se enseñan en la escuela ni en el currículo académico. Simplemente conocen estas cosas, saben cómo armar un atuendo sin siquiera pensarlo, saben qué colores funcionan, saben cómo organizar una cena maravillosa y hacer que parezca que no hubo trabajo, ni ansiedad, ni planificación. También saben qué "no hay que ponerse". Muestran diversos grados de disgusto o repulsión, o disgusto corporal extremo hacia aquellos que no poseen dicho buen gusto. Las dos mujeres que presentan *What Not To Wear* tienen buenos contactos, son jóvenes y de clase media alta (internado, mezcla con la realeza, etc.). Su lenguaje corporal en los programas indica un enfoque pausado de la vida y el trabajo, se tumban en el sofá mientras miran los videoclips de las víctimas tratando ansiosamente de elegir un atuendo, y se ríen y burlan de sus errores. No deja de ser irónico que ahora veamos a tantas mujeres de clase media alta tratando de ganarse la vida recurriendo a su propia reserva de capital cultural, ondeándolo en el mercado de la televisión populista (casi como vender la plata de la familia). Brunsdon ha hecho un comentario similar sobre las mujeres de clase media alta que ahora salen a trabajar para dar instrucciones sobre cómo cuidar el hogar (Brunsdon, 2005). Presumiblemente, hay quienes podrían ver estos programas como democratizadores, en el sentido de que hay cierta redistribución del capital cultural en ellos, con la televisión de la BBC, en un modo reithiano posmoderno, desempeñando una función educativa por el bien de la nación, brindando amablemente instrucción en áreas de la vida cotidiana que no están cubiertas en el currículum escolar. Dentro de este modo de programación, también existe una intersección inesperada con el mundo gubernamental de la política pública, que abarca programas

© Ediciones Morata, S. L

de cocina y crianza de los hijos, así como los espacios de cambio de imagen (ver nota 1). Bourdieu, sin embargo, seguramente respondería a quienes consideraban que este tipo de género rompe la división entre alta y baja cultura, y da, en este caso a las mujeres, la oportunidad de aprender acerca del color, la textura y los diversos códigos estéticos de la moda, como que es falaz, porque, como ya hemos visto, esta pedagogía trata principalmente de la reelaboración de los límites, en particular los de clase y estatus, que ahora están más decididamente feminizados, junto con la supervisión del cambio para las mujeres, que se considera necesaria pero requiere una gestión cuidadosa. En todos los sentidos, las actitudes de los expertos se ajustan a la descripción de Bourdieu del papel social de los intermediarios culturales que consiste en inculcar deferencia, gratitud y buena voluntad cultural a las jerarquías sociales existentes (Bourdieu 1984).

Teniendo en cuenta el análisis de Bourdieu y agregando mis propios comentarios anteriores sobre los cambios de género y un "movimiento de mujeres", podríamos pensar que las dos mujeres que presentan *What Not To Wear* (Trinny y Susannah) ahora se encuentran en su puesto de trabajo, ya que ellas, como la mayoría de las mujeres de hoy en día, ya no dependerán del matrimonio o de una pareja masculina que las mantenga financieramente durante toda su vida (en tiempos posfeministas esto se reconoce como una estrategia de alto riesgo). Una carrera es una inversión mejor. Por lo tanto, las mujeres jóvenes de clase media alta competirán en el mercado laboral contra sus contrapartes de clase media extremadamente bien educadas. Entre los nuevos intermediarios culturales ya no predominan los "caballeros y eruditos", como describió Bourdieu, entre quienes existe y existió también un espacio de conflicto de clases y competición por los puestos de trabajo. Ahora es más probable encontrar "chicas de la sociedad"

© Ediciones Morata, S. L

y "chicas educadas", impartiendo las primeras consejos y orientación, a veces con desdén y siempre con elegancia desenfadada y sin prisas, mientras que las segundas son más sensibles, urgentes, directas y profesionales, y cuyos títulos en Psicología con su formación como *coaches* las visibilizan más. Se producen aquí también conflicto y competencia por trabajos muy solicitados en los ámbitos del estilo de vida, del entrenamiento para la vida y del entrenamiento personal (*coaching*). Se trata de esferas superpobladas, donde se congregarán mujeres jóvenes, lo que también confirma los comentarios de Bourdieu sobre el cambiante mundo del periodismo, ya que los expertos en moda y los *life-coaches* que presentan programas de televisión no pueden describirse como periodistas, aunque se referirán a sí mismos como locutores (Bourdieu, 1998). Así también hay una redesignación y un cambio dentro del mundo del empleo de las mujeres de clase media, con movimiento y fuerte competencia. Las formas del conflicto de clase feminizado reverberan a través de la jerarquía social, desde arriba hasta abajo. Se necesitan con urgencia más estudios sociológicos de estos procesos, analizando en detalle qué tipo de mujeres jóvenes consiguen qué trabajos y haciendo preguntas sobre las bases dadas para la selección. Por ejemplo, ¿cuáles fueron las trayectorias profesionales que llevaron a Trinny y Susannah a *What Not To Wear,* o a Gok Wan a *How to Look Naked,* o a Nicky Hambleton-Jones a *Ten Years Younger*? Hay mucho trabajo por hacer en el terreno del empleo como intermediario cultural, pero junto a esto sería un ejercicio sociológico igualmente importante considerar los programas en sí mismos y rastrear, comparar y analizar el papel del insulto y los comentarios o miradas hirientes en estos programas. Tengo anotadas frases del tipo "qué voz tan aburrida", "mira cómo camina", "no debería poner ketchup en sus patatas fritas", "parece un ratón de biblioteca", "sus pantalones son

© Ediciones Morata, S. L

demasiado largos", "ese jersey parece tejido a ganchillo por su abuela, estaría mejor sobre una mesa", "no ha lavado la ropa", "tu pelo parece el de un caniche gigante" "tus dientes son amarillos, ¿has estado comiendo hierba?" y "Dios mío... parece una lesbiana alemana". Este último insulto se consideró tan hilarante que se siguió como una promoción del programa de la BBC TV durante casi dos semanas antes de su transmisión. Se muestran una crueldad y perversidad que retrotraen a las historias de los internados de los años 50, donde chicas desagradables y pretenciosas ridiculizaban a la pobre becaria por su apariencia, modales, educación, acento y por sus mal vestidos padres.

Programas como *Would Like to Meet* y *What Not To Wear* se autojustifican basándose en que las víctimas son adultas jóvenes, están dispuestas a participar y se someten a ser renovadas con gran entusiasmo. Este es un entretenimiento popular que utiliza la ironía para sugerir que las palabras y los gestos ofensivos no deben tomarse literalmente. Sin embargo, esto no significa que no haya humillación. Las participantes con frecuencia se deshacen en lágrimas y hay "pánico mezclado con revuelta" cuando se las pone a prueba, desaprendiendo lo que se considera inaceptable y poco atractivo sobre ellas. Los momentos de rebelión duran poco y se limitan a breves estallidos de ira nocturnos, ya que las participantes invariablemente se someten a la mañana siguiente a la autoridad de los que saben más. En general, este proceso de reeducación dentro de las zonas de entretenimiento popular marca algunos de los contornos sociológicos del cambio para las mujeres en la Gran Bretaña contemporánea. El análisis que he presentado hasta ahora enfatiza el poder del campo (o de las fuerzas de dominación social) para redirigir el *habitus* de las mujeres de clase trabajadora o media baja, a fin de producir un "movimiento de mujeres" que se muestran dispuestas a cambiar,

© Ediciones Morata, S. L

para ocupar con mayor seguridad y eficiencia su lugar en los mercados laborales emergentes que necesitan de su participación, y que además les proporcionarán ingresos disponibles para que puedan consumir más productos y servicios a lo largo toda una vida.

Soy consciente de que dejo varios asuntos pendientes. Los estudiosos de la televisión seguramente destacarían la producción más compleja de significados dentro de estos textos, de modo que, en ocasiones, podría haber una victoria de las participantes sobre los presentadores cuando el buen gusto que muestran las chicas al final se rechaza. A veces, la imagen ordinaria y descuidada de la víctima conserva resiliencia, dignidad, respeto por sí misma y obstinación, a pesar y en contra de los esfuerzos de los expertos. A menudo surge una especie de lucha entre los presentadores y la víctima por la aprobación de la supuesta audiencia. Pero la lógica cultural de los programas es que las víctimas acepten el cambio como algo bueno, ya que los beneficios invariablemente superan el dolor y la humillación. Tampoco hay mucho campo para aquellos que desean permanecer andrajosos y desaliñados desafiando el *ethos* dominante de superación personal. Basándonos nuevamente en Butler, podríamos argumentar que la repetición en estos formatos, con términos insultantes e injuriosos dirigidos a las mujeres, estaría poniendo en evidencia una ansiedad social mucho más profunda precisamente sobre el estatus inestable de la mujer en la Gran Bretaña contemporánea, separada de las viejas amarras de clase, etnia, matrimonio, maternidad y género e identidad sexual apropiados. Con su propio dinero en sus bolsillos, ¿quién sabe lo que podría pasar? Si la celebración renovada de la cultura del matrimonio y todos sus adornos tradicionales, incluidas las despedidas de soltero y soltera, marcan los contornos de una estrategia dirigida al consumidor para garantizar que las mujeres jóvenes mantengan su

© Ediciones Morata, S. L

compromiso con las normas heterosexuales; si el nuevo contrato sexual de trabajo, ocio y grados de libertad sexual que se les ofrece también busca evitar formas peligrosas de repolitización, entonces esta validación de la maldad y la intimidación anticuadas y prefeministas que se desarrollan a lo largo de las líneas de clase y estatus, ¿puede ser otro intento similar de asegurar que prevalezca el orden en un contexto de cambio y movimiento?

Quiero concluir esta disertación sobre un "movimiento de mujeres" muy guionizado con una breve discusión sobre el lugar que ocupan la raza, la etnia y la identidad sexual dentro de estos programas. Hay mujeres negras y asiáticas que presentan programas como estos en todos los canales, pero, ¿a las participantes de minorías étnicas se las trata con el mismo desprecio que a sus contrapartes blancas? Y donde los hombres gais son tan prominentes como expertos en estos programas, ¿cómo se entrelaza la identidad lésbica con estos procesos de reorganización de clases? Una respuesta radicaría en la aprobación social que se otorga a través de las líneas de sexo y raza, porque la víctima desea mejorar y tiene voluntad para ajustarse a los ideales normativos de glamour y buena apariencia que a su vez consolidan una identidad heterosexual tranquilizadora, generalmente de clase media baja. En *What Not To Wear* Trinny y Susannah critican a una mujer taxista por ser demasiado "masculina" y "esconder su figura fabulosa", pero hasta la fecha no parecen haber ofrecido sus servicios a las participantes lesbianas. Y hasta ahora no he encontrado un solo programa donde los expertos se rían abiertamente o hagan comentarios despectivos sobre mujeres negras o asiáticas; el tono se suaviza de alguna manera cuando el cambio de imagen es para alguien negro. Esto seguramente introduce dinámicas para un análisis posterior, sobre todo para un estudio etnográfico de los valores de

© Ediciones Morata, S. L

producción y el proceso de escritura de guiones. ¿Cómo se toman las decisiones sobre cómo interactúan los presentadores con los participantes negros o asiáticos? ¿Cómo responden las presentadoras negras (por ejemplo, Mica Paris) a las víctimas negras o asiáticas? Pienso que los programas se basan en una historia incorporada del antagonismo de clase entre las mujeres británicas blancas, una historia conocida por la audiencia blanca, ya que es parte integral de la "cultura nacional" desde los escritos de Virginia Woolf y sus comentarios despectivos sobre los sirvientes hasta los diarios y escritos de las propias mujeres de la clase trabajadora. Los programas restablecen partes de estos vocabularios familiares con la condición de que el insulto ya no tenga la intención de lastimar. Los repertorios históricos del odio de clase tradicional inglés se reviven en los comentarios denigrantes sobre la imagen, la apariencia, la voz y el acento de la gente blanca de clase trabajadora. Estas palabras hirientes todavía están allí enterradas en el *habitus* de la vida de la clase media, aunque han estado dormidas. Pero los negros han sido entendidos históricamente como sujetos racializados más que como sujetos de clase, por lo que no han sido incluidos en este vocabulario particular de violencia simbólica. Los insultos dirigidos a ellos están invariablemente racializados. Por lo tanto, las duras palabras de Trinny o Susannah dirigidas a una mujer asiática solo podrían interpretarse como insultos raciales, de hecho, se expresarían en términos racialmente abusivos. Hasta ahora, ninguna mujer negra de clase trabajadora se ha quedado en bragas y medias y se ha mirado con vergüenza en el espejo de cuerpo entero mientras Trinny y Susannah tocan o manosean sus senos, que invariablemente necesitan un buen sostén. De alguna manera, eso sería demasiado incómodo para el formato. De hecho, cuando aparecen mujeres negras o asiáticas, por lo general son objeto de más admiración y elogios que sus contrapartes

© Ediciones Morata, S. L

blancas. Podemos deducir que la raza y la etnicidad introduce dificultades en un género que se basa en el restablecimiento de las formas tradicionales de conflicto de clases y la jerarquía entre las mujeres blancas. Podría decirse que la suposición que subyace a estos programas que les permite adoptar la forma que toman, es que las mujeres blancas han alcanzado de alguna manera un estado de igualdad. Aparte de la brecha salarial entre hombres y mujeres, ellas ya no están discriminadas y, por lo tanto, se puede esperar que las mujeres se parezcan más a los hombres en el puesto de trabajo, es decir, se vuelvan más competitivas, con una perspectiva más individualista, menos preocupadas por cuidar a otros, más preocupadas por el cuidado de sí mismos. Así que los programas alientan a las mujeres de clase trabajadora a apretar los dientes, bajo la guía de sus superiores sociales, y "salir fuera". Y debido a que ha habido mejoras, porque las mujeres blancas "corrientes" han obtenido ventajas en los últimos años porque se han vuelto más iguales que antes, este aporte para mejorarse a sí mismas no parece tener el viejo aguijón de la condescendencia de clase. La misión casi filantrópica de Trinny y Susannah para mejorar las existencias nacionales de mujeres blancas, sin embargo, se detiene ante el desafío de mejorar la condición de las mujeres británicas negras o asiáticas. Incluso en términos de sentido común, dichas suposiciones sobre la igualdad no se pueden aplicar sobre las mujeres negras o asiáticas, que siguen estando muy subrepresentadas en la fuerza laboral. Las mujeres negras siguen empleadas en gran medida en áreas segregadas por género, como el trabajo de los cuidados, mientras que las mujeres asiáticas, dependiendo de su ubicación de clase, se entiende que están menos individualizadas que sus contrapartes blancas, y se las considera integradas en sistemas comunitarios o de parentesco. Estos factores suponen dificultades para los

© Ediciones Morata, S. L

formatos de cambio de imagen cuando se llega a la humillación o la denigración, y así, como solución, las víctimas se ven tratadas con más respeto, o con menos crueldad manifiesta. Una peluquera no blanca llamada Geneve, que apareció en *What Not To Wear*, abrumó tanto al equipo con su personalidad "chispeante" que casi silenció a los presentadores, y fue una de las pocas participantes a las que no le gustó el nuevo aspecto y volvió a su estilo anterior. A pesar de la dificultad que presentan los temas relacionados con la raza y el origen étnico, los términos de estos programas no excluyen directamente a las mujeres negras y asiáticas, sino que en realidad son racialmente inclusivos, llaman abiertamente a la feminidad más allá de las fronteras de la raza, para identificarse con este *ethos* de superación personal. Muchos de los expertos y presentadores son negros o asiáticos, los "problemas" solo surgen en la interfaz de interactuar con la corporeidad del cuerpo de la mujer no blanca y sus fallas. Por lo tanto, para diseccionar y comprender la dinámica de la raza y la etnicidad dentro de estos programas, necesitaríamos observar los códigos editoriales y las convenciones vigentes a medida que se escriben los guiones y se seleccionan y luego se informa a las víctimas. Hay mucho más trabajo por hacer en "textos mundanos" como estos (Rose, 1999b).

También podríamos reflexionar sobre la reducción de las normas corporales y los límites estrictos de lo que constituye una identidad sexual aceptable para las mujeres jóvenes, en contraposición a los argumentos feministas y lésbicos anteriores, y como un medio para excluir o repudiar aún más a aquellas que no encuentran consuelo, sino dolor, en la feminidad prescrita tal como la definen Trinny y Susannah. Pero volvamos a Bourdieu. Encuentro que su obra permite comprender cómo tiene lugar y realmente sucede el reordenamiento social a lo largo de las líneas de género, dentro de los medios y la

© Ediciones Morata, S. L

cultura popular por medio de una represión del *habitus* de la clase trabajadora, en su mayoría mujeres blancas y de clase trabajadora y ,media baja para que su inserción masiva en el mundo del trabajo y su creciente protagonismo como ciudadanas asalariadas se gestione de forma que responda a las nuevas exigencias de la subjetividad individualizada en el empleo, la cultura del consumo y sexualidad. Podríamos decir que, a través de estos discursos sobre el cuerpo femenino, se está revisando "nacionalmente" la propia categoría de mujer para adecuarla a las demandas biopolíticas de la nueva economía global.

© Ediciones Morata, S. L

6

CONCLUSIÓN: DENTRO Y FUERA DE LA ACADEMIA FEMINISTA

En el aula feminista

Este libro se enfoca en las fuerzas que han trabajado en los últimos años para hacer del feminismo algo desagradable e intransferible, un movimiento social que tiene pocas probabilidades de que se reviva o se renueve. He seguido este camino analizando la cultura popular y sus intersecciones con el debate público, empleando los términos en referencia al feminismo como desarticular, desconectar o desmantelar. No pretendo afirmar que el feminismo ha sido algo fijo, un punto de reunión desde la noche de los tiempos, en torno al cual se pusieron de acuerdo muchas mujeres. El caso es justamente lo contrario, de hecho, he argumentado que la evocación en los medios y la cultura popular de un pasado feminista horrible y aterrador es algo que solo existía en la mente de los periodistas y políticos misóginos, por lo general en relación con actividades del tipo del campamento de paz de Greenham Common de principios de la década de 1990. Auberon Waugh, por ejemplo,

© Ediciones Morata, S. L

describió de manera reveladora que las mujeres del campamento "huelen a pescado podrido" (Stallybrass y White, 1986: 23). Tampoco he pretendido dar a entender que el movimiento de las mujeres habría continuado y crecido de forma más o menos lineal o progresiva de no ser por las acciones concertadas de aquellos conjurados para su desmantelamiento. Así que no es una cuestión de avanzar y luego retroceder. Y no quiero decir que el feminismo se haya extinguido por completo, que no quede nada de él. La tesis que sostengo es que, dentro de un contexto más amplio donde parece que diversas organizaciones y organismos públicos han adoptado o tenido en cuenta los ideales feministas, esta implementación también ha originado un proceso de desaliento y rechazo a una difusión mayor, renovación o regeneración del feminismo, en cualquiera de sus formas, especialmente para una población de mujeres más jóvenes, cuyos intereses ahora parece que están bien atendidos por distintos grupos de interés, incluido el gobierno. Así que estoy tanteando el terreno de las prácticas que tienen lugar dentro de la cultura política y la cultura popular. No me he ocupado en profundidad de las muchas formas de feminismo que han existido desde la década de 1970 en adelante, no he examinado la expansión del feminismo en la academia, y el enorme crecimiento de las revistas académicas feministas, así como el entusiasmo de las académicas feministas por escribir para estas publicaciones. Tampoco he reflexionado sobre la enérgica actividad feminista en Internet de los últimos años, o sobre, por ejemplo, los desarrollos más recientes que surgieron de subculturas *Riotgrrrl* de la década de 1990. Si argumentase que el feminismo se ha desvanecido por completo, el entusiasmo de las mujeres más jóvenes por asistir a conferencias académicas feministas y charlas públicas demostraría seguramente que estoy equivocada. Este libro no un lamento por lo que pudo haber sido. En cambio, ha sido un

© Ediciones Morata, S. L

intento de hacer una intervención que cruce las fronteras de distintas disciplinas académicas, estudios de género, sociología, estudios culturales y de medios, con el objetivo de animar un gran debate sobre el futuro del feminismo dentro y fuera de la academia, y de provocar más rondas de discusión.

En este capítulo final examino y desafío varias formas de lo que podríamos llamar feminismo afirmativo, y lo hago centrándome en cuatro temas. Primero, un terreno que afirma estar a la vanguardia del éxito feminista en las políticas, es decir, la incorporación de la perspectiva de género; en segundo lugar, la celebración de la tercera ola (cuestiono el uso del término olas en la descripción de los movimientos feministas); tercero, como contrapunto a esto, la política sexual afirmativa de la filósofa feminista Rosi Braidotti; y cuarto, vuelvo al aula feminista y planteo algunas preguntas sobre estudios de la mujer, sobre la pedagogía poscolonialista, sobre la enseñanza en el contexto de la globalización, y sobre algunas de las demandas nuevas o inesperadas que se hacen a las académicas feministas a medida que las universidades se convierten en lugares para la llamada transferencia de conocimiento y, de manera más general, se conectan con el mundo de la empresa global. Cuando cada año en mi propio salón de conferencias me enfrento a casi 200 mujeres jóvenes (y a algunos hombres jóvenes) de las cuales menos de un puñado comparten mi propia nacionalidad británica y que han venido para recibir un curso de maestría (o son estudiantes de doctorado) de países como Japón y China, Corea y Malasia, Canadá y EE. UU., Botswana, Panamá, Chile, Argentina, Polonia, Hungría, Albania, Uruguay, Brasil, India, Bulgaria, Grecia, Escandinavia, Alemania, Italia y España, y habiendo visto, a lo largo de los años, que estas jóvenes no son de una élite internacional, sino de hogares de clase media (incluso de clase media baja, con apuros económicos), está claro que se trata de jóvenes que están destinadas

© Ediciones Morata, S. L

a un nuevo mercado laboral internacional, vienen a estudiar a Londres para que esto les ayude a conseguir un buen trabajo. Y para ellas existe la percepción de que la pedagogía feminista en sociología y en los estudios culturales es de alguna manera relevante para sus vidas, aunque muy pocas se llamarían realmente feministas. Y así, en este capítulo final, reflexiono no solo sobre el paso de estas mujeres jóvenes dentro y fuera de la academia feminista, sino también sobre la política poscolonial que se desarrolla a través de estos encuentros.

La transversalización de género y sus críticas

Si hay una sola corriente de pensamiento feminista que va en contra de los argumentos presentados en este libro, es la transversalización de género. Este concepto, al menos en el Reino Unido, está conectado con el trabajo de Sylvia Walby quien, a lo largo de una serie de artículos y colecciones que se han editado, lo presenta como una forma nueva y modernizada de práctica feminista. Hay en su obra un cierto grado de énfasis programático, así como afirmaciones sobre el impacto y la importancia de este giro hacia la corriente principal. Déjenme imaginar a Walby diciendo que el desmantelamiento feminista que sostengo es algo totalmente cultural o simbólico y, mientras tanto, en el mundo práctico de los problemas de las mujeres, ha habido un desarrollo notable. Walby trabaja entre el mundo de la universidad y el de las grandes y pequeñas instituciones políticas y organismos públicos, desde pequeñas ONG de todo el mundo hasta el Banco Mundial, la ONU y, más concretamente, la UE. Su obra está dirigida a este tipo de electorado amplio, ella conversa con un tipo de personas que trabajan en un campo profesional sobre temas que conciernen a las mujeres. Los escritos de Walby sobre la incorporación de

© Ediciones Morata, S. L

la perspectiva de género también cambiaron en los últimos cinco años, y ahora se involucra más plenamente con la diversidad y la diferencia (Walby, 2002, 2005a, 2005b). El caso más importante para la incorporación de la perspectiva de género está en un artículo clave, donde expone que se ha dado un cambio desde la actividad feminista autónoma hasta la participación en el Estado y la sociedad civil, al mismo tiempo que han disminuido el feminismo socialista y el separatista radical y, en cambio, una buena parte de la actividad feminista se subsume dentro de una especie de reelaborado feminismo de igualdad de derechos, compatible con las nuevas formas de democracia liberal (Walby, 2002). Este modelo se puede ver funcionando en el Reino Unido, en la incorporación de las demandas feministas por parte del Nuevo Laborismo, y también en la agenda de integración de la igualdad que ahora asumen la ONU, otras instituciones globales, y en particular por la Unión Europea. Donde el feminismo fue alguna vez ruidoso y activista (o al menos esta es la inferencia que se puede extraer) ahora ha madurado. Ha adoptado el discurso de los derechos humanos y, a su vez, el discurso de los derechos humanos ha incorporado plenamente las demandas de igualdad de las mujeres, no solo en el sentido individualista, sino también para incluir los derechos económicos y sociales colectivos de las mujeres.

Walby enfatiza las coaliciones y alianzas que han suplantado, al parecer, la tendencia del feminismo a dividirse en facciones antagónicas. El Estado, en forma de departamentos gubernamentales (incluido el gobierno local), ha respondido a muchos de los problemas relacionados con la violencia doméstica que originalmente se asociaron con el ethos más independiente y de autoayuda. Hay, afirma Walby, simplemente cada vez más mujeres profesionales que ocupan puestos clave en las oficinas del Estado, que se asegurarán de que se dé prioridad a los derechos de las mujeres. Esto demuestra cómo la incorporación

© Ediciones Morata, S. L

de la perspectiva de género se ha convertido en un "programa político para el feminismo en una era global" y en un "movimiento global" (Walby, 2002: 538). Una señal clara del "éxito feminista" ha sido la forma en que la UE ha adoptado la integración de la perspectiva de género como una política oficial, en línea con su "compromiso estratégico con la globalización". Hay, afirma, muchas oportunidades ahora para que emerja una nueva política feminista, y se puede decir que las mujeres están emprendiendo un cambio desde el ámbito doméstico al público. Presenta un modelo de progreso lento, basado en gran medida en la idea de que las mujeres ahora están empleadas en ocupaciones que les permiten ofrecer experiencia profesional y formar redes de defensa en lugares importantes de política, legislación y toma de decisiones políticas. Además, afirma que lo que el feminismo puede haber perdido en términos de visibilidad pública como movimiento de protesta, se ve más que compensado por otras actividades ocultas que tienen lugar entre bambalinas. Pone el acento no solo en la defensa tecnocrática profesional de arriba hacia abajo en nombre de los problemas de las mujeres en el escenario nacional y global, sino también en la amplia gama de diferentes feminismos que han surgido en diferentes ubicaciones geográficas en los últimos 20 años. La incorporación de la perspectiva de género en esta forma más abierta encarna lo que hoy es el feminismo. Pero en esta tesis hay algo así como un proceso de auto autorización en curso, donde también se afirma que esta variedad de feminismo tiene algún tipo de peso oficial. En *Gender Mainstreaming: Productive Tensions in Theory and Practice*, Walby (2005a) afirma que este proceso implica la "reinvención, reestructuración y reetiquetado del feminismo" a través de la promoción de la igualdad de género y de asegurarse de que las políticas sociales existentes sean más efectivas al esperar que se aborden las cuestiones de género.

© Ediciones Morata, S. L

Y en *Introduction: Comparative Gender Mainstreaming in a Global Era*, Walby nos dice que esta es una "nueva forma de la práctica política y de políticas de género... un fenómeno... originado en la política de desarrollo y adoptado por la ONU en la conferencia sobre la mujer de 1995 en Beijing y asumido por la Unión Europea (UE) y sus Estados miembros" (Walby, 2005b: 453). Mira hacia la UE, donde la definición de integración de la perspectiva de género es la "(re)organización, mejora, desarrollo y evaluación de los procesos políticos, de modo que se incorpore una perspectiva de igualdad de género en todas las políticas, en todos los niveles y en todas las etapas, por parte de los actores normalmente involucrados en la elaboración de políticas". Existe la necesidad de "participación igualitaria de mujeres y hombres en la vida política y pública" con "educación... un objetivo clave para la igualdad de género". En sus artículos, Walby aborda las dificultades y complejidades que supone responder a los problemas que plantea la teoría feminista en torno a las intersecciones siempre existentes de las desigualdades de género con las de raza y clase, edad, discapacidad y creencias. Está atenta a los debates sobre los límites del modelo experto o de incidencia y la importancia de la transversalización de género como proceso de democratización para que las mujeres marginadas "lleguen a tener una voz". Walby argumenta que en muchos aspectos existe una "dualidad de experiencia y trabajo democrático participativo en esta incorporación de la perspectiva de género, que es complementaria en lugar de contradictoria". Se refiere a Woodward, quien aboga por un "triángulo de terciopelo" de "burócratas feministas, académicas de confianza y voces organizadas en el movimiento de las mujeres... para el desarrollo de la integración de la perspectiva de género en la UE" (Walby, 2005). Finalmente, enfatiza el papel que debe desempeñar la incorporación de la perspectiva de género en

© Ediciones Morata, S. L

el escenario internacional, como una forma flexible y sensible a la cultura de desarrollar un programa de derechos de las mujeres que sea compatible con la mayoría de los vocabularios de derechos humanos existentes.

Si esto es una versión respetable del feminismo, "remodelada" para que la gobernanza global la apruebe, hay quienes discuten tal movimiento. Frey y cols. (2006), por ejemplo, cuestionan el modo en que los términos de la diferencia de género dualista siguen sin ser un problema, lo que significa que la incorporación de la perspectiva de género mantiene intactas las nociones de capacidad femenina y masculina, y puede implementarse fácilmente para mejorar la eficiencia en la nueva economía global. Frey y cols. escriben que *Gender Mainstreaming* (la hegemonía de género) se interpreta cada vez más como una estrategia de reorganización neoliberal para optimizar los "recursos humanos específicos de género"... la equidad de género se ha transformado en una gestión inteligente de las supuestas diferencias" (Frey y cols., 2006: 1-3). Es decir, las mujeres, y en particular las más jóvenes, producen un valor agregado en virtud de sus habilidades y competencias particulares, que ahora, en la era del sector de servicios, tienen más demanda que en el pasado. Por lo tanto, se puede pensar en la integración como un tipo de programa o esquema acomodaticio no conflictivo que sigue un camino que tiene cierto potencial igualador, pero que en esencia puede ser absorbido y asumido por las estructuras e instituciones del capitalismo. Cuando anteriormente hablé sobre el "feminismo que se tiene en cuenta", esta variedad de feminismo permite que las instancias gubernamentales afirmen que se están atendiendo los intereses de las mujeres. El vocabulario de la hegemonización de la idea de género es "moderno", gerencial y profesional, con un enfoque programático, con todo tipo de herramientas de evaluación y análisis de resultados que se puedan presentar

© Ediciones Morata, S. L

como marcas de buenas prácticas en las instituciones corporativas, estatales y del sector público. Como ha señalado Hark, el uso mismo de la palabra "género" en lugar de "mujeres" puede tener este efecto de respetabilidad social no combativa (Hark, 2005). Walby insinúa, incorrectamente, que trabajar dentro las oficinas del Estado es nuevo para las feministas. No reconoce el hecho de que, dentro del feminismo socialista, desde mediados de la década de 1970 en adelante, siempre hubo una relación productiva y crítica con el Estado, a nivel local y nacional. Toda la tradición de trabajar con los "Aparatos Ideológicos de Estado" en términos de Althusser, fue una característica clave de la obra escrita feminista marxista, incluyendo el trabajo de Michèle Barratt, Elizabeth Wilson, Lynn Segal y Mary McIntosh, ninguna de las cuales se adhirió al tipo de feminismo autónomo o separatista que según Walby caracterizó el movimiento de las mujeres desde mediados de la década de 1970. Estas feministas fueron efectivas en sus intervenciones, cambiando los vocabularios que definían las prácticas dentro de las grandes instituciones sociales, al tiempo que trabajaban en pro de un cambio más radical. Walby no presta atención a la importancia y los fundamentos teóricos del feminismo marxista y su análisis del estado en las últimas 4 o 5 décadas. En su lugar, respalda una especie de profesionalismo feminista maduro que trabaja cómodamente dentro de las instituciones del Estado. Pero, ¿cómo puede estar tan segura de que las profesionales feministas en las que, según ella, debemos confiar, sigan siendo tan dignas de confianza? Dentro del gobierno del Nuevo Laborismo bajo el liderazgo de Tony Blair, las mujeres que anteriormente habían profesado un compromiso con los problemas de la mujer permanecieron obedientemente en silencio y temerosas, fácilmente convencidas por el líder de que el feminismo "desconectaba" al electorado. El feminismo fue vilipendiado sin cesar, la Women´s Unit cerró y el

© Ediciones Morata, S. L

estilo de gobierno machista fanfarrón (como muestran los diarios de Alistair Campbell) encontró poca o ninguna oposición (Campbell, 2007). De hecho, la incorporación de la perspectiva de género reemplaza al feminismo. Walby misma se refiere al pasado feminista como una época de ira y rebeldía, los tiempos cambian, insinúa, y es así cómo las feministas pueden ahora tener un impacto de una manera menos dramática. Pero sin mostrar también cómo los logros feministas son y pueden ser desmantelados, sin abordar cómo el paso a la vida política y pública, en la línea que describe Walby, en realidad se está cuestionando y desanimando sin cesar, y sin mirar cómo términos como el equilibrio trabajo-vida. tienden a reinstalar normas jerárquicas de género en el hogar heterosexual, los valores y la agenda asociada a la hegemonización de género se reducen al nivel de incorporación de principios y la implementación de un repertorio limitado de políticas cuya efectividad es dudosa. La incorporación de la perspectiva de género en el Reino Unido es, por lo tanto, una estrategia de gestión tecnocrática que, combinada con la afirmación de que el activismo feminista de una era pasada ya no es relevante, se convierte en un sustituto, parte de la lógica imperante del feminismo desmantelado.

Sin embargo, existe el punto mundano de que hay posibilidades de trabajo y empleo para mujeres jóvenes graduadas dentro del campo de la hegemonización de la perspectiva de género. Fuera de la academia, este es el idioma dominante y disponible para aquellos que desean ganarse la vida en el campo de los asuntos de la mujer, en el Reino Unido y particularmente dentro de los programas financiados por la UE. Necesitamos reconocer que los vocabularios teóricos de los estudios de género podrían ser incompatibles con las exigencias de un entorno de trabajo dedicado a mejorar las posibilidades de, por ejemplo, madres adolescentes no cualificadas que

© Ediciones Morata, S. L

viven en depauperadas urbanizaciones de protección oficial. También habrá muchas mujeres trabajando en la hegemonización de la perspectiva de género que tendrán que traducir este vocabulario para que encaje con su propia agenda política. Y lo mismo ocurre en la academia feminista: también tenemos que estar dispuestas a hablar a veces dos idiomas a la vez. En el proceso de solicitud de subvenciones y en nuestra interfaz con el gobierno, también debemos desplegar un vocabulario oficial que a menudo va a contrapelo del trabajo a realizar. Frey y cols. (2006), que trabajan casi en su totalidad en el campo de los proyectos sociales para niñas y mujeres financiados por la UE, se esfuerzan por aplicar los términos de la teoría de género en su práctica de hegemonización de la perspectiva de género. Critican las normas de los cursos de formación de género ofrecidos a empresas y organismos del sector público, no solo porque se suelen basar en ideales femeninos esencialistas (muy trabajadoras, fiables, etc.) para promover el empleo de las mujeres como un buen negocio para los empleadores, sino también porque dichos cursos a menudo buscan asegurar a los empresarios que esto no es el feminismo beligerante de la vieja escuela, al proporcionar un equipo de género de hombres y mujeres para disipar sus temores. También encuentran que estos cursos de capacitación podrían introducir productivamente ideas extraídas de los estudios de género críticos, "usando el género para desmantelar el género" por medio de una "práctica reflexiva de género". Quizás esto sea poco probable, ya que las limitaciones de tiempo y coste dentro de las organizaciones corporativas limitan lo que podría lograrse aquí, especialmente porque las teorías de género y performatividad no se prestan a una explicación corta y rápida. Quizá este tipo de iniciativa basada en la práctica parece realista solo en el contexto de los programas de aprendizaje vitalicio y la educación de adultos. Si bien la

© Ediciones Morata, S. L

posición de Walby es demasiado unilateral en sus supuestos sobre el éxito de la hegemonización de la perspectiva de género, parece necesario un debate más amplio sobre las prácticas y la implementación de la hegemonización de la perspectiva de género que reconozca las dificultades de operar en un contexto político en el que este es el vocabulario oficial, y debe implementarse y usarse a diario para atraer financiación y crear puestos de trabajo. Sin duda, hay áreas de desacuerdo entre los integradores de género de tipo modernizador y neoliberal, y las feministas hegemonizadoras de género socialdemócratas más izquierdistas y radicales que trabajan en el ámbito de los proyectos sociales de la UE. Sin embargo, en esta última área, parecen prevalecer el pragmatismo y una postura aprobatoria, y aparte de Frey y sus colaboradores, poco debate abierto ha habido sobre las limitaciones del requisito de la incorporación de la perspectiva de género como una forma tecnocrática de tratar los problemas de las mujeres, y ningún diálogo con las ideas del trabajo reciente en la teoría feminista, *queer* o feminista poscolonialista. Si bien Walby resalta por su adopción de un modelo de progreso y profesionalización feminista, los que están dentro de este mismo mundo y que podrían cuestionar esta versión no son tan visibles.

Las terceras olas

Aún no se ha producido un debate crítico sobre las limitaciones de lo que podríamos llamar el modelo de ondas del feminismo. Esto no solo alimenta una narrativa lineal de progreso dirigido generacionalmente, que adopta la forma de "olas" visibles y coherentes que permiten o señalan cambios ocasionales de dirección y momentos de crisis, sino que también sofoca la escritura del tipo de geneaología histórica

© Ediciones Morata, S. L

compleja de los feminismos que hace frente a estas historias a menudo periodísticas, que indefectiblemente tienen comienzos y finales, y que siguen sospechando de la teoría y están atados a ideas simplistas y metáforas de parentesco sobre madres e hijas dominadas por Occidente. Incluso en las esferas de activistas y campañas, la idea de olas de feminismo obstaculiza las discusiones sobre el cambio y el impacto que tienen los nuevos conceptos e ideas sobre las prácticas existentes. Por estas razones abordo el tema de la tercera ola con cautela, y uso el término solo como una autodescripción del activismo y la literatura que se suelen basar en la web. Así, la razón de mi enfoque sobre la tercera ola se debe a su postura afirmativa. En la colección publicada *All About the Girl* (Harris, 2004), Baumgardner y Richards emiten un comentario sobre su polémico libro *Manifesta: Young Women, Feminism and the Future.* En su artículo argumentan que "las mujeres (y los hombres) más jóvenes de la 'tercera ola' estén adoptando la feminidad tanto como el poder es una progresión del feminismo" (Baumgardner y Richards, 2004: 59). Reclaman que sea legítimo que el feminismo tenga incorporado un estilo particular de feminidad y, como tal, que la feminidad se convierta en un motivo de celebración, no en una marca de subordinación, que el disfrute de los productos femeninos no equivalga a "nos han timado". Por lo tanto, el deseo es sentirse capaz de usar todo el maquillaje que se quiera y usar ropa interior sexy sin sentir la desaprobación de esta generación mayor de mujeres cuya ropa interior, se supone, fue más sobria. De hecho, dicen que recuperan la expresión "de chica" como un acto de reafirmación, muy similar a la de *queer* por parte de gais y lesbianas, o en la forma en que los hombres y mujeres negros usa el término "negrata" en la jerga del hip-hop. De hecho, esto malinterpreta y trivializa el valor de la estrategia política de resignificación, reduciéndola a una especie de

© Ediciones Morata, S. L

provocación o simplemente a una irritación, en este caso dirigida a una generación mayor y aparentemente más seria. Y aquellas feministas que objetaron, de hecho, del objeto de la "feminidad", difícilmente puede compararse con los racistas que expelen violentamente la palabra "negro" contra los negros. Baumgardner y Richards afirman que la generación anterior tuvo que reprimir sus cualidades y deseos femeninos para demostrar que podían hacer trabajos serios tan bien como sus contrapartes masculinas, "lucharon muy duro para que no se redujera a las mujeres a ser una 'chica'". Los autores también conectan la anterior crítica feminista del consumismo con las tendencias socialistas, pero las mujeres más jóvenes, dicen, han "crecido con acceso a los aspectos 'buenos' del capitalismo" y, por lo tanto, no tienen la misma necesidad de criticarlo. Este polémico comentario nos dice poco sobre las fuerzas sociales o políticas contra las que se está organizando esta tercera ola de feministas más jóvenes, apartada de la generación más vieja de feministas. "La barrera para la individualidad y la expresión individual ya no será 'el patriarcado' sino el feminismo" (Baumgardner y Richards, 2004: 65).

Este es un argumento antifeminista, que presenta a los ancianos como implícitamente poco atractivos y amargados. Apenas hay una palabra sobre la desigualdad, el sufrimiento o el racismo que experimentan las mujeres negras o sobre las muchas formas en que se sostienen las jerarquías de género. Tampoco es un relato autorreflexivo sobre los límites de su enfoque aparentemente casi exclusivamente blanco y anglo-estadounidense; solo que "existen pruebas de su atractivo y poder en todo el mundo y en muchas comunidades dispares". Se repite un estribillo que dice que ser "chica es bueno" y que el feminismo no debe significar tener que abandonar actividades placenteras como "tejer y enlatar verduras o decorar". Entonces, en efecto, el *Manifesta* trata sobre el derecho o la

© Ediciones Morata, S. L

prerrogativa de recuperar la feminidad para una forma asertiva del poder de las mujeres o las chicas, "las chicas de hoy... poseen tanto libertad como fiereza" (*ibid*: 67). Este repertorio procapitalista centrado en la feminidad se pone directamente en las manos de la cultura de consumo empresarial, ansiosa por acceder a este mercado basado en los ingresos crecientes de las mujeres jóvenes. Es una polémica sobre la afirmación de que las mujeres jóvenes han ganado más o menos toda la libertad que necesitan, y que son sus "mayores" feministas las que necesitan aprender de ellas cómo ser "fuertes, inteligentes y audaces". Baumgartern y Richards incluyen bajo su título de tercera ola a las mujeres jóvenes más izquierdistas y radicales asociadas con la subcultura *riotgrrl* (Kathleen Hanna, por ejemplo), pero en general su noción de tercera ola en realidad encaja mucho mejor con los valores comerciales de festejo asociados con las Spice Girls. Los límites de la polémica defensa de este tipo de feminidad son evidentes cuando se abren al mundo de los problemas sociales, de la formulación de políticas y de la comprensión de los cambios en el capitalismo, y cómo estos afectan a las mujeres. Por lo tanto, no se trata solo de que sea hostil a las direcciones recientes de la teoría feminista, sino de que también está mal equipado para lidiar con la guerra, el militarismo, el "patriarcado resurgente", las cuestiones de la diferencia cultural, la raza y la etnia, y en particular con la instrumentalización del feminismo en el escenario político mundial. Aunque la polémica literatura de la tercera ola es incompleta y fragmentaria y suele pertenecer más al dominio de los panfletos y los sitios web, no obstante, se han producido algunos intentos de llevar este tipo de escritura a una forma más sistemática. En un artículo reciente, Stephanie Genz afirma positivamente que el feminismo de la tercera ola es una especie de versión feminista de la tercera vía o *Neue Mitte* en las políticas británica, estadounidense

© Ediciones Morata, S. L

y alemana (Genz, 2006). Se trata de una propuesta polémica dentro del marco de la mayor parte del pensamiento feminista. Genz argumenta que el individualismo posfeminista y la adopción de valores neoconservadores por parte de las mujeres más jóvenes que se identifican con esta tercera ola de feminismo es parte integral de ese viento de cambio en los EE. UU. y en Europa Occidental que políticamente va más allá de la izquierda y la derecha, y que avala muchos de los principios del neoliberalismo, especialmente el ensalzamiento del capital humano (en el trabajo) y la economía de mercado. Genz califica esto como "emocionante" y parece estar aprobando el lenguaje de la tercera vía tal como lo menciona Blair y, en ocasiones, el excanciller alemán Schroeder, cuyos comentarios sobre la nueva tercera vía describe como "astutos". Genz ve el posfeminismo, incluidas sus dimensiones de reacción violenta contra otras formas de feminismo asociadas con la izquierda, como un acompañamiento lógico a la tercera vía. Luego conecta esta marca de feminismo más plural, flexible y orientada al consumidor con las actividades en red de las "chicas" más jóvenes de la tercera ola. Este es un feminismo neoliberal de mujeres jóvenes fluido, individualizado y centrado en el consumidor que, sorprendentemente, dado el radicalismo de izquierdas característico del trabajo de Butler, Genz asocia directamente con el tipo de feminismo respaldado por Butler. De hecho, afirma que el feminismo de las mujeres jóvenes de la tercera ola puede vincularse con el "posestructuralismo académico", así como con la creciente "importancia del consumo" social. Tanto el posfeminismo como las actividades de la tercera ola implican, según ella, "formas micropolíticas de agencia de género" aunque lo que implica realmente no se explica en detalle (*ibid*: 346).

© Ediciones Morata, S. L

El feminismo afirmativo de Braidotti

La idea del feminismo afirmativo articulado por las jóvenes de la tercera ola no se ha teorizado en gran medida, con la excepción de Genz, que hace algunos intentos de invocar el trabajo de Butler para presentar su propio argumento a favor de la individualización lúdica. Hay una línea más significativa de teoría feminista afirmativa que está bastante en desacuerdo con la posición de agencia femenina defendida por la tercera ola (a quienes no les preocupa la cuestión de la subjetividad y lo que significa desafiar la supuesta unidad del sujeto), pero que también se preocupa por la actividad, el activismo y la innovación. Braidotti es quizás la filósofa feminista de la afirmación más conocida, y en *Transpositions* expresa sus dudas sobre la incorporación de la perspectiva de género y el posfeminismo, diciendo que:

> *La incorporación de la perspectiva de género resultó ser un mecanismo antifeminista que aumentó las diferencias de estatus, acceso y derecho entre las mujeres. El neoliberalismo posfeminista es procapitalista y, por lo tanto, considera el éxito financiero en el mundo como el único indicador de la condición de la mujer.. Los principios socialdemócratas de solidaridad se malinterpretan como un apoyo social anticuado y, en consecuencia, se descartan...*

El aspecto pernicioso de este síndrome es que fomenta una nueva sensación de aislamiento entre las mujeres y, por lo tanto, nuevas formas de vulnerabilidad (Braidotti, 2006: 45).

Esta crítica del posfeminismo, que yo apoyaría, sin embargo, no llevaría a Braidotti a adoptar el tipo de narrativa de la pérdida que ha sustentado mi propio relato, ya que en su obra desarrolla un feminismo de influencia deleuziana, alegre y afirmativo, que se centra en la creación de diferencias

© Ediciones Morata, S. L

y singularidades con respecto a las múltiples posibilidades de "convertirse en mujer". Con un punto de partida que advertiría en contra de dar demasiado peso al poder inexorable y devorador del capital, y en cambio, concentrarse en las grietas y fisuras, y los posibles puntos de ruptura, el vocabulario de Braidotti es muy diferente del vocabulario que he empleado a lo largo de este libro, que se basa en la teoría cultural de Stuart Hall, la teoría de género de Butler, el trabajo de Spivak, y en escritos psicoanalíticos feministas anteriores. El giro deleuziano toma un rumbo diferente y la noción de afirmación que emplea Braidotti está muy alejada del concepto simplista de agencia tan utilizado en los estudios de medios feministas, así como en el trabajo polémico de las feministas de la tercera ola. Deleuze desafía la idea de un solo sujeto humanista (el sujeto no es "uno") cuya agencia emerge como un acto volitivo, que es una especie de hacedor detrás de sus actos, y también refuta al sujeto psicoanalítico más fragmentado que, no obstante, se mantiene unido al estar situado dentro de las relaciones edípicas. Deleuze también replantea un espacio diferente del énfasis de Foucault en los procesos de subjetivación, para centrarse en cambio en los cuerpos y los flujos de afecto, en las singularidades y en las productividades que están desencarnadas y que no son el resultado de un sujeto unitario que realiza acciones específicas.

Los deleuzianos toman de Spinoza una especie de alegre deseo afirmativo de vivir que conecta a los humanos con los no humanos, que adopta la forma de múltiples devenires y permite que emerja una política radical de la "vida misma". Braidotti ha proporcionado muchas respuestas detalladas al trabajo de Deleuze y Guattari (Braidotti, 1994, 2002, 2006; véase también Colebrook, 2002b). No hay espacio aquí para comprometerse completamente con este trabajo, excepto para hacer algunas preguntas más bien sociológicas, que se relacionan con la cuestión

© Ediciones Morata, S. L

del estatus del feminismo dentro y fuera de la academia. Una de esas preguntas sería cómo Braidotti puede dar cuenta de los reinos de la creatividad feminista y el "devenir", que traza la brecha entre las mujeres que permanecen decididamente fuera del feminismo (las mismas que antaño habrían sido calificadas de "mujeres corrientes") y aquellas que se mueven en el espacio de la actividad y la inventiva política. Con frecuencia, parece atribuir a la población femenina no feminista lo que en realidad solo se aplica a las mujeres jóvenes feministas o con influencias feministas (por ejemplo, artistas, escritoras, intelectuales, participantes subculturales). Esto descarta la importancia de las fuerzas que disuaden tales devenires, y no ofrece ninguna reflexión sobre los factores sociohistóricos que, en el pasado —por ejemplo, a fines de la década de 1960— permitieron un escape a las mujeres jóvenes blancas de clase media, de forma que pudieran participar en la producción del feminismo. Así, cuando Braidotti examina nuevos modos de devenir, y cuando reflexiona sobre prácticas culturales que marcan sexualidades fluidas, mutantes y nómadas, desde mi punto de vista, tales fenómenos son invenciones de aquellos que ya están ubicados dentro, o al menos se están moviendo hacia, un espacio de feminismo afirmativo, y tal vez a lo que realmente se refieren son a nuevas formas enérgicas y rizomáticas de activismo político que adoptan una forma cultural en gran medida. Incluso en el trabajo de Birmingham de la década de 1970 sobre subculturas juveniles, hubo un intento, mediante el uso de categorías marxistas, de explicar los factores socioeconómicos precisos que facilitaron las transiciones hacia "espacios de resistencia" (Hall y Jefferson, 1976). El feminismo afirmativo de Braidotti contrasta marcadamente con la ambivalencia y la desidentificación de las mujeres jóvenes con el feminismo, incluso dentro del aula de los estudios de género. Por ejemplo, Scharff ha percibido el bajo estatus que

© Ediciones Morata, S. L

tienen los estudios de género dentro de la nueva población de postgraduados consciente del estatus, y sugiere que hoy en día la aceptación exitosa de la feminidad se basa en el repudio vocal del feminismo, lo que agrega una dimensión adicional a mi propio argumento de que el feminismo es, en el día a día "tomado en cuenta" (Scharff, 2008).

Braidotti, como artista o novelista, crea nuevos mundos a través del poder absoluto de su escritura y razonamiento. Junto a Donna Haraway es una feminista inventora de mundos, una experimentalista que hace lo que le inspiran Deleuze e Irigaray, que es romper decididamente con los binarios masculino y femenino e inaugurar un feminismo basado en la crítica de la rígida diferencia heterosexual y la creación de nuevas sexualidades. Ella aboga por un abandono de la niñez femenina *per se*, lo que sugiere que es tarea del feminismo crear nuevos tipos de sujetos feministas femeninos (quizás no-niñas) que sean minoritarios, que no se asusten ante la idea de abandonar la feminidad tradicional, tal como la definen las revistas para chicas y mujeres que se han mencionado. Tal abandono no es tan inimaginable, ya que bajo la superficie (de lo que yo llamaría la "mascarada posfeminista") acecha la proximidad de la monstruosidad, la máscara se desliza muy fácilmente y el otro lado de la perfección (el fracaso total) está siempre a la vista, lo que proporciona el tipo de grieta o ruptura que Braidotti tomaría como una apertura para la transformación (Braidotti, 2000). Esta autora tiene como objetivo liberar al sujeto de la celda de la prisión de la asignación binaria de género. Lo hace abandonando el género en favor de las fuerzas y los flujos, los cuerpos y los deseos, y se centra en el potencial transformador que también es un rasgo de la vida misma y que, aunque el capitalismo intenta capturarlo y aprovecharlo sin cesar para sus propios propósitos, se materializa en las prácticas marginales y en las actividades culturales de los grupos sociales

© Ediciones Morata, S. L

oprimidos. La política afirmativa parte, por así decirlo, de los deseos de las mujeres de "postularse a sí mismas" como sujetos femeninos, postulación que se transpone después en una dirección explícitamente feminista a través del deseo de ser que marca una distancia de las instituciones de la feminidad, y en su lugar trabaja a través del archivo de imágenes y textos falogocéntricos para llegar a la ubicación nueva e indefinida que Braidotti llama el femenino virtual. De hecho, es un lugar de actividades proliferantes, que comprende "sujetos dotados de múltiples sexualidades", siendo un enfoque nómada que crea un espacio para la existencia fuera del pensamiento falogocéntrico. Braidotti describe a estos nuevos nómadas como pandillas juveniles, no exactamente mujeres jóvenes, sino nuevos sujetos no designados que han encontrado los medios para salir de las garras de los espacios de identidad masculinos y femeninos. Aunque de nuevo se podría argumentar que hay algo de mítico en este concepto particular de pandillas nómadas y sin género, se corresponde con lo que Deleuze denomina proceso político radical de convertirse en mujer, una especie de proceso inventivo de moverse más allá del género, que requiere un acto de imaginación, una visión de otros estados de ser como los que podemos encontrar en la ciencia ficción feminista o, por ejemplo, en las películas vanguardistas feministas lesbianas clásicas de finales los años 70, como *Bildnis einer Trinkerin* (1979) o *Madame X: ein absolute Herrscherin* (1978), de Ulrike Ottinger. Esta actividad expansiva no se lleva a cabo por pura voluntad, valentía o heroísmo individual,sino que es una fuerza o poder inmanente, inherente a los marginados y los pueblos oprimidos, y como comenta Braidotti, ya está al acecho allí, en el mal funcionamiento de los paisajes de subjetividad que ofrece la economía política capitalista. Estos espacios o grietas proporcionan los disparadores para aprender a "reinventarse y... desearse a sí mismo como un proceso

© Ediciones Morata, S. L

de transformación". Braidotti es consciente de que tal proceso corre el riesgo de acercarse a las incitaciones normativas a reinventarse, de acuerdo con la intensificada lógica de la cultura del consumo, pero este feminismo afirmativo se basa en el deseo palpable de alternativas y el deseo de cambio, a menudo a través de nuevas figuras, por ejemplo, un "imaginario erótico diferente" que es quizás más "cruel", presumiblemente porque no está ligado a los tropos sentimentales de la heterosexualidad romántica, y que genera diferentes formas de afecto y relaciones (Braidotti, 2003). La política feminista transformadora, tal como la invoca esta autora, desafía y escapa de las rigideces e insatisfacciones de la cultura heterosexual. Butler ve cierta superposición en muchos de estos temas entre su propio trabajo y el de Braidotti. Por ejemplo, ella argumenta que el deseo marimacho no está anclado a su aparente referente dentro de la masculinidad, sino que define una masculinidad bastante diferente a la asociada con los hombres heterosexuales y, en este sentido, es el resultado del poder o potencial del deseo que no está inscrito dentro del falogocentrismo (Butler, 2004; también Halberstam, 2005).

Butler encuentra un interés común en la afirmación spinozista de la vida, que para ella se vuelve imperativa cuando la supervivencia misma se ve amenazada, mientras que para Braidotti este momento (que describe como el "penúltimo trago", siendo el último presumiblemente el que te mata) no tiene la gravedad que tiene para Butler. Braidotti está más abierta a la muerte, quizás más "cruel" en su respuesta a la mortalidad. Donde Butler suspira por la vida y lamenta las muertes que son el resultado de la guerra y las injusticias globales, Braidotti mira hacia la nueva política de la mortalidad en busca de posibles espacios para la transformación, y tal vez también trae la muerte a la tierra de los vivos, como parte del efecto de júbilo de los múltiples devenires de los cuerpos de los

© Ediciones Morata, S. L

cuales el humano es solo uno. Esto opondría a Braidotti con mi propia descripción de los trastornos de las mujeres jóvenes, por ejemplo, con respecto a las prácticas de autolesión; tal vez ella prestaría más atención a las productividades culturales que emergen de los paisajes del dolor. Quizá buscaría en las subculturas o en las tradiciones de mujeres negras que cantan blues, o incluso en la música real de Amy Winehouse, en lugar de la cuestión de quién vive y quién muere. Lo que Butler y Braidotti tienen en común es un interés en un "activismo que no se basa ni implica la posibilidad de una ontología liberal del sujeto" (Butler, 2004). Butler sugiere que, dentro de un campo de sufrimiento, marginación y opresión, Braidotti busca "puntos de ruptura que estén maduros para la transformación" y que el trabajo de Braidotti "ejemplifica... el evento del cambio". Esto hace eco de los puntos que mencioné anteriormente, y muestra que las políticas feministas de afirmación tienen que ver con la innovación en la teoría, con la invención de conceptos útiles y que de alguna manera están a la altura de los múltiples devenires que están teniendo lugar de formas tales que el capitalismo no puede contener suficientemente. La mayoría de las veces, Braidotti se refiere a los sujetos feministas mujeres y lo que pueden hacer como "cuerpos", qué cambios pueden efectuar, qué potencial hay dentro de este tipo de filosofía nómada que tiene como objetivo inventar y experimentar con múltiples devenires. Se dirige a aquellas personas situadas dentro de la órbita de la teoría feminista cuya pasión por el cambio desea desatar en direcciones particulares distintas a las ya establecidas dentro de la teoría feminista existente. Está impaciente con aquellas feministas demasiado preocupadas por diseccionar la dominación y el control capitalistas y que parecen no tener interés en las potencialidades de transformación, y con esos espacios de ruptura dentro de la cultura contemporánea que ella señala con tanta agudeza, donde las

© Ediciones Morata, S. L

subjetividades normativas se encuentran en crisis. Braidotti aborda las rupturas del sistema y sintoniza con el arte y los fenómenos culturales que toman estas rupturas como punto de partida. Detecta estas potencialidades en la música, como la de Laurie Anderson, o en la escritura y la personalidad de Kathy Acker. A menudo parece que se dirige a mujeres jóvenes, ya feministas, y literalmente, a través de la pura energía y fuerza de sus escritos y su gama ecléctica y exuberante de referencias culturales y filosóficas, las está tentando, provocando y seduciendo para que abracen una política deleuziana del devenir. Podría decirse que la escritura exuberante, alegre y emocionante de Braidotti tiene su propio efecto performativo, y su reconfiguración de lo que es ser una mujer no se basa en las víctimas, es no esencialista, sin género, deseosa y productiva, rebosante de potencial respecto de lo que este nuevo tipo de cuerpo (más allá de la feminidad) puede hacer. Braidotti se posiciona contra el pesimismo de la izquierda, y su obra empuja a sus lectores hacia formas nuevas, más que establecidas, de activismo radical. Este no se basa en partidos políticos ni en nuevos movimientos sociales claramente definidos, sino que es itinerante, nómada y rizomático.

Ya he esbozado algunas de mis reservas sobre este llamamiento a las armas, por emocionante que sea. Por supuesto, es importante sacar al feminismo de un rincón que está marcado por el dolor, el sufrimiento y el victimismo y que, como resultado, conduce muy fácilmente a una cultura feminista de daño y derecho individual, como ha demostrado Wendy Brown (1995). Brown argumenta que, especialmente con el declive de una política colectiva radical que buscaba una transformación social más profunda, el feminismo ahora corre el peligro de convertirse en una fuerza reparadora de agravios y compensadora de daños. Y esto puede llevar, en ciertas áreas de los estudios de género y de mujeres, a un ethos de lesión o

© Ediciones Morata, S. L

victimización. Pero, como contrapartida, existen problemas con la política sexual afirmativa de Braidotti. Ella no examina los avances de la nueva derecha en las instituciones y en la cultura, ni considera su impacto en los jóvenes, incluidas las mujeres jóvenes, por lo que, por ejemplo, no se involucra con la hostilidad abierta de muchas mujeres jóvenes contra el feminismo, dentro de la universidad liberal, de hecho, dentro del aula feminista.

El aula feminista como "zona de contacto"

El desafío que plantea Braidotti es inventar alguna novedad feminista y, por este medio, contribuir a un proceso de devenir otra cosa y al crecimiento de una nueva política minoritaria. Braidotti no responde del todo a la pregunta de qué tipo de producciones feministas, realizadas por qué tipo de personas, se califican realmente como inventivas, salvo las obras a las que se refiere. Supongamos que implica una especie de salto al otro lado por encima de una valla, donde se encuentran personas creativas y radicales con ideas afines, y donde hay señales vibrantes de cambio y transformación productivas en cierto modo, que encarnan el proceso de desgenerización y de mutaciones escapistas radicales, donde hay muchos eventos y encuentros, donde en la academia hay posibilidades de "desfuncionamiento" y de contrarrestar la "subsunción total por parte del capital" en la medida en que "penetra en todos los aspectos de nuestras vidas" (O'Sullivan, 2007: 241). Como respuesta al trabajo de Braidotti, ofrezco una serie de reflexiones abiertas sobre áreas de la pedagogía feminista en el contexto de la universidad global que aún no parecen haber sido objeto de un escrutinio crítico. Estas observaciones no encajan con una narrativa de pérdida feminista y de individualización

© Ediciones Morata, S. L

antifeminista, pero tampoco confirman directamente una nueva política del devenir, sino que marcan un espacio genuinamente nuevo, recurriendo a Bhabha, un "tercer espacio" lleno de incertidumbre y potencial (Bhabha, 1994).

El entorno de mi propia situación docente en Londres me impulsa a indicar esto al menos como un ámbito de cambio y diferencia para las mujeres jóvenes. Para mí es algo nuevo e inesperado enseñar a mujeres jóvenes de todo el mundo, que luego se unen entre sí y conmigo como maestra, junto con todos mis otros colegas, durante un año intensivo de estudios de nivel de maestría. Es un sitio potencial de afirmación feminista, en la medida en que las estudiantes que reciben mi curso lo elijan como una opción y sepan que pasarán tiempo leyendo teoría feminista y poscolonial. La afirmación feminista comprende aquí la aprobación del currículum. Pero las posibilidades abiertas en el curso de esta pedagogía feminista no están necesariamente conectadas con una crítica de la división internacional del trabajo y de las oportunidades de trabajo y empleo en las grandes corporaciones o en las instituciones globales. Algunos podrían decir que estas posibilidades para la vida y el devenir marcan una estrecha estructura de oportunidades para las hijas de clase media, o como diría Spivak, la oportunidad de movilidad social ascendente para aquellas mujeres jóvenes que pueden aprovechar nuevos privilegios, dejando atrás una clase media baja despoblada que ya no puede proporcionar maestros en áreas de pobreza y analfabetismo (Spivak, 1998). Esto sería presentar este "movimiento de mujeres jóvenes" como un proceso de migración educativa emprendido por el bien o la mejora económica según dictan los requisitos de la nueva economía global, lo que Spivak llama "diáspora como línea de clase, aunque no sea perceptible desde la metrópoli" (Spivak, 2000: 350).

© Ediciones Morata, S. L

Quisiera ofrecer ahora algunas reflexiones sobre este tipo de aula donde me encuentro con mujeres jóvenes de tantos países diferentes, la gran mayoría de las cuales están tan entusiasmadas con escribir ensayos sobre Homi Bhabha y Gayatri Spivak y el estereotipo racial como ansiosas por dedicar tiempo a la teoría *queer* de Butler. Muy pocas se han encontrado o se les ha enseñado este trabajo antes. Muchas tienen un primer título en humanidades (convencionales) o en ciencias sociales (cuantitativas), o estudios comerciales y marketing. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué significa para mí llamarlo un "tercer espacio"? Las instituciones educativas en las que estoy pensando están en Londres, una ciudad global de migración, que atrae a personas de diferentes edades, sexos, clases y nacionalidades [aunque de nuevo Spivak advierte que esta dominación metropolitana ignora los "espacios híbridos de un Tercer Mundo, la llamada ciudad colonial" (Spivak, 2000: 352)]. En realidad, me preocupa una pequeña fracción femenina de este flujo, cuyo estatus legal como estudiantes es competencia del Ministerio del Interior. Pienso en este medio educativo feminizado como un tercer espacio porque tiene tanta ambivalencia e incertidumbre que parece decirnos algo sobre el futuro o el "por venir". En estas aulas resuena una sensación de potencial y un deseo femenino de "participar". Hay quien descartaría que esto es una nueva fracción global femenina de clase media, pero hacerlo es perderse la tensión, la ansiedad y la pura incertidumbre de una vida por venir. Por supuesto, no puedo entender totalmente el sentido sociológico de este flujo multitudinario de mujeres jóvenes, solo puedo decir que es importante prestarle atención. ¿Hacia dónde se dirigen? Me gustaría pensar que este tercer espacio pedagógico es una "zona de contacto" (Pratt, 1992). Pratt, al escribir sobre las expediciones coloniales emprendidas por personas como el famoso botánico Humboldt, y por muchos de los

© Ediciones Morata, S. L

primeros viajeros y exploradores, incluidos los que se dirigieron a América del Sur, describe las zonas de contacto como "espacios sociales donde culturas dispares se encuentran, chocan y luchan entre sí, a menudo como relaciones muy asimétricas de dominación y subordinación" (Pratt, 1992: 4). Por lo tanto, una zona de contacto es un lugar marcado por diferencias transparentes de poder, un espacio donde el colonizador ingresa en una ecología de conocimiento local o indígena (por ejemplo, la vida vegetal, el mundo natural) con el objetivo de apropiarse y llevar a casa este botín de riqueza de conocimiento, para que los primeros industriales de los siglos XVIII y XIX lo aprovechen. Pratt señala que los científicos naturalistas que se convirtieron en exploradores emprendieron sus viajes con el espíritu de la anticonquista, eran casi "exploradores inocentes" cuyas actividades trabajaron en realidad para consolidar y naturalizar la "dominación europea". Hubo, argumenta Pratt, una gran complejidad en el interior de estas "zonas de contacto", como revelan las autoetnografías de los viajeros. Pratt describe cómo estos hábitats, donde los indígenas compartieron su conocimiento y experiencia con los viajeros, permitieron la expansión de Europa sobre la base del potencial de desarrollo proporcionado por los materiales y la vida vegetal que se estudiaron en estas condiciones naturales. Se produjeron reciprocidad y mucha interacción dentro de estas zonas de contacto, hubo vigilancia y aprendizaje, pero no dentro de un conjunto de relaciones abiertamente coercitivas.

Enseñar teoría feminista y estudios culturales en una universidad de Londres puede parecer muy alejado de las zonas de contacto que Pratt examina, pero el término me permite comenzar a analizar cuestiones sobre la pedagogía en lo que parece ser un entorno cosmopolita "hospitalario". Donde prevalece un ethos de multiculturalismo radical y democracia en el aula, y donde el proceso de aprendizaje se entiende como

© Ediciones Morata, S. L

algo más que la transmisión de conocimientos, las preguntas sobre los antecedentes y el lugar de origen, sobre las expectativas y los deseos, y sobre la interfaz de la experiencia en la universidad y en la ciudad metropolitana son parte del encuentro pedagógico. En lo que Spivak llama la "máquina de enseñar", el conocimiento y el poder están, por supuesto, profundamente entrelazados. Si el proceso pedagógico que esta autora consideraría despectivamente como "formación de género" también es una práctica productora de sujetos, necesitamos cuestionar con más detalle los discursos educativos oficiales que se aplican específicamente a la universidad, ya que desempeña un nuevo papel en la economía global a través de lo que se conoce como contratación en el extranjero. Si hasta nueve de cada diez de mis estudiantes de maestría, en su mayoría mujeres, son de fuera del Reino Unido, esto en sí mismo nos dice algo importante sobre el papel que tienen la educación y la institución de la universidad para las mujeres jóvenes en la economía global, así como la posición de Londres como una especie de eje en medio de una red de movimientos de mujeres jóvenes. Nos recuerdan las grandes narrativas de la literatura moderna, la ciudad imperial, el corazón del antiguo imperio, el espacio urbano que resulta familiar gracias a Dickens o Virginia Wolf y cómo esto se ha convertido en una especie de "zona de contacto educativo" hacia la que se dirigen mujeres jóvenes de muchos países. Siempre hay algo más en este viaje a Londres, que la obtención de un título. Estos estudiantes proporcionan una fuente vital de ingresos para las instituciones de educación superior. ¿Está esto muy lejos de los días en que los eruditos de la Commonwealth llegaron al Reino Unido como parte de la larga narrativa de la civilización del imperio, de modo que, como diría Spivak, ¿podría darse la "producción de un sujeto colonial con el fin de administrar una colonia asentada"? (Spivak, 1998). Sabemos que,

© Ediciones Morata, S. L

históricamente, muchas de estas figuras también han hecho lo contrario y han permanecido en el Reino Unido, como Stuart Hall como intelectual radical poscolonial, o Spivak en los EE. UU. como *Resident Alien* (2002). La cuestión es: ¿cómo podríamos entender este movimiento contemporáneo de mujeres jóvenes? Esto implicaría una etnografía del aula poscolonial feminista formada por la conciencia de las relaciones de poder y el conocimiento que sustentan la existencia misma del currículum feminista, así como su transmisión (ver Cerwonka, 2008 para una fructífera discusión del feminismo occidental como pedagogía en el contexto de los sistemas universitarios de Europa del Este). Se necesitaría un análisis de la zona de contacto dentro de las instituciones educativas para reflexionar sobre el valor económico asociado a la obtención de cualificaciones. ¿A qué conducen estas cualificaciones? ¿Cómo funciona realmente el ingreso eventual de la joven que se ha graduado de una institución? ¿Le otorga una mayor "independencia" y estatus y, de ser así, qué efecto sociopolítico tiene? Quizás se pueda vislumbrar una nueva vida diaspórica a través del proceso de migración educativa. Las microestrategias de las mujeres posiblemente pueden subvertir lo que la economía global les ofrece, para otros propósitos que no sean convertirse en el equivalente moderno del administrador colonial de Spivak. Venir a estudiar marca la posibilidad de un transcurso de vida diferente, que ya no está totalmente moldeado o determinado por el matrimonio y la maternidad. Para las mujeres jóvenes en mis propias aulas, que en su mayoría tienen entre 25 y 35 años, el matrimonio no es el problema y las estudiantes miran, con ambivalencia, a la maestra feminista buscando su confirmación de esto como una posibilidad.

© Ediciones Morata, S. L

Lucy de Kincaid

Gayatri Spivak es una de las pocas académicas feministas que ha escrito sobre este tipo de rutas y encuentros en los últimos años, y su trabajo está plagado de referencias al entretejido de clase, raza y género en esta forma de pedagogía poscolonial. Si bien estas diversas pedagogías han estado sujetas a intentos de descolonizar y desoccidentalizar el conocimiento, el currículum, a pesar de los intentos de Spivak, sigue dependiendo en gran medida de los estudios que surgen de las universidades de los países ricos de Occidente. Estas aulas son lugares de interacciones complejas, donde las biografías más íntimas del vasto flujo de jóvenes (en su mayoría mujeres jóvenes) a través de las puertas de la universidad, año tras año, deben permanecer en gran medida desconocidas para docentes como yo. Algunas áreas del contenido del curso se convierten regularmente en una fuente de inversión apasionada, los textos clave, generalmente obras de teoría feminista o poscolonial, tienen capacidades aparentemente mágicas para conmover a sus lectores. Este puede ser un punto banal, pero también transmite el poder afectivo del campo educativo para actuar como un contradiscurso, en contra de las normas sociales dominantes que buscan inculcar una relación acrítica con el mundo de los negocios y con el papel de la educación en la "transferencia de conocimiento". Este entorno académico se ha convertido en los últimos años en un "espacio de flujos", un "centro" de vital importancia dentro de la nueva economía del conocimiento, un lugar de trabajo en red y de producción de nuevas generaciones de mano de obra femenina para el capitalismo global (Castells, 1996). Esta dimensión de la universidad se cruza más que antes con la nueva división internacional del trabajo, y no ha sido objeto de una atención específicamente feminista. La respuesta de Spivak seguramente sería

© Ediciones Morata, S. L

escéptica y cautelosa contra cualquier afirmación exagerada sobre el potencial de radicalización basada en la migración educativa al aula cosmopolita. Insistiría en que cuestionemos los procesos sociales que permiten que una pequeña fracción de una clase media viaje a las ciudades metropolitanas y obtenga un título universitario en instituciones prestigiosas, lo que les permite ascender, y también preguntaría a expensas de quién es posible esto, y qué está en juego en este viaje. Spivak devuelve constantemente a sus lectores al espacio geográfico de los subalternos, especialmente de las mujeres subalternas, y a cuestiones de pedagogía, sobre todo de alfabetización básica y la importancia de saber escribir. Señala el déficit de maestros y educadores en la India rural y la rígida pedagogía basada en el aprendizaje de memoria, lo que significa que las niñas, durante los tres años que pueden recibir educación, no serían capaces de escribir un mensaje ni cualquier cosa sobre sus vidas. Nos recuerda que las habilidades de escritura, que históricamente han producido narrativas de esclavos y "escritura secreta de las mujeres", son invaluables para el registro de vidas ocultas y para la producción de registros en espacios olvidados y empobrecidos del mundo. Spivak también ha retado a aquellos que se enfocan indebidamente en la ciudad occidental como el punto de llegada de las nuevas mareas migratorias, incluido el énfasis que pone Derrida en la hospitalidad, la noción de Balibar del migrante como el nuevo proletariado, y el enfoque de Hardt y Negri en la multitud como un flujo de movimientos de pueblos que no se explican por completo en términos de clase, nación o raza. Spivak, con razón, quiere contrarrestar el desvanecimiento de la invisibilidad del lugar de partida que se produce cuando se presta tanta atención a los puntos de llegada.

Como proveedora de esta nueva fuerza de trabajo global, de "intelectualidad de masas", la universidad está de repente

© Ediciones Morata, S. L

más estrechamente integrada con el capital que antes. La academia ocupa ahora un lugar destacado en la formación de la nueva fuerza laboral internacional. Escritores como Virno y Lazzarato se refieren al papel de las comunicaciones (en nuestra jerga, son los medios de comunicación y los estudios culturales y de comunicaciones) en la nueva economía global. Este es el lugar clave para la productividad, en la medida en que el capital con frecuencia va a la zaga de la interfaz de los sujetos que coproducen (quizás en el aula) los tipos de "grandes ideas" y "soluciones" que son vitales para la economía del conocimiento. La política radical que surge de este trabajo combina la diversidad de la multitud (en la línea de las multinacionalidades que se encuentran en mi propia aula) con las posibilidades que tiene la migración para desarrollar cierta mayor comprensión, conciencia y potencial para crítica, y junto a esto, la incapacidad del Capital para controlar totalmente y vigilar el "trabajo inmaterial" en sus dimensiones emocionales e intelectuales. Una vez más, no solo podemos trasladar este modelo directamente al espacio de las aulas que he descrito, sino que debemos agregarle con fuerza la importancia del género. El capital global necesita mujeres jóvenes bien cualificadas, y donde antaño las universidades y las humanidades y las ciencias sociales fueron lugares para la educación de los caballeros en cultura, civilización e identidad nacional, esta función se ha transformado dramáticamente en los últimos años (Readings, 1996). En un mundo transnacional y una economía global, la universidad se convierte en la servidumbre de los valores neoliberales. (Readings acusa a los estudios culturales de complicidad en este sentido). A lo largo del debate sobre el nuevo papel de la universidad no se menciona el género como imperativo para esta forma de reestructuración capitalista para la división internacional del trabajo (Readings, 1996; Rossiter, 2007; Lazzarato, 1996; Virno, 2004).

© Ediciones Morata, S. L

Existe, de hecho, algo así como la afirmación feminista que se pone institucionalmente a disposición del otro-minoría a medida que encuentra su camino en el aula de estudios culturales feministas. Esto plantea la pregunta de qué hay "fuera de la máquina de enseñar" y cuáles son los límites de la academia feminista. Pensemos por un momento en ese compromiso con los estudios culturales a través de figuras como Williams, Hoggart y Hall, con la "educación de adultos", con las rutas no tradicionales hacia el sistema universitario, o con las "clases nocturnas" o el estudio extramuros. En este contexto, una amplia gama de materias, de las cuales los estudios culturales son solo una de ellas, desarrollaron un contracurrículum crítico desde finales de los años sesenta en adelante. Si la migración educativa femenina tiene alguna relación con la larga tradición de clases nocturnas, entonces, en contra de la posición de Spivak, podría entenderse que la futura fuerza de trabajo de estas jóvenes no estaría total e inevitablemente al servicio de la "reestructuración económica para la explotación" (Spivak, 1998). Puede ser difícil estar de acuerdo con esto cuando las estudiantes dicen que esperan trabajar para la revista *Marie-Claire*, o en relaciones públicas de moda, o como periodistas para *Al-Jazeera*, pero estas oportunidades de trabajo también deben reflexionarse críticamente en lugar de descartarse simplemente. Después de todo, el mundo del trabajo es muy diferente de los trabajos y carreras que se encuentran en las democracias del bienestar como el Reino Unido en la década de 1970. Hardt y Negri, Virno y Lazzarato argumentan en contra de una versión izquierdista fatalista del declive de la política, la muerte del radicalismo y el triunfo del neoliberalismo. Ven que la política actual toma nuevas formas y dimensiones (coincidiendo con Braidotti) relativamente indefinidas aún, pero que de alguna manera están presentes y con visión de futuro. Imaginan este nuevo

© Ediciones Morata, S. L

tipo de política que surge de la vida cotidiana del mundo entero, que ahora está subsumido por el trabajo, o por la forma de vivir (que ya no se encuentra en los lugares de trabajo, sino que se extiende ahora al campo de lo social, con la vida misma). Y así, en lugar de que las graduadas que, digamos, se ganan la vida trabajando en una empresa de moda global, descarten el potencial de la política radical *per se*, necesitaríamos reflexionar y analizar las pequeñas contraculturas existentes dentro de los regímenes disciplinarios de la vida laboral. Pueden surgir espacios de crítica. Y a medida que la educación da paso a la vida laboral, conformando algunos de los nuevos valores e ideas profesionales en forma de crítica, ambos entran en una relación mucho más profunda entre sí. Spivak vuelve a recordarnos la pedagogía de la liberación de Paulo Freire, y afirma que la enseñanza y la pedagogía podrían ahora, dadas tantas otras batallas perdidas, interpretarse como un movimiento social para el cambio radical (aunque también duda, ya que el currículum actual está muy inclinado hacia los negocios y la empresa). Esta autora recuerda un momento en la novela *Lucy* de Jamaica Kincaid, que toca muchos de los temas de este capítulo (Spivak, 2000). La madre de Lucy le niega a ella lo que es el privilegio legítimo de sus hijos, provocándole angustia, más bien trauma, en el sentido de que inaugura un proceso no solo de desenamoramiento de su madre cuando era una niña, sino que comienza a odiarla de tal manera que ella misma se vuelve incapaz de amar a nadie. En un episodio que recuerda a uno similar, muy anterior, de George Eliot en *El molino del Floss*, cuando el hijo más bien tonto Tom recibe la educación que Maggie no tiene permitida, la madre descarta las posibilidades de una educación para su hija mientras mira favorablemente las perspectivas futuras de su hijo a través de una buena educación en el extranjero. No estoy diciendo que se revierta la desigualdad de género en la educación. Spivak

© Ediciones Morata, S. L

nos advierte repetidamente contra los caballos de Troya de los gobiernos occidentales que podrían contener el regalo de la "educación para niñas". Pero aún, al igual que sucede con *Lucy*, la migrante como *au pair* recibe sus clases vespertinas después de pasar días cuidando niños, y finalmente llega al punto en que cree que puede convertirse en escritora. Podríamos decir que quizás es posible imaginar una nueva política feminista desde dentro de los dictados y los requisitos de esta nueva economía global en la que se insta y moviliza con fuerza a las mujeres jóvenes para avanzar y retroceder, de un lado a otro, como migrantes educativas, pero también como *au pairs* y trabajadoras domésticas, según su posición de clase. Estos procesos, desde el punto de partida hasta el de llegada, producen un nuevo mapa de género y una geopolítica emergente del trabajo, del empleo y de la vida misma. La pedagogía y el aprendizaje se han convertido en espacios vitales de encuentro y en nuevas zonas de contacto donde las historias, incluidas las de género, que de otro modo han estado sujetas al olvido forzoso, tienen quizás una pequeña oportunidad de ser escritas.

© Ediciones Morata, S. L

BIBLIOGRAFÍA

Adkins, L. (2000). "Objects of Innovation: Post-occupational Reflexivity and Retraditionalizations of Gender" en S. Ahmed, J. Kilby, C. Lury, M. McNeil, B. Skeggs (eds.), *Transformations*, pp. 259-272. Routledge, Londres.

— (2002). *Revisions: Gender and Sexuality in Late Modernity*. Open University Press, Buckingham.

Allen, K. (2008). "Young Women and the Performing Arts: Creative Education, New Labour and the Remaking of Class and Gender", PhD Thesis, Goldsmiths College, University of Londres.

Arnot, M. David, M. y Weiner, G. (1999). *Closing the Gender Gap*. Polity Press, Cambridge.

Barlow, T.; Dong, U.; Ramamurthy P.; Thomas, L. y Weinbaum A. (2005). "'The Modern Girl Around the World': A Research Agenda and Preliminary Findings", in *Gender and History*, 17 (2): 245-294.

Bartky, S. L. (1990). *Femininity and Domination: Studies in the Phenomenology of Oppression*. Routledge, Londres.

Bauman, Z. (2002a). *Liquid Modernity*. Polity Press, Cambridge.

— (2000b). *The Individualized Society*. Polity Press, Cambridge.

Baumgardner, J. y Richards, A. (2004). "Feminism and Femininity: Or How We Learned to Stop Worrying and Love the Thong" en

© Ediciones Morata, S. L

A. Harris y M. Fine (eds.), *All About the Girl*, pp. 59-69. Routledge, Londres.

Beck, U. (1992). *Risk Society: Towards a New Modernity*. Sage, Londres.

— y Beck-Gernscheim, E. (1995). *The Normal Chaos of Love*. Polity Press, Cambridge.

— y Beck-Gernscheim, E. (2001). *Individualization*. Sage, Londres. (Trad. cast. *La individualización*, Planeta, Barcelona).

—; Giddens, A. y Lash, S. (1994). *Reflexive Modernization: Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*. Polity Press, Cambridge.

Bennett, T. y Woollacott, J. (1987). *Bond and Beyond: The Political Career of a Popular Hero*. Macmillan, Basingstoke.

Blackman, L. (2004). "Self-help, Media Cultures and the Production of Female Psychopathology", *European Journal of Cultural Studies*, 7 (2): 219-236.

Blackwood, S. y Adebola, Y. (1997). "Black vs Black: The Women Who Hate Their Own", *Pride*, Marzo: 20-23.

Bourdieu, P. (1984). *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*, trad. R. Nice. Routledge, Londres.

— (1996). *On Television*, trad. P. P. Ferguson. The New Press, Nueva York.

Braidotti, R. (1994). *Nomadic Subjects: Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*. Columbia University Press, Nueva York.

— (2000). "Teratologies" en I. Buchanan y C. Colebrook (eds.), *Deleuze and Feminism*. Edinburgh University Press, Edimburgo.

— (2002). *Metamorphoses: Towards a Materialist Theory of Becoming*. Polity Press, Cambridge.

— (2003). "Becoming Woman: Or Sexual Difference Revisited", *Theory, Culture & Society*, 20 (3): 43-64.

— (2006). *Transpositions*. Polity Press, Cambridge.

Breines, W.; Cerullo, M. y Stacey, J. (1978). "Social Biology, Family Studies, and Antifeminist Backlash", *Feminist Studies*, 4: 43-67.

© Ediciones Morata, S. L

British Medical Association (2000). *Eating Disorders, Body Image and the Media.* BMA, Londres.

Brown, W. (1995). *States of Injury.* Princeton University Press, Princeton: NJ.

— (2000). "Resisting Left Melancholia" en P. Gilroy, L. Grossberg y A. McRobbie (eds.), *Without Guarantees: In Honour of Stuart Hall*, pp. 21-30. Verso, Londres.

— (2005). "Neoliberalism and the End of Liberal Democracy" en W. Brown, *Edgework: Critical Essays on Knowledge and Politics*, pp. 36-60. Princeton University Press, Princeton: NJ.

Brunsdon, C. (1991). "Pedagogies of the Feminine: Feminist Teaching and Women's Genres" en *Screen*, 32/4, 364-81.

— (1997). *Screen Tastes: Soap Opera to Satellite Dishes*. Routledge, Londres.

— (2003). "Lifestyling Britain: The 8-9 Slot on British Television", *International Journal of Cultural Studies,* 6 (1): 5-23.

— (2005). "Feminism, Postfeminism, Martha, Martha, and Nigella", *Cinema Journal,* 44 (2): 110-116.

Budgeon, S. (2001). "Emergent Feminist(?). Identities: Young Women and the Practice of Micropolitics", *European Journal of Women's Studies*, 8 (1): 7-28.

— (2003). *Choosing a Self : Young Women and the Individualisation of* Identity, Praegar Publishing, Westport CT.

Butler, J. (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity.* Routledge Nueva York.

— (1992). "Contingent Foundations: Feminism and the Question of 'Postmodernism'" en J. Butler y J. W Scott (eds.). *Feminists Theorize the Political,* pp. 3-22. Routledge, Nueva York.

— (1993). *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of "Sex".* Routledge, Nueva York.

— (1994). "Gender as Per formance: An Interview with Judith Butler" por P. Osborne y L. Segal, *Radical Philosophy,* 67: 32-39.

— (1997a). *The Psychic Life of Power*. Stanford University Press, Stanford: CA.

— (1997b). *Excitable Speech: A Politics of the Per formative.* Routledge, Nueva York.

© Ediciones Morata, S. L

Butler, J. (1999a). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, 2.ª ed. Routledge, Nueva York.
— (1999b). "Per formativity's Social Magic" en R. Shusterman (ed.), *Bourdieu: A Critical Reader*, pp. 113-128. Blackwell, Oxford.
— (2000a). *Antigone's Claim: Kinship Between Life and Death.* Columbia University Press, Nueva York.
— (2000b). "Agencies of Style for a Liminal Subject" en P. Gilroy, L. Grossberg y A. McRobbie (eds.), *Without Guarantees: In Honour of Stuart Hall*, pp. 30-35. Verso, Londres.
— (2004). *Undoing Gender*. Routledge, Nueva York. (Trad. cast. *Deshacer el género*. Paidós. Barcelona. 2016).
— (2007). "Sexual Politics, Torture and Secular Time", *Public Lecture*, Londres School of Economics, Noviembre, Londres.
— (2008). "Sexual Politics, Torture and Secular Time", *British Journal of Sociology*, 59(1): 1-23.
—; Laclau, E. y Zizëk, S. (2000*). Contingency, Hegemony, Universality.* Verso, Londres.
Campbell, A. (2007). *The Blair Years: Extracts from the Alistair Campbell Diaries*. Random House, Londres.
Castells, M. (1996). *The Rise of the Network Society.* Blackwell, Oxford.
de Certeau, M. (1984). *The Practice of Everyday Life.* University of California Press, Berkeley: CA.
Cerwonka, A. (2008). "Traveling Feminist Thought: Difference and Transculturation in Central and Eastern European Feminism", *Signs A Journal of Women in Culture and Society*, 33 (4): 809-832.
Colebrook, C. (2002a). "From Radical Representations to Corporeal Becomings: The Feminist Philosophy of Lloyd, Grosz and Gatens", *Hypatia*, 15 (2): 76-93.
— (2002b). *Understanding Deleuze*. Allen and Unwin, Crows Nest, Nueva Gales del Sur.
Constantine, S. y Woodall, T. (2002).*What Not To Wear*.Weidenfeld & Nicolson, Londres.
Couldry, N. (2003). "Media Meta-capital: Extending the Range of Bourdieu's Field Theory", *Theory and Society*, 32 (5): 653-678.

© Ediciones Morata, S. L

Crompton, R. (2002). "Employment, Flexible Working, and the Family", *British Journal of Sociology*, 53 (4): 537-558.

Coward, R. (1984). *Female Desire.* Paladin, Londres.

Deleuze, G. (1986). *Foucault*, trad. S. Hand. University of Minnesota Press, Minneapolis. The Depression Report (2006). Londres School of Economics, Londres.

Devine, F.; Savage, M.; Crompton, R. y Scott, J. (eds.) (2004). *Rethinking Class, Identities, Cultures and Lifestyles.* Palgrave, Basingstoke.

Doane, M. A. (1982). "Film and the Masquerade: Theorising the Female Spectator", *Screen*, 23 (3-4): 74-87.

Driscoll, C. (2002). *Girls: Feminine Adolescence in Popular Culture and Cultural Theory.* Columbia University Press, Nueva York.

Duggan, L. (2003). *The Twilight of Equality?: Neoliberalism, Cultural Politics, and the Attack on Democracy.* Beacon Press, Boston.

Dyer, R. (1997). *White*: *Essays on Race and Culture*. Routledge, Londres.

Emin, T. (dir.) (1995). "Why I Never Became a Dancer". Evans, M. y Thornton, C. (1989). *Women and Fashion: A New Look.* Quartet, Londres.

Faludi, S. (1992). *Backlash: The Undeclared War Against Women.* Vintage, Londres.

Foucault, M. (1984). En P. Rabinow (ed.), *The Foucault Reader.* Penguin, Londres.

Fraser, N. (1997). *Justice Interruptus*: *Critical Reflections on the "Postsocialist" Condition.* Routledge, Londres.

Frey y cols. (2006). "Gender Manifesto". Disponible en www.gender.de

Fuss, D. (1994). "Fashion and the Homospectatorial Look" en S. Benstock y S. Ferriss (eds), *On Fashion*, pp. 211-235. Rutgers University Press, Nueva York.

Genz, S. (2006). "Third Way/ve: The Politics of Post-feminism", *Feminist Theory*, 7 (3): 333-353.

Giddens, A. (1991). *Modernity and Self-identity*. Polity Press, Cambridge.

© Ediciones Morata, S. L

Gill, R. (2003). "From Sexual Objectification to Sexual Subjectification: The Resexualisation of Women's Bodies in the Media", *Feminist Media Studies,* 3 (1): 99-106.

— (2006). *Gender and the Media.* Polity Press, Cambridge.

Gilroy, P. (1987). *There Ain't No Black in the Union Jack.* Hutchinson, Londres.

— (1993). *The Black Atlantic.* Verso, Londres.

Gitlin, T. (1995). *The Twilight of Common Dreams: Why America is Wracked by Culture Wars.* Henry Holt and Company, Nueva York.

Griggers, C. (1990). "A Certain Tension in the Visual/Cultural Field: Helmut Newton, Deborah Turbeville, and the VOGUE Fashion Layout", *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies,* 2 (2): 76-104.

Hacking, I. (2006). "Making Up People", *Londres Review of Books,* 17 August.

Halberstam, J. (2005). *In a Queer Time and Place: Transgender Bodies, Subcultural Lives.* Nueva York University Press, Nueva York.

Hall, S. y Jefferson, T. (eds.) (1976). *Resistance Through Rituals.* Hutchinson, Londres.

— (1988). *The Hard Road to Renewal.* Verso, Londres.

— (2003). "New Labour's Double-shuffle", *Soundings,* 24: 10-24.

Haraway, D. (1991). *Simians, Cyborgs and Women.* Free Association Books, Londres.

Hardt, M. y Negri, T. (2000). *Empire.* Harvard University Press, Cambridge: MA.

Hark, S. (2005). "Blurring Boundaries, Crossing Borders, Traversing Frontiers". Artículo presentado en el taller del proyecto de investigación financiado por la UE Disciplinary Barriers Between the Social Sciences and the Humanities. Turko/Åbo, Finland, Junio 9-11.

Harris, A. (2004). *Future Girl.* Routledge, Londres.

Hebdige, D. (1979). *Subculture: The Meaning of Style.* Methuen, Londres.

© Ediciones Morata, S. L

Hoefinger, H. (2005). Professional Girlfriends, MA Thesis inédita, Clark University, Worcester: MA.

Hollows, J. (2003). "Feeling Like a Domestic Goddess: Post-feminism and Cooking", *European Journal of Cultural Studies*, 6 (2): 179-202.

Kaplan, C. (1986). "*The Thorn Birds:* Fiction, Fantasy and Femininity", en V. Burgin, J. Donald y C. Kaplan (eds.). *Formations of Fantasy.* Routledge, Londres. pp. 142-167.

Laclau, E. y Mouffe, C. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy.* Verso, Londres.

de Lauretis, T. (1987). *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction.* Macmillan, Basingstoke.

Lazzarato, M. (1996). "Immaterial Labour", trad. P. Colilli y E. Emery en P. Virno y M. Hardt (eds.), *Radical Thought in Italy: A Potential Politics*. University of Minnesota Press, Minneapolis.

Lewis, R. (1997). "Looking Good: The Lesbian Gaze and Fashion Imagery", *Feminist Review*, 55: 92-110.

Lister, R. (2002). "The Dilemmas of Pendulum Politics: Balancing Paid Work, Care and Citizenship", *Economy and Society*, 31 (4): 520-532.

McNay, L. (1999). "Gender, Habitus and the Field: Pierre Bourdieu and the Limits of Reflexivity", *Theory, Culture & Society*, 16 (1): 95-117.

McRobbie, A. (1994). *Postmodernism and Popular Culture.* Routledge, Londres.

— (1999a). "All the World's a Stage, Screen or Magazine" en A. McRobbie, *In the Culture Society,* pp. 22-31. Routledge, Londres.

— (1999b). "Feminism v the TV Blondes", Inaugural Lecture, Goldsmiths College, University of Londres.

— (2000a). "Feminism and the Third Way", *Feminist Review*, 64: 97-112.

— (2000b). *Feminism and Youth Culture.* Routledge, Londres.

— (2002). "Club to Company", *Cultural Studies*, 16 (4): 516--532.

© Ediciones Morata, S. L

McRobbie, A. (2003). "Mothers and Fathers, Who Needs Them?", *Feminist Review*, 75 (1): 129-136.

— (2005). *The Uses of Cultural Studies*. Sage, Londres.

— (2008). "Pornographic Permutations", en *The Communication Review* 11 (3): 1-11

Mohanty, C. T. (1988). "Under Western Eyes", en *Feminist Review* n.º 30 Otoño: 61-88.

Mohanty, C. T. (2002). "'Under Western Eyes' Revisited: Feminist Solidarity Through Anticapitalist Struggles", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28 (2): 499-535. [Trad. cast. "Bajo los ojos de occidente. Academia Feminista y discurso colonial" en Suárez Navaz, L. y Hernández A. (eds.): *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes*, ed. Cátedra, Madrid, 2008].

Moseley, R. (2000). "Makeover Takeover on British Television", *Screen,* 41 (3): 299-314.

— y Read, J. (2002). "'Having it Ally': Popular television Post-feminism", *Feminist Media Studies*, 2 (2): 231-249.

Mouffe, C. (2000). *The Democratic Paradox*. Verso, Londres. (Trad. cast: *La democracia paradójica*. Barcelona. Gedisa. 2012).

Mulvey, L. (1975/1989). *Visual and Other Pleasures*. Macmillan, Basingstoke.

Nancy, J.-L. (2002*). Le création du la monde ou mondialisation.* Galilée, París.

Nixon, S. (2003). *Advertising Cultures*. Sage, Londres.

Noble, D. (2000). "Ragga Music: Dis/respecting Black Women and Dis/reputable Sexualities" en B. Hesse (ed.), *Un/settled Multiculturalisms: Diasporas, Entanglements, Transruptions*. Zed Press, Londres.

Nussbaum, M. (2003a). "Capabilities as Fundamental Entitlements: Sen and Social Justice", *Feminist Economics*, 9 (2-3): 33-59.

— (2003b). "Women's Education: A Global Challenge", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 29 (2): 325-355.

Odone, C. (2000). "If High Flyers Refuse to be Mums", *The New Statesman,* 3 Abril: 21.

© Ediciones Morata, S. L

O'Sullivan, S. (2006). "Academy: The Production of Subjectivity", en De Baere y cols. (eds.), *Academy*, pp. 238-244, Revolver verlag Frankfurt.

Pateman, C. (1988). *The Sexual Contract.* Stanford University Press, Stanford: CA.

Pearson, A. (2003). *I Don't Know How She Does It.* Vintage, Londres.

Pratt, M. L. (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation.* Routledge, Nueva York.

Probyn, E. (1988/1997). "New Traditionalism and Post-feminism", en C. Brunsdon, J. D'Acci y L. Spigel (eds.), *Feminist Television Criticism:* A Reader, pp. 126-139. Clarendon Press, Oxford.

Probyn, E. (2000). *Carnal Appetites: Foodsexidentities.* Routledge, Nueva York.

Rabine, L. W. (1994). "A Woman's Two Bodies: Fashion Magazines, Consumerism, and Feminism" en S. Benstock y S. Ferriss (eds.), *On Fashion*, pp. 59-76. Rutgers University Press, Nueva York.

Readings, B. (1996). *The University in Ruins.* Harvard University Press, Cambridge: MA.

Rivière, J. (1929/1986). "Womanliness as a Masquerade", en V. Burgin, J. Donald y C. Kaplan (eds.), *Formations of Fantasy*, pp. 35-44. Methuen, Londres. (Trad. cast. *La femineidad como mascara.* Tusquets, Barcelona. 1979).

Rose, N. (1999a). *Powers of Freedom.* Cambridge University Press, Cambridge.

— (1999b). "Inventiveness in Politics", *Economy and Society*, 28 (3): 467-493.

Rose, T. (1994). *Black Noise: Rap Music and Black Culture in Contemporary America.* Wesleyan University Press, Hanover and Londres.

Rossiter, N. (2006). *Organised Networks: Media Theory, Creative Labour, New Institutions.* NAi Publication's, Rotterdam.

Safia Mirza, H. (1992). *Young, Female and Black.* Routledge, Londres.

© Ediciones Morata, S. L

Scharff, C. (2008). "Perspectives on Feminist (dis-)identification in the German and British Contexts: A Performative Approach", próxima aparición, *Feminist Review.*

Skeggs, B. (1997). *Formations of Class and Gender.* Sage, Londres.

— (2004). *Class, Self, Culture.* Routledge, Londres.

Silverman, K. (1994). "Fragments of a Fashionable Discourse" en S. Benstock y S. Ferriss (eds.), On Fashion, pp. 183-197. Rutgers University Press, Nueva York.

Smith, A.-M. (1998). *Laclau and Mouffe: The Radical Democratic Imaginary.* Routledge, Londres.

Spivak, G. C. (1988). *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics.* Routledge, Nueva York.

— (1993). *Outside in the Teaching Machine.* Routledge, Nueva York.

— (1998). "Foucault and Najibullah" en K. L. Komer y R. Shideler (eds.), *Lyrical Symbols and Narrative Transformations: Essays in Honour of Ralph Freedman*, pp. 218-235. Camden House, Columbia: SC.

— (1999). *A Critique of Postcolonial Reason.* Harvard University Press. Cambridge: MA.

— (2000). "Thinking Cultural Questions in 'Pure' Literary Terms" en P. Gilroy, L. Grossberg y A. McRobbie (eds.), *Without Guarantees*: *In Honour of Stuart Hall*, pp. 335-358. Verso, Londres.

— (2002). "Resident Alien?" en D. T. Goldberg y A. Quayson (eds.), *Relocating Postcolonialism*, pp. 47-65. Blackwell, Oxford.

— (2005). "What Is Gender? Where is Europe? Walking with Balibar", The Fifth Ursula Hirschmann Annual Lecture on Gender and Europe, European University Institute, 21 Abril, Florence.

Springer, K. (2002). "Third Wave Black Feminism?", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 27 (4): 1059-1082.

Stacey, J. (1986). "Are Feminists Afraid to Leave the Home?" en J. Mitchell y A. Oakley (eds.), *What is Feminism?,* pp. 219-248. Blackwell, Oxford.

Stallybrass, P. y White, A. (1986). *The Politics and Poetics of Transgression.* Methuen, Londres.

© Ediciones Morata, S. L

Stuart, A. (1990). "Feminism: Dead or Alive?" en J. Ruther ford (ed.), *Identity: Community Culture, Difference.* Lawrence & Wishart, Londres.

Tasker, Y. y Negra, D. (eds.) (2007). *Interrogating Post-feminism.* Duke University Press, Chapel Hill: NC.

Trinh, T. M. (1989). *Woman, Native, Other.* Indiana University Press, Bloomington.

Virno, P. (2004). *A Grammar of the Multitude*, trad. I. Bertoletti, J. Cascaito y A. Casson. Semiotext(e), Nueva York.

Walby, S. (1997). *Gender Transformations.* Routledge, Londres.

— (1999). "Introduction" en S. Walby (ed.), *New Agendas for Women.* Macmillan, Basingstoke.

— (2002). "Feminism in a Global Age", *Economy and Society*, 31 (4): 533-557.

— (2005a). "Gender Mainstreaming: Productive Tensions in Theory and Practice", *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society,* 12 (3): 321-343.

— (2005b). "Introduction: Comparative Gender Mainstreaming in a Global Era", *International Feminist Journal of Politics*, 7 (4): 453-470.

Walkerdine, W.; Lucey, H. y Melody, J. (2001). *Growing up Girl: Psychosocial Explorations of Gender and Class.* Palgrave, Basingstoke.

Walsh, H. (2004). *Brass.* Canongate, Edimburgo.

Walter, N. (1998). *The New Feminism.* Virago, Londres.

Ware, V. (1992). *Beyond the Pale: White Women, Racism and History.* Verso, Londres.

Weldon, F. (1997). *Big Women.* Flamingo, Londres.

Williams, F. (2002). "The Presence of Feminism in the Future of Welfare", *Economy and Society*, 31 (4): 502-533.

Williams, L. R. (2005). *The Erotic Thriller in Contemporary Cinema.* Edinburgh University Press, Edimburgo.

Williamson, J. (1978). *Decoding Advertisements.* Marion Boyars, Londres.

© Ediciones Morata, S. L

Williamson, J. (1986). *Consuming Passions: The Dynamics of Popular Culture.* Marion Boyars, Londres.

Wittel, A. (2001). "Toward A Network Sociality", *Theory, Culture & Society*, 18 (6): 51-76.

Wolf, N. (1991). *The Beauty Myth.* Vintage, Londres.

Young, L. (2000). "How Do We Look? Unfixing the Singular Black (Female). Subject" en P. Gilroy, L. Grossberg y A. McRobbie (eds.), *Without Guarantees: In Honour of Stuart Hall*, pp. 416-431. Verso, Londres.

© Ediciones Morata, S. L

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Acker, Kathy, 286.
Acoso , 209, 230 .
Adebola, Y., 87.
Adkins, Lisa, 154.
Allen, Kim, 140.
Ally McBeal, 48, 49.
Althusser, Louis, 242, 271.
Amas de casa, 35.
Anderson, Laurie, 286.
Anorexia, 172.
Antifeminismo, 14, 20, 26, 159.
—. Campaña de la nueva derecha, 34, 39, 70.
—. *Véase también* desarticulación; desmantelamiento del feminismo.
— y estadísticas y encuestas inexactas, 70.
Anuncio de Citröen, 42.
— — Wonderbra, 41.
Armas de mujer, 147.
Arnot, M. y cols., 38, 141n19, 142-143.
Atomic Kitten, 237.
Atracción fatal (película), 71, 72-77.
Austen, Jane, 50, 212.
Autolesión, 172, 285.
— y melancolía femenina, 205-217.

Baby Boom (película), 72.
Barlow, T. y cols., 111, 165.
Barratt, Michele, 271.
Bartky, S. L., 112.
Bauman, Zygmunt, 44.
Baumgardner, J.: *Manifesta*, 276-277.
Beck, U., 24, 25, 32, 43, 44, 45-46, 64.
Beck, U. y cols., 154.
Beck-Gernscheim, 24, 44.

© Ediciones Morata, S. L

Beijing 1995, 269.
Benetton, 165.
Bettie, J., 142.
Bhabha, Homi, 210.
Bienestar social, 54, 61, 105, 118, 139-140, 152-153.
Blackman, L., 173.
Blackwood, S., 87.
Blair, Tony, 20, 278.
Blow Up (película), 180-181.
Bourdieu, Pierre, 24, 233, 260-261.
—. *Distinction,* 224, 246-261.
—. Habitus, 239-251.
— y Butler, 238-246.
Bourdin, Guy, 179.
Braidotti, Rosi, 18, 265, 279-287.
Brand, Jo, 247.
Brat Camp for Girls, 174.
British Medical Association (BMA), 175.
Brown, Wendy, 60, 63, 118, 170, 286.
Brunsdon, Charlotte, 38, 225.
—. *Feminism, Postfeminism Martha, Martha and Nigella,* 72, 251, 252.
—. *Pedagogies of the Feminine,* 35-36, 38, 146-147.
— y cols., 230.
Budgeon, Shelley, 44, 113, 142, 145, 175-176.
Buen gusto, 248, 252.
Bush, George, 34.
Butler, Judith, 14, 63, 111, 278, 279-280.
—. *Bodies that Matter (Cuerpos que importan),* 117, 120.
—. Críticas de Bourdieu, 238-246.
—. *El grito de Antígona,* 22, 34, 39-40, 120.
—. Falo lésbico, 156.
—. *Gender as Performance,* 156.
—. *Gender Trouble,* 35, 117, 121-123, 127-128, 157, 180, 200, 203.
—. Habitus, 239-242.
—. Mecanismos psíquicos de poder *(The Psychic Life of Power),* 172, 180, 200, 207-217.
—. Melancolía heterosexual, 123, 129, 170, 172, 199-217.
—. *Performativity's Social Magic,* 238, 239, 248.
—. "Posición social en el campo", 243.
—. *Undoing Gender,* 104, 285.
— y cols., 34.

"Cadenas de equivalencia" (Mouffe y Laclau) , 55.
Campbell, A., 272.
Campbell, Bea, 26.
Campbell, Naomi, 197, 198.
Campos, 246, 248, 249, 250-251.
Capitalismo, 16, 18, 25.
— y educación, 145.

© Ediciones Morata, S. L

Castells, M., 293.
Censura, 17.
Certeau, M. de, 15.
Cerwonka, A., 292.
Chicas, 10, 39, 237.
Chicas globales, 24, 25, 105, 106, 112, 144, 162-168, 291-298.
Chicas trabajadoras, 24.
— — como madres, 148-151.
China, 112, 179.
Clase, 46, 55.
—. Discurso denigrante, 238, 239, 242, 254.
— e individualismo, 232, 235.
— en programas de autoimagen, 228-233, 238-239, 251.
—. Identidad de, 22-23.
—. Movilidad, 222.
— reproducida a través de de las mujeres de clase media, 233.
— y cultura de consumo, 223, 224.
— — empleo, 231-232.
— — habitus, 239-242.
— — mujeres solteras, 236.
Clubes de baile erótico, 43.
Colebrooke, Claire, 18, 210.
Constantine, Susannah, 227.
Control de natalidad, 160.
Corrección política, 27, 42, 78.
Cosmopolitan, revista, 43.
Couldry, N., 223, 226.
Coward, R., 41-42.
Crompton, Rosemary, 149, 152.
Cuerpo, 35.
— en programas de autoimagen, 228, 240, 247.
— que necesita un cambio, 241.
—. *Véase también* moda.
Cultura popular/medios de comunicación.
— — — — y desmantelamiento del feminismo, 34-51, 70, 71.
— — — — — feminidad, 49-50, 53-54.

Daily Mail, 39, 60, 141.
"De chicas", 25-26, 49, 53, 275.
De Lauretis, T., 41-42.
Deleuze, G., 104, 114, 280, 282.
Derechos de las mujeres y derechos humanos, 105, 106.
Derechos humanos, 105, 106, 267.
Derrida, Jacques, 294.
Desarticulación, 26, 53-102.
— de la solidaridad femenina, 58, 59-60.
— y películas y teatro, 73-84.
— — sustitución, 57, 58-59.
Deseo heterosexual, 117-118, 180, 286.
Desmantelamiento del feminismo, 34-51.
— — — y publicidad, 41-42.
Desórdenes femeninos, 169-217.
— — e imágenes de moda, 176-201.

© Ediciones Morata, S. L

Desórdenes femeninos. Melancolía, 199-217.
Dickens, Charles, 291.
Discurso denigrante.
— — en programas de mejora de imagen, 245-246, 254.
— — y clase, 238, 239, 242, 254.
— — — raza, 244, 257.
Doane, M. A., 121, 202.
Doble estándar sexual, 75.
Driscoll, C., 142.
Duggan, Lisa: *The Twilight of Equality,* 60-64.
Dyer, R., 86, 134.

Educación, 62, 135-155.
—. Bajo rendimiento, 146.
— en Tercer Mundo, 144.
—. Éxito de la mujer y masculinidad, 142.
—. Feminización de la escuela, 142.
—. Objetivos competitivos, 142.
—y capitalismo global, 145.
— — chica global, 144.
— — clase, 135-141.
— — fracaso, 142.
— — raza, 139, 143.
— — transición al trabajo, 146.
EE. UU.
—. Antifeminismo, 66.
—. Diarios feministas, 39.
—. Feminismo, 69.
—. Neoliberalismo, 60.
El Aprendiz, 141.
El diario de Bridget Jones (película y libro), 25, 32-33, 47-51, 134, 165.
El pájaro espino, 17.
Elle (revista), 112, 165.
Elshtain, Jean Bethke, 66.
Emin, Tracey, 215-216.
Empleo, 115-116, 151-155.
—. Desregulación, 154.
— e independencia, 116.
—. Mujer de clase media, 254.
—. Nivel salarial, 153, 232.
— y aparencia personal, 231-232.
— — clase , 231-232.
— — poder femenino, 126.
Empoderamiento, 58, 239.
Estado de Nueva York, 62.
Estilos de vida, 43, 45-46.
Estudios culturales, 16, 17, 18, 198.
Ética de la libertad (Rose), 50.
Europa, 69.
Europa del Este, 179.
Evans, M., 188.
Éxito femenino, 37-38.

Faludi, Susan, 26, 31-32, 64, 65, 69-74, 76.
Familias y tipologías, 34, 160.
— — —. Feminismo pro-familia, 67.
— — —. Parentalidad pospuesta, 160-162.
— — — y poder, 145.

© Ediciones Morata, S. L

Fantasías domésticas, 72.
Fathers 4 Justice, 76.
Fecundación *in vitro* (FIV), 160.
Feminidad, 24, 277.
— y cultura popular/mediática, 49-50, 53-54.
— — feminismo, 34, 35, 275, 283-284.
— — mujeres no blancas, 132.
Feminismo.
Feminismo afirmativo, 279-287.
— — (Braidotti), 279-287.
— como algo privado, 212.
— — movimiento político, 39, 45, 263.
— de estudiantes, 263, 290.
— e instituciones, 38, 264, 269-270.
—. Enseñanza, 287-298.
—. Estudiantes cosmopolitas, 290-291.
—. Hegemonía de género, 69, 106, 152, 266-274.
—. Igualdad y feminismo, 62.
— impopular, 38, 40-42.
— incorporado a la vida pública/política, 14, 266-272.
— popular, 36.
— psicoanalítico, 17, 18, 169-217.
— socialista, 69, 236, 271, 276.
—. Teorías de los 90, 17, 34-40.
—. Tercera ola, 274-278.
— y antifeminismo, 14, 20, 26, 159, 276.
Feminismo y antifeminismo. Campañas de la nueva derecha, 34, 39, 70.
— — —. *Véase también* desarticulación;desmantelamiento del feminismo.
— — — y estadísticas y encuestas inexactas, 70.
— — derechos humanos, 105, 106, 267.
— — el rechazo de los estudiantes, 38.
— — feminidad, 34, 35, 275, 283-284.
— — la mujer en empleos puestos directivos/profesionales, 268, 270.
— — libertad/independencia, 14, 21, 45.
— — pérdida, 170, 207.
— — solidaridad femenina, 58, 59, 105.
Feminización de la escuela, 142.
Foucault, M., 35, 10-104, 280.
Fraser, Nancy, 69, 118, 152.
Freire, Paulo, 297.
Freud, Sigmund, 204, 206.
Frey y cols., 273.
Friedan, Betty, 66.
Friends, 134, 165.
Fuss, Diana, 21, 179, 189-191, 193-195.

Gasto público, 62.
Genz, Stephanie, 277-278.

© Ediciones Morata, S. L

Giddens, A., 32, 44-45, 64.
Gill, R., 19, 44.
Gitlin, Todd, 63, 81.
Glamour, 233.
Goody, Jade, 85, 237.
Grazia (revista), 112, 121, 122, 165, 173, 175, 196.
Greer, Germaine, 66.
Griggers, K., 192, 194, 195.
Grupo de Presupuestos de la Mujer, del Reino Unido (UKWomen's Budget Group), 107.

Habitus, 239-242.
Hacking, I., 173.
Halberstam, J., 162, 215.
Hall, Stuart, 15, 23, 26, 40, 54, 97, 98, 104n1, 213, 280, 292.
Hall, Stuart y cols., 281.
Halliwell, Geri, 159.
Hambleton-Jones, Nicky, 254.
Hanna, Kathleen, 277.
Haraway, D., 35.
Hardt, M., 294.
Hark, S., 271.
Harris, Anita, 38, 108-109, 110, 113, 142, 160, 275.
Hegemonía de género, 69, 106, 152, 266-274.
Herzigova, Eva, 41.
Hijos.
—. Adopción por parejas homosexuales, 34.
—. Cuidado de, 67, 71, 118, 152.
Hill *vs.* Thomas, caso, 77.
Hoefinger, H., 167.
Homosexualidad, *véase* lesbianismo: Teoría *queer*; .
How To Look Good Naked, 228 n5, 254.

Igualdad de oportunidades, 110, 131, 132, 267.
Individualización, 38, 41, 45, 110, 113-116, 136.
— y clase, 232, 235.
— — fallo del feminismo, 117-118.
Irigaray, Luce, 202.
Islam, 59-60.

Jackie, revista, 49.

Kaplan, Cora, 17.
Katona, Kerry, 237.
Kincaid, Jamaica: *Lucy*, 297-298.
Kristeva, Julia, 190, 192.

La ley de Los Ángeles, 40.
Lacan, Jacques, 115, 120, 201-203.
Laclau, E., 55, 64.
Lash, Scott, 64, 89.
Lawson, Nigella, 72, 251.
Lazzarato, M., 295.
Lesbianismo, 123, 204, 206.
—. Desaprobación social, 209.
—. Falo lésbico, 120, 156.
—. Mirada lésbica, 189-193.

© Ediciones Morata, S. L

Lesbianismo y familias, 67, 160-161.
— — pérdida de vergüenza al sexo, 199-217.
— — subculturas, 216.
Levi-Strauss, 204.
Libertades sexuales, 42, 48-49, 56, 155.
— — y mujeres no occidentales, 56, 59.
Lister, R., 153.

Madres, 67, 68, 70.
— adolescentes, 160, 161, 237.
—. Rol como cuidadoras, 153.
— solteras, 160, 161, 236, 237.
— trabajadoras, 148-151.
—. *Véase también* familias y tipologías; matrimonio.
Mamet, David: *Oleanna*, 77-81.
Marie Claire, revista, 59, 112, 165.
Marsh, Jodie, 159.
Mascarada postfeminista, 24, 112, 113-135, 201-204.
— — y poder fálico, 184, 203.
Matrimonio, 25, 47, 49, 118, 256.
— concertado, 66.
—. Significancia cultural, 118.
—. *Véase también* familias y tipologías.
— y parentalidad, 160-161.
— — valores tradicionales, 33.
Matrimonios acordados, 66.
Mayoría Moral, 65.
McIntosh, Mary, 271.
McNay, L., 247.
McRobbie, Angela, 17, 19.
—. *All the World's a Stage, Screen or Magazine*, 38.
—. *Club to Company*, 154.
—. *Mothers and Fathers:Who Needs Them?*, 34.
—. Posmodernismo y cultura popular, 38.
—. *The Uses of Cultural Studies*, 68, 156.
Melancolía, 123, 129, 179, 199-217.
— femenina, 199-217.
— heterosexual, 123, 129, 170, 172, 199-217.
Meritocracia, 41, 62, 138, 231.
— y mujeres no blancas, 131.
Mirada, 41, 42, 188-194.
Mitchell, Juliet, 65.
Moda.
—. Complejo moda belleza, 117-130.
— — — —. Control de los eventos de la vida, 119.
— — — —. Imagen cultural de la feminidad,124.
— — — — y poder femenino en el trabajo, 126.
—. Imágenes, 176-201.
— —. Nostalgia de ser niña, 194.
— — y "neurosis", 188-189.
— — — mirada lésbica, 189-193.
— — — poder fálico, 184, 203.
— — — — femenino, 186.

© Ediciones Morata, S. L

Moda y autolesión, 172.
Modernización, 46, 54, 60, 152.
Mohanty, C. T. *UnderWestern Eyes Revisited*, 105.
Mohanty, C. T., 35, 109, 145.
Monogamia, 75.
Moss, Kate, 195, 197, 198.
Mouffe, C., 55, 64, 168.
Movimiento antiglobalización, 105.
— contra la guerra, 284.
— de las mujeres chicanas, 69.
— — mujeres, 55, 264.
Movimientos de izquierdas, 63.
— — mujeres, 23, 28, 221, 249, 255.
Muerte, 284.
Mujer como directiva/profesional.
— — — —. Empleo, 268, 270.
Mujer de clase media.
— — — —. Conocimiento del buen gusto, 252.
— — — — y empleo, 254.
— — — — — modelos de rol, 229, 235.
— — — — — programas de mejora de imagen, 240, 252.
Mujeres asiáticas, 23, 60.
— — en los medios, 86, 134.
— — — revistas femeninas, 131.
— —. Intolerancia del racismo, 86.
— —. Libertad sexual, 164.
— —. Perspectivas educativas, 138-139, 142-143.
Mujeres asiáticas y mascarada posfeminista, 130-135.
— — — moda y belleza, 132.
— — — programas de mejora de imagen, 232, 234, 257-259.
Mujeres de clase trabajadora: juicios denigrantes contra las, 235.
Mujeres jóvenes.
— —. Abandona la crítica del patriarcado, 109, 152.
— —. Amenazada por el Islam, 59-60.
— —. Anorexia, 172.
— —. Autoestima, 113, 115.
— —. Autoidentidad y estatus ocupacional, 145.
— —. Autolesión, 172, 285.
— — — y melancolía femenina, 199-217.
— —. Buena inversión, 39, 109, 144.
— —. Capacidad de ganar un salario, 110, 115-116, 135, 151.
— —. Chica fálica, 155-162.
— — — global, 105, 112, 144, 162-168.
— — "chica moderna", 111.
— —. Clase, 136, 137-138, 139-140, 237.
— — como signo de progreso y modernidad, 111.
— — — sujetos de atención/debate, 110, 114.

© Ediciones Morata, S. L

Mujeres jóvenes como sujetos privilegiados del cambio social, 110, 111, 112, 113, 136.
— —. Confabularse con las normas de género, 121.
— —. Desórdenes femeninos, 169-217.
— — — — como normal, 176, 200.
— —. Educación. Cualificación, 137-141.
— — —. Emigración educativa, 24.
— — — y fracaso 139.
— —. Empleo, 135-155.
— — — y cursos de formación en género, 273.
— — — — hegemonía de género, 273.
— —. Estilos de vida, 45, 48-49.
— —. Imitadora del comportamiento masculino, 156-157.
— —. Independencia.
— — —. Capacidad de ganar un salario, 115-116.
— — —. Individualización, 110, 113, 116, 136.
— — — y matrimonio, 118.
— —. Libertades, 50.
— — — y desmantelamiento del feminismo, 105-106.
— — — sexuales, 56, 74-75, 156-162.
— —. Madres trabajadoras, 148-151.
— —. Moda, 117-135, 177-199.
— —. Movilidad social, 153.
— —. Mujeres trabajadoras, 147, 155.
— —. "Pretensiones de igualdad" (Nancy), 106.
— —. Suicidio, 209.
— — y meritocracia, 41, 110, 135-136.
— — — modernización, 111, 165.
— — — educación, 140.
Mujeres negras, 23, 60.
— — en los medios, 86, 134.
— — — revistas femeninas, 131.
— —. Intolerancia del racismo, 86.
— —. Libertad sexual, 163-64.
— —. Perspectivas educativas, 138-139, 142-143.
— — y familia, 67.
— — — mascarada posfeminista, 130-135, 163.
— — — moda y belleza, 132.
— — — programas de mejora de imagen, 232, 234, 257-259.
Mujeres solteras, 71, 73-77.
Multiculturalismo, 85, 131, 133.
Mulvey, Laura, 41-42.
Myspace, 206.

Naciones Unidas (ONU), 267, 269.
Nancy, Jean-Luc, 106.
Negri, T., 294.

© Ediciones Morata, S. L

Neoliberalismo, 60-64.
New York Times, 65.
Newton, Helmut, 179.
Nigella Bites, 251.
Nivel salarial, 153, 232.
Nixon, S., 155.
Noble, D., 163.
Normalidad gay, 63.
Nostalgia de ser niña, 194.
Nueva derecha, 65, 66, 68, 69-70.
— — y valores tradicionales, 33.
Nuevo contrato sexual, 27, 103-168.
— — —. Chica fálica, 155-162.
— — — — — e industria de lencería, 158.
— — — — —. Imitar la sexualidad masculina, 156-157.
— — — — —. Maternidad, 159-162.
— — — — global, 162-166.
— — —. Complejo moda belleza, 117-130.
— — — — — —. Imagen cultural de la feminidad, 124.
— — — — — — y mujeres no blancas, 131-135.
— — — — — — y poder femenino en el trabajo, 126.
Nuevo contrato sexual. Educación y empleo, 135-155.
— — — — — —. Chicas trabajadoras y maternidad, 148-151.
— — — — — —. Empleo, 152-155.
— — — — — —. Éxito femenino y fracaso masculino, 142.
— — — — — —. Jerarquía de clase, 135-141.
— — — — — — y chica global, 144.
— — —. Mascarada postfeminista, 24, 112, 113-135, 201-204.
— — —. Simbólico (fuente de la autoridad patriarcal), 115-123, 179.
Nuevo Laborismo.
— —. Apoyo a los problemas de las mujeres, 21.
— —. Feminismo desalentado, 272.
— —. Igualdad de oportunidades, 110, 267.
— —. Integración racial, 131.
— —. Inversión en educación, 139.
— —. Meritocracia, 41, 138, 231.

© Ediciones Morata, S. L

Nuevo Laborismo. Modernización, 60-61, 152.
— —. Políticas económicas, 60-61.
— —. Valores individualistas, 110, 231.
Nussbaum, M., 144.

Oakley, Ann, 65.
Observer, 174.
Observer Woman, 173.
Occidente y mujeres no occidentales, 56, 59.
Odone, Christina, 236-237.
Olas del feminismo, 275.
Operación Triunfo (Fame Academy), 141.
Ottinger, Ulrike, 283.

Padres.
— como sostén de la familia, 73, 74, 118.
—. Rol en el hogar, 151.
—. *Véase también* familias y tipologías; matrimonio.
Parejas homosexuales: Adopción de hijos, 34.
Parentalidad planeada, 160.
Paris is Burning (película), 214.
Paris, Mica, 258.
Pearson, A. *I Don't Know How.* She Does It, 150.
Películas, 49, 73-84.
Periodismo y campañas contra el feminismo, 69.
Periodismo y televisión, 224, 254.
Poder, 58, 239, 242-243.
— de la mujer en el trabajo, 126.
— dispersado en las instituciones, 116, 242.
— fálico, 24, 155-168, 184, 202.
— y discurso denigrante, 244, 257.
— — moda, 186.
— — familias, 145.
Pornografía, 17, 57-58, 158.
—. Normalización de la, 43.
Prada, 194.
Pratt, M. L., 289-290.
Pride, revista, 87.
Privatización, 154.
Probyn, E., 171.
Programas de tv de cambio de imagen, 28, 46, 221.
— — — — — — imagen. Agresividad masculina, 76, 79.
— — — — — — imagen y clase, 228-233, 238-239, 251.
— — — — — — imagen y discurso denigrante, 245-246, 254.
— — — — — — imagen y mujer de clase media, 240, 252.
— — — — — — imagen y mujeres mayores, 232.

© Ediciones Morata, S. L

Programas de tv de cambio de imagen y poder de género, 239.
Psicoanálisis feminista, 17, 18, 169-217.
Publicidad.
—. Desmantelamiento del feminismo, 41.
— y chica global, 165-166.

Queer, teoría, 18, 68, 116, 156.

Rabine, Leslie, 21, 180-188.
Raza, 27, 85, 86.
—. Acceso al trabajo, 231-232.
—. Blanquitud, 85.
—. Igualdad de oportunidades, 131, 132.
— y antirracismo, 27, 132, 234.
— — discurso denigrante, 244, 257.
— — educación, 139, 143.
— — libertad sexual, 164.
Readings, B., 295.
Reston, Ana Carolina, 209.
Revistas de estilos de vida, 70.
— — famosas, 86.
— — mujeres negras, 87.
— para mujeres, 36, 71, 112.
— — —. Contenidos feministas en, 19.
— — — y desórdenes femeninos, 171, 172.
— — — — mujeres negras, 131, 134.
Richards, A. *Manifesta*, 276-277.
Rivalidad femenina, 231.
Riviere, J., 121, 126, 130, 203.
Roche, C., 145.
Romance, 49, 51.
Rose, Nikolas, 44, 50.
Rossiter, N., 295.
Rusia, 179.
Russy, Candace de, 62.

Safia-Mirza, H., 142.
Scharff, C., 281-282.
Schiffer, Claudia, 42.
Schroeder, Chancellor, 278.
Segal, Lynn, 271.
Segunda ola del feminismo, 35, 66.
Sexo en Nueva York, 16, 48, 134.
Shetty, Shilpa, 85.
Silverman, Kaja, 180.
Simbólico (fuente de la autoridad patriarcal), 115-123, 179.
Skeggs, B., 221, 235.
Solidaridad femenina, 58, 59, 105.
Spice Girls, 277.
Spinoza, Baruch, 280.
Spivak, Gayatri, 18, 24, 35, 144-145, 280, 288-289, 291-298.
Stacey, Judith, 26, 32, 64.
Stallybrass, P., 264.
Stuart, Andrea, 36.
Subculturas, 216.
Subjetividad, 35, 221, 283-284.

© Ediciones Morata, S. L

Televisión.
—. Desregulación, 230.
—. Programas de tv de cambio de imagen. *How To Look Good Naked,* 228 n5, 254.
— — — — — — de imagen. *Ten Years Younger,* 227, 228, 229, 248, 254.
— — — — — — de imagen. *What Not To Wear,* 227, 233, 247, 248, 252-257, 260.
— — — — — — de imagen. *Would Like To Meet,* 227, 228, 248, 255.
— — — — — — de imagen, 47, 221, 226-235, 237-261.
—y cultura de consumo, 223, 224.
— — periodismo, 224, 254.
Ten Years Younger, 227, 228, 229, 248, 254.
Teoría poscolonialista feminista, 59, 60, 68-69, 295.
Tercer Mundo. Educación de chicas, 144.
Tercer Mundo, 112.
Tercera ola del feminismo, 274-278.
Tercera vía, 20, 277-278.
The Guardian, 40.
The Independent (periódico), 32.
The Sun (periódico), 237.
"The New Conservative Feminism", 65-69.
Thornton, C., 188.
Transformación económica y empleo, 115-116.
Treinta y tantos años, 71.
Trinh, T. M., 35.
Trinny y Susannah. *Véase* What Not To Wear.
Two Fat Ladies, 251.

Unión Europea: hegemonía de género, 267, 269.
Uniones civiles, 34.
Universidades.
—. Economía, 295.
— y antifeminismo, 69, 80.
— — valores neoliberales, 295.

Van Outen, Denise, 159.
Vernon, Polly, 174.
Violencia doméstica, 267.
Virno, P., 295.
Vogue, revista. *F*otografías de moda, 184, 196.
Vogue, revista, 86, 112, 134, 165, 171.

Walby, Sylvia, 106-107, 138, 232, 266-274.
— —. *Gender Mainstreaming: Productive Tensions in Theory and Practice,* 268.

© Ediciones Morata, S. L

Walby, Sylvia. *Introduction: Comparative Gender Mainstreaming in a Global Era*, 269.
Walkerdine,W. y cols., 140.
Walsh, Helen. *Brass*, 157.
Wan, Gok, 254.
Ware, V., 86.
Weldon, Fay. *Big Women*, 82.
Weldon, Fay, 83-84.
What Not To Wear, 136, 227-228, 242-243, 247, 252-254, 257 .
White, A., 264.
Williamson, J., 41.
Wilson, Elizabeth, 271.
Winehouse, Amy, 174, 177, 216.
Winfrey, Oprah, 222.
Wittel, A., 154.
Woman's Hour (BBC), 40, 58n2.
Women and Work Commission 2006, 150 n22.
Woodall, Trinny, 227.
Woolf, Virginia, 258.
Would Like To Meet, 227, 228, 248, 255.

Young, Lola, 87, 133.
YouTube, 206.

Zonas de contacto, 290, 298.

© Ediciones Morata, S. L

Encontraremos en esta obra la argumentación de Angela McRobbie que le permite defender que los medios de la cultura popular contemporánea como la televisión, el cine y las revistas de moda, son perniciosamente efectivos en el desmantelamiento de los logros del feminismo de los años 70 y 80. Y que esto sucede a la vez que tenemos la percepción de responder al feminismo de manera bien informada, incluso bien intencionada. Más aún, nos insiste en que vivimos con la tranquilidad de que el Estado y los poderes públicos tienen en su agenda garantizar el reconocimiento y la igualdad de las mujeres.

Si añadimos a estos ingredientes la autorización que se está dando a la cultura de consumo nos encontramos con un tipo específico de sujeto femenino, sobre el cual recaen los acontecimientos de la vida asociados a las categorías de mujer y de niña a través de la libertad sexual, el control de fecundidad, el retraso en la edad de casarse y en la maternidad o incluso, ¿por qué no? la posibilidad de permanecer soltera. ¿No nos recuerda esto a las peripecias de la ingenua Bridget Jones?

Entre las reflexiones brillantes de Angela McRobbie figura que, lo que en el pasado era una imposición masculina, se ha convertido ahora en una "elección personal". Así, por ejemplo, se opta por los cánones que imponen la moda y la belleza, pero dando a entender que ya no se requieren para la aprobación de los varones, sino de una reivindicación de las propias mujeres, pues el patriarcado y las masculinidades hegemónicas han salido de la escena.

McRobbie nos desvela magistralmente una a una las múltiples consecuencias de este *Desmantelamiento del feminismo,* que también incluyen los síntomas de angustia de género como las autolesiones, la adicción a las drogas, o los trastornos de la alimentación, y cómo estos llegan a establecerse como hechos predecibles y tratables que deben manejarse médicamente, sin pararnos a pensar en lo que subyace, y que requeriría un escrutinio social sostenido.

La naturaleza interdisciplinar del relato de McRobbie es uno de sus puntos fuertes, ya que se basa en el psicoanálisis, la sociología feminista y los estudios culturales para proporcionar una poderosa amplitud de análisis... para un análisis articulado y que invita a la reflexión de lo que queda para el feminismo, y lo que se ha perdido. ¡Este libro es excelente!

Revista Psychology of Women

Morata

www.edmorata.es

ISBN: 978-84-19287-34-2

9 788419 287342